

LECTURAS DE LA INDEPENDENCIA

Compendio de los sucesos ocurridos en
el **ejército del Perú** y sus provincias
(1813-1816)

Joaquín de la Pezuela

Edición y prólogo de
Pablo Ortemberg y
Natalia Sobrevilla Perea



BICENTENARIO
PERÚ 2021

**Compendio de los sucesos ocurridos
en el ejército del Perú y sus provincias
(1813-1816)**

Lecturas de la Independencia

Compendio de los sucesos ocurridos en el ejército del Perú y sus provincias (1813-1816)

Joaquín de la Pezuela

Edición y prólogo de
Pablo Ortemberg y Natalia Sobrevilla Perea



BICENTENARIO
PERÚ 2021

BIBLIOTECA BICENTENARIO

Colección Lecturas de la Independencia, 1

Compendio de los sucesos ocurridos en el ejército del Perú y sus provincias (1813-1816)

Lima, junio de 2021, segunda edición

© Joaquín de la Pezuela

© Pablo Ortemberg y Natalia Sobrevilla Perea

Con la autorización de la Biblioteca Menéndez Pelayo, Santander, España

© Ministerio de Cultura del Perú

Sello editorial - Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia del Perú

Av. Javier Prado Este 2465 - San Borja, Lima 41, Perú

www.bicentenario.gob.pe

Ministro de Cultura: Alejandro Neyra Sánchez

Directora ejecutiva del Proyecto Especial Bicentenario: Laura Martínez Silva

Director de la Unidad de Gestión Cultural y Académica-PEB: Víctor Arrambide Cruz

Cuidado de la edición de interiores: Jaime Vargas Luna

Cuidado de la edición de cubierta: Juan Carlos Almeida

Diseño de cubierta: Elvis Abarca y Fabricio Guevara Pérez, a partir del mapa general del Perú incluido en el *Atlas geográfico del Perú*, de Mariano Felipe Paz Soldán. París: Librería de Augusto Durand, 1865.

Diagramación de interiores: Daniel Rodríguez Bellido

Coordinación: Bertha Prieto Mendoza

ISBN: 978-612-48282-1-8

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-03428

Libro electrónico disponible en www.bicentenario.gob.pe/biblioteca

Se permite la reproducción parcial siempre y cuando se cite la fuente.

LECTURAS DE LA INDEPENDENCIA

En doscientos años de vida republicana, se ha producido una diversidad de interpretaciones sobre nuestra independencia nacional. Al ser un hito fundacional como sociedad, la serie *Lecturas de la Independencia* tiene como propósito ofrecer al lector contemporáneo no especializado un panorama coherente y riguroso sobre el proceso de independencia del Perú, a la vez que busca propiciar y visibilizar lecturas renovadoras entre los especialistas.

Esta serie propone un corpus de textos que reúne: fuentes de época, que acercan al lector a las circunstancias, mentalidades e imaginarios de los actores que vivieron el contexto independentista y de los inicios de la república; selecciones críticas de trabajos publicados a lo largo de los últimos dos siglos, que evidencian y contextualizan los distintos paradigmas de interpretación de la independencia del Perú; y nuevas aproximaciones que amplían y actualizan los debates sobre este proceso desde distintas perspectivas.

La serie inicia con la publicación del *Compendio de los sucesos ocurridos en el ejército del Perú y sus provincias (1813-1816)*, diario de campaña del general español Joaquín de la Pezuela en el Alto Perú contra las fuerzas rebeldes del Río de la Plata; continúa con las *Memorias del general Miller al servicio de la República del Perú*, de John Miller (y traducidas por José María Torrijos), que recoge las experiencias del general Guillermo Miller durante su participación en la independencia del Perú, ofreciéndonos una perspectiva privilegiada de las campañas libertadoras; se incluye también una compilación de textos breves para narrar la independencia “según sus protagonistas”; seguida de las *Memorias y documentos para la historia de la independencia del Perú* y

causas del mal éxito que ha tenido esta, de P. Pruvonena, seudónimo de nuestro primer presidente José de la Riva Agüero y Sánchez-Boquete, que trató de demostrar la activa participación peruana en el proceso. Se incluye también *La revolución de la independencia del Perú*, de Benjamín Vicuña Mackenna, libro pionero en ofrecer una visión más amplia del proceso independentista, seguido por la *Historia del Perú independiente*, de Mariano Felipe Paz Soldán, creador de la versión sanmartiniana de la independencia. Finalmente, los últimos volúmenes de la serie están dedicados a la historiografía posterior, fundamentalmente a la desarrollada entre el Centenario y el Sesquicentenario, donde surge un discurso nacionalista que sostiene la participación de los peruanos y la maduración de una conciencia nacional, que decae frente a la aparición de la nueva historia social, y el surgimiento de la tesis de la “independencia concedida”; así como los volúmenes dedicados a la participación de sectores populares, a las conspiraciones, revueltas y rebeliones ocurridas a partir de 1780, y a las nuevas lecturas de la independencia que han surgido desde la nueva historia política. Esta serie propone una visión de conjunto del proceso de independencia peruano que tenga en cuenta tanto la historia nacional como las historias locales.

Lecturas de la Independencia propone a los lectores conocer el complejo proceso que nos llevó a fundar la República que ahora —en medio de esta emergencia sanitaria y social generada por el COVID-19, ha desnudado nuestras profundas desigualdades, precariedades y promesas incumplidas—, y nos exige un nuevo pacto social que nos lleve a construir una república de ciudadanos.

Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia del Perú

NOTA EDITORIAL

La presente edición reproduce, en lo fundamental, aquella preparada por el Centro de Estudios Bicentenario y publicada en 2011 en Santiago de Chile, bajo el cuidado de Carla Arce; la cual fue establecida por Pablo Ortemberg y Natalia Sobrevilla Perea, a partir del manuscrito que se encuentra en la Biblioteca Menéndez Pelayo, en Santander, España. Dado que se trata de una edición de divulgación, se han quitado de la presente los estudios introductorios de la edición anterior, incluyéndose en cambio un prólogo de los editores. Se ha modernizado, sin embargo, la ortografía, para hacerla más accesible a los lectores contemporáneos, y se han corregido algunas imprecisiones en la transcripción que se filtraron en la edición de 2011.

Agradecemos al Centro de Estudios Bicentenario (Santiago, Chile) y a la Biblioteca Menéndez Pelayo (Santander, España) por los permisos correspondientes.

EL DIARIO DE CAMPAÑA DE UN GENERAL REALISTA, JOAQUÍN DE LA PEZUELA (1813-1816)

Pablo Ortemberg y Natalia Sobrevilla Perea

Joaquín de la Pezuela (1761-1830), fue el penúltimo virrey del Perú, pero antes de eso fue un general muy importante que lideró una serie de campañas en el sur del virreinato peruano, en la Audiencia de Charcas (actualmente Bolivia). Pezuela era originario del norte de España y viajó al Perú en 1805 para construir una fábrica de pólvora. Se había formado como ingeniero militar en Segovia y más tarde combatido contra los franceses, quienes intentaban exportar su revolución. Era el tipo de militar que los reyes borbones anhelaban para mantener su control sobre las colonias americanas. En ese momento, el principal temor de la corona era que estas regiones fueran atacadas por los ingleses, con quienes llevaban más de un siglo compitiendo por el dominio de los espacios americanos. Al final resultó que fue Francia quien invadió España y, debido a ello, los pueblos americanos se enfrentaron entre sí, porque algunos decidieron mantenerse leales a la corona mientras que otros optaron por la autonomía. Pezuela luchó durante tres años para defender la causa del rey y fue en ese período que escribió este diario. En él narra sus experiencias en estas campañas de gran importancia, pues marcaron el inicio de la guerra en el continente. En 1816, después de una serie de victorias ante el enemigo, Pezuela fue designado virrey

del Perú, cargo que ocupó hasta enero de 1821, cuando sus subalternos lo depusieron por no estar de acuerdo con su estrategia para enfrentarse a San Martín. Regresó para siempre a España, donde fue nombrado en 1825 Capitán General de Castilla la Nueva. Falleció en Madrid un lustro después, con 69 años de edad.

Los antecedentes

Cuando la noticia de la invasión de Napoleón Bonaparte llegó a España en 1808, Pezuela estaba destacado en Lima. Carlos IV le había permitido a Napoleón atravesar el territorio español para invadir Portugal, pues este país era aliado de los ingleses, el enemigo en común. Sin embargo, para sorpresa de los españoles, las tropas francesas también ocuparon España. Un gran número de personas exigió a Fernando VII que tomara el poder en nombre de su padre y así lo hizo. A pesar de ello, Napoleón forzó al nuevo rey y a su padre a abdicar en favor de su hermano José Bonaparte y los tomó prisioneros. Esto condujo a una grave crisis en todos los espacios de la monarquía. En la península se formaron juntas para organizar la resistencia armada y mantener la gobernabilidad española en todos los dominios. Los españoles desconocieron al rey intruso y mantuvieron la esperanza de que Fernando VII fuera liberado y recuperara el trono usurpado. En todas las ciudades y pueblos en la península y en América se levantaron pendones y se proclamó la lealtad a Fernando VII. El rey cautivo pasó a ser llamado “El Deseado”.

En Lima, el virrey Fernando de Abascal se mantuvo firme en el mando, pero en algunas ciudades se formaron juntas que decían gobernar provisoriamente en nombre de Fernando. Estas juntas no reconocían la autoridad de la Junta Central de la península y exigían, por lo tanto, su propio derecho al autogobierno. En 1809, la Audiencia de Charcas fue uno de los primeros lugares donde surgieron juntas de esta naturaleza. En este caso, además, pretendían que su territorio no dependiera ni de Lima ni de Buenos Aires. Abascal ordenó que se organizara un ejército desde Arequipa, Cuzco y Puno y los puso bajo la comandancia del criollo arequipeño educado en España, José Manuel de Goyeneche. El ejército realista que organizó este arequipeño venció a los autonomistas y restableció la obediencia al virrey de Lima en los territorios de la Audiencia. Pocos meses más tarde, en mayo de 1810, se formó otra junta autonomista en Buenos Aires, sus líderes depusieron al virrey Cisneros y enviaron un ejército a Charcas para tomar el control

sobre el territorio que dominaba Abascal, pues aducían que la jurisdicción dependía de Buenos Aires. Fue así que comenzaron las guerras en esta región de los Andes y fue por ello que las milicias se transformaron en un ejército regular.

La expedición militar enviada por la junta revolucionaria de Buenos Aires logró dominar todo el territorio de la Audiencia de Charcas y en 1811 amenazaba al virreinato peruano desde las orillas del Lago Titicaca. Ante esta situación, Goyeneche reorganizó las tropas de Arequipa, Cuzco y Puno con las que había hecho campaña meses antes y se preparó con mucho cuidado al ataque del líder de Buenos Aires, Juan José Castelli. En junio de 1811, este último fue derrotado por el arequipeño en la batalla de Guaqui. Goyeneche volvió a dominar la Audiencia de Charcas y fue recibido como un héroe en varios poblados. Sus tropas continuaron avanzando hacia los territorios que no reconocían a Lima sino a Buenos Aires como el centro de poder. Esta incursión, a cargo de su primo, otro arequipeño, Pío Tristán, llegó hasta la ciudad de Tucumán (actualmente provincia Argentina), pero allí se encontró con un ejército que les hizo frente. Las tropas realistas huyeron a la ciudad más cercana en el norte, pero ahí fueron completamente derrotadas y para salvar su vida firmaron la rendición en la ciudad de Salta (también actual Argentina). Cuando llegó a Lima la noticia de la derrota, el virrey Abascal consideró que no podía confiar en los nacidos en el Perú para cumplir con estas misiones de defensa y destituyó a Goyeneche de su cargo. Fue en ese momento que puso a Pezuela al mando del ejército y este sin demora emprendió viaje de Lima a Oruro, un primer tramo en barco y luego por tierra.

El texto

Pezuela tenía la costumbre de escribir un diario personal donde ponía todo lo que observaba e iba ocurriendo en sus campañas, de ello resultó el texto que presentamos transcrito en este volumen. La versión que presentamos es la más completa que existe y se basa en los manuscritos que se guardan en España en la Biblioteca Menéndez Pelayo, en la ciudad de Santander. Los manuscritos llegaron ahí cuando las hijas de Pezuela le regalaron al famoso bibliógrafo español una colección de documentos de su padre. No sabemos si estas fueron las copias de los diarios que envió a su hermano Ignacio por correo, como menciona en otros escritos, o si él mismo llevó las copias de regreso a España después

de dejar el Perú. Por el modo urgente en que debió emprender el retorno a la península la primera opción es la más probable. Existe otra copia parcial que el general José de San Martín encontró en Lima y que terminó en la Biblioteca Nacional de Chile. Este fragmento se publicó por primera vez en el Perú en 1955 y fue reimpresso en 1974, en la Colección Documental de la Independencia del Perú que se organizó para celebrar los 150 años de la Independencia, el cual lleva por título “Diario capturado en Lima”.

El diario completo nos llamó la atención por varios motivos, principalmente porque su viaje a los Andes le otorgó a Pezuela la posibilidad de ver cómo vivía la gente de esas regiones y tratar de comprender las razones de los conflictos que envolvían las tropas a su mando. Este diario nos muestra con nuevos ojos la manera en que se llevaron a cabo las guerras en este territorio y las dificultades a las que se enfrentaron quienes combatieron en todos los frentes. Pezuela, un militar formado en academia, escribió este texto para justificar sus acciones ante sus superiores de manera inmediata pero también con la intención de dejar un registro para la posteridad. Lo más probable es que lo haya redactado todo de corrido en su viaje de regreso a Lima, cuando asumió como virrey en 1816, porque la estructura del texto es lineal, con un claro comienzo, medio y desenlace. Es posible que los tres cuadernos manuscritos con Oficios y Partes que también se encuentran en la biblioteca de Santander hayan servido de base para su realización.

Si bien no se trata de un documento con afán literario, nos da muchas pistas para entender estas guerras desde su perspectiva: Pezuela está descubriendo un mundo nuevo para él y nos presenta el panorama de una manera clara y concisa, explica aspectos que quizás alguien de ese lugar consideraría obvios o poco interesantes. Al leerlo, debemos considerar que en este período una gran parte de las personas en el Perú querían mantener su lealtad al rey de España y seguir formando parte de un prestigioso imperio. El texto, dividido en dos partes, nos muestra algunas de estas razones y el modo en que la lealtad fue variando con el tiempo. En marzo de 1812, en España se promulgó en Cádiz una constitución que debía regir en toda la monarquía en nombre del rey ausente. Esta carta política se puso en práctica en los lugares donde no se había declarado la autonomía, incluyendo todo el virreinato peruano y las zonas donde se peleaban estas guerras. Una de sus muchas innovaciones que tuvo más trascendencia en los Andes fue la introducción

del voto para elegir representantes en los ayuntamientos o cabildos y otras instancias de gobierno. Ese derecho fue concedido a los nacidos en Europa como también a los nacidos en América, incluidos los indios –aunque excluidos los habitantes de sangre africana.

La primera sección del diario es la parte más larga y comienza con un resumen de todo lo que sucedió antes de su llegada a Oruro (1813), cuando se encontró con los restos del ejército de Goyeneche que contó en su momento con 4800 hombres. Muchos habían desertado luego de la rendición en Salta, pero otros permanecieron en las filas y se los llamó los “juramentados”, pues habían jurado dejar de luchar, pero prefirieron continuar en las filas del ejército del rey. Pezuela le dio la posibilidad de quedarse a quienes consideró que lo hacían con entusiasmo, ya que el recién llegado general pensaba que incluso la campaña de Guaqui se había realizado de “mala gana”. Se dio cuenta muy pronto de que la mayoría del ejército estaba compuesto por indios y que sus mujeres los seguían. Vio que no hablaban castellano, no vestían uniforme y se rehusaban a comer lo que ellas no habían preparado. Pezuela consideraba que los indios le eran hostiles, aunque advertía la diferencia entre los que apoyaban o no al rey. Su impresión general era que en esos parajes sus tropas no “eran dueñas de más terreno que el que pisaban”. Esta sección abarca todas las campañas hasta 1815, e incluye un apartado donde relata la victoria de su lugarteniente Juan Ramírez sobre los que se habían alzado en el Cuzco.

La segunda parte del texto está dedicada a narrar los preparativos efectuados para enfrentar al nuevo ejército formado en el Río de la Plata, denominado por los revolucionarios “Ejército del Norte”. Pezuela se exhibe en las dificultades para hacer frente a los preparativos, alude a la superioridad numérica de su enemigo y cuenta las vicisitudes que atraviesa luego de tanto tiempo en campaña. A pesar de todos estos obstáculos, el diario narra luego cómo lograron vencer en la batalla de Viluma en 1815 (sería luego premiado con el título de Marqués de Viluma), aunque también comenta la necesidad de continuar combatiendo contra los insurgentes que no dejaban de hostilizar a sus tropas. Pezuela implementó una serie de medidas represivas para disuadir a la población de adoptar la causa rebelde. A pesar de ser mucho más breve, esta sección contiene información muy interesante que nos sirve para entender cómo fueron las guerras que marcaron el inicio del proceso de independencia.

La guerra

El escenario donde se desarrolla el relato de Pezuela había sido parte del Perú hasta la creación del Virreinato del Río de la Plata en 1776. Su nombre en ese tiempo era el Alto Perú y estaba fuertemente integrado económica y socialmente con el sur peruano. El puerto más importante era el de Arica, pero existían profundas conexiones entre Arequipa, pasando por Cuzco y Puno, con las ciudades del otro lado del lago Titicaca, La Paz, Cochabamba, Oruro y La Plata (actual Sucre). La mina de plata más importante estaba en Potosí y todas las regiones aledañas, tanto al norte como al sur, orientaban su producción para sostener la economía minera. El comercio y la producción de bienes de consumo entrelazaba las ciudades situadas en las costas del Pacífico hasta las de la cuenca del Río de la Plata, como Jujuy, Salta y Tucumán. Si bien la creación del nuevo virreinato, con capital en Buenos Aires, atrajo hacia el sur buena parte del comercio, las conexiones con el norte y con el Pacífico no desaparecieron. El conflicto que se desató con la formación de las juntas y la ambición de controlar un área tan rica condujo al enfrentamiento entre los ejércitos constituidos en el Perú y en el Río de la Plata.

Pezuela reorganizó el ejército que encontró desmoralizado después de la Capitulación de Salta y en abril de 1813 se preparó para enfrentar a las tropas que traía Manuel Belgrano desde el Río de la Plata. A pesar del aplomo del rioplatense, Pezuela lo derrotó ese mismo año en las batallas de Vilcapuquio y Ayohuma. Si bien estas victorias trajeron un respiro, la situación se tornó más precaria para los realistas luego de la pérdida de Montevideo en mayo de 1814. Sin una amenaza cercana, las autoridades del Río de la Plata consiguieron organizar otro ejército. Designaron al mando al militar José Casimiro Rondeau, el mismo que había vencido a los realistas tras el largo sitio de Montevideo. En ese año también se alzó el Cuzco con una rebelión que duró más de seis meses y consiguió dominar las provincias de Arequipa y Puno. La magnitud de esta insurrección puso en dificultades a Pezuela, quien debió enviar parte de sus tropas a sofocarla. Rápidamente se esparcieron noticias falsas que llegaban a decir que Lima y Abascal habían caído. El general realista logró lidiar en esta guerra de información interviniendo la correspondencia y concentrándose en atacar a las guerrillas y caudillos rebeldes. Para 1815 los revolucionarios del Cuzco habían sido derrotados y Pezuela ejercía su control una vez más sobre las ciudades de Chuqui-

saca, Chayanta, Oruro y La Paz. Después de enfrentarse con un nuevo ejército enviado por Buenos Aires, el general tuvo que luchar contra las guerrillas indígenas que persistieron durante todo el período. Mediante una represión exitosa, recuperó el control de una gran parte del territorio. A su favor, contó con ciertos sectores de la población indígena que se mantuvieron leales a la Corona.

¿Qué motivaba a un indio del altiplano a dar la vida en una batalla por la “Patria” o por su “Rey”? Son muchas las razones, no todos los soldados eran arrastrados por la fuerza para integrar los regimientos. Su lealtad por una u otra causa podía variar y dependía de muchos factores, como del lugar social que ocupaba ese hombre en la sociedad colonial, así como también las relaciones que tenía su grupo de pertenencia con las autoridades locales, sean criollos o peninsulares. La palabra “libertad” que el bando independentista anteponía en discursos y cosía en banderas, podía significar muchas cosas a la vez. Para los soldados que eran esclavos de origen africano ese vocablo era una promesa bien concreta de liberación de su estado de esclavitud, según su desempeño en el campo de batalla. Pezuela comenta en su diario que los indios aborrecían a las tropas del rey y se inclinaban por “los de Buenos Aires”, porque estos “los halagaban con la igualdad y libertad de tributos”. En fin, las historiadoras e historiadores de hoy intentamos encontrar algunas respuestas a estas preguntas tan difíciles. Para ello utilizamos diferentes tipos de fuentes que nos ayudan a entender los comportamientos y las mentalidades de los grupos sociales en un lugar y época determinados. El texto escrito por Pezuela aporta algunas pistas en este sentido, siempre, por supuesto, desde su punto de vista de general peninsular al mando del Ejército del Rey. Pezuela dio mucha importancia, por ejemplo, a la confección de medallas y parches de tela para premiar con ellos a sus regimientos. El sistema de premios y ascensos en los ejércitos fue una motivación importante en los sectores populares envueltos en la guerra. Los hombres podían “hacer carrera” en la contienda revolucionaria o contra-revolucionaria que había comenzado en América con la formación de las mencionadas juntas en 1809 y terminaría recién con la batalla de Ayacucho en diciembre de 1824.

Si intentamos encontrar más pistas en el texto de Pezuela para entender las motivaciones que llevan a los soldados a dar la vida por una causa también debemos prestar atención al lugar que ocupaba la religión en las batallas. Los soldados solían luchar también bajo la

invocación de una advocación de la Virgen María. Eso les daba coraje, sentimiento de comunidad, convicción de que estaban del lado de la Justicia y, en especial, una sensación de protección. Ciertamente esto no era algo novedoso, sino que respondía a una tradición hispánica de larga data. Sin embargo, es interesante observar de qué modo fue instrumentalizado el sentimiento religioso en esas circunstancias, por uno y otro bando. La portada original del texto [ver figura 2] consiste en un dibujo con el símbolo de la Orden de los Carmelitas en alto y, en el centro de la hoja, una oración en la que Pezuela le implora protección a la Virgen. En los dos bordes verticales están anotados en pequeños estandartes los nombres de los batallones, divisiones y regimientos que componían su ejército. En una parte del diario, Pezuela cuenta cómo fue que nombró “Generala” a la Virgen del Carmen en una ceremonia frente a la tropa, por elección suya y de los soldados. En ese acto solemne le hizo entrega del bando y bastón de mando a la figura venerada. Poco antes, su enemigo Manuel Belgrano, había nombrado “Generala” de su ejército a la Virgen de las Mercedes al obtener la victoria en la batalla de Tucumán. Más allá de la auténtica fe católica de Pezuela, la cual no ponemos en duda, interpretamos su accionar como un intento de poner de su lado a la Madre Protectora, afianzar la justicia de su causa, elevar la moral de su tropa y, en definitiva, generar un sentimiento de unidad en un ejército integrado por hombres de tantos lugares y condiciones sociales diferentes.

La guerra en este período se peleaba tomando el control del espacio de manos del enemigo con algunas batallas importantes que requerían bastante planeamiento. Las ciudades procuraban mantenerse fuera de combate y solían abrir sus puertas a las personas de ambos bandos para evitar ser hostilizadas. Los ejércitos atravesaban caminos ancestrales que unían los espacios de las provincias del Virreinato del Río de la Plata, con la Audiencia de Charcas y el Virreinato del Perú. Subían hasta el altiplano, un territorio en el que era más fácil transitar largas distancias para los caballos, e incluso para los hombres a pie acostumbrados a la altura. No obstante, Pezuela añadió una innovación militar. Como poseía una sólida formación de artillero resolvió llevar cañones y colocarlos en lugares estratégicos en las batallas. De esa manera conseguía poner freno a un enemigo que arremetía a caballo con gran ímpetu, pues como provenía de las pampas estaba muy adiestrado en el uso de este animal. Además, Pezuela consiguió utilizar con éxito la geografía

y contó también con apoyo de indios que servían como auxiliares, los cuales podían atacar desde las alturas con sus hondas y piedras, o bien llevar cañones atados a sus espaldas. Por lo tanto, al combinar las técnicas de lucha más básicas, empleadas desde tiempos remotos en los Andes, con la tecnología de los cañones portátiles —todavía de avanzada para la época—, Pezuela logró dominar el campo de batalla y derrotar reiteradamente a sus enemigos.

Importancia del texto

El diario de este general es importante porque nos acerca a un escenario de la guerra de independencia en el Perú que no solemos tomar demasiado en cuenta. Debido a que tendemos a enfocarnos principalmente en la proclamación presidida por José de San Martín en Lima el 28 de julio de 1821, nos olvidamos de las complejidades del proceso, así como de los otros lugares donde se desarrolló. Mucho se ha escrito sobre si los peruanos lucharon por la independencia o no, pero este debate no toma en cuenta que el espacio que se consideraba el Perú en ese tiempo era mucho más vasto del que pensamos hoy. Las guerras que describe Pezuela en este texto hicieron posible que el Alto Perú, que había sido segregado del virreinato peruano en 1776 para formar parte del Río de la Plata, volviera a ser parte del Perú. Las comunidades del Cuzco, Arequipa y Puno fueron las convocadas principalmente para organizar los ejércitos, y lo hicieron porque las conexiones con estos espacios en el altiplano al sur del lago Titicaca eran consideradas de vital importancia. La lealtad al rey y al virrey fueron provechosas para quienes buscaban mantener los lazos sociales y económicos en esta región que ya había sido convulsionada entre 1780 y 1781 por las rebeliones de Tupac Amaru II, Tupac Katari y Tomás Apasa.

Este texto también muestra cómo las guerras fueron desde un inicio enfrentamientos entre los mismos americanos y cómo algunas regiones se decantaron tempranamente por la autonomía, como sucedió en el Río de la Plata, mientras que otras, como el Perú, lo hicieron por la Corona. Al concluir su lectura queda claro que se trató de guerras civiles donde no solo se enfrentaron americanos, unos contra otros, sino que los mismos indígenas tomaron partido por diferentes líderes y en algunos casos organizaron guerrillas independientes que dificultaron la labor de los realistas como Pezuela. En última instancia, este diario nos acerca a lo que fue la práctica de la guerra en un espacio muy relevante

en un período que marcó el inicio del conflicto por la independencia. Presenta la visión de un observador interno, porque vive personalmente la guerra, pero también la de uno externo, ajeno al lugar. Esto último hace que Pezuela nos transmita observaciones personales que para los habitantes del mundo andino puedan parecer evidentes, pero que al día de hoy proporcionan al lector la posibilidad de adentrarse en la realidad de una serie de guerras del pasado y así poder comprender mejor la complejidad de los procesos de independencias.



AÑO DE 1813 HASTA 1816

COMPENDIO DE LOS SUCESOS
OCURRIDOS EN EL EJÉRCITO DEL
PERÚ Y SUS PROVINCIAS DESDE
QUE SE ME CONFIRIÓ EN LIMA POR
EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR VIRREY
MARQUÉS DE LA CONCORDIA, EL MANDO
DE GENERAL EN JEFE DE ÉL

PRIMERA PARTE

1° El ejército del rey, al mando del mariscal de campo don José Manuel de Goyeneche, después de las felices batallas de Guaqui, Sipe Sipe y varias acciones parciales, logró sostener los derechos de su majestad en las provincias altas del Perú, aquietar las bajas y recuperar las de La Paz, Cochabamba, Chuquisaca y Potosí; situar su cuartel general en esta última, y adelantar su vanguardia de unos 3000 hombres con ocho piezas de artillería hasta Jujuy, a la orden del mayor general brigadier don Pío Tristán.

2° El ejército de los insurgentes de Buenos Aires huyó hasta el Tucumán y quedó reducido a unos 1500 hombres a la orden del caudillo Belgrano, que tomó el mando, por separación de su antecesor Castelli, después de la citada batalla de Guaqui.

3° Tristán concibió que debía atacar a Belgrano en la mencionada ciudad de Tucumán, emprendió su marcha y, debiendo por una orden regular acabar con el enemigo, la demasiada confianza por la superioridad de sus fuerzas, y acaso la mala disposición en que las condujo, le causaron el 24 de septiembre de 1812 una enorme pérdida en las goteras de aquella ciudad, donde los enemigos le esperaron y batieron.

4° Retiróse a Salta con bastantes trabajos, se rehizo allí con auxilios que le fueron enviados, y aumentando sus fuerzas Belgrano, le fue a buscar. Y aunque las de una y otra parte eran próximamente iguales, el 20 de febrero de 1813, fue Tristán completamente batido por segunda vez. Se metió de resultas con la fuerza que le quedó en la ciudad, situada a la espalda y vista del campo que eligió para la acción, capituló, entregó las armas y fue juramentada la guarnición, oficialidad y tropa de no

volver a tomar las armas contra los insurgentes de Buenos Aires y de retirarse todos a sus hogares.

5° Las inmediatas consecuencias de ambas malogradas acciones fueron perderse las provincias recuperadas, de que se posesionaron los enemigos en los cuatro primeros meses después de la acción de Salta; consternarse una tropa que estaba hecha a vencer; aumentarse las esperanzas de una muy crecida parte de los habitantes de esta América a favor de los de Buenos Aires; reforzarse estos con hombres, plata y víveres y la voluntad de todos los países que iban adquiriendo, y finalmente poner al ejército del rey en su posición de Oruro, a donde se replegó, en los mayores apuros por falta de recursos de todas partes.

6° Las tropas de Oruro, en número de 4800 hombres, empezaron a desertarse de un modo escandaloso y hubo batallón que se presentó a su general de una manera amenazadora. Los juramentados dieron pruebas de no conocer el honor. Muchos de ellos, y aun de los que no lo eran, indujeron a los soldados a la fuga. El paisano los animaba también, el pariente y el amigo desde sus hogares los invitaba a que se retirasen a ellos, y solo parece que se trataba de disolver el ejército para acabar así una guerra que, desde el principio de ella, sostenían de mala gana, como lo experimentó el general Goyeneche, especialmente en la batalla de Guaqui, a donde llevó muchos de sus súbditos contra toda su voluntad.

7° El marqués de la Concordia, virrey de Lima, por los partes que recibió del general Goyeneche y por las repetidas renunciaciones que este hizo del mando del ejército, instado de la poca salud que disfrutaba, resolvió el 8 de abril de 1813, en junta de guerra que celebró al intento, el que le fuese inmediatamente a relevar el subinspector general don Juan Henestrosa, teniente general de los reales ejércitos. Pero este jefe, ya sea por hallarse instruido del mal estado del ejército y provincias, o por otros motivos particulares, se desavino con el virrey, y ocurrieron cosas que presentadas en otra junta de guerra celebrada el 24 de dicho mes de abril, se resolvió en ella que fuese yo a mandarle y que entregase inmediatamente la subinspección de artillería que estaba a mi cargo al inmediato, para quedar expedito, como se verificó.

8° Salí del Callao embarcado en la corbeta corsaria Wltur [sic] el 28 del mismo mes, prevenido entre otras cosas de sosegar a mi paso las inquietudes de los intendentes de Arequipa y Puno con los cabildos constitucionales y vecinos de ambas ciudades, en donde el fuego de la

independencia obraba con demasiada actividad. Y para refuerzo del ejército llevé conmigo lo siguiente:

Tropa del regimiento Real de Lima Armada	312
Ídem de dragones ídem	16
Ídem de artillería	20
Oficiales de varios cuerpos	12
Un intendente	
Un contador	
Un guardaparque	
Un cirujano	
Fusiles corrientes	400
Espadas y sables	700
Cartuchos de fusil	400,000
Piedras de chispa	34,000
Cañones de a 4 de bronce con sus carruajes	10
Cartuchos de bala y metrallas para estos	800
Pólvora de fusil y cañón	100

9° El 31 de mayo, a las 8 de la noche, entró la corbeta en el puerto de Arica teniendo muchas calmas, muertos tres soldados, enfermos algunos otros, y consumídose casi toda el agua. Al día siguiente bajé a tierra, hablé con los habitantes de aquella ciudad, y me volví a bordo a las ocho horas. Los capitanes de artillería don Diego Castrillón y don Alejandro Herrera, juramentados en la desgraciada acción de Salta, vinieron a visitarme, y manifestándome sus deseos de volver al ejército, despreciando el juramento, se reunieron conmigo y me acompañaron hasta él. No así unos catorce oficiales del Real de Lima, que con más de cien soldados del mismo cuerpo se hallaban en Tacna, con igual juramento, pues resistieron a mi voz su vuelta. Y aunque les mandé pasasen a guarnecer la ciudad de Arequipa, supe después de mi ausencia del puerto, que no habían obedecido la orden y se fueron a Lima. Los mandaba el capitán Cabero.

10° El día 3 de junio, hecha la aguada y algunos víveres, y dejado en tierra los enfermos, salí para el puerto de Quilca, que era el del destino, y el 7 por la noche entró la corbeta en él. Al día siguiente por la mañana desembarcó la tropa. Por la tarde lo hice yo, y en este día y los dos siguientes se puso en tierra la artillería, armas, municiones y pertre-

chos que se dirigieron a Arequipa, en las mulas que ya su intendente tenía apostadas, y dadas todas sus providencias al inmediato encargo del coronel de milicias Arauzo y un oficial real que hallé en el puerto para auxiliarme.

11° El día 11 por la mañana salí de Quilca sin tropa ninguna, y llegué a Arequipa el 14 por la noche a apearme con solo un criado a la casa del señor Goyeneche, a pesar de que el cabildo me tenía preparada casa y el intendente Moscoso y otros me convidaron con las suyas por medio de propios que me enviaron al camino. Mi comitiva se acomodó en una casa particular que yo había mandado alquilar desde Lima. El cabildo me dio un lúcido refresco y el intendente y brigadier Cossio me dieron una lúcida comida cada uno. Conferenció con todos sobre los ruidosos disgustos que había entre corporaciones y particulares de la ciudad. Logré que todos quedasen conformes y avenidos, que era una de las órdenes que traía, y algunos perturbadores fugaron antes de mi entrada, temerosos de ser presos conforme a la orden que llevaba.

12° El día 23 a las dos de la tarde salí de Arequipa para Puno, adonde llegué el 29 por la tarde, y me apeé en la casa del intendente don Manuel Quimper. Aquí tuve que hacer bastante para conciliar los ánimos del intendente, cabildantes y otros que estaban en una total desavenencia. Logrelo por entonces y conocí que duraría poco. Rompí con su conocimiento todo lo escrito sobre sus quejas dadas al señor virrey que traía conmigo, y dejándolos en paz y con un destacamento de cuarenta hombres.

13° Salí el día 2 de julio de Puno y llegué al Desaguadero el 6 del mismo. Mandaba este punto el coronel de milicias don Felipe de la Hera, juramentado en Salta, y tenía a sus órdenes una porción de oficiales y como 400 soldados de los mismos juramentados que mi antecesor había despedido por perjudiciales al ejército, por seductores de él, y por haber querido valerse del juramento prestado a unos revolucionarios. Entre dichos oficiales había algunos honrados, fieles y adictos a la causa del rey; tal era el coronel La Hera, su hermano y otros que me pidieron venir al ejército, como se verificó con alguna tropa de la juramentada. De la que traje de Lima, se formó un batallón con el nombre de partidarios que cumplió sobresalientemente en el ejército. Despedí los restantes oficiales y soldados juramentados, para que se fuesen a sus casas. Dejé el mando con las correspondientes instrucciones al coronel de milicias don Antonio Goiburu, subdelegado que era de aquel partido, llamado

de Pacajes, con un destacamento de 150 hombres, 9 piezas de artillería, un considerable repuesto de municiones, y con seis días de detención en este interesante punto.

14° Salí del Desaguadero el 12 y llegué a la ciudad de La Paz el 14, enviando la tropa en derechura por Laja a esperarme en Calamarca. Me alojé en la casa del intendente marqués de Valde-Hoyos. Recibí en la ciudad al juramentado teniente coronel Juan Saturnino Castro (que fue después pasado por las armas por traidor). Pedí un empréstito a los pudientes de la ciudad, que me le dieron de cincuenta mil pesos, y dejando en ella un destacamento de 150 hombres, con tres piezas de artillería ligera.

15° Salí de La Paz el 19, me uní en Calamarca con la tropa, caminé siempre pronto a batirme con los cochabambinos que se habían reunido a estorbarme el paso, y llegué a Oruro el 26. En esta villa me impuse de que el corto ejército que había quedado después de las batallas desgraciadas del Tucumán y Salta, retirado a ella con su general Goyeneche, había estado a pique de disolverse por la seducción de muchos oficiales; que pasaban de 2000 los soldados que se habían desertado juntos a centenares; que el auditor de guerra, los oficiales superiores, edecanes del general y otros muchos se habían separado del ejército pretextando enfermedades, temerosos de una inmediata catástrofe; que el regimiento primero todo reunido, sin oficiales y en forma de motín, se había metido en la casa del general a pedir lo que no supieron decir en su alboroto; que el general se había marchado por la costa sin esperarme, nombrando antes en su lugar al brigadier don Juan Ramírez hasta mi llegada; que con este pasaron mil cosas, y aun amenazas de parte de rateros oficiales sin honor; que para evitar la total disolución del corto ejército que había quedado, había tomado Ramírez la resolución de sacarlo de la villa, marchando adelante por el camino del Despoblado con el pretexto de buscar al enemigo que se hallaba en Potosí; hasta que llegó a Challapata, donde recibió mi orden comunicada desde Oruro, para pasar a Ancacato; y finalmente supe que el ejército se hallaba sin vestuario, sin zapatos, sin víveres y sin plata en la caja. Por todas estas consideraciones, estuve vacilando algunas horas sobre si tomar el mando (con seguridad casi positiva de sacrificar mi vida y mi honor), o volverme a Lima, exponiendo a su ruina por esta determinación al ejército y provincias. Dispuesto a lo primero, prefiriendo el bien del rey y la patria, y dejando en Oruro al coronel de milicias don Joaquín Rebueta

de comandante militar y político con 150 hombres de guarnición, el depósito principal de municiones del ejército, y encargada la seguridad de aquel punto contra las ideas de la provincia de Cochabamba (que estaba en poder de los enemigos, y ya la habían atacado sin fruto anteriormente), y contra la de muchos habitantes de la villa y pueblos circunvecinos que acechaban la ocasión de tomarla para quitar al ejército este único refugio en un caso desgraciado, y preciso paso para ir al importante del Desaguadero, último apoyo del ejército, me apresté y

16° Salí de Oruro el 3 de agosto, llegué el 7 a Ancacato, donde me esperaba el general Ramírez, y tomé el mando de él en el propio día. Consistía en 3044 hombres, en esta forma:

Fuerza	
División de Picoaga	885
Ídem de Lombera	729
Batallón de Estévez	275
Compañía de pardos y morenos	77
Caballería en diferentes escuadrones y partidas	500
3 compañías de infantería y una de caballería de cazadores	305
Un piquete de dragones de la guardia del general	43
Otro nombrado de La Paz	30
8 piezas de artillería de a 4 de montaña y artilleros	200
17° Fuerza total en el ejército de operaciones	3044

De esta tropa, según el arma y su instituto, y de la que yo traje y artillería que me acompañó desde Lima, organicé el ejército según se demuestra en el plan primitivo de batalla que demarca el número 1.

18° Cuanto se me dijo en Oruro acerca del estado del ejército, era un bosquejo nomás de lo que vi a mi llegada. Los oficiales andaban vestidos con sus sombreros blanco redondo, una chaqueta sin divisa y metidos en una capa. Con este traje montaban las guardias. Jamás se veían en la casa del general, ni aun en las de sus jefes, a pesar de que las costumbres de estos se diferenciaban poco de la del soldado. La tropa estaba desnuda la mayor parte y no pocos soldados con el pie mondado en el suelo; todos con sombrero blanco redondo y embozados en un poncho o manta. Su instrucción, más que regular, pues hacían bien el ejercicio de fusil y maniobras de batallón, pero la disciplina no la conocían. Raro era el que

sabía hablar castellano; excepto los pocos limeños y de Arequipa que había, todos los demás no sabían si no la lengua índica. No comían en rancho, ni era posible hacerlos a este uso, porque casi todos tenían sus mujeres o mozas siempre al lado sin podérselas quitar, so pena de desertarse infaliblemente y quedar disuelto el ejército. Estas mujeres indias y cholitas les guisaban a su usanza, papa, chuño y maíz. Ellas mismas buscaban esta comida, y la robaban siempre en los pueblos de indios cercanos, cuando el ejército estaba parado, o en aquellos por donde pasaban las tropas, procurando ir siempre delante en las marchas para tener hecha la comida al soldado en el punto de la jornada. El oficial enviaba a su asistente en busca de lo que pudiese robar para comer, o se lo traía la moza del soldado, que lo era también suya. Y cuando el ejército estaba fijo en algún punto, se separaban a diez o más leguas, de que resultaba que los indios aborrecían más al soldado, y cuando cogían a algunos sueltos, los mataban a palos. En vano era persuadirlos y castigarlos, y en vano también persuadir a los indios de poblados a que trajesen víveres al ejército. Todos huían antes que llegaran las tropas, y se llevaban y enterraban cuanto tenían, sin que bastase el ponerles la plata delante y rogarles el mismo general en persona que acudiesen con víveres. Provisión para el ejército no la había ni convenía, porque el soldado hecho a robar y a que su mujer le buscara que comer, nada tomaba de la provisión, aunque se lo diesen a mitad del precio. Y, por otra parte, no hubiera tenido el real erario bastante para los acopios necesarios, no por ser muchos los artículos, sino porque le hubieran costado los transportes más que mantener todo el ejército a doble paga, porque este tan pronto estaba en un punto como a 200 leguas de él. Las armas del reino eran dueñas de más terreno que el que pisaban. Los indios aborrecían al soldado, al oficial y a todo lo que era del rey. Por el contrario, servían de balde con sus personas y víveres a los de Buenos Aires, porque los halagaban con la igualdad y libertad de tributos, no por voluntad, pues estos no la tienen ni a unos ni a otros y son enemigos natos de todo el que no es de su casta; les servían fielmente de espías y sabían la posición y movimientos del ejército del rey al momento de ejecutarlos. Y, por el contrario, este nada sabía del de los contrarios, porque no había un indio que quisiera servirle a ningún precio. Las provincias de Cochabamba, Charcas y Potosí estaban en poder de los enemigos y tenían cuanto había menester de plata, víveres, vestuario y brazos. Las tres cuartas partes de sus habitantes eran decididos por el

sistema de ellos y los ayudaban con extraordinaria voluntad, especialmente los curas y frailes, que son los que más daño han causado a las armas del rey, moviendo a sus feligreses en los púlpitos y hasta en los confesonarios a que siguiesen el partido de la independencia. Mas a los indios a quienes ellos dominan los tenían prontos a su voz y los levantaban cuando les convenía, ya para interceptar nuestros transportes de lo interior, y ya para llevar a los enemigos su artillería, municiones, carruajes y cuanto necesitaban, sin más trabajo que pedir a los curas y caciques tres o cuatro mil. El ejército del rey nada de esto tenía. Las mulas de carga y caballos de la tropa montada se morían a centenares porque no había forrajes ni pastos en aquella puna brava. Era el rigor del invierno y todo el territorio, desde Oruro a Potosí, una cordillera insufrible por su clima y esterilidad.

Las tropas del rey ocupaban a su espalda desde el Desaguadero, la villa de Oruro y su partido, y la ciudad de La Paz con los suyos. Oruro era poco de fiar; encerraba muchos sospechosos y su gobernador vivía lleno de cuidados. La Paz era la ciudad más criminal que se conocía, por sus hechos anteriores y por su desvergüenza en manifestar públicamente sus opiniones. Y en una palabra, el ejército del rey estaba vencido y en la situación más deplorable.

El del enemigo estaba en Potosí a la orden de Belgrano, con sus avanzadas a 15 leguas del de mi mando. Constaba de siete mil hombres, todos armados de fusil, bien vestidos, instruidos y en una disciplina sobresaliente, abundante de artillería, municiones y víveres, acabando de disponerse para venir a atacar al del rey, y convidando su caudillo general por proclamar a todos para que asistiesen a verle desaparecer el día 24 de septiembre, que era el de Nuestra Señora de Mercedes, su patrona y generala, elegida por tal en memoria de que en su día había ganado el año anterior la batalla de Tucumán. En el ejército había muchos oficiales espantadizos, desafectos a la causa del rey y contaminados por los sediciosos y juramentados, que fue preciso ir licenciando políticamente.

El auditor de guerra, varios coroneles caballeros principales del país, los edecanes de mi antecesor y otros muchos oficiales se habían retirado a sus casas antes de mi llegada. Y en los primeros días de verificada esta, lo ejecutaron el intendente y secretario, temerosos de que el ejército iba a ser totalmente perdido, y en seguida todas las provincias hasta Lima. El soldado observaba esto, oía hablar tristemente, y se aumentaba cada

día más la consternación que causaron en ellos las desgraciadas batallas del Tucumán y Salta, y la despedida de su general, a quien amaban, así por sus circunstancias y método que tuvo de atraérselos, como por ser de su propio país (Arequipa).

Tal era el estado en que recibí el ejército el 7 de agosto. Le pasé una revista general y todo el resto de este mes se ocupó en continuos ejercicios por batallones, y el ponerle en el posible estado de disciplina, arreglar el armamento, parque y municiones. Mis avanzadas estaban en Vilcapugio y Tolapampa, diez leguas del cuartel general de Ancacato por el Camino Real de Potosí. Salí a reconocer todo el terreno de ellas y mi costado derecho por Condocondo. Y asegurado de la necesidad de mudar el ejército a otra mejor posición, salí de Ancacato para Vilcapugio el 6 de septiembre, y estableciendo allí el cuartel general, y las avanzadas hasta Lagunillas, empecé a maniobrar en grande con las tres armas.

El 11 supe que Belgrano salía de Potosí para atacarme. Cercioreme el 12, y como no me convenía aventurar una acción con menos de mitad de fuerzas (pues apenas me habían quedado 3200 hombres por la continuada deserción), y esperaba 400 reclutas que habían salido de Azán-garo el 8 de septiembre, resolví con maniobras y variación de posiciones distraer al enemigo y retardar la batalla.

Con este objeto, salí de Vilcapugio para Condo el 12 de septiembre, y las avanzadas que estaban colocadas en el Camino Real para Potosí, las pasé al camino del Despoblado, amenazando dirigirme por la espalda de aquella villa para tomarla y caer sobre el enemigo por la suya.

Belgrano llegó a Vilcapugio el 18 con su ejército, se halló con que el de mi mando estaba en Condo y varió todo su plan. Pero una división de indios, cholos y mestizos de 2000 hombres a la orden del sanguinario coronel Cárdenas, que tenía Belgrano además de los siete mil disciplinados de su ejército, llegó el 28 por mi espalda al punto de Pequereque, según se lo tenía prefijado el caudillo antes de la variación de mi plan, recibió la orden nueva a la hora de su llegada. Pero como yo había colocado en él al valiente escuadrón de partidarios, este le atacó y derrotó completamente, matándole mucha gente. Y hubiera acabado con todos, si no se lo hubiera impedido la mucha nieve que caía cerrándole el paso para volver a su posición. Se le cogió a Cárdenas su equipaje y papeles, y entre ellos el nuevo plan de Belgrano para atacarme en Condo el 4 de octubre, ya que no pudo hacerlo en Vilcapugio el 24, suponiendo que

el 3 le había de llegar otra división de aumento a sus fuerzas de 1500 hombres montados de Cochabamba, con cuatro cañones, a las órdenes del coronel Zelaya. Supe que esta división estaba en marcha para unírsele, que con ella juntaba más de nueve mil hombres, sin una considerable porción de indios armados de honda y macana que pasaban de cuatro mil. Reflexioné que si los esperaba en Condo se perdía la batalla probablemente, y de consiguiente esta América Meridional del Sur. Que si me retiraba a Oruro, era imposible, sin mulas de transporte, conducir la artillería y municiones, y segura la disolución del ejército que estaba sin este motivo muy a pique. Y habiéndome llegado el 27 los 400 reclutas de Azángaro, en aquel mismo día se les empezó a enseñar a cargar y disparar el fusil, se les continuó esta instrucción el 28 y 29, y habiendo hecho esparcir la voz de que los enemigos no llegaban a 4000 y que la mitad eran reclutas, resuelvo atacarlos el 1º de octubre de 1813, sin indicar esta determinación a nadie hasta el 30 de septiembre por la mañana, que di la orden a los jefes para salir con todo el ejército a las doce del día por un camino y cordillera de cinco leguas que solo usaban las llamas, pasar en su altura la noche, y caer sobre el enemigo al romper el día 1º de octubre.

Salí, en efecto, el 30 de septiembre con mil trabajos por falta de mulas que condujesen la artillería y municiones. Las de mi uso, las que prestaron varios jefes y oficiales, y las pocas que habían quedado de las brigadas, fueron empleadas. Púsose en marcha el ejército a las 12 del día, y yo exhorté a todos los batallones, uno por uno, al desempeño de sus deberes, y a los jefes les hice entender antes, que si la batalla se perdía no quedaba pueblo ni provincia hasta Lima inclusive que no se perdiese, sin que los enemigos del rey tuviesen ya que disparar un fusil, pues todos estaban pendientes del resultado de ella para declararse por los revolucionarios de Buenos Aires, unirse con ellos y acabar en esta América Meridional del Sur con todos los europeos y americanos buenos servidores del rey, a fin de conseguir su independencia y ponerse en comunicación franca con la del Norte, que estaba por la parte de Santa Fe, Quito y Caracas en una general revolución con no pocos progresos y con iguales ideas que los del Río de la Plata.

Llegué a la altura de la cordillera con el ejército una hora antes de anoecer, el 30, después de haber andado tres leguas por un sendero pendiente, elevadísimo y tan estrecho que solo cabía un hombre de frente por algunas partes. Reconocí completamente desde la altura

los campamentos y cuerpos del enemigo que se hallaban justamente haciendo ejercicio en el punto que demarca la letra V lámina primera del plano de esta batalla, y calculé que su fuerza sería de seis mil hombres. Previne en la orden que no se hiciesen fogatas para no ser sentidos. Toda la tropa, jefes y oficiales estaban al raso; la noche fue crudísima por el frío, hielo y viento; no había pastos para las caballerías; poca agua, y sin una pequeña concavidad en las peñas para libertarse de la nieve y cellisca. El ejército debía descansar hasta las doce de la noche y empezar a esta hora a bajar una asperísima cuesta de dos leguas para llegar al llano de Vilcapugio, dos antes de amanecer. Pero la artillería no había subido a causa de que muchas mulas se quedaron muertas en el camino y fue preciso que con las casi muertas, después de dejar la carga en la altura, volviesen a buscar las de aquellas. Los pocos arrieros que había en las brigadas, así que entendieron que se acercaba la acción, se escaparon. Y los artilleros tuvieron que hacer su oficio con un trabajo tan grande que basta decir que la mula menos débil caería con la carga acaso seis veces con la subida y otras tantas en la bajada. Eran las dos de la mañana y habían llegado solo 12 cañones de 18 que llevaba y municiones para solo ocho. Y como ya no era posible sin una pérdida total el dejar de dar la batalla, me resolví a empezar a bajar la cuesta a aquella hora, dejando prevenido que los seis cañones que restaban, continuasen su marcha hasta unirse al ejército, que no se verificó.

Mi plan era situar de noche las tropas ligeras cerca del campamento enemigo por su espalda en la montaña a que la tenía apoyada, y los dragones montados por su flanco derecho, atravesar el ejército la llanura por el frente al mismo tiempo. Y al rayar el día colocado en esta forma, romper el fuego por el frente, espalda y flanco sobre los campamentos enemigos, haciendo nula de esta forma la numerosa caballería que a aquella hora tenía en los pastos a una legua de distancia.

Todo se hubiera verificado como lo tenía meditado si no acontecía el atraso de la artillería, porque el ejército bajó la cuesta sin ser sentido y sin hallar un centinela. Ni en toda la llanura por su frente había una partida, como que jamás se persuadieron que fuese a atacarlos por ningún camino, y menos por el que emprendí, que solo era transitado de los animales del monte.

Ya era de día cuando el ejército acabó de bajar la cuesta, y se hizo más tarde por el tiempo que se ocupó en descargar la artillería y carruajes, armar estos, montar aquella y formar en batalla del modo que

se ve en las figuras primera y segunda de la lámina primera. De manera que advertido por los enemigos, tuvieron lugar antes de que el ejército atravesase el llano, de recoger su caballada, aprestarse y formarse según se advierte en la figura tercera de la misma lámina, por lo que tuve que variar el plan en la marcha y colocarme a su frente, según se ve en la propia lámina figura cuarta.

El fuego empezó general por una y otra parte a las siete de la mañana con mucha viveza y siguió hasta las once, hora en que mi derecha tenía acosada a la izquierda enemiga hasta el pie de la montaña de su espalda. Pero el ala izquierda sufrió un fuego horroroso por haber cargado los contrarios por aquella parte su mejor y mayor fuerza. El batallón de partidarios que cubría este flanco fue derecho, muerto su coronel La Hera y cuatro oficiales con porción considerable de heridos de ambas clases. En consecuencia, se desordenó y retiró en pelotones a su espalda, como unos dos tiros de fusil fuera de la línea. Un escuadrón de caballería (prisionero ya su comandante Zabala) y el regimiento segundo que le seguía en la formación de ella, padecieron también mucho. Su coronel Lombera fue mal herido con bastantes oficiales y tropa, y no pocos muertos y heridos en él y en el escuadrón, con lo cual se desordenó también, y en seguida la segunda línea del batallón del centro, aunque padeció menos, y mucha parte del regimiento primero que formaba sobre la derecha de él, quedando solo sosteniendo la batalla; por la izquierda, el escuadrón de dragones que se había desmontado y parapetado en una zanja con los caballos al pie y un cañón de a 4, único útil que había quedado; por el centro, dos cañones con algunos pelotones de soldados que se mantenían firmes; y por la derecha, escasamente 400 hombres del regimiento primero, dos cañones tomados al enemigo al principio de la acción, en lugar de los nuestros inutilizados, y el cuerpo de cazadores con su caballería, cuyas tropas se portaron maravillosamente, véase esta escena demostrada en la lámina segunda.

Yo me hallaba en el centro de la línea y tenía empleados todos los edecanes llevando órdenes a todas partes, y el piquete de caballería de la guardia de mi persona que constaba de 30 hombres había sido destinado a ocupar uno de los puntos de mayor necesidad. De manera que estaba solo con el intendente del ejército, don Sebastián de Arrieta, que no se apartó de mi lado en toda la acción.

Vi ya en el más apurado caso mi situación. En este caso, me dirigí a los pelotones de la tropa desordenada que sin haber dejado los fusiles se

mantenía cerca de la moribunda línea, los grité y exhorté de la manera más eficaz, y todos con la mayor subordinación vinieron conmigo a ella, portándose con tal valor y arrojo que en menos de una hora ya los enemigos que no supieron aprovecharse de su tiempo favorable, subían por la montaña de su espalda en retirada ordenada. Los de la derecha que, aunque acosados se mantenían firmes al pie de ella, empezaron a huir, véase la lámina tercera, y ya una batalla perdida se ganó tomándoles toda su artillería, armas y municiones, con las cuales y sobre el acto se municionó todo mi ejército.

Por los listados que se cogieron al enemigo, me impuse que su fuerza era la siguiente:

Ejército del rey	Fuerza de ambos ejércitos	El de los insurgentes
Artillería	12 piezas de a 4 a montaña	16 piezas
Infantería	480	5000
Caballería	3000	1300
Ídem de lanza		690
Indios		Una multitud

Lo tomado al enemigo y los muertos y heridos de ambas partes lo expresa el siguiente estado.

En este día 1º de octubre de 1813 se puede decir con toda verdad que se recuperó la América Meridional del Sur.

Estado de los muertos, heridos y prisioneros en la batalla de Vilcapugio

	Muertos	Heridos	Prisioneros	General
Ejército del rey				
Oficiales	7	14	3	24
Tropa	146	247	98	491
Ídem de los insurgentes				
Oficiales	40	38	6	84
Tropa	500	800	115	1415

Oficiales prisioneros del ejército de Buenos Aires

Don Benito Álvarez, coronel del regimiento número 8 murió
 Don José Valderrama, teniente coronel y ayudante de Belgrano .. herido
 Don Francisco Jollo, sargento mayor del regimiento número 1
 Don José Noya, capitán del regimiento número 1
 Don José Bernaldes, teniente coronel comandante de dragones
 Don Clemente Bustamante, alférez de artillería

Relación de las armas y pertrechos tomados al enemigo

Cañones del calibre de a 6	4
Ídem de a 4	6
Ídem de a 2	2
Obús de a 6 pulgadas	2
Cureñas del calibre de a 6	4
Ídem de a 4	6
Ídem de a 2	2
Ídem para obús de 6 pulgadas	4
Cartuchos de cañón del calibre de a 6	916
Ídem del de a 4	926
Ídem del de a 2	45
Fusiles	799
Cartuchos de ídem	144 mil
Cartucheras	136
Portabayonetas	140
Bayonetas	332
Estopines	2800
Lanzafuegos	289
Tiendas de campaña	300
Cajones de herramientas	3
Ídem de medicina	4
Zurrones de hilar y vendas	5
Palas, picos y barretas	22
Granadas de obús cargadas	12
Chipas de charque	49
Costales de maíz	28
Harina ídem	17
Ídem de arroz	12

Oficiales muertos y heridos del ejército del rey

Muertos

El coronel don Felipe de la Otera, comandante del batallón de partidarios
El capitán del Real de Lima don Domingo Peña
El ídem ídem don Manuel Puente Arnao
El teniente don Domingo Maldonado
El ídem don Clemente Vera
El ídem ídem don Antonio López Rendón
El subteniente don Vicente Fernández

Heridos

Coronel
Don Jerónimo de Marrón y Lombera, comandante del segundo regimiento

Capitanes

Don Juan de Dios Saravia
Don Cipriano Chuquicallata
Don Cristóbal Martínez
Don Francisco Alcántara

Tenientes

Don Melchor Villota
Don Juan Vicente Guerrero
Don Ramón Herrera
Don Pedro Montero

Subtenientes

Don Marino Tacorena
Don Tomás Morón
Don José Zúñiga
Don Agustín Ascarraga
Don Ignacio Pedrosa

Nota = El subteniente del regimiento de caballería don Antonio Suárez salió de Condo el día 3 de octubre conduciendo a Lima los cuatro oficiales prisioneros que se expresan, Jollo, Bernales, Noya y Bustamante, que llegaron a aquella capital por Puno, Cuzco, Huamanga, etc. Y Valderrama quedó herido en el hospital de Oruro. Álvarez, murió.

En el campo de batalla concedí algunas gracias y la de un escudo de honor a los que más se distinguieron. Le dirigí al excelentísimo señor virrey de Lima por mi edecán, el teniente coronel don Alejandro Herrera, que llegó a aquella capital el 27 del mismo, después de haber andado 500 leguas en 23 días, y le concedió dicho señor virrey por tan buena diligencia y noticia el sueldo de teniente coronel efectivo.

El 12 del mismo octubre por extraordinario di a dicho señor el parte detallado y circunstanciado de dicha batalla, acompañándole el plan número 2 de las diferentes formaciones y evoluciones del ejército durante ella. El extraordinario era un particular: llegó a Lima el 2 de noviembre y mereció la graduación de teniente.

El virrey, que tres días antes de tan agradable noticia había recibido la que le di por el correo de mi apurada situación, recibió, así como los honrados habitantes de Lima, un júbilo tan extraordinario que jamás se han hecho unas demostraciones públicas de más magnificencia. Y en el teatro se representó una comedia con el título de *Batalla de Vilcapugio*, compuesta al intento y según lo que su pobre autor sabía hasta entonces de lo ocurrido en ella, y todos los buenos a porfía manifestaron su gozo, al paso que los malos su disgusto.

En el mismo día de la batalla, y en el concepto de que el enemigo se había retirado por el camino del Despoblado, a favor de la oscuridad de la noche dirigí tras él los cuerpos de cazadores y partidarios y los dragones que quedaron menos mal montados. Y dispuse que permaneciendo en Vilcapugio un batallón para sostener la retirada a Condo de heridos y pertrechos sobrantes, lo verificase el resto del ejército el día 3, como se ejecutó y yo a su cabeza.

Desde el 3 al 16 quedó todo ya en dicho punto de Condo, donde se trabajó con la mayor actividad para recomponer las armas y especialmente el carruaje de la artillería que había quedado inservible, así como el tomado a los enemigos.

Belgrano no se retiró por el camino del Despoblado. Dirigióse sí a Macha con las tropas que le quedaron para rehacerse en aquel punto, recibir los auxilios de las provincias de Charcas y Potosí que quedaban por su espalda, reunir la división de 1500 hombres con cuatro piezas de artillería del mando del coronel Zelaya que no había llegado a la batalla de Vilcapugio y, finalmente, los dispersos que esperaba por las estrechas órdenes que había comunicado a los jueces de todos los puntos de su tránsito.

Su segundo, Díaz-Vélez, se retiró a Potosí con 400 hombres para extraer de aquella villa los grandes auxilios de que era capaz en aquel

tiempo. Hizo fortificar la Casa de Moneda; encerró en ella 500 hombres de la villa a quienes dio armas; sacó de todas las casas y tiendas cuantos víveres y mercancías tenían, sin perdonar la plata y alhajas de las iglesias; pasó por las armas a los que hacían la menor gestión de opinión, sin exceptuar el sexo femenino, a quien castigaba en la plaza con azotes sobre un cañón; y publicó un bando con pena de la vida para que todo el que tuviese caballerías de cualquiera especie las presentase. Con sus inauditas providencias y castigos, aterró a todos los habitantes de la villa, sacó familias enteras presas que envió a Jujuy, encarceló más de cincuenta señoras de las principales, y se dedicó a enviar a Belgrano cuantas armas y pertrechos pudo, así como para Jujuy los robos y saqueos que había hecho. Yo con noticia de todo, previne a los cuerpos de cazadores, partidarios y dragones que estrechasen a Potosí e impidiesen la saca de los robos y familias, como se verificó en mucha parte, y las señoras encarceladas lograron de este modo no ser confinadas.

Para el 24 de octubre me hallaba ya expedito y en estado de seguir mi marcha con el ejército sobre el de Belgrano. Había remitido a la villa de Oruro todos los enfermos y heridos, así como la artillería y pertrechos sobrantes que no podía dejar en Condo, porque hubieran asesinado a aquellos y quemado a estos, los indios de aquel pueblo y de los inmediatos, luego que hubieran visto alejarse el ejército por ser los más alzados y perversos que había en toda su clase, y contra quienes no podía dejar fuerzas que debían ser de alguna consideración por la escasez de las de mi ejército para la segunda batalla.

Esta era precisa y de necesaria prontitud para echar a Belgrano de las provincias de Cochabamba, Charcas y Potosí que conservaba en su poder, aumentándose de día en día su ejército con los auxilios que la mayor parte de los habitantes de ellas, adictos en lo íntimo de su corazón a la independencia y enemigos de la causa del rey, le proporcionaban. Pero me hallaba sin una mula en que transportar la artillería y municiones, y tomando el arbitrio de conducir en hombros de indios aquella y con burros y llamas las municiones, hice reducir todos los cajones a la posibilidad de tan débiles y pesados animales. Y encargando la reunión de indios al honrado cura de Coroma, don Poveda, y a diferentes partidas por todas partes el recojo de los burros y llamas que encontrasen en los campos, logré tener lo absolutamente preciso para ponerme en marcha, y a pie hasta la caballería y la mayor parte de la oficialidad, sin más víveres que unos pocos que pudieron sacarse de Condo, y sin otra esperanza que la de hallar en los campos del tránsito algunas llamas.

Salí de Condo con el ejército el día 30 de octubre. Desde la segunda jornada sufrió continuas aguas y nieves. Muchos soldados iban descalzos, con pocas tiendas y sin más abrigo que una manta encima de su casaca. Los indios de los pocos pueblos del tránsito (y con orden expresa de los enemigos, que obedecían con gusto y puntualmente) habían abandonado sus hogares, y llevándose cuanto tenían en ellos y el ganado de los campos. Las partidas de tropa que durante la marcha caminaban por los costados, a cuatro y seis leguas de distancia en busca de llamas que comer, se volvían las más sin encontrar nada. Era preciso, en consecuencia, matar con toda economía las que llevaban la carga, que tomaba el soldado sobre su espalda, y suspender la marcha, para que estas y los burros que habían transportado la suya al punto de la jornada, volviesen a la anterior a buscar la que allí había quedado. Y con estos y otros muchos trabajos consiguientes a la total escasez de recursos, se concluyó el día 11 de noviembre la marcha acaso más penosa que ha sufrido ejército ninguno, y original por la especie de animales de transporte que no puede graduar nadie, sino el que lo experimenta y conoce la calidad de la llama, que en llegando a echarse primero muere a palos que se levanta, y solo la flema del indio puede sufrir su torpeza.

Los indios dirigidos y pagados diariamente por el cura Pobeda, elevaban sobre sus hombros los cañones y el carruaje. Y aunque se les trataba bien y se les daba de comer con tanto cuidado como al soldado, era preciso llevarlos en la marcha y tenerlos para los tránsitos con una fuerte escolta y acompañarlos centinelas hasta para hacer sus necesidades. Porque de otra manera no hubiera quedado uno.

El 11 llegué con todo el ejército a la elevada montaña de Taquiri, distante unas tres leguas del ejército enemigo. Desde ella observé su posición, que era al fin de una llanura que se llama Ayohuma, detrás de un río que la atraviesa, y apoyado su costado derecho a una áspera montaña y su espalda a una suave elevación superior, aunque poco, a la que ocupaba. Juntamente se hallaba todo su ejército formado en este punto la misma tarde que yo llegué a Taquiri, y como su elevación permitía (casi a vista de pájaro) observarle, logré con mi antejo instruirme menudamente de su posición y hasta de sus fuerzas con corta diferencia. Me impuse, asimismo, de la aspereza de una formidable y larga cuesta de una legua que tenía que bajar para poner el ejército en la llanura, de la localidad del terreno de esta, brazos del río que la atravesaban, e igualmente que de la posibilidad de pasar algunas lomas que tenía esparcidas en las dos leguas de su extensión para no

dirigirme por el Camino Real, por donde me esperaba el enemigo. Y finalmente me informé por un indio único que se presentó, de la facilidad y sitio por donde se podía vadear el río y de grandes zanjas y fosos que por todo el frente de dicha su posición había hecho, dejando sin ellas su costado izquierdo que terminaba en la llanura para desplegar en ella su numerosa caballería. Supe también que Belgrano había hecho una reunión de más de 4 o 6 mil indios armados de honda, flecha y macana, con destino de que le ayudasen en la batalla y persiguiesen nuestros dispersos, sin darles cuartel en caso de ganarla.

Al día siguiente 13 por la mañana volví a ratificarme en las observaciones hechas el día anterior. Formé el plan de batalla y convocando por la tarde en la misma altura a mi segundo, el mariscal de campo don Juan Ramírez, al mayor general brigadier don Miguel Tacón, a los comandantes de artillería e ingenieros don Casimiro Valdés y don Francisco Javier de Mendizábal, y a los de los cuerpos de línea y ligeros, los impuse a todos de la hora, formación, marcha, camino, dirección y despliegues que debían ejecutarse al día siguiente, y di a cada uno en un papel el bosquejo de la disposición y lugar de cada cuerpo.

En el mismo día 13 dispuse que todas las cargas sobrantes del parque, hospital, ramo de Hacienda y tiendas de campaña de todos los cuerpos, así como todos los equipajes, desde el mío hasta el del último tambor, se colocasen formando un cuadro en el punto más elevado de la altura que ofrecía buena disposición para ello, y que dentro de él se metiesen los enfermos, sus asistentes y los demás empleados del ejército que no eran de armas llevar, con los emigrados, mujeres de los soldados y algunos vivanderos. Y habiéndoseles repartido armas, y todos a la orden del teniente coronel don José Antonio Estévez, sostuviesen aquel punto prefijado para la reunión en caso de una desgracia. En este estado di la orden para que una hora antes de amanecer estuviese el ejército formado para emprender la marcha.

Fuerza de ambos ejércitos

	Ejército del rey	Ídem de los insurgentes
Artillería	18 piezas	8 piezas
Infantería	2850	3400
Caballería	250	1200
Ídem de lanza		500
Indios		Una multitud

Al romper el día, empezó el ejército a bajar la cuesta, y la artillería montada sobre sus carruajes tirada por los indios a cargo del citado benemérito cura de Coroma, que cuidaba de ellos. A las ocho de la mañana se hallaba formado al fin de ella en la manera que expresa la figura primera de la lámina número 3. El enemigo estaba formado en batalla al frente del Camino Real en la posición antes indicada, y que demarca la figura segunda, pero habiendo dado diferente dirección a todos los batallones y artillería, atravesé el río y loma inmediata por la izquierda del Camino Real para caer sobre su derecha, y solo los cazadores montados siguieron dicho Camino Real, llevándose por delante las partidas que los enemigos habían apostado en él. La marcha se ejecutó según se manifiesta en la figura tercera, y al fin de ellas quedaron las líneas y tropas ligeras, según demarca la misma figura. El ejército enemigo varió el frente de su posición y se encontró perdido su trabajo de grandes zanjas y fosos que había abierto en el anterior, y con su flanco derecho tomado.

En esta disposición, ambos ejércitos y a distancia de tiro y medio de fusil uno de otro, y teniendo yo perfectamente apoyada mi izquierda a una loma que ocupaban las tropas ligeras, hice pasar a ellas por más necesarios a la derecha seis cañones de 4 para reforzarla, porque tenía a su frente una numerosa caballería a quien proporcionaba el terreno maniobrar con desembarazo. Y mandé en seguida que manteniéndose firme toda la tropa de línea, y con sus claros abiertos, avanzasen las 18 piezas de artillería a tiro proporcionado de los enemigos, y que al mismo tiempo las tropas ligeras de la loma atacasen al flanco derecho de su línea de batalla y a dos escuadrones que estuvieron para defenderle en oposición de aquellas, según se ve en la lámina segunda.

Este movimiento se ejecutó con la mayor prontitud y animosidad. Las tropas ligeras arruinaron y persiguieron a los dos escuadrones que no pudieron volver a su formación y huyeron en el mayor desorden, cortaron el camino para Macha y Chuquisaca como se les había prevenido, y empezaron a hacer un vivísimo fuego sobre el flanco derecho de la línea enemiga. La artillería se portó de una manera tal, que jamás he visto servida tan bien, en las muchas acciones en que me he hallado durante mi vida. Ella abría grandes claros en las filas enemigas, que sufrieron un considerable daño; pero, sin embargo, se mantuvieron tan firmes como si hubieran creado raíces en el lugar que ocupaban.

Un cuarto de hora duró este horroroso fuego que yo creí suficiente para ganar la batalla. Pero eran valientes los enemigos, aunque no tenían jefes que supieran dirigirlos. Los batallones que a medio tiro de fusil de la avanzada artillería, mandé permanecer firmes, manifestaron sus deseos de entrar en acción. Hícelos avanzar cuando fue tiempo y que al llegar a unirse con la artillería siguiesen el ataque de frente.

Al ver el enemigo este movimiento, descendió de una suave alturita que ocupaba. Formado en batalla, se arrojó sobre mi tropa, que del mismo modo iba hacia él, con un valor e intrepidez que debo confesar de justicia. Desplegó su caballería de la izquierda que por dos veces atacó con el mismo denuedo mi derecha. Pero recibida con la metralla de diez cañones, por todo el cuerpo de infantería y caballería de cazadores y por el valiente piquete de cincuenta hombres montados de la guardia de mi persona, que envié al instante que la vi mover, fue destrozada con una horrorosa pérdida y sus restos huyeron precipitadamente. El ejército que yo mandaba unido con la artillería hizo su ataque de la manera más hermosa y valiente. Y llegadas ambas líneas hasta la distancia de medio tiro de fusil, no pudieron las enemigas sufrir el estrago que las causaban, ni el fuego de las tropas ligeras que les tomaron el flanco por aquella parte al principio, y ya se le hacían por la espalda, como demuestra la lámina tercera.

Esta última escena, que duró un cuarto de hora, destruyó a los enemigos, y con más de 600 hombres muertos y acaso 1500 heridos huyeron precipitadamente. Pero como estaban tan inmediatos unos de otros, y a pesar de que no me hallaba con cien caballos útiles, siguieron todas las tropas tras ellos por el único camino que les había quedado, que era el de Potosí, haciéndoles cuanto fuego era posible en su carrera y acuchillándolos mi poca caballería, de manera que se logró acabar con todo el ejército enemigo, excepto con Belgrano y Díaz-Vélez, que anticipadamente se habían procurado poner en salvo, y con unos 500 hombres entre caballería e infantería que pudieron escapar después de la persecución que se les hizo por más de dos leguas de distancia.

Era día del triunfo de Nuestra Señora, 14 de noviembre, y en él favoreció a las armas del rey de una manera la más grande, que solo esta Señora lo puede alcanzar.

No hubo oficial, soldado ni tambor que se apartase de su puesto ni que obrase con cobardía. Tampoco hubo el menor azar de aquellos que comúnmente suceden en los primeros encuentros de un ejército con otro y obligan a variar el plan de ataque. Él se verificó en todas sus partes, según había explicado el día anterior a todos los jefes.

Tan graves consecuencias hubiera traído la pérdida de una batalla como la de Vilcapugio. Las provincias, sin embargo del feliz resultado que tuvo esta, no habían variado de opinión y su conducta era la misma. Si la batalla se pierde, se pierde también la América Meridional del Sur.

El 15 di parte el excelentísimo señor virrey por un edecán el coronel don Manuel Quimper. Concedí algunas gracias particulares y habiendo acordado una general de un escudo a cuantos individuos de todas clases se hallaron en la batalla, se varió por lo común que es esta distinción, y a solicitud de todo el ejército, en una medalla de la figura e inscripción que se ve al fin del plano de dicha batalla.

Relación de los oficiales y tropa del ejército real que hubo muertos y heridos en la batalla de Ayohuma, el 14 del corriente:

Cuerpos	Nombres	Oficiales						Tropa					
		Muertos			Heridos			Muertos			Heridos		
		Cap.	Ten.	Sub.	Cap.	Ten.	Sub.	Sarg.	Cab.	Sold.	Sarg.	Cab.	Sold.
Artillería	Don Narciso Martínez				1								4
Regimiento primero	{ Don Francisco Morales		1										
	{ Don Manuel Almonte					1				4	1	6	35
Regimiento segundo	{ Don Justo Pastor				1								
	{ Don Domingo Infantas						1			2	1	2	19
Batallón del centro	{ Don Felipe Velando						1						
	{ Don Silvero Mogrovejo					1				2	1	2	19
	{ Don Simón Solís							1					
Guerrillas									4	24			5
Caballería	{ Don Idelfonso Udave		1										
	{ Don Dionicio Delgadillo						1			3		3	4
Dragones de honor										1			
	Totales	2		2	4	2			4	36	3	13	86

Oficiales y tropa del ejército revolucionario de Buenos Aires que fueron hechos prisioneros en la batalla de Ayohuma el 14 de noviembre

Cuerpos	Clases	Nombres	Tropa
Artillería	Capitán	Don Francisco Villanueva	43
	Teniente	Don Valentín García	
	Subtenientes	Don Agustín Ravago	
		Don Carlos Burgos	
Cadete	Don Juan Alberto Abuela		
Regimiento (ilegible)	Capitanes	José Roa	312
		Marcos Ibarra	
		Antonio Segovia	
		Agustín Vidal	
		Gregorio Fernández	
	Tenientes	Alberto Acebedo	
		José Navarro	
		Manuel Ballejos	
		Domingo Díaz	
		Martín Pereira	
	Subtenientes	Domingo Pellisa	
		Clemente Caco	
		Juan Bautista Flores	
		Custodio Araya	
		Rufo David	
	Cadetes	José María Pastrana	
		Felipe Cueba	
		José Navarro	
		Manuel Pérez	
Eramilao Correa			
Distinguido	Juan Ramos		
	Manuel Pandan		
	Ramón Vivar		
		Felipe Deri	

Regimiento número 6	Capitanes	{	Juan Pardo de Cela	}	182
			Esteban Figueroa		
			Francisco Arauzo		
	Ayudante		Juan Mardones		
			Manuel Rivas		
	Tenientes	{	Juan Palacios		
			Mariano Calderón		
			Felipe Bott		
			Melchor Zubieta		
			Ramón Guzmán		
Subtenientes			Benito Ramayo		
			Asencio Lescano		
			José María Pajón		
			Fortunato Puirredón		
			José Saura		
			Nicomedes Martínez		
			Victoriano Bolaños		
			Antonio Pérez		
			Francisco Castillo		
			Ramón Aguilar		
Cadetes			Gregorio Herrera		
Batallón de cazadores	Sargento mayor		José Antonio Cano	}	75
	Capitanes	{	Pedro Esquino		
			Ramón Boedo		
	Tenientes	{	José Felvi Ortiz		
			Joaquín Tagle		
	Subteniente		José María Oruro		
			Isidro Quiroga		
	Cadetes	{	Domingo Romero		
			Pablo Ramos		
	Distinguido		José Antonio Quiroga		
		Juan Cantoya			

Dragones	{ Capitanes { Tenientes { Subtenientes {	Bernardo Delgado Isidro Villar Ipólito Videla Domingo Luján Gregorio Aramani José Mantilla Calisto Jiraldes	} } } }	} } } }	40					
						Pardos y morenos	Sargento mayor	Bartolomé Rivera	}	145
							Capitán	Calisto Baca		
Tenientes	José Cabrera									
Subtenientes	Pablo Morillo									
	Mariano Campos									
		Fernando Azcuenaga								
Tropa					797					

Armas y pertrechos tomados en dicha batalla

Cañones de varios calibres	8
Cureñas para ídem	8
Municiones para ídem cajones	5
Fusiles en el campo de batalla	1200
Ídem en las alturas y quebradas dejados por los heridos	613
.....	1813
Cartucheras	1300
Cortabayonetas	800

Una escasa provisión de víveres en Macha, que se repartió a la tropa y hospital.

Varios depósitos cortos de víveres en los pueblos inmediatos a Macha, que tuvieron igual destino.

Alguna parte del equipaje de Belgrano en que se hallaron 746 pesos en moneda revolucionaria y su correspondencia.

Varias petacas con ropa de oficiales que se repartió.

En el mismo día 14 y así que regresé con las tropas que persiguieron al enemigo al campo de la batalla, di la orden a mi segundo, el mariscal de campo don Juan Ramírez, para que marchase en seguimiento de los pocos fugitivos que con Belgrano y Díaz-Vélez tiraron por el camino de Potosí, que se posesionase de aquella villa, estableciese el orden en ella con arreglo a la instrucción que por escrito le pasé, y quedándose con la competente guarnición, enviase tras del enemigo hasta Tupiza y hasta posterior orden mía, el resto de las fuerzas que llevaba. Estas consistían en los cuerpos siguientes:

El batallón de partidarios	322
El ídem de cazadores	300
El escuadrón de dragones	128
Una compañía de granaderos del primer regimiento	103

Di la orden asimismo para que el 15 se llevasen todos los heridos, pertrechos, armas y municiones al pueblo de Macha, tres leguas distantes del sitio de la batalla, y a donde pasé con mi cuartel general y cuerpos del ejército el propio día 15.

El 16 mandé al brigadier don Jerónimo Alarcón y Lombera que marchase a la ciudad de La Plata a tomar posesión de ella, y establecer el orden con arreglo a la particular instrucción que le di por escrito. Y llevó consigo las tropas siguientes:

El batallón que formaba las guerrillas	250
Dos escuadrones desmontados	200
Dos cañones de a 4 de montaña	20

En el mismo día 16 dispuse que el subdelegado del partido en que se dio la batalla, fuese a la capital del “Chayanta” a establecer el orden, nombrar caciques y alcaldes, y ponerlo en el estado debido de sumisión y contribución al rey. Sus habitantes eran los más pertinaces y obcecados, amigos de los insurgentes, adictos a su sistema, por lo que en la instrucción que di a dicho subdelegado, le previne entre otras cosas el que con todo rigor les impusiese una fuerte contribución.

A su solicitud comisioné el 18 al mariscal del campo don Francisco de Picoaga, para que marchase (como lo verificó aquel día) a las provincias del Cuzco y Puno, con instrucción por escrito para su gobierno, a

fin de recoger desertores y reclutar en ellas de dos a tres mil hombres, que me ofreció con objeto de remplazar las bajas del ejército que eran muchas, no tanto por los muertos y heridos, como por las deserciones. Pues en solo los tres días siguientes a la batalla pasaron de 400 los soldados que se huyeron, porque creen tales hombres que ganada una batalla, se ganó y acabó la guerra. Y siendo absolutamente preciso poner guarniciones en las tres provincias recuperadas, Charcas, Cochabamba y Potosí, y que fuesen de alguna consideración, especialmente en las dos primeras, más adictas al sistema de la independencia, era indispensable tomar esta medida y aumentar mi fuerza para sacar las ventajas que proporcionaban las dos memorables batallas de Vilcapugio y Ayohuma.

Con este tan interesante objeto, escribí a los intendentes y gobernadores de las provincias de Puno, Arequipa, Cuzco y Huamanga para que a toda prisa me enviasen cuanta gente pudiesen, y plaza con que mantenerlos, y al de La Paz esta sola especie, porque la gente de ella es más enemiga del rey que los mismos de Buenos Aires.

En el mismo día 18 dispuse que el sargento mayor de caballería don José Abeleira, con 150 soldados de su cuerpo, saliese de Macha con 54 oficiales y 480 soldados prisioneros sanos y los condujese a Lima, como lo verificó por Puno, Arequipa y Quilca. Y para quedar del todo desembarazado de la pesada carga de prisioneros, previne al capitán del primer regimiento don Miguel Mellado, que con una partida de 40 hombres, se hiciese cargo de los 14 oficiales y 200 soldados heridos que habían quedado en el hospital, y cuando estuviese en estado de emprender la misma marcha que los otros, la verificase, como así lo ejecutó, saliendo de Macha el 2 de diciembre.

El 21 de dicho mes de noviembre mandé salir para Potosí la tropa y pertrechos siguientes:

El segundo regimiento	500
Seis cañones de a 4 de montaña	60
Fusiles tomados al enemigo	1000

Con esta tropa fueron tres oficiales de los prisioneros, Acebey, Torres y Alvarracin, con objeto de averiguar si eran, como me dijeron, los principales autores de la muerte del intendente de Potosí, el señor Paula Sanz. Pero no siendo cierto, Acebey y Torres se pusieron a servir de soldados en el ejército del rey, a solicitud suya y de sus honrados

padres, y el tercero marchó a Oruro a alcanzar a los demás. Acebey fue después un traidor y Torres poco menos.

El 26 dispuse que saliese para la ciudad de La Plata el batallón del centro con cuatro cañones y todo el parque del ejército, más la artillería y resto de fusiles. Asimismo previne al coronel don Martín de Jáuregui que se encargase del mando de la villa de Oruro, ínterin disponía y arreglaba una pequeña división de 500 hombres de infantería y caballería con cuatro piezas de artillería para marchar a tomar posesión de Cochabamba, establecer el orden, castigar a los infidentes y recuperar toda la provincia que había mandado el malvado caudillo Arenales. Jáuregui se aprestó en pocos días y, en efecto, se dirigió a ella con dichas fuerzas. Pero Arenales evacuó la ciudad pocos días antes y se fue a Vallegrande, donde tenía muchos parciales, y su espalda resguardada en Santa Cruz de la Sierra, que estaba dominada por los insurgentes, y era una guarida muy perjudicial a las operaciones del ejército.

Con el fin de recuperar también a Santa Cruz, mandé que el teniente coronel don José Joaquín Blanco, saliese de Sicasica con cien hombres y dos cañones de campaña, y que reforzado con la tropa que le facilitase Jáuregui después de posesionarse de Cochabamba y de tranquilizar aquella obstinada provincia, siguiese a Vallegrande y acabase con Arenales antes que aumentase las fuerzas con que huyó de Jáuregui y recibiese auxilios de Santa Cruz. En tal estado, y dadas todas las providencias para la seguridad del país recuperado, el 30 de noviembre salí yo, con mi cuartel general, el primer regimiento, un escuadrón de caballería y mi piquete de honor, para la ciudad de La Plata, donde entré el día 4 de diciembre, después de haber andado en estos cinco días un camino tan malo o peor que el anterior de Livichuco.

La ciudad de La Plata la había evacuado el 19 de noviembre el intruso gobernador Ocampo, así que supo la aproximación de las tropas del rey. Su cabildo secular y eclesiástico me pasaron oficios de sumisión a las armas de mi mando. En mi primera jornada a Ocurí, me salieron a recibir dos diputados del primero, y en la última “las proclamas” por el segundo, su recomendable deán don Matías Terrazas, así como otros cuerpos de la ciudad una legua antes de llegar a ella. Y con este acompañamiento entré observando a primera vista en los semblantes, calles, aparato y concurrencia de gentes, lo que había adelantado en sus ánimos, el roce y trato con los insurgentes, especialmente en la gente común y de medio pelo, que denotaban el sentimiento de ver entrar las

armas del rey con la mayor desvergüenza, embozados algunos en capa y la mayor parte en ponchos y mantas, con sus sombreros redondos calados hasta los ojos, recostados a las esquinas y paredes de las calles, desafiando con su postura a las tropas del ejército, que iban prevenidas de tratarlos como hermanos.

Esta ciudad fue la primera de la América Meridional que se puso en revolución contra las legítimas autoridades y derechos del rey, en la noche del 25 de mayo de 1809 en que, embriagada la plebe por el subdelegado que era entonces del partido de Yamparaes, don Juan Antonio Álvarez de Arenales, se amotinó, y de orden de los ministros de la Real Audiencia despojó de su mando a su presidente, el excelentísimo señor don Ramón García Pizarro, teniente general, y lo condujo preso a un calabozo de la universidad, quedando desde aquel acto con el mando político dicho tribunal y a su cabeza el regente conde de San Javier. Este nombró por comandante militar bajo sus órdenes al expresado Arenales, que tantos daños hizo entonces y después a la causa del rey, siendo un acérrimo caudillo de los revolucionarios de Buenos Aires, en los partidos de La Laguna, Vallegrande y provincia de Santa Cruz, donde (como se verá más adelante) mantuvo la guerra este malvado más de dos años contra fuertes divisiones del ejército real, en agradecimiento de haberle puesto en libertad la Real Audiencia de Lima con otros de su jaez que había remitido presos por notoriamente infidentes mi antecesor, el señor Goyeneche, debiendo añadirse, para mayor conocimiento del infidente estado de Chuquisaca, que los más caracterizados fueron autores del primer levantamiento de ella y que, aunque reclamado por la justicia su castigo y por las instancias del señor Pizarro en la causa que se formó, fueron ascendidos a mayores dignidades por las Cortes, los expresados autores, dejando a los fieles habitantes de esta América en la mayor tristeza con semejante ejemplar, repetido con varios de iguales pensamientos, que, dirigidos a la Península bajo de partida de registro por el virrey de Lima, fueron puestos en libertad por las mismas Cortes y aun agraciados, permitiendo en sus sesiones y papeles públicos el ultraje de este jefe y de otros que sirven en la América con mucho honor, sosteniendo con los más grandes sacrificios la justa causa del rey. Resultando de todo que su ejército se hallaba entre traidores, y sin más terreno que el que pisaba, como sucedió al de Napoleón en la península de España.

Se apunta la conducta, gobierno de entonces y de esta dicha ciudad (como se hará de las demás en su lugar) para que se venga en cono-

cimiento de la clase de guerra que se ha hecho en la América del Sur, y paso a continuar la marcha de sus sucesos durante el tiempo de mi mando.

Permanecí en dicha ciudad de La Plata desde el 4 hasta el 16 de diciembre, ordenando todas sus corporaciones y autoridades con arreglo a nuestras leyes.

Establecí un Tribunal de Purificación compuesto del gobernador, presidente, tres militares de graduación, vocales y dos letrados abogados del país, uno defensor y otro fiscal, que juzgasen todos los delitos de infidencia, con arreglo a los artículos que se les prescribieron y demandaban las circunstancias.

El 12 del mismo diciembre, y para cumplir el voto mío y de todo el ejército hecho a la Virgen del Carmen de nombrarla por generala de él, para que le continuase con la protección que hasta allí se había dignado concederle, se celebró una solemnísimas misa y función en el convento de Carmelitas de dicha ciudad, que describe menudamente el ilustrado orador de aquel día, don Matías Terrazas, deán de su santa iglesia catedral, tanto en su sermón impreso como en la descripción particular que hace de la entrada de las tropas reales en la referida ciudad.

En este mismo día 12 y antes de ir a la función, hallándose todas las corporaciones, jefes y oficiales del ejército en mi casa, me pusieron en el pecho la medalla concedida a todos los que se hallaron en la batalla de Ayohuma, un soldado de cada uno de los cuerpos de él, y se repartieron a los que estaban presentes, así como después a los restantes que se hallaban en aquel día fuera del cuartel general. Con tal motivo, y el de la función que iba a celebrarse, les exhorté a la continuación de su buen comportamiento a favor de la causa del rey y de la confianza que debían tener en la protección de la única Señora a quien se había elegido por generala de nuestras armas y directora de las operaciones de ellas.

Arreglado ya todo en lo posible, según la brevedad del tiempo y dejando al brigadier Lombera de gobernador de la ciudad y su provincia con 200 hombres de caballería para mantener el orden, salí de dicha ciudad de La Plata el 16 de diciembre y llegué el 21 del mismo a Potosí. Esta villa merece la mejor opinión entre las demás capitales de las provincias recuperadas, por no haber manifestado una adhesión tan decidida a la causa de la independencia como aquellas, pero abrigaba dentro de su recinto muchas personas tan infidentes como las más acérrimas de otras. No obstante, observé a mi entrada alegría en los

semblantes y en los corazones de sus habitantes, especialmente en las señoras principales.

Belgrano había evacuado esta dicha villa el 18 de noviembre por la proximidad en que se hallaban las tropas que con mi segundo, el general Ramírez, le persiguieron desde Ayohuma. Y entraron en ella el 19 por la mañana, habiendo recibido el día antes un oficio de este caudillo en que me pedía un armisticio, el cual y su contestación se hallan en el libro primero comprobante del compendio de esta historia, así como todos los documentos que se crían.

Belgrano sacó de Potosí cuanto pudo haber a las manos y arrancó de sus casas familias enteras que hizo conducir anticipadamente al Tucumán, así como cuantas encontró en su tránsito por no ser adictas a la causa de Buenos Aires. Lo mismo mandó ejecutar al intruso gobernador Ocampo de la ciudad de La Plata, con tanto rigor que hubo canónigo a quien llevaron con grillos y cadenas saqueando a todos estos infelices sus casas. Igual suerte iban a experimentar más de 30 señoras de Potosí a quienes tenía presas en la cárcel y casa de gobierno. Pero la rapidez con que caminaron las tropas del rey se lo impidió.

A mi llegada a esta citada villa, y con arreglo a mis instrucciones, había establecido ya el general Ramírez el orden y Tribunal de Purificación. Pero siendo preciso que marchase inmediatamente a continuar con el mando de la vanguardia, nombré inmediatamente para gobernador de ella y su provincia al mayor general del ejército el brigadier don Miguel Tacón, hasta que relevado Lombera de su gobierno de La Plata, por el coronel don José Márquez, a quien había conferido este empleo, pudiese venir a tomar el de Potosí, dejar expedito a Tacón para continuar con las funciones de mayor general.

Verificado esto, y arreglados en lo posible los diferentes ramos de administración pública, banco y Casa Real de Moneda, salí de Potosí con mi cuartel general el 31 de enero y llegué a Tupiza el 10 de febrero.

Las tropas ligeras que perseguían a Belgrano y reliquias de su ejército consistían en los batallones de partidarios y cazadores, un escuadrón de dragones y una compañía de cazadores montada a la orden del coronel don Saturnino de Castro, que era un traidor encubierto, como se verá después. Y estas, habiendo tenido algunos ligeros encuentros con la retaguardia de Belgrano, entraron en Jujuy y Salta en fines del mes de enero y primeros de febrero, y mi segundo Ramírez el 29 del mismo enero.

Yo me detuve en Tupiza para arreglar la guerra que dejaba a la espalda y reforzar el ejército, así que me llegasen los reclutas de las provincias del Cuzco y Puno que desde Ayohuma fue a buscar el general Picoaga. Pero como esta medida produjo poco fruto, sin embargo de mis instancias y clamores a los jefes de aquellas y cabildos entonces constitucionales y nada afectos al objeto de la guerra, me vi en la necesidad de echar mano de los hombres de los partidos de Chichas, Cinti y Tarija, sin embargo de haber hecho ver la experiencia a mi antecesor, el señor Goyeneche, que eran opuestos a la milicia, adictos a la criminal desertión y con ninguna voluntad a ocuparse en la defensa de la causa del rey. Pero no quedándome otro arbitrio para aumentar la fuerza de mi ejército, y con la esperanza de que la disciplina y mayor cuidado sacase algún fruto de ellos, di la orden a los jueces subdelegados para la reunión y remisión a Tupiza de mil hombres de dichos tres partidos, con los cuales y sin embargo de haberse desertado la mitad en la marcha formé, “sirviendo de base 200 veteranos y oficiales del ejército”, dos batallones: uno de granaderos y el otro de fusileros con el nombre de batallón del general. Y habiendo acudido a las continuas solicitudes que desde sus depósitos de Oruro y Desaguadero me hicieron la mayor parte de los prisioneros de Vilcapugio y Ayohuma, para que los emplease de soldados en el ejército protestando con juramento la fidelidad al rey, se logró poner dichos dos batallones en la fuerza de 400 plazas cada uno.

Instruidos regularmente dichos dos batallones y arreglada la guerra que por Vallegrande debía hacerse contra Arenales hasta tomar a Santa Cruz, Mojos y Chiquitos con la división de Blanco, compuesta de 300 hombres de infantería, 150 de caballería y cuatro piezas de artillería, así como la de La Laguna contra los caudillos Winaña, Padilla, Cárdenas, Zárate y el rebelde indio Cumbay, “dueño del valle de Ingre que se les había unido”, por el coronel don Sebastián de Benavente y la división de su mando compuesta de 200 hombres de su batallón, de dos compañías de caballería de 190 plazas, y una de 80 llamada de decididos del país con un cañón, y arregladas las guarniciones en las capitales de las provincias de mi espalda que estaban en sosiego y al parecer sin recelo, y siendo cada día más necesaria mi reunión a la vanguardia en Jujuy, como incesantemente me la pedían los jefes de los cuerpos de ella, resolví ejecutarla a mediados de mayo.

Para dejar menos cuidados y atraer la voluntad de tantos infidentes como había prófugos de sus casas temiendo la justicia del Tribunal de

Purificación, y no pocos juzgándose en él, tenía determinado publicar un indulto general exceptuando solo a los cabezas de gavillas, cuando llegó a mis manos una representación del cabildo secular de la ciudad de La Plata en que me pedía la gracia de dicho indulto, y otra con el mismo objeto dirigida al excelentísimo señor virrey, por el síndico procurador general de la villa de Potosí, que me pasó original con su decreto de 18 de marzo, dejando a mi arbitrio la resolución. Y en consecuencia le concedí y circulé a los jefes de provincia en mayo de 1814, antes de emprender mi marcha, que se verificó saliendo el 16 para Jujuy con los referidos batallones, 18 piezas de artillería y todo el parque del ejército, llegando a aquella ciudad el 27 del mismo, después de haber observado en mi marcha las hermosas posiciones que para defenderse pocos de muchos, e impedir el paso, hay en todo el Camino Real, que fue el que yo tomé, especialmente en el estrecho de Urquía, situado tres leguas y media de Humahuaca, que solo tiene 50 varas de ancho, con más montañas ásperas y elevadas por ambos lados; el de Huacalera, que dista del otro cinco leguas bajando para Jujuy, más estrecho que el anterior y tan ásperas y elevadas las montañas de sus costados; el de Pumamarca, que tiene 160 varas de ancho, con igual dificultad por los costados, y fácil modo de hacerle impenetrable y privar el paso al Despoblado por una quebrada que le da el nombre de Pumamarca. Este se halla tres leguas más abajo de la posta de Hornillos y a 14 de Jujuy.

La vanguardia se hallaba distribuida en esta forma. En Salta, el escuadrón de dragones de San Carlos y los batallones de partidarios y cazadores a la orden del coronel don Saturnino Castro. En Jujuy, los regimientos primero y segundo y escuadrón primero de cazadores, con quienes y en la misma ciudad quedaron los batallones que me acompañaron, e igualmente la artillería y parque, y quedó situado en ella mi cuartel general.

La fuerza de todo el ejército consistía en 4000 hombres, incluso 450 de caballería y 200 artilleros. Mi objeto era el de continuar la marcha sobre el Tucumán, luego que me llegasen los reclutas que fue a buscar el general Picoaga, pues aún tenía algunas esperanzas de que se verificase en parte, a pesar de que, desde el principio conocí que las provincias se habían propuesto entretenerme con buenas razones para ver si así me alejaba y podían viendo muy distante el ejército poner en práctica sus intenciones de revolucionarse, como efectivamente lo ejecutaron después, según se verá más adelante.

El coronel Castro, a los principios de su llegada a Salta, “de donde era natural”, con los escuadrones citados emprendió varias salidas por la campaña, tanto para ahuyentar los enemigos como para recoger ganados y mulas con que auxiliar al ejército. Pero separado de las reglas y órdenes que al intento le comunicaba mi segundo, el general Ramírez, obra por su capricho con cortas partidas alejadas del cuerpo principal, a muchas leguas de distancia, sin orden ni concierto. Por cuyas razones y por haber exasperado con su destornillada cabeza, los gauchos del campo que no habían tomado hasta entonces partido empezaron a formar reuniones numerosas, agitados por un Güemes, natural de Jujuy, que servía de comandante de avanzadas de los enemigos, y era no solo un gran práctico de los inmensos bosques del frente de ambas ciudades, sino un hombre a quien los gauchos profesaban afecto por tener haciendas en la campaña y haberse servido en muchos de ellos para el laboreo y manejo de ellas. Resultando que semejantes hombres que no eran capaces de presentarse a 200 formados de los nuestros, batieron y asesinaron repetidas veces a los que en cortas partidas enviaba la locura de Castro a algunas distancias, manteniéndose ocultos como conejos en los bosques, hasta encontrar la ocasión de hacer la suya. De manera que los soldados dragones que fueron siempre valientes, y de la tropa más selecta del ejército, llegaron a acobardarse de una gente tan despreciable, que solo el nombre de gauchos lo miraban con horror, cuando si ellos hubieran sido bien dirigidos hubieran bastado para ser dueños de la campaña. Al contrario, los gauchos se engrieron. Y para darles más valor, enviaron los enemigos desde el Tucumán algunas partidas de tropa que reunidas con ellos les esforzasen más en sus correrías. Y aunque mi segundo envió después a Salta el batallón de cazadores, y a poco tiempo el de partidarios para ahuyentarlos y la consiguieron, pues se hacía una salida de la ciudad en busca de ellos, y al instante desaparecían ocultándose en los montes, cuyos senderos y veredas poseían. Se hallaban bien montados y con remudas de cuantos caballos querían, y a beneficio de estas ventajas y de ser muy jinetes, toreaban a nuestra tropa de una manera vergonzosa y se llegaban de noche hasta meterse dentro de la ciudad. Por lo cual se habían hecho unas trincheras de adobes en las pocas calles que aseguraban las manzanas de las casas que formaban la plaza, y la tropa y vecinos habitaban dentro de ellas, por no exponerse a ser arrebatados en una noche oscura, si se quedaban fuera de trincheras, como sucedió repetidas veces.

En este estado hallé la vanguardia cuando me incorporé a ella en el referido día 27 de mayo. Y tocando la necesidad de remediar esto y aumentar la caballería para conseguirlo, dispuse la formación de un primero y segundo escuadrón de cazadores, con el pie de una compañía de este nombre que ya había y los soldados del ejército que voluntarios y jinetes pasaron al uso de esta arma. Dispuse asimismo que se retirasen a Jujuy los pocos dragones que habían quedado con su comandante Castro, de cuya conducta y fidelidad ya desconfiaba mucho. Y que los dos escuadrones nuevos, con el de San Carlos, los dos batallones de tropas ligeras y el regimiento primero hiciesen un movimiento general y rápido a tomar los puntos que llaman de los Cerrillos, Cobos y su izquierda, para estrechar por todas partes a los emboscados y hacerme dueño del campo hasta el río Pasaje, que dista 37 leguas de Jujuy, obligando a los enemigos a que se situasen a la orilla opuesta, como efectivamente lo ejecutaron.

Sujetos ya de este modo se pudo recoger alguna caballada y ganado vacuno, así como algunos granos para mantener el ejército que se hallaba en el grado de necesidad y miseria en que jamás estuvo desde que me encargué de su mando. Pues no bastaba que toda la tropa recibiese su haber completo, cuando no tenía una onza de pan que comer.

En la posición que el ejército ocupaba de Jujuy y Salta sufría una continuada desertión y seducción de los habitantes de ambas ciudades, especialmente de las mujeres (que era lo único que había quedado, pues de hombres raro era el que se veía). Belgrano que siempre maquinaba ardides y cautelas había arrancado y llevádose al Tucumán y otros puntos interiores todas las familias que se conocían adictas al rey y había dejado las mujeres y familias de los que servían en su ejército. De manera que tenía otras tantas espías como vivientes, que no solo le daban las noticias más menudas de mis movimientos y fuerza, sino que hasta se prestaban las mujeres a mis oficiales y tropa con tal que consiguiesen seducirlos, de que resultó mucha desertión, principalmente en los soldados prisioneros que habían tomado voluntariamente partido en el ejército del rey. Por el contrario, nada sabía yo de los enemigos que permanecían en el Tucumán con su cuartel general a la orden de su nuevo caudillo José Rondeau, que sucedió en el mando a Belgrano, y aunque en 2 de junio (a los cinco días de mi llegada a Jujuy) hice publicar un indulto general perdonando a todos, continuaron con su mala conducta. Por lo que así como por el total desprecio que de él hicieron, di la orden a los

cabildos de ambas ciudades, que mi segundo Ramírez había formado de los pocos hombres fieles que había, para que me diesen una noticia de los enemigos de ambos sexos que estaban entre nosotros a fin de repartirlos, como se verificó a la espalda del ejército en distancias proporcionadas.

Ya el ejército con estas medidas vivía y obraba con más comodidad y seguridad. Y con objeto de imponerme del estado de los enemigos en el Tucumán, hice marchar una expedición de 300 hombres a la orden del benemérito coronel Marquiegui (práctico en todos aquellos terrenos) para que, dando la vuelta por los fuertes de Santa Bárbara, Río del Valle y Pitos, se aproximase por el flanco derecho a dicha ciudad a adquirir noticias, y de paso sorprender las guarniciones de dichos fuertes que están situados en las fronteras del Chaco, habitado de indios bárbaros. Marquiegui evacuó su comisión con el tino que le era de costumbre. Sorprendió a los enemigos, especialmente a los del fuerte del Río del Valle, el 16 de junio, hizo prisioneros a su comandante, varios soldados con los papeles de aquel, y supe con seguridad que los enemigos en el Tucumán no pasaban de 3000 hombres, toda gente nueva con 20 piezas de artillería, y que la vanguardia se componía de muchas partidas en diferentes puntos que llegaban a cosa de 800 hombres, la mayor parte gauchos a las órdenes del jefe de ellas, Martín Güemes. Pero así como por lo relativo al ejército enemigo adquirí estas agradables noticias, tuve por los papeles que me envió Marquiegui la sensible de haber sido en 16 de mayo batida la escuadra de Montevideo, deshecha y apresados los más de sus buques por la de Buenos Aires, que pudieron armar con el auxilio y buena disposición de los buques ingleses que allí se hallaban. Supe también que el sitio puesto a Montevideo estrechaba la plaza y la tenía en los mayores apuros, sin víveres su guarnición y sin posibilidad de tenerlos por haberse acabado la escuadra que se los proporcionaba. Finalmente, comprendí que la plaza iba a ser rendida por momentos y que las fuerzas sobrantes del ejército de la banda oriental vendrían a reforzar rápidamente al ejército de Rondeau y, por consiguiente, que ya no me convenía ocupar a Salta y Jujuy por ninguna razón, aunque sí mantenerme hasta cerciorarme de la verdad de todo.

En este estado y por extraordinario me comunica el comandante general Lombera la despacible noticia de haber sido deshecha y completamente perdida toda la división del comandante don José Joaquín Blanco, que después de su gloriosa acción de la angostura y

toma de Santa Cruz, yendo a perseguir a Arenales y sus fuerzas con que se había retirado por el Piray, tuvo la desgracia de haberle batido este caudillo en dicho punto el 25 de mayo, con pérdida de toda su tropa, artillería, armas y municiones y muerte del mismo Blanco, a excepción de tres oficiales y nueve soldados que se salvaron y dieron la noticia al cabo de una porción de días que tardaron en aproximarse a Vallegrande por aquellas cordilleras. Añadiéndome Lombera que de resultas de este golpe se habían puesto en la mayor fermentación las tres provincias de su cargo, Potosí, Charcas y Cochabamba; que mucha gente de ellas, particularmente de la segunda y tercera, se habían reunido a los enemigos; que estos iban adelantando por todas partes; que la división de Benavente en La Laguna estaba debilitada y casi sin fuerza por las acciones que había tenido y las muchas enfermedades que había sufrido en aquel malsano clima; y finalmente que viendo los muchos infidentes de las referidas tres provincias tan distante al ejército, se atrevían con el mayor descaro y desvergüenza a verter especies insultantes y seductivas con un desenfreno a que jamás habían llegado; que no tenía fuerzas de que disponer para contener a Arenales, reforzar a Benavente y reprimir la osadía de los declarados adictos al sistema revolucionario, concluyendo que viendo un próximo trastorno general, sin arbitrios para su remedio, deponía toda la responsabilidad que como comandante de dichas tres provincias tenía.

Al mismo tiempo, los jefes principales de ellas, el de La Paz y Oruro, me participan el peligroso estado de cada una. Y el que menos me pedía 400 hombres armados de refuerzo, particularizándose el cabildo secular de La Plata en un oficio que me pasa con toda entereza, solicitando que le enviase 1600 hombres o que de otro modo sucumbiría a los caudillos, sin embargo de que el coronel Benavente aún se hallaba en el partido de Tomina con 350 de fusil y un cañón del calibre de a 1 y no tenía más atención que conservar a Chuquisaca, para lo cual había tenido en dicho partido contra los caudillos Padilla, Umaña y otros, las acciones siguientes:

Primera: En Pomabamba el 19 de marzo de 1814, en que después de batidos los insurgentes con mucha pérdida tomó aquel pueblo, todo infidente, y lo redujo a cenizas, excepto las casas de los conocidos por adictos a la causa del rey.

Segunda: En el pueblo de Taravita, a donde fue después, pero con tanta desgracia, que siendo aquel territorio muy malsano en el tiempo de las aguas (que era justamente en el que se hallaba a la sazón), cayó enfermo Benavente con casi los dos tercios de su tropa de calenturas pútridas, y apenas le quedaron cien hombres útiles. Sabido esto por dichos caudillos Padilla y Umaña, le atacaron el 11 de abril con numerosas fuerzas y levantándose este jefe de la cama, reunió la tropa sana y se defendió valerosamente, rechazando al enemigo con bastante pérdida y manteniéndose sobre las armas, porque no pudiéndole perseguir se le quedó a la vista.

El 12 del mismo le volvió a atacar y hubo la suerte de rechazarle también, y dejando de noche el pueblo, salió con todos los enfermos, víveres y municiones, pero perseguido de los enemigos que le atacaron el 13 en el punto de Molleni, en donde con los pocos, pero valientes soldados que tenía, se defendió de ellos, rechazándolos con más pérdida y escarmiento que la que habían tenido en los días 11 y 12.

Allí se mantuvo firme. Envió a pedir auxilios a la ciudad de La Plata, especialmente de municiones, facultativo y medicinas de que carecía, y habiéndole llegado alguna parte, y desembarazándose de los enfermos que remitió a la ciudad, resolvió buscar a los enemigos antes que estos aumentasen sus fuerzas. Pero agravado de sus males en disposición de tenerle absolutamente postrado, encargó la acción a su segundo, el teniente coronel don Manuel Ponferrada, en ocasión en que ya aquellos malvados habían tenido refuerzos y vuelto con ellos al punto llamado Campo Redondo, donde el 21 del mismo abril los atacó Ponferrada, causándoles una pérdida considerable con solo la de nueve muertos y treinta heridos por su parte, con lo que huyeron aquellos, disminuyendo el cuidado por aquella parte y haciendo por consiguiente menos prudente y racional la solicitud del Cabildo de Charcas, que sabía que yo no estaba en estado de poderle enviar los 1600 hombres que pedía.

Al mismo tiempo que ocurría esto por La Laguna estaba en el mayor apuro toda la provincia de Cochabamba, porque Blanco que arrojó a Arenales de Vallegrande y después lo atacó en la Angostura, matándole mucha gente y recuperando a Santa Cruz, tuvo la imprudente animosidad de perseguirle con poca gente hacia las misiones del Piray, donde reforzado el caudillo y emboscado, le esperó el 25 de mayo con 300 hombres de fusil, otros tantos montados con lanza, mayor número

de indios flecheros y cuatro piezas de campaña, con lo que le derrotó tan completamente que murió Blanco, y todos sus oficiales y soldados quedaron muertos o prisioneros, excepto tres de los primeros y nueve de los segundos, únicos que escaparon con mil trabajos por los bosques, apareciéndose después de muchos días con tan funesta noticia en Vallegrande. Arenales se recuperó de varias heridas que recibió en la acción, recuperó a Santa Cruz y bajó a Vallegrande con dichas fuerzas, amenazando y poniendo en el mayor apuro la provincia de Cochabamba, cuyo gobernador y el de Potosí habían puesto los posibles reparos enviando a contenerle una nueva división de 240 hombres de fusil, 80 de lanza y dos piezas de artillería a las órdenes del coronel don Francisco Javier Velasco y de su segundo, el teniente coronel don José Abeleira, que se situaron en el punto de Samaypata. A él se les aproximó Arenales con tanta rapidez que nada supo Velasco hasta el 5 de agosto por la noche, en que un mozo fiel se desertó de entre los enemigos y avisó que se hallaban a 3 leguas y que infaliblemente iban a ser atacados al amanecer del día siguiente, como en efecto sucedió. Pero Velasco había colocado su fuerza en los puntos más ventajosos y recibió a Arenales, que fue batido completamente sin embargo de su superioridad, portándose las tropas de aquella corta división de una manera admirable. Le tomó los cuatro cañones, les mató cinco oficiales y 64 hombres, le hizo prisioneros otros cinco oficiales y 53 soldados, les colgó 162 fusiles, muchas bayonetas y correajes y, finalmente, le hirió considerable porción de gente. De manera que Arenales huyó con poco más de 40 de los suyos precipitadamente al partido de La Laguna a unirse con Padilla y Umaña. Velasco tuvo por su parte tres oficiales y un cirujano muertos con diez soldados, y heridos cinco de los primeros y 42 de los segundos, con lo cual consiguió por entonces la tranquilidad de la provincia de Cochabamba y el que se adormeciesen los diferentes caudillos que andaban por varios puntos de ella. A Velasco y Abeleira, que tan dignamente se portaron, les concedí interinamente el grado de coroneles de ejército, y a su propuesta gracias a otros oficiales; al mozo llamado Lorenzo Band, que tan oportunamente avisó, una pensión de dos reales diarios, y premios a varios soldados.

Con Benavente y Velasco triunfantes, parecía que debían haberse disminuido los cuidados por ambas provincias. Pero no fue así, porque habiendo el general enemigo introducido en ellas, la de Potosí y aun hasta La Paz, papeles anunciando la pérdida total de nuestra escuadrilla

en las aguas de Montevideo por la de Buenos Aires, y la proximidad en que estaba aquella plaza de rendirse, más que vendría inmediatamente un refuerzo de seis mil hombres al ejército de Rondeau, se electrizaron dichas provincias y se aumentaron los caudillos. Esta noticia fue también recibida de la mayor parte de los habitantes de las provincias de la espalda del ejército y de sus (entonces) constitucionales cabildos que, concibiendo en su vacilante imaginación que el ventajoso estado de los insurgentes de Buenos Aires arruinaría las tropas del rey y la parte sana de sus vasallos, tomaron un tono altisonante. El de Chuquisaca, en su solicitud de los 1600 hombres para guarnición de la ciudad, lo hizo en términos bastante amenazadores y estaba en continuas discusiones con su gobernador, el coronel don José Márquez de la Plata, hasta que le acabó a pesadumbres. Sabía que yo no le podía enviar semejante número para la guarnición y, sin embargo, lo solicitaba, exponiendo que de otro modo se vería precisado a tomar sus medidas de seguridad individual, o lo que es lo mismo, hacer servicios para sacar partido de los enemigos.

El de Cochabamba tuvo la osadía de oponerse a que su intendente, el coronel don Antonio Goiburú, retrincherase la ciudad. En una palabra, toda la espalda del ejército amenazaba una pronta y general sublevación, aunque le animaba además la distancia hasta Jujuy, donde yo me hallaba con cuatro mil hombres escasos.

No obstante del apurado caso en que me hallaba, determiné mandar a marchas forzadas el batallón del general y tres compañías del del centro, a disposición del gobernador de Potosí Lombera, para que tuviese aquel en Chayanta según las circunstancias, con cuatro piezas de artillería para acudir donde conviniese como punto céntrico entre las tres provincias, y para mantenerlas en respeto. Y estas las enviase a la ciudad de La Plata a unirse con las restantes del mismo batallón, a la orden de su comandante Benavente, para contener por aquella parte a los caudillos que la amenazaban con muchas fuerzas, resolviendo yo sin embargo de todo mantenerme en Jujuy y Salta, hasta tener positivas noticias de lo sucedido en la banda oriental del Río de la Plata y de la llegada de una expedición de tropas de Cádiz, que en socorro de Montevideo nos habían dicho cartas de la Península estaba próxima a salir de aquel puerto por órdenes, que para ello tenían dadas las Cortes, que nunca se cumplieron por los motivos que algún día serán públicos a todos.

Mi permanencia en Salta y Jujuy no llevaba ya el objeto de seguir al Tucumán por los motivos expresados, pero sí el de mantenerme todo lo posible para combinar mis operaciones con la expedición de Cádiz que yo, como no instruido de las intenciones de las Cortes, juzgaba que sería efectiva su llegada a las costas de Montevideo en todo julio. Pero siendo ya en 20 del mismo de que no había llegado, ni se tenía noticia de ella, y que la plaza de Montevideo se había rendido el 23 de junio con cinco mil hombres que la guarnecían, tomado los enemigos en ella más de seis mil fusiles, mucha artillería y municiones de todas clases, y que no teniendo atenciones ya por aquella parte vendrían caminando crecidos refuerzos de tropas al ejército de mi frente, como efectivamente sucedió, resolví el repliegue con todo el ejército a Suipacha o Santiago de Cotagaita. Di cuenta de esta disposición y motivos que la ocasionaban al excelentísimo señor virrey por extraordinario que le dirigí en 25 del mismo. En este día di mis órdenes a los jefes de las provincias y subdelegados de partidos por donde debía transitar para que, enterados del repliegue y días en que se ejecutaba, tuviesen tomadas cada uno de por sí todas las providencias y precauciones necesarias, fijando el día 3 de agosto para la salida del cuartel general con el centro y parque; el día 2 la retaguardia, a la orden del mayor general; y el 4 la vanguardia a la de mi segundo, el mariscal de campo don Juan Ramírez, habiéndolo ejecutado en los días 29 y 30 de julio el hospital y todo el ganado que se llevaba, recogido en la campaña para mantener el ejército en toda su marcha.

En la primera jornada y punto de Yala, recibí las gacetas de Buenos Aires que anunciaban la positiva rendición de Montevideo y el número de armas, prisioneros y municiones que habían hecho en ella. Y en la misma noche del 3, en que las recibí, se las despaché al excelentísimo señor virrey por extraordinario, para que no le quedase duda de la verdad de este desgraciado suceso, que con todo dudó de creer, como me lo significó en su contestación.

El 6 llegó el cuartel general a Huacalera y la vanguardia a Huma-huaca, y yo me detuve hasta el 10, con objeto de sacar de este punto cuanto estaba almacenado de provisión, dar algún descanso a la tropa, proporcionar al hospital más adelantamiento en su marcha que llegaba bastante pesada por los muchos enfermos, que no pudiendo ir ni aun a caballo iban transportados en parihuelas, y finalmente para reunir algunos soldados que habían quedado cansados y hacer ver a los enemigos mi ningún cuidado por ellos en el repliegue.

El 11 llegué a Humahuaca y allí recibí una gaceta de Buenos Aires con la plausible noticia de haberse hecho la paz general en Europa, que inmediatamente y por extraordinario comuniqué en aquel mismo día a todas las provincias de mi espalda y virreinato de Lima hasta su capital, dirigido al señor virrey.

El 12 continué mi marcha y llegué el 19 a la Guiaca, donde tuve la funestísima noticia que me comunicó por extraordinario el intendente de Puno, don Manuel Quimper, de haberse revolucionado el Cuzco el 3 de dicho mes de agosto y tomado el mando el indio más beneficiado del rey, entre los de su casta, brigadier Mateo Pumacahua con los Angulos Vicente y José, que depusieron las autoridades y metieron en la cárcel pública al presidente Concha, al regente y todos los oidores (menos Vidaurre), más otra porción de sujetos adictos a la causa del rey, a quienes, así como a las autoridades, trataron aquellos malvados de ahorcar y no lo ejecutaron a ruegos del obispo y otros. Pero sufrieron todos los europeos y algunos patricios un fuerte saqueo del populacho, y formando un cabildo abierto, nombraron por jefe general de las armas a José Angulo, por su segundo a su hermano Vicente, y formaron una junta gobernadora compuesta del primero, de Pumacahua, del doctor Astete y del teniente coronel Moscoso, disponiendo inmediatamente la salida de una división de tropas sobre Puno a la orden de un Pinelo, sargento que había sido del ejército del rey, otra sobre Huamanga a las órdenes de un Mendoza, otra sobre Arequipa a cargo de Pumacahua. La primera con prevención de llegar hasta Potosí y la segunda hasta Lima, en el concepto de que hallándose el ejército del rey en Jujuy, y el virrey de Lima sin fuerzas por haberlas enviado a las órdenes del general Osorio a recuperar el reino de Chile, aprovecharían esta favorable ocasión y la buena disposición de los pueblos.

Esta inesperada novedad me puso, y al ejército de mi mando, en una situación la más crítica y desagradable, porque por el frente debía suponer que el ejército enemigo se reforzase considerablemente con las fuerzas sobrantes de la banda oriental del Río de la Plata, respecto a haberse perdido la plaza de Montevideo, y por la espalda que cundiendo la insurrección del Cuzco sobre Puno, Arequipa y La Paz, y transmitiéndose en seguida a Cochabamba y Charcas (provincias todas de quienes por su anterior y moderna conducta no debía yo esperar otra cosa), quedaba metido entre dos fuegos poderosos, sin comunicación con Lima, sin tener auxilios de parte alguna, ni con qué mantener mis

tropas. Y lo peor de todo, con cinco sextas partes de las fuerzas de él, incluso oficiales naturales de las citadas provincias del Cuzco, Puno y Arequipa, que debía contar con que me faltaban todos, así que supiesen el partido tomado por sus padres, hermanos, amigos y paisanos.

En este estado, y antes que supiese el enemigo la revolución del Cuzco, traté de aprovecharme de la noticia que tuve en Humahuaca de haberse hecho la paz general de Europa, y aunque nunca había escrito al caudillo del ejército enemigo Rondeau, y me había propuesto no tener con él la menor comunicación, resolví valerme de la que él había empezado con mi segundo, proponiéndole canje de prisioneros, a ver si mejoraba el estado en que me hallaba. Y en consecuencia, en el mismo día le pasé un oficio hablándole de la materia y manifestándoles que, pues se había hecho la paz general en Europa y que era muy natural se hubiese tratado en ella de la guerra de las Américas, suspendiésemos las hostilidades hasta saber las resueltas, a fin de evitar de este modo la efusión de sangre y desastre que sufrían los habitantes de estos países. Este oficio lo envié a Jujuy a medianoche del 19 por el parlamentario, el alférez de la primera compañía de granaderos de mi guardia, don José Rendón, y a la misma hora y por el propio extraordinario de Quimper la contestación a este, y una circular a los gobernadores de Potosí, Charcas, Cochabamba, Oruro y La Paz, haciéndoles aquellas prevenciones precisas para su respectiva defensa, y encargándoles también que tuviesen el mayor cuidado en recoger la correspondencia del Cuzco y Puno para los militares del ejército, y me la remitiesen, haciéndome cargo de que las familias de ellos y aun el propio gobierno recién revolucionado les escribirían, como se verificó, seduciéndolos e instándolos a que dejasen las armas del rey y formasen causa con ellos. Continué mi retirada el 20 desde la Guiaca y llegaron a Suipacha la retaguardia, centro y vanguardia el 21, 22 y 23 de agosto, todos reunidos sin la menor dispersión y sin que en el ejército se hubiese traslucido la revolución del Cuzco.

El 28 de agosto dio Rondeau su contestación, que llegó a mis manos el 8 de septiembre. Reduciase a tratar con altanería y soberbia la materia que contenía mi oficio, y manifestar su ninguna atención y falta de verdad en cuanto decía, y a negarse finalmente a la suspensión de hostilidades interin yo no evacuase las provincias del virreinato de Buenos Aires y me retirase al Desaguadero.

Para tanta arrogancia se hallaba escudado el caudillo con algunos refuerzos que ya le habían llegado de Buenos Aires, en tres mil hombres

más que esperaba, y en que suponía que mi retirada dimanaba principalmente de nueva inquietud de las provincias de mi espalda en virtud de sus papeles y proclamas introducidas en ellas.

Con la prevención hecha por mí a los intendentes de recoger toda la correspondencia del Cuzco y Puno para los oficiales y tropa del ejército de mi mando, logré imponerme de las seducciones que le hacían, como yo me lo había presumido harían aquellos gobiernos, como sus padres y familias de los principales individuos de quienes debía desconfiar, según el tenor de dicha correspondencia, pero no obstante por una u otra carta extraviada, o por algunos transeúntes, se llegó a entender el estado del Cuzco y Puno. Y en tal caso, valiéndome de todos los medios que dicta la política, les enteré yo mismo de todo lo sucedido, indicándoles la hermosa ocasión que se les presentaba de acreditar la más firme fidelidad al rey, oponiéndose contra sus propios hogares.

El asunto era de los más graves que pueden ocurrir, tanto a un general de un ejército que se ve en tan crítica situación como a unos oficiales y tropa para posponer el amor de sus padres y hogares al del rey. Sin embargo, tuve bastante confianza de que mis persuasiones políticas labrasen en ellos, así porque los observaba a todos contentos y manifestando sus deseos de batir a sus paisanos, como porque no había en aquellos días ni aun la regular deserción que solía haber antes de este crítico caso, más porque los jefes principales me pidieron permiso para escribir a los nuevos gobernantes del Cuzco, jurándoles que lejos de adherir a su loco y temerario intento, ellos mismos habían de ser los primeros que quemasen los hogares de su nacimiento.

El coronel traidor Juan Saturnino Castro, comandante que era de los dragones del ejército de mi mando, natural de Jujuy y hombre a quien había llenado de gracias, abrigaba en su pecho la mayor maldad. Y aprovechándose de la revolución del Cuzco y de ser de aquella provincia tantos militares de él, y especialmente todo el regimiento primero que era el de mayor fuerza entre los demás, se propuso ganar a este y formar una revolución, prenderme con todos los demás jefes y oficiales europeos y unirse al ejército de Buenos Aires, para contribuir con el establecimiento de la independencia en toda esta América.

Este vil atentado lo puso en práctica. Escribió al jefe de los enemigos un oficio manifestándole su proyecto y encargándole que se aproximase con sus fuerzas para protegerle en la noche del primero de septiembre en que debía dar el golpe. El conductor de este oficio que caminó por el

Despoblado fue el abogado Villegas, asesor interino que fue de Salta, y le extendió otro para mí con fecha primero de septiembre, en el que me intimaba entregase las armas de todo el ejército que tenía ya de su parte, y que de lo contrario sería muerto con todos los oficiales europeos, a quienes, así como a mí, si me allanaba a lo que me proponía, se nos concedían ocho horas para marchar al punto que nos conviniese escoltado de 30 hombres que yo eligiese. Extendió asimismo una proclama para todo el ejército en que les decía que yo los iba a sacrificar en una acción con los enemigos, y que tenía decretado que todo cuzqueño fuese al socavón de Potosí, pero que apenas le hice saber este inicuo proyecto “que inventó el traidor”, juró vengar tal ultraje. Manifestábase en ella también que los cuzqueños eran sus hermanos, que Arequipa obedecía a Buenos Aires y, finalmente, que Lima había acabado con su virrey Abascal y estaba libre.

Toda esta trama la supe el 30 de agosto y dispuse su prisión en aquella misma noche. Pero aunque di mis órdenes con el mayor sigilo, llegó a entenderlas un sacerdote del ejército que pareciéndole que quedaría irregular “por no decir más” si no le avisaba, lo ejecutó al momento al pueblo de Tupiza, donde se hallaba Castro, ya separado del escuadrón y del ejército por haberme pedido días antes licencia para pasar a Lima con el fin de ocultar su depravada maldad. Y este hombre que aún no tenía concertado su proyecto, más que con dos o tres sujetos, se precipitó y resolvió ejecutarle en aquella misma noche.

Yo tenía por razones políticas el regimiento primero todo de naturales del Cuzco en el punto de Moraya, distante seis leguas de Suipacha, donde se hallaba el resto del ejército y cuartel general, y más avanzado a él en el punto de mojo el fiel y acreditado escuadrón de cazadores del mando del coronel Marquiegui.

Castro, que anticipó su operación dos días a él, en que la tenía determinada, huyó de Tupiza con 12 soldados, dos horas antes que llegasen los que iban a prenderle. Se vino en derechura al cuartel general a media noche y se metió en el campamento del escuadrón de dragones que antes mandaba. Les dijo a gritos que todo estaba perdido, que el regimiento primero de cuzqueños venía a atacar el cuartel general, que yo había huido y que le siguiese todo aquel que fuese fiel al rey, arrancando por sí en los cortos momentos que se detuvo a su hermano que se hallaba en el campamento y uno que otro soldado, y a todo escape se colocó en la mitad de la distancia entre el cuartel general y vanguardia, desde

donde tuvo la audacia de enviarme el oficio intimatorio y proclama de que va hecha mención, por un indio. Y dejando los pocos soldados que le habían seguido a cargo de su hermano (que estaba ignorante de todo), se fue a Moraya en derechura. Se metió en la casa del coronel del primer regimiento, don Ramón González de Bernedo, “único europeo que había en él”, le ordenó con todo imperio que dejase el mando y lo entregase al sargento mayor “cuzqueño”, don Mariano Antonio Novoa, y a este que le pusiese sobre las armas, porque habiendo yo desconfiado de todos sus oficiales y soldados, iba a atacarle y enviar a todos al socavón de Potosí.

Este enredo bien figurado le salió mal, porque el coronel lo resistió, y si algún oficial estaba de concierto con Castro no lo manifestó, reuniéndose todos en la casa de su jefe, donde los desengañó el teniente don Mariano Matorras del propio escuadrón del traidor que iba con él, porque habiéndoles dicho el malvado que todas las tropas que tenía de su partido se hallaban inmediatas, lo negó Matorras y fue el sargento mayor don Mariano Novoa a verlas con el mismo Castro, acompañado del capitán Terrazas de su propio regimiento y de cuatro soldados. Y observando que Castro que iba al pie de ellos se puso de huida para tomar su caballo que le había dejado cerca, corrieron todos sobre él y le prendieron. Le llevaron a presentar al coronel e impuestos de la maldad, desde el jefe hasta el último tambor, gritaban por su castigo, y el primero se vio apurado para defenderle de la tropa que lo quería despedazar. Bernedo me lo envió a Suipacha con una compañía de granaderos. Pero habiendo encontrado en el camino dos que yo había mandado en su busca con mi edecán, el capitán don Miguel Inojosa, este se encargó de él, hizo alto y me dio parte esperando mi orden. En consecuencia, dispuse que volviese el reo a Moraya, que se le recibiese por el auditor de guerra su confesión para saber si había otros cómplices, y que puesto en capilla, fuese al día siguiente pasado por las armas por el mismo regimiento que infamó suponiéndole adicto a sus ideas y traidor al rey, como se ejecutó el día primero de septiembre, complaciendo al expresado regimiento que me pidió ser el ejecutor del castigo, así como el que para dar la última prueba de su fidelidad le permitiese marchar al Cuzco a acabar con aquellos revolucionarios, y aun con sus mismos padres, si infieles al rey hubiesen tomado partido con ellos. Representáronme por escrito lo mismo y dirigida su noble solicitud al virrey de Lima, se puso en la gaceta de aquella capital.

Castro, en su confesión, declaró que debía cuidar mucho de la conducta de fulano y zutano, tener por honrados y fieles a sus hermanos, que con otros que nombraba, no habían querido asociarse para cometer su crimen. Y en testamento particular que hizo de su letra y entregó al confesor, me nombró de su albacea y me pedía perdón de su hecho, y especialmente de haberse introducido días antes en mi cuarto con designio de matarme.

Por medio de un manifiesto a la tropa del ejército de mi mando, la hice saber en 3 del propio septiembre todo el suceso de Castro, y este atentado me confirmó la esperanza que debía tener del expresado regimiento, así como de los demás cuerpos por la irritación que observé en todos contra el delincuente.

Igual demostración tuve el gusto de ver a los pocos días con motivo de haberse descubierto otra maldad por el mismo estilo en el sargento primero José Lino, del escuadrón de cazadores del coronel Marquiegui, que había maquinado la entrega de dicho escuadrón a los enemigos. Y averiguado, fue pasado por las armas en Moraya el 21 de septiembre.

Los nuevos mandatarios, jefes de la revolución del Cuzco, que decretaron el envío de las tres divisiones citadas sobre Puno, Huamanga y Arequipa, hasta llegar a Potosí la primera, fiados en la voluntad de los pueblos; hasta Lima la segunda por la misma razón, y porque sabían que el señor virrey Abascal había quedado sin fuerzas por haberlas enviado a la recuperación del reino de Chile; y finalmente a Arequipa la tercera, donde no había tropa que se le opusiese, fueron tan activos en organizarlas por buena disposición de los naturales de aquella ciudad, que Pinelo, jefe de la primera, entró en Puno sin oposición y convidado de su cabildo, “entonces constitucional”, el 29 de agosto, es decir a los 26 días del de la revolución. Llevó 400 hombres de armas y porción de indios y cholos que se le reunieron en la marcha de 80 leguas de una a otra ciudad. Supe esta novedad por el intendente de La Paz, marqués de Valde-Hoyos, que me la comunicó por extraordinario pidiendo a toda prisa auxilios. Supe que el tal Pinelo había puesto en revolución toda aquella provincia y aumentaba sus fuerzas considerablemente; que el intendente Quimper, en lugar de reunirse con las suyas en el Desaguadero con 95 hombres y seis cañones que allí mandaba el coronel don Joaquín Reuelta, como había acordado con este jefe en una junta político militar que había tenido con él, y el cabildo constitucional de la ciudad, para el caso de no poder resistir a los enemigos, fugó para

Arequipa, y últimamente que dispuesto Pinelo a seguir su marcha sobre el Desaguadero y La Paz, había nombrado para el mando de las armas en ella al coronel don Remigio Arias, y el político al alcalde de primer voto. Supe asimismo que el caudillo Mendoza, con su división de 300 hombres y muchos indios llevando cuatro cañones, había salido con igual prontitud sobre Huamanga, y que se estaba alistando la tercera de muchas más fuerzas contra Arequipa, mandada por el ingrato brigadier Pumacahua.

Estos sucesos, el peor estado que necesariamente debía tomar mi situación; la aproximación de los enemigos hacia Mojo y Moraya; la necesidad de evacuar a Tarija, según me representó su gobernador, el coronel don Manuel Antonio Báez, por la imposibilidad de sostenerse contra el crecido número de enemigos que se acercaban, y contra la voluntad de aquellos habitantes declarados contra él, y bien acreditado el 18 de septiembre en que saliendo Báez de la villa se le desertaron tres compañías con sus oficiales de aquellos naturales; y, finalmente, la precisión en que yo me hallaba de elegir un punto más próximo a Potosí en que hacerme firme para una defensa con menos tropa que la que necesitaba en Suipacha, me determinaron a formar la idea de replegarme a Santiago de Cotagaita, que tenía todas estas circunstancias, y enviar una división contra los progresos de los cuzqueños a la orden de mi segundo, el mariscal de campo don Juan Ramírez, sin embargo de mis pocas fuerzas para tantos empeños, porque concebí que era preciso arriesgarlo todo, para salvarlo todo, o perderlo todo con mi vida y las de mis valientes subalternos, dignos de esta gloria militar, antes que sucumbir a unos malvados superiores en maldad a todo el rigor de la palabra. Fui siempre opuesto y la experiencia me lo ha hecho conocer que un general rara o ninguna vez debe tener junta de guerra, porque las más o todas las veces, se expresan los vocales, según su mayor o menor espíritu y según sus particulares circunstancias; más porque si el general que lleva el timón de todos los negocios políticos y militares comprende la necesidad de hacer una cosa, y la pluralidad se opone, ya es muy arriesgado el ejecutarla, con los jefes que no opinaron por ella, y en quienes no está fuera de lo natural la poca energía para su cumplimiento. Pero, sin embargo, anticipado yo en conversaciones particulares a conocer la voluntad de los que debían componerla, y como por otra parte se trataba de perder todos la vida irremisiblemente, quise antes oírlos, y abriendo el discurso con una manifestación de nuestro

crítico estado por el frente, costado y espalda hasta Lima, por la mala voluntad en general de todos los habitantes, por los ningunos auxilios que debíamos esperar de parte alguna, si no los buscábamos con operaciones extraordinarias y del mayor bulto, y finalmente porque convenía a nuestro honor el morir con las armas en la mano, antes que ceder a unos traidores al rey y de la más infame conducta, se resolvió en la que tuve de todos los jefes el día 18 de septiembre lo siguiente:

1° Replegar el ejército a Santiago de Cotagaita.

2° Hacer venir el batallón del centro, que se hallaba en el partido de Tomina, jurisdicción de La Plata, respecto a que en las acciones que acababa de tener contra los rebeldes en los días 10, 11 y 21 de septiembre, los había batido y destrozado el coronel Benavente, y que antes de rehacerse darían lugar a tomar otras providencias.

3° Que se evacuase Tarija y se hiciese venir a Santiago de Cotagaita aquella corta fuerza que allí había con el coronel Báez, situándose antes en el río de San Juan para cubrir a Cinti todo lo posible, a fin de sacar de aquel valle subsistencias para el ejército.

4° Finalmente, que se despachase una división de 1200 hombres de infantería y caballería con cuatro piezas de artillería para que, a marchas forzadas, caminase a Oruro y desde allí sobre La Paz y Desaguadero a contener a los insurgentes del Cuzco y perseguirlos hasta recuperar la capital, y auxiliar después a Huamanga, Arequipa y demás provincias que lo necesitasen.

En consecuencia, salió el ejército de Suipacha en los días 15, 16 y 17 de septiembre y llegó a Cotagaita el 18, 19 y 20 del mismo. Las tropas de Tarija se situaron en el río de San Juan el 14 del siguiente mes. El batallón del centro recibió la orden de unirse al cuartel general, y el señor Ramírez salió el 17 con el primer regimiento y cuatro cañones de a 4 corrientes de municiones, artilleros y todo lo necesario para su servicio con dirección a Oruro, y de Potosí el 21 del mismo el batallón del general, así como de Cochabamba el 30 con dirección al mismo la caballería del escuadrón del mando del comandante don Toribio Barra, que constaba de 200 hombres, quienes, como todas las demás tropas y el general Ramírez, estuvieron en aquella villa reunidos el 15 de octubre, a pesar de que distaban unos de otros 130 leguas, y continuaron sobre La Paz el 24 del propio mes de octubre.

En este estado el batallón del centro que había ya emprendido su marcha para el cuartel general, tuvo que volverse desde su primera jornada en Nucho, por haberse reunido con más vigor los caudillos Padilla, Umaña y demás del partido de Tomina, amenazando la ciudad de La Plata, así que supieron la salida de dicho batallón. El coronel Báez tuvo que marchar sobre Cinti por haber tomado la capital de este partido el caudillo Camargo, apresado y pasado por las armas al coronel Baca y a los vecinos honrados europeos don José Miranda y don Joaquín Ausa, arrestado al subdelegado don Tomás Arregunaga y Archondo, a quien como al valle de Cinti “enemigo de la causa del rey” recuperó Báez el 4 de noviembre, después de una acción que tuvo con Camargo, obligándole a escapar a las escabrosas alturas de Santa Elena y Cañaguasi, con mucha pérdida.

Por algunos pasados del ejército de los enemigos, supe que les había llegado ya de refuerzo a Jujuy la primera división de mil hombres de la banda oriental del Río de la Plata, con los que componían un total de más de cinco mil, cuando el ejército de operaciones de mi mando no había quedado con la salida de la división de Ramírez en más fuerza que la de 2600 escasos, con los cuales mantenía mi vanguardia en Mojo con 800; la izquierda con 400 en Cinti; la derecha en Talina y Rinconada con 200 en la espalda en el infame pueblo de San Lucas, donde eran enemigos hasta los niños de teta; 300 para sujetarle y que no me interceptase el camino de Vitiche a Potosí; y el resto de 900 con 18 piezas de artillería en el cuartel general de Cotagaita, atendiendo a reforzar los citados puntos cuando la necesidad le exigía, a contener otros en donde se levantaban nuevos caudillos con enjambres de indios a escoltar convoyes y la correspondencia de una a otra parte, y finalmente a ejecutar acciones bruscas sobre los enemigos, según se proporcionaba la ocasión, y volverse rápidamente al cuartel general en términos de que todos los días se batían las tropas, y hubo una división de 400 de estos sufridos y valientes soldados que en 24 días fue a Chuquisaca batiéndose dos veces en la marcha, y unida a la del coronel Benavente atacaron y derrotaron a los caudillos Padilla y Umaña, que la afligían, y de regreso se batió otras dos veces con felicidad siempre. Pasó seguidamente a Cinti y volvió al cuartel general, habiendo andado más de 200 leguas. La vanguardia no cesaba de atacar a los del frente, haciendo movimientos continuados en todas direcciones. Y de este modo pude sostenerme, haciendo creer a los enemigos que mi fuerza era mucha y

que no estaban tan alzadas las provincias de mi espalda, como verdaderamente lo estaban y me manifestaban en sus incesantes partes los afligidos intendentes que todos los días tenían con los respectivos caudillos de sus inmediaciones continuos ataques con sus cortas guarniciones.

El ejército enemigo avanzó su vanguardia a Yovi, cuatro leguas de la mía; tomó por su derecha a Tarija y por su izquierda en el Despoblado a Santa Catalina; empezó a reclutar indiada y cholos que los esperaban con ansia y abrir sus comunicaciones con el enjambre de indios caudillos de lo interior, asegurándoles que pronto atacarían el ejército del rey y previniéndoles que redoblasen sus hostilidades por todas partes, como lo ejecutaron con la mayor energía, alucinando cada día más a los pueblos con sus ventajas, y especialmente con la toma que hicieron de Montevideo y la seguridad que les daban de que la España no pensaba ni podía enviar un hombre de auxilio, fingiendo que aunque se había hecho la paz general, no había querido la nación recibir al rey; que se hallaba su majestad refugiado en Lisboa; que los ingleses protegían todas sus ideas de independencia; y finalmente que pronto se saldría de los que llaman tiranos y disfrutarían de la paz e independencia que deseaban. Tal era el falso lenguaje con que animaban los malvados.

Los caudillos de lo interior creían todas estas cosas, más que el evangelio. Su clase era la más oscura, pues Camargo, Umaña, Cárdenas, Padilla, Betanzos, Acebo, Mena y otros, eran indios y mestizos que jamás habían tenido más empleos que el de sacristanes en su lugar; Zárate, Cardoso, Ferreira, Gonzáles y otros, aunque blancos, eran de la clase baja; y Arenales y Warnes, únicos de mejor nacimiento, no podían esperar buena suerte por sus maldades y, al contrario, el gobierno intruso de Buenos Aires los había hecho coroneles, comandantes, gobernadores de partidos y provincias que pensaban en disfrutar sus empleos, trabajaban con la mayor energía y nos hacían una guerra cruel, así como muchos de los curas y frailes tan malos o peores que los caudillos unidos a ellos, ya personalmente y ya con exhortos a sus feligreses en los púlpitos y confesonarios.

El 22 de septiembre por extraordinario supe que el caudillo Pinelo había salido de Puno con 600 hombres y cuatro cañones, y su vanguardia mandada por el traidor Muñecas, cura de la catedral del Cuzco, había tomado el punto del Desaguadero el 11 de septiembre, con poco trabajo, porque así que se aproximó, se le pasaron con armas los soldados que le defendían, excepto quince que quedaron con su comandante, el

coronel don Joaquín Rebueta, y se defendieron hasta que heridos los catorce se retiraron a La Paz, quedando los insurgentes dueños de aquellos crecidos almacenes de municiones y pertrechos y del punto más interesante y casi único para el ejército del rey en caso de un repliegue y evacuación de las provincias recuperadas del virreinato de Buenos Aires, de las que es su límite y fuerte por sus circunstancias locales, para impedir por aquella parte la introducción de las armas de los revolucionarios en el de Lima.

Dueño ya el caudillo Pinelo del Desaguadero, envió emisarios por todas partes, manifestándoles sus adelantamientos, su pronta marcha sobre La Paz, los pensamientos de continuarla sobre Cochabamba, Oruro, Charcas y Potosí, asegurándoles el partido que tenía entre sus habitantes, y finalmente al caudillo Rondeau que mandaba el ejército de Buenos Aires, para que adelantase por su parte las hostilidades sobre el del rey, a fin de ponerle entre dos fuegos y obligarle a rendirse.

Fueron interceptados varios de los pliegos de Pinelo en diferentes puntos, y en Oruro el traidor Mariano Paredes, que con pasaporte fingido los conducía y fue pasado por las armas el día 17 de octubre. Pero no se pudo evitar el que pasasen algunos a Arenales, que se hallaba en Vallegrande, así como a Rondeau, que ocupaba a Humahuaca, y todos de acuerdo apuraron cada uno de su parte cuanto les fue posible las hostilidades.

El marqués de Valde-Hoyos, gobernador de La Paz; el coronel Goyburu de Cochabamba; los de la misma clase Palacios de Oruro y marqués de La Plata de Charcas; y el comandante general de dichas provincias y gobernador de Potosí, brigadier don Jerónimo Lombera, clamaban por auxilios con repetidos extraordinarios, y la prontitud de sus marchas de la división de Ramírez, repitiendo la próxima explosión que iban a ejecutar sus respectivas provincias.

Esta crítica y apurada situación se aumentó el 24 de septiembre que tomó Pinelo con el clérigo Muñecas la ciudad de La Paz, atacándola el 22 con nueve cañones, 500 hombres de fusil y mucha indiada reunida al intento, y sin embargo de la honrosa y valiente defensa hecha por el marqués de Valde-Hoyos, que hubiera llevado a su glorioso fin, si la plebe de la ciudad no hubiera dado la última prueba de su maldad e infidencia, animada de algunos traidores encubiertos que por desgracia había en ella. Esta gente baja no solo abandonó a su gobernador y la defensa de la ciudad, sino que saliendo fuerza se unió a las fuerzas de

Pinelo y así logró tomarla, cometiendo los más horrorosos crímenes, así su bandida tropa como la plebe, y no pocos vecinos que no eran de esta clase. Asesinaron a unos, arrojaron a otros de los balcones y tejados de la calle, y sacaron arrastrando de los monasterios e iglesias a cuantos europeos y americanos fieles al rey encontraron y los encerraron, desde el gobernador Valde-Hoyos abajo a todos, en calabozos y casa de gobierno, amenazándolos a cada instante con la horca. Robaron de las cajas reales 42 mil pesos que había en ellas. Se entregaron a un saqueo general y a los encerrados y libres les quitaron un inmenso caudal en plata, efectos y alhajas, que lo hacían subir a un millón de pesos, siendo este desorden cometido con más fuerza y ardor por los habitantes de la ciudad que por los mismos cuzqueños, sin interrupción de día y de noche, hasta el 28 en que, habiendo un accidente volado las municiones que tenían en el cuartel y abrasándose en su explosión los infelices presos que allí había, y con ellos algunos soldados de los que los custodiaban, levantaron la voz sedientos de sangre, diciendo que los europeos tenían de antemano dispuesta la mina de la ciudad y encendidas ocultamente mechas para conseguirlas, sin embargo de que fue notorio que la causó el descuido de las mujeres guisanderas que se hallaban al frente del cuartel donde estaba el depósito y los presos. Con esta supuesta maldad, corrieron inmediatamente a la casa de gobierno donde se hallaban presos el marqués de Valde-Hoyos con seis coroneles, cinco tenientes coroneles, el sargento mayor de la Plaza y su ayudante, cinco capitanes y otros varios militares y caballeros de la ciudad, a quienes mataron a puñaladas y palos, sacando arrastrados al gobernador y otros que colgaron en la horca. En seguida repitieron el reconocimiento de las iglesias y casas particulares, a donde acabaron con cuantos encontraron sin perdonar los niños, subiendo esta terrible catástrofe a un número considerable de víctimas todos visibles de la ciudad, que quedó totalmente acabada en su opulencia con la falta de tantos beneméritos ciudadanos que hacían todo lo principal de ella.

Esta infeliz y bárbara ciudad tuvo la nota de ser entre las demás la peor y más enemiga de todos los europeos y de los criollos fieles al rey. El 16 de julio de 1809 en que se sublevó, proclamando la independencia, depuso a su gobernador interino, don Tadeo Dávila, formó una junta con el nombre de *tuitiva* para el gobierno político, y dio al mestizo Pedro Morillo el mando militar y fue la más acérrima defensora de la independencia, llegando a tal extremo que las mujeres tomaron el más

acalorado partido, abandonaron la religión, prostituyeron el pudor y finalmente vivieron con el mayor desenfreno hasta el 11 de octubre del mismo año, en que la recuperó el ejército real pacificador del mando del brigadier “que era entonces” don José Manuel de Goyeneche.

Con semejante crueldad e inaudita conducta se aterraron las ciudades y provincias inmediatas, alegrándose de ella los muchos que deseaban se ejecutasen lo mismo en las vecinas, así como intimidándose los buenos, de quienes se esperaba contribuyesen con las guarniciones a impedir iguales desgracias en las inmediatas.

Renovaron con tan desgraciado motivo los gobernadores de las provincias y villa de Oruro sus clamores, pidiéndome auxilios que yo no les podía dar por mi apurada situación, rodeado de enemigos en un número de más del cuádruplo de mis fuerzas, después de haberme desprendido de la división de mi segundo Ramírez que ansiaba, porque volase en sus marchas para contener a los cuzqueños dar ánimo a los que en las provincias se habían amilanado y volver a reunírseme.

Tal era mi estado cuando en 4 de octubre por la noche recibí la contestación del excelentísimo señor virrey de Lima, su fecha 4 de septiembre, al parte que le di desde Yala en 3 de agosto de la pérdida de Montevideo, de mi situación en consecuencia de aquel funesto suceso y del estado de las provincias de mi espalda, y como dicho señor había tenido pocos días antes también la noticia de la revolución del Cuzco y previo las resultas que por una orden regular debería traer sobre el ejército, así como la influencia que tendría en tantos oficiales y tropa como en él había naturales del Cuzco y Puno, celebró una junta de guerra de generales en Lima el 2 de septiembre. E impuestos los vocales del caso, declararon unánimemente que el virreinato de Lima se hallaba en un estado el más crítico, y especialmente el ejército de mi mando, por ser compuesto en lo general de gentes de aquellas provincias, y muy temible el que abandonando el partido fiel del rey se pasasen al de los insurgentes, quedando en total disolución. Y que hallándome por consiguiente, así como los recomendables jefes y oficiales, en el conflicto de una muy difícil retirada, y que corriendo gran riesgo de que los insurgentes no solo se apoderasen de toda la provincia de Huamanga (si de alguna manera no se socorría para impedir el contagio a las demás que no podía evitar la guarnición de Lima, por no tener ni aun la necesaria para su defensa), resolvieron con igual unanimidad que con la más posible prontitud se pasase orden al general en jefe del ejército de Chile,

para que si había sujetado aquel reino, me remitiese al instante dos batallones, incluso el de Talavera, y en el caso contrario, se le facultase para celebrar un convenio con aquel gobierno y se retirase con toda su fuerza a auxiliarme, pero que debiendo ser muy lenta esta operación y mi urgencia demasíadamente angustiada para esperarla, resolviese yo lo más conveniente para salvarme y salvar la benemérita oficialidad y tropa que adicta a la causa del rey me siguiese. Y finalmente, que si lograba conservar 1500 hombres con que sujetar los nuevos rebeldes del Cuzco y amparar a Lima, me retirase por el Desaguadero o tomase por Arequipa, facultándome por último para celebrar un convenio de paz o suspensión de hostilidades con los enemigos, en la mejor forma que pudiese.

El mismo día 4 de octubre en que recibí el oficio y orden del señor virrey con el acuerdo de la junta de generales, había yo determinado permanecer en Cotagaita, sostener hasta el último caso las provincias de Potosí, Charcas y Cochabamba que tanta sangre había costado su recuperación, defenderlas contra los caudillos Zárate, Betanzos y Navarro, que con 200 hombres de fusil, algunos montados con lanza y considerable porción de indios, hostilizaban a la primera; contra Padilla, Umaña y otros, que con mayor número de todas clases hostilizaban por sus inmediaciones a la segunda; y contra Arenales, Lira y otros, que ejecutaban lo mismo contra la tercera, aprovechándose todos de la decidida voluntad de la indiada, cholos y mestizos a favor de su causa y enemigos de la del rey. Atender a los caudillos Camargo, Caballero y Baca, que se habían fortificado en las alturas de Santa Elena con más número que los anteriores de su clase y hacían continuas incursiones por la izquierda y espalda del cuartel general y en todo el partido de Cinti. Contener por la parte del Despoblado y puntos de Talina, Rinconada y Cochinoca a una gruesa partida que los amenazaba, y finalmente avanzar la vanguardia hasta Yaví para obligar al ejército reglado enemigo del mando de Rondeau, a que permaneciese en Humahuaca con sus avanzadas en la rígida e insoportable puna de la Cueba a la Guiaca, sin pastos ni víveres, al paso que las más en Mojo y Yaví gozarían de un clima mejor y más surtidas de aquellos y proporcionarme más seguridad por mi flanco derecho y recuperar a Tarija, cuya pérdida descubría mi flanco izquierdo y me era muy perjudicial en todos sentidos.

Este plan tan vasto con la poca fuerza de 2600 hombres y 18 piezas de artillería en el ejército de operaciones y el corto número de las guarniciones de las provincias de la espalda parecía temerario, y más cuando

el excelentísimo señor virrey en consecuencia de lo tratado en la junta de guerra citada celebrada en Lima, me facultaba para tomar cualquiera de los partidos que me acomodase para salvar los militares del ejército de mi mando que veía conmigo casi perdidos, según los datos en que fundó aquella su dictamen, maduro y bien reflexionado, pero aunque todos ellos subsistían en toda su fuerza y apuro, no el de la desconfianza de los jefes, oficiales y tropas de las dos provincias recién revolucionadas, que dieron las mayores pruebas “como va dicho” de la fidelidad y amor al rey. Esta buena disposición en que procuré entusiasmarlos, la aflicción de los pacíficos leales habitantes de las provincias, la sangre que estas cortaron para su recuperación, la esperanza de que el señor Ramírez aquietase pronto al Cuzco, Puno y la obligación de sacrificarse un general que manda, expuesto a la crítica de ignorantes que opinan solo por los resultados, más el saber que Rondeau no había aún recibido todos los refuerzos que aguardaba de Buenos Aires para atacarme, y que en el ínterin podrá haberse reunido el señor Ramírez con su división después de sofocada la revolución del Cuzco y Puno, me hicieron decidirme a dicho plan corto resuelto y aventurado. En consecuencia, y ganando momentos, dispuse lo siguiente.

1° Crear con el pie de cien veteranos una división de 200 hombres de infantería, 15 de caballería y un cañón de a 2, a las órdenes del coronel don Pedro Antonio Rolando, con la sola atención de resguardar la villa de Potosí, situarse en el pueblo de Puna a 12 leguas de dicha villa y recorrer sus alrededores para contener los caudillos destinados contra ella.

2° Crear otra división igual y con el mismo número de veteranos para pie, a las órdenes del teniente coronel don Francisco García, que situada en Talina asegurase la parte del Despoblado, hostilizada por el capitán Urdaminea y el caudillo Vidaurre.

3° Formar cuatro compañías de españoles naturales de Chichas para que, unidos a una compañía veterana y a la orden del coronel don Martín Jáuregui, gobernador del partido, hiciesen la guerra al infame Camargo, que era el más fuerte entre todos los caudillos y se había posesionado de todo el partido de Cinti “izquierda del cuartel general a 16 leguas de él” y fortificado para su último recurso en Santa Elena y Cañaguaco.

4° Finalmente, que la vanguardia que se hallaba en Suipacha con sus avanzadas en Mojo, compuesta de los batallones de partidarios y cazadores, y de los escuadrones primero y segundo de este nombre,

a la orden del coronel don Antonio María Álvarez, se aumentase con el batallón del centro, dos compañías del segundo regimiento y dos brigadas de artillería de cuatro cañones de a 4 cada una. Y que el mayor general interino, coronel don Pedro Antonio de Olañeta, se avanzase a tomar el punto de Yaví, extendiendo sus partidas por la derecha hasta el punto que llaman del Marqués o más adelante, según se proporcionase, y por la izquierda hasta Santa Victoria, a fin de contener a los enemigos por aquella parte y recuperar a Tarija, que en poder de ellos estaba a la orden del caudillo Olivera y nos ocasionaba los daños siguientes. Primero: tener comunicación libre los enemigos con Camargo en Cinti; con Zárate en Puna; con Padilla en La Laguna; con Warnes en Santa Cruz y con Arenales en Vallegrande. Segundo: sacar de aquella provincia más adicta a su sistema que otras muchos reclutas, víveres, caballos, ganados y otros artículos de que abunda.

En todo octubre se pusieron corrientes en instrucción y disciplina las citadas tres divisiones de Rolando, García y Jáuregui, y la vanguardia hizo su movimiento el 12 del mismo. Esta atacó en Yaví a un batallón de cazadores y 200 hombres montados que ya habían tomado aquel punto. Los persiguió por algunas leguas, matando e hiriendo algunos y haciendo varios prisioneros. Situó sus avanzadas en los puntos referidos. Hizo dos salidas con todas sus fuerzas en los meses de noviembre y diciembre, en que protegió la desertión de los enemigos, que se pasaron más de cincuenta. Recogió mucho ganado lanar y bastante vacuno, con otros artículos que proporcionaron mantenerse bien todas la vanguardia. Y finalmente amedrentó a los enemigos de tal modo que no atreviéndose a salir de Humahuaca, pudo deshacerse del escuadrón primero de cazadores de 200 hombres montados de fuerza y a la orden de su comandante, el coronel don Guillermo Marguiequi, caminó para la villa de Tarija rápidamente y después de una acción que tuvo con el intruso gobernador Olivera, en que le mató e hizo prisionera una parte de 300 hombres que tenía este caudillo, tomó la villa el día 4 de diciembre de 1814; cortó toda la comunicación con lo interior; persiguió las gavillas de insurgentes que estaban repartidos por varios puntos; se hizo con porción de caballos y ganado, y en los varios encuentros que tuvo después, tomó 80 prisioneros, incluso cuatro oficiales, el asesor de Olivera Zabala y al malvado caudillo Mendoza, conocido por sus crímenes, a quien pasó por las armas.

La división de Jáuregui salió del cuartel general el 26 de noviembre, se situó en la Palcagrande cuatro leguas de Cinti, y siendo atacada por 200 fusileros, algunos montados y armados de lanza y tres mil indios, y el 6 de diciembre los rechazó haciendo algunos prisioneros, entre ellos, al caudillo Caballero, a quienes pasó por las armas. Quedaron muertos en el campo más de 300, los heridos fueron muchos y los persiguió por bastante distancia. Jáuregui tuvo muy corta pérdida, y a muy pocos días después, fue a buscar a Camargo, que se había refugiado a sus fortificaciones de Santa Elena y reunido en aquellas ásperas montañas mucha indiada para defenderse. En esta expedición tuvo Jáuregui repetidos encuentros con el enemigo, hasta llegar a la bayoneta en algunos, lo atacó en sus eminencias con considerable pérdida de parte de Camargo. De la suya tuvo muertos al teniente Villegas, con 18 hombres de tropa, y algunos heridos y prisioneros, por lo cual y siendo esta tropa recluta la mayor parte del partido de Chichas poco a propósito para soldados, se amedrentaron y empezaron a desertarse en tales términos que en aquellos días y los siguientes, retirado ya a la Palcagrande, se le huyeron más de los dos tercios y pidió que a toda prisa le enviase algún refuerzo porque Camargo venía sobre él con duplicada indiada. Y con efecto, habiéndole remitido inmediatamente dos compañías del segundo regimiento a las órdenes del capitán don Domingo Infantas, llegó este el 6 de enero en ocasión de estar atacado Jáuregui, y con solo el preciso tiempo de arrojar sus mochilas, entraron en acción, y se logró derrotarle completamente con pérdida de 300 muertos, muchos heridos, y entre ellos, el mismo Camargo y Fermín Baca, su segundo. Nuestra pérdida consistió en seis muertos, 36 gravemente heridos y 39 contusos.

Camargo volvió a refugiarse en sus alturas de Santa Elena y empeñó toda su eficacia y poder sobre los indios para reunir considerable número de ellos y volver sobre Jáuregui, que permanecía en la Palcagrande con bastante cuidado, porque la deserción de su tropa de Chichas continuaba.

En este estado, y para terminar de una vez los cuidados por aquella parte, dispuse que el coronel Esenarro, comandante del batallón de granaderos, fuese a unirse con Jáuregui, llevándose 80 hombres de su tropa y otros 80 del segundo regimiento, con los cuales salió del cuartel general el 28 de enero. E incorporados el 15 de febrero, salieron el 6 a atacar a Camargo. Hallaron la primera partida de este en la altura de Tacaquira mandada por los caudillos Tejada y otros, la batieron matán-

doles 12 hombres y cogiéndoles algunas caballerías. Siguieron su marcha dirigiéndose a Santa Elena, en cuyas alturas se hallaba Camargo fortificado con profundas zanjas y parapetos, y tenía como 290 hombres de fusil, otros tantos montados armados de lanza, y de dos a tres mil indios con garrote, macana y honda. Jáuregui y Esenarro llevaban 300 soldados sobresalientes y 100 de las compañías de Chichas, todos armados de fusil y un cañón de fierro del calibre de a 1. Tuvieron su primer encuentro con cien enemigos, en el cerro nombrado Ancapuñina, a quienes arrojaron de él y persiguieron hasta dicho pueblo de Santa Elena, donde fueron reforzados con infantería y caballería que les bajó de las alturas, pero sin embargo huyeron todos a ellas a muy corto tiroteo de nuestra tropa, que les mató algunos. Desde el día en que salieron estos jefes de la Palcagrande, no cesó de llover, pero sin embargo al día siguiente 13 continuaron sus ataques ganando los cerros de Paistiti y Quisquiri a viva fuerza, y echaron los enemigos de sus primeras trincheras, allanaron a fuerza de brazo los caminos cortados por zanjas, y subió la tropa a las elevaciones inmediatas, a pesar del fuego que recibían y de la nube de grandes piedras que rodándoles arrojaba, fue desalojado de todas sus posiciones con pérdida considerable, y reunidos en la más fuerte y elevada con los caudillos Camargo, Olivera y Berdeja, más un clérigo llamado Baca que les fabricaba la pólvora, fueron igualmente arrojados con muerte de muchos y perseguidos cuatro leguas hasta la hacienda de Monaipata, en donde descansó nuestra tropa. Por la incesante lluvia y oscuridad del día no se pudo saber el número de muertos que tuvieron, pero no bajaría de 600 y más de otros tantos los heridos. Por nuestra parte solo hubo un cabo y 8 granaderos muertos, 9 soldados gravemente heridos y 42 contusos de piedra.

El 15 regresó nuestra tropa al pueblo de Santa Elena, quemó los víveres que no necesitó y todo el pueblo, excepto la iglesia y dos casas de hombres honrados. Al siguiente 16 volvieron a aparecer los indios en pelotón en una altura a dos leguas de distancia. Fueron inmediatamente atacados y desalojados de ella con alguna pérdida y ninguna por nuestra parte. Se replegaron a otra más elevada de la que también fueron arrojados con su caudillo Ferreira, que obraba separado de Camargo, mandando esta nueva turba de indios, de los cuales quedaron en el campo muertos 60, incluso algunos cholos de fusil, sin más avería por nuestra parte que la de haber salido herido el abandonado don Mariano Paiva.

Libre de enemigos a la vista, el 17 reunió nuestra división una porción de ganado vacuno y lanar para alimento de la tropa y emprendieron su retirada a la hacienda de Ingaguasi, seis leguas de Santa Elena, donde descansaron dos días, recompusieron sus armas y continuaron su retirada a Culpina, para volver a la Palcagrande bajo del concepto de que los enemigos habían quedado completamente escarmentados, y con el mayor descuido y confianza venían caminando ocupando más de una legua de distancia sin orden y sin los oficiales en sus puestos, con más de 400 burros y mulas que habían cogido cargados de despojos, Jáuregui delante de esta dilatada cuerda y Esenarro detrás. Los caudillos que siempre tuvieron a su devoción los indios de toda aquella comarca murieron en los días 17 y 18 a los que les habían quedado (todos los de los pueblos de La Loma, Cueba, San Lucas, Ingaguasi, Culpina y Quisquirá) y caminando esta nueva reunión de noche y cubierta de las alturas atacó improvisadamente la cola de nuestra descuidada división en una angostura, y sin saber los de adelante esta novedad, el coronel Esenarro fue a recibirlos con el capitán de granaderos Elejalde y 40 soldados que se hallaban a la retaguardia. Esenarro recibió una pedrada que le dejó muerto, los soldados que estaban a su lado echaron a correr, el capitán Elejalde se hallaba a pie, no pudo seguirlos y fue muerto a manos de los indios. Los demás de la división que vieron venir corriendo a los que abandonaron a Elejalde, se pusieron en una precipitada fuga, abandonando todas sus cargas y el cañón, y aun tirando algunos los fusiles y cartucheras sin que los pudiesen contener los pocos oficiales que no hicieron lo mismo, ni el coronel Jáuregui que iba delante, siendo tal la sorpresa y cobardía de estos hombres que tan valientemente se portaron días antes, que sin que ya nadie los persiguiese, cuando llegaron al río de la Palcagrande, sin reparar la mucha agua que llevaba, se arrojaron y ahogaron algunos en él. Y los demás tomaron diferentes caminos y no pararon hasta el cuartel general de Cotagaita, dejando a los caudillos Camargo y compañeros llenos de satisfacción y orgullo, y descubierto aquel punto tan interesante, en circunstancias de tener todas mis tropas ocupadas en otros, y sin más que 200 hombres en dicho cuartel general.

El mayor general brigadier don Miguel Tacón había ido pocos meses antes a tomar el mando de la provincia de Chuquisaca con la presidencia de su Real Audiencia para cortar las desavenencias (antes indicadas) entre el gobernador, cabildo y corporaciones que habían tomado un incremento que me obligó a tomar esta medida, a pesar

de quedarme sin un jefe subalterno que me ayudase a llevar las cargas del ejército. Tenía Tacón 500 hombres a sus órdenes para contener la osadía del caudillo Padilla que, con otros de su clase, 200 de fusil, otros tantos armados con lanzas y 2000 indios, era dueño del partido de La Laguna y amenazaban los alrededores de la ciudad de La Plata, y aun a la misma ciudad. Distante de ella 18 leguas en el pueblo llamado Presto, se hallaba la acreditada compañía del batallón del centro, del mando del capitán don Francisco del Corral, compuesta de 110 plazas. Y nueve leguas a su espalda, en el pueblo de Chuquichuqui, una partida de 35 hombres de fusil con algunos paisanos decididos a la orden del teniente coronel don Francisco Maruri. Corral fue atacado por parte de la fuerza de Padilla el día 19 de enero, y aunque rechazado en dicho pueblo de Presto, salió Corral animosamente de él, persiguiéndole con la mitad de la compañía hasta una altura que no pudo tomar por la nube de piedras que le arrojaban los indios, y empezó a retirarse al pueblo en donde difícilmente pudo entrar, con bastante pérdida por haber cargado los enemigos sobre él con toda su caballería, y en seguida la infantería de fusil, y la numerosa indiada que le rodeó y atacó obstinadamente. Corral murió, y cerca de una mitad de su compañía. El resto se defendió valerosamente, hasta que concluido el último cartucho, tuvieron que entregarse y solo escapó un soldado por quien tuvo el presidente Tacón la noticia de este desagradable suceso, que puso a la ciudad (poco de fiar) en el mayor cuidado; la Audiencia en sobresaltos, tanto apuró a Tacón para que a toda prisa pidiese auxilio de tropa a Potosí, y no pudiendo dárselos su gobernador, el conde de Casa Real de Moneda, me despachó por extraordinario los oficios originales de Tacón para que tomase las providencias convenientes. Comprendí que la pérdida de una compañía no era motivo para unos apuros tan grandes como en los que se suponían en la ciudad de La Plata. Y mucho más me cercioré del abultamiento cuando, después de despachado el auxilio, me participó Maruri que con sola su poca fuerza había rechazado en Chuquichuqui a los tres días de la desgracia de Corral, la que contra él había llevado el caudillo Padilla y su segundo Carrasco, atacándole a las diez de la noche del 22 con más de 400 hombres de todas armas, Maruri los persiguió más de dos leguas, matándoles 28 hombres y haciéndoles cuatro prisioneros que pasó por las armas con solo dos gravemente heridos que tuvo, y se le retiró a dicha ciudad de La Plata, donde se unió con los cuatrocientos hombres que allí había de guarnición,. Sin embargo y a pesar de mis otras muchas

atenciones y mi corta fuerza en el cuartel general, despaché de ella 285 hombres del segundo regimiento a la orden de su sargento mayor, el teniente coronel don Francisco Javier de Aguilera, con la terminante prevención de que había de tardar solamente ocho días en llegar a la ciudad de La Plata, seis en atacar y perseguir a Padilla unido con aquella guarnición, y otros ocho en volver a reunírseme. Impuse de esta disposición al presidente Tacón, haciéndolo responsable de la menor variación que detuviese a Aguilera. Y habiendo cumplido exactamente con mi orden, sin embargo de haber tenido cuatro felices acciones con los indios de otros caudillos en su marcha (y regreso), y después de batido horrorosamente Padilla que perdió más de 700 hombres, regresó Aguilera al cuartel general y su descanso fue salir al día siguiente a cubrir mi flanco izquierdo, situándose en la Palcagrande, abandonada días antes por la tropa de Jáuregui y el difunto coronel Esenarro. Allí fue atacado por el tal Camargo el 27 de marzo, habiendo este caudillo rodéadole dos días antes con 200 hombres de fusil y más de 2000 de lanza, honda y macana. Pero las buenas disposiciones de Aguilera y el valor de su tropa consiguieron, después de siete horas de acción, rechazarle, batirle y perseguirle con pérdida de 150 muertos, muchos heridos, 14 prisioneros, que fueron pasados por las armas, 40 caballos y mulas ensilladas, 2 fusiles y todos sus víveres. Aguilera tuvo por su parte dos muertos y 4 heridos de bala, incluso el alférez don José Rodríguez, y se retiró a su posición de Palcagrande, donde volvió a ser atacado el 29 por el propio caudillo, a quien justamente se habían unido en aquel día los de su clase, Caballero y Villarruvia, que trajeron a sus órdenes 1500 hombres, entre ellos 100 de fusil y los demás montados con lanza e indios a pie. Todos fueron igualmente batidos y perseguidos, como lo habían sido dos días antes, pero con mayor pérdida, pues solo en el campo dejaron más de 200 cadáveres, fueron prisioneros y pasados por las armas cinco, entre ellos el caudillo Caballero, se les tomaron tres fusiles, dos carabinas y 18 caballos y mulas ensillados. Y Camargo, Villarruvia y el clérigo Baca huyeron precipitadamente, abandonando sus secuaces que se dispersaron por todas partes, sin que en esta acción hubiese habido por nuestra parte más que uno ni otro herido, logrando por medio de estas dos acciones aterrar aquellos infames que se fueron a refugiar y rehacer en sus elevadas breñas, con lo cual quedó este punto sin los cuidados que le amenazaban antes.

La división de Rolando que se organizó y arregló en el pueblo de Puna, doce leguas de Potosí, hizo sus correrías por diferentes puntos. Y sabiendo que en el de Bartolo, a 8 leguas de dicha villa, se habían situado los caudillos Navarro, Benancio, León y Olmedo con 600 hombres de fusil, honda y macana, y sin embargo de que tenía varias partidas de su división ocupadas, marchó sobre ellos el 17 de enero de 1815 con 90 hombres de fusil, y algunos montados y armados con lanza, los atacó el 18 en las alturas de otro pueblo de Bartolo, los batió completamente matándoles más de 100 hombres, e hirió a mayor número. Por su parte lo fue el teniente de caballería don Mariano Matorras, el sargento Jerónimo Medina y once soldados. La acción fue muy reñida por la desigualdad de fuerzas. Duró cinco horas y media con un fuego vivo, y los enemigos perseguidos por más de dos leguas, con su esperanza perdida de atacar por aquel lado a Potosí. Por esta distinguida acción concedí en 5 de febrero un escudo de honor al sargento y once soldados heridos.

Rolando se retiró con su tropa a su posición de Puna, y sabedores los caudillos Berdeja y Betanzos de la acción que había tenido con los otros cuatro el 18, y en la inteligencia de que había sufrido mayor pérdida, se resolvieron a atacarle en su misma posición de Puna el 21 de dicho mes de enero, ejecutándolo con 300 hombres de fusil, lanza y honda, justamente en ocasión de haberle llegado a Rolando 30 granaderos y 8 dragones de mi guardia de honor, que le había enviado de refuerzo desde mi cuartel general cuatro días antes porque sabía la escasa fuerza con que se hallaba. Esta acción fue una de las más empeñadas que han tenido los indios, y después de cinco horas de fuego, quedaron enteramente derrotados, muertos en el campo 200 y heridos casi todo el resto. En la persecución fue cogido el malvado Betanzos, indio cacique, el más obstinado que se conocía, y a quien los de su clase se reunían por veneración. Esta tan útil presa la hicieron dos soldados lanceros naturales de Puna, llamados Javier Barrios y Simón Rodríguez Navia, a quienes concedí la graduación de sargento segundo, un rico uniforme y un escudo de honor en 24 de febrero del mismo año. La cabeza de Betanzos fue puesta en una pica en la plaza de Potosí y esta brillante jornada solo costó por nuestra parte la muerte de seis soldados, doce heridos y veinte contusos.

La división del Des poblado al mando de García, luego que estuvo organizada y disciplina en Talina, empezó sus movimientos contra el

comandante de la enemiga llamado Urdaminea, y los caudillos Falagiani y Vidaurre que tenían a sus órdenes 200 hombres de tropa, armados con fusil y algunos montados con lanza. La fuerza de García consistía en 180 de la primera arma y 20 con la segunda. Alcanzó García a Urdaminea cerca de Esmoraca, en el punto llamado El Mojinete, el 16 de enero de 1815, habiendo tenido que atravesar aquel caudaloso río por tres veces. Y emprendida la acción, después de algunas horas de fuego fueron los enemigos batidos y perseguidos con muerte de 15 soldados y mayor número de heridos. Se les tomaron cuarenta mulas y caballos ensillados, porción de ganado vacuno, dos sargentos, cuatro cabos y soldados y un tambor prisioneros; y se rescataron tres de esta clase y un negro que nos habían tomado antes. Por nuestra parte, hubo la pérdida de un soldado ahogado entre otros muchos que llevó la corriente del río con pérdida de un fusil, un sargento y un soldado heridos gravemente y tres contusos. Por esta acción brillante concedí al comandante García, a cinco oficiales y al sargento y soldado heridos un escudo de honor y otras gracias.

Considerando que por esta parte del Despoblado quedarían por algún tiempo los enemigos escarmentados y que serían bastantes para contenerlos los soldados nuevos que estuvieron en ella, di la orden a García para que dejase el mando de ellos a su segundo, el teniente coronel don Tomás Aperte, ínterin llegaba el coronel graduado don Cristóbal Martínez, y que él viniese con los cien veteranos de su regimiento al cuartel general para marchar a ocupar otro punto que necesitaba refuerzo. Esta orden no se pudo cumplir, porque Urdaminea recibió un fuerte auxilio que le envió su general Rondeau, con el cual se fijó en el pueblo de La Rinconada para desde allí hacer sus hostilidades. Instruido de esto el jefe de la división, caminó sobre ellos, los atacó en el expresado pueblo el 18 de febrero, y después de una reñida y obstinada acción contra las compañías de infantería mandadas por los capitanes Urdaminea, Lamadrid y Saavedra, que habían venido de refuerzo al primero, logró batirlos matándoles 20 soldados y un oficial, y haciéndoles mayor número de heridos. Martínez tuvo por su parte la pérdida del ayudante mayor teniente don Mariano Armasa, dos sargentos y 16 soldados. Quemó el pueblo, que era todo de indios enemigos muertos, y se retiró al punto de Talina. Urdaminea, con los otros dos capitanes y toda su división, abandonaron el Despoblado bien escarmentados y se replegaron al cuartel general de su ejército que se hallaba en Huma-

huaca; así como nuestra división a la vanguardia que se hallaba en Yavi con sus avanzadas en el puesto del Marqués; y García se retiró con los cien hombres veteranos de su batallón a reunírseme en el cuartel general de Santiago de Cotagaita.

El comandante don Antonio Vigil se hallaba con cien hombres montados de su escuadrón avanzado en el punto llamado del Marqués, y sabedor el coronel Olañeta, jefe de vanguardia, que a seis leguas de distancia en la casa que se nombra del Fejar, estaba apostada una gruesa partida enemiga, mandó a Vigil que la atacase enviándole de refuerzo 80 hombres de varios cuerpos. Con efecto marchando a cumplir la orden a las primeras leguas halló tres espías que, aunque montados en buenos caballos, fueron presos y pasados por las armas. A las once de la mañana rodeó la expresada casa sin ser sentido de los que estaban dentro, empezó su ataque, defendiéndose aquellos con una obstinada resolución, parapetados con las paredes del patio que estaba cerrado, al paso que la tropa de Vigil se hallaba al raso. Intimoles la rendición a que se negaron, pero habiendo pegado fuego a la casa donde se habían metido para continuar su defensa, después de desalojados del patio, ofrecieron entregarse como los ejecutaron. Y se encontró con la novedad de que la partida enemiga constaba de un oficial y catorce hombres, pero que en aquella misma mañana y con objeto de reconocer el campo había llegado a ella el mayor general del ejército enemigo coronel don Martín Rodríguez con 6 ayudantes y 50 hombres de escolta. Quedaron prisioneros dicho mayor general, cuatro oficiales, dos sargentos primero y 31 soldados. Se les tomaron 32 fusiles y 32 sables, y quedaron muertos un sargento y 16 soldados. Por nuestra parte hubo la pérdida de un cabo muerto y un soldado herido del cuerpo de cazadores; dos soldados heridos del de partidarios; un sargento muerto; otro, y un soldado herido del batallón del centro; del escuadrón de Vigil, un cabo y dos soldados heridos.

Rodríguez era justamente el oficial de más concepto del ejército de Rondeau, íntimo amigo suyo y director de sus operaciones militares, por lo que les causó el mayor sentimiento esta presa y no poca consternación a sus tropas. Vigil fue el conductor al cuartel general de estos prisioneros, y entregados en él, volvió a ocupar su lugar en dicha avanzada del puesto del Marqués.

En tan buen estado nuestras cosas por lo respectivo al ejército de Rondeau y con objeto de estrecharle más y más, dispuse que se aumen-

tase la fuerza de la vanguardia con el valiente escuadrón del mando del coronel don Guillermo Marquiegui, que se hallaba en Tarija, en la fuerza de 200 hombres montados; y a más una compañía de infantería sobresaliente del batallón de cazadores y 150 tarijeños, relevándolos con el escuadrón de San Carlos, a la orden de su comandante, el coronel don Melchor José Lavín, como se verificó en primeros de marzo, encargándose este de la defensa de Tarija y su partido y pasando Marquiegui a la vanguardia.

Por las inmediaciones de dicha villa andaban los caudillos Olivera, Rojas, Daniel y Subiria haciendo todo esfuerzo para reunir gente, hasta de los indios chiriguano del Bermejo, y sin embargo de los golpes que Marquiegui les había dado, se aproximaron el día 9 de marzo a 7 leguas de la villa con 300 hombres, y Lavín con su escuadrón salió a las siete de la noche para caer sobre ellos al amanecer. Pero avisados los enemigos por sus secuaces tarijeños, abandonaron el punto que ocupaban y se replegaron diez leguas más atrás al de Orosas, protegido por muchos zanjones de que abundaba aquel terreno. El 11 fueron atacados en él por sola una partida de 45 hombres montados a la orden del segundo de Lavín, el teniente coronel don Fernando Aramburu, que los desalojó matándoles 8 e hiriéndoles una porción de ellos. Les tomaron 12 caballos, un fusil, una pistola, dos sables y tres prisioneros que fueron pasados por las armas. Aramburu se volvió a la villa con solo la pérdida de tres mulas muertas en la acción, herido de bala el teniente don José María Arce (caudillo que era de los enemigos y pasando días antes a los nuestros), un soldado herido de sable y otro contuso.

El 26 del mismo marzo, noticioso de que volvían a aproximarse los enemigos, salió por la noche con dirección al valle de la Concepción, donde les tomó 26 caballos y tres espías que fueron pasados por las armas, y continuando su marcha a vista de los enemigos se situaron estos en las llanuras de Pactaya. Constaba su fuerza de cien indios chiriguano armados de flecha; 200 provincianos de macana, lanza y 40 fusiles; 30 gauchos de la provincia de Salta con fusil; y 20 cazadores recientemente enviados por Rondeau, a la orden del teniente Marcelino Aparicio. Allí fueron atacados por las tres compañías del escuadrón con sable en mano. Les mataron 14, hirieron una porción considerable de ellos, y les tomaron 8 fusiles, una carabina, dos sables y 41 prisioneros que fueron pasados por las armas, sin haber tenido por su parte más que un soldado y tres caballos heridos. Esta turba de enemigos la mandaba

el caudillo Francisco Subiria, que huyó a Orosas precipitadamente con su resto. Lavín lo siguió de noche y a las 12 de ella se introdujo en el campo enemigo sin ser sentido, mandando sus dragones atacasen a sable, de que resultó la muerte de 20 de ellos, muchos heridos y entre ellos el comandante Subiria, atravesado de una bala de fusil que huyó sin embargo a Los Toldos. Lavín recibió al concluir esta acción la orden de situarse en la Cuesta del Inca, 14 leguas de Tarija, para ejecutar una acción combinada con la vanguardia, y por esta razón no persiguió a los enemigos.

Mantúvose en aquel punto hasta el día 4 de abril, en que supo que aprovechándose los caudillos Olivera y Rojas de la distancia de 14 leguas en que se hallaba de Tarija, se metieron en ella con 200 hombres de todas armas. Pero sabido por Lavín, hizo una marcha forzada en la noche del 5, cayó sobre ellos el 6 a las 8 de la mañana, y después de media hora de acción, dejando once muertos en el campo, huyeron con considerable número de heridos, perdiendo 18 fusiles, un sable, 48 caballos y 23 sillas de montar, incluso la del mismo Olivera. Se les tomaron 35 prisioneros y fueron pasados por las armas. Y Lavín, sin desgracia de ninguna clase por parte de su tropa, se volvió a la Cuesta del Inca hasta que finalizado el movimiento combinado se volvió a Tarija.

Con estos felices sucesos, había logrado tener al ejército enemigo aterrado y acorralado en [ilegible], y sin que pudiese dar un paso que no le fuese adverso, a pesar de la superioridad de sus fuerzas. Todo mi frente de 40 leguas, desde Tarija a La Rinconada, se hallaba libre de enemigos; estos muy escasos de víveres, al paso que mis tropas los tenían con abundancia; los caudillos Olivera y Rojas, batidos y apurados muchas veces, dispuestos a entregarse con sus armas, como lo había ejecutado pocos días antes el caudillo Arce, su compañero; el mayor general enemigo en mi poder con sus ayudantes, Camargo espantado en sus peñas de Santa Elena, Zárate alejado de Potosí en las escabrosidades de Turuchipa, y Padilla en La Laguna, reponiendo su pérdida.

Por la parte de Chuquisaca, Padilla, que había vuelto a rehacerse, fue atacado y perseguido por el teniente coronel Valle, y castigado el pueblo de Presto, cuyos habitantes indios habían ayudado a la pérdida de la compañía de Corral, por lo que quemó el pueblo y pasó por las armas a cuantos hombres encontró en él. Pero tuvo que volverse a la ciudad, a causa de que otros caudillos la amenazaban por otros puntos,

y especialmente porque eran poco de fiar los vecinos de ella, dispuestos siempre contra las armas del rey.

Por el partido de Chayanta, no había el mayor cuidado desde que su gobernador, el coronel don José de Mendizábal, hizo unos fuertes castigos en los infidentes y destruyó al caudillo Navarro el 24 de febrero de 1815 en el pueblo de Surumi, sorprendiéndole al amanecer y quitándole en la acción todas sus armas después de muerta la mayor parte de su gavilla, excepto unos pocos que escaparon con él.

Por Oruro no había novedad, en consecuencia de la salida que había hecho su gobernador Abeleira con una partida de 190 hombres y un cañón de a 2, combinada con otra que había enviado el intendente de Cochabamba, don Antonio Goyburu, a dispersar a los caudillos Lira, Cárdenas y otros, que con mucha indiana y algunos fusiles hacían incursiones por él, y fueron completamente batidos y ahuyentados, aunque con pérdida de un capitán y 38 soldados, que fueron sorprendidos y asesinados.

Finalmente, por la provincia de La Paz hasta el Desaguadero había logrado el teniente coronel don Toribio Barra el 17 de enero de 1815 batir y destrozar completamente al caudillo Jorge Carrión en las orillas del río Mauri, cuatro leguas de dicho punto del Desaguadero, tomándole casi todas sus armas y un botín considerable de los robos que había ejecutado este malvado, de manera que hubo soldado a quien tocase 500 pesos.

Todas las fuerzas empleadas en estas atenciones y puntos indicados, incluso las del ejército de operaciones, no componían un total de 4500 hombres haciendo la guerra en 120 leguas de terreno. La de los enemigos excedía de 20 mil, entre el ejército reglado de Rondeau y la multitud de caudillos. Pero sin embargo ellos fueron batidos en todas partes, y a pesar de su obstinado empeño, de la acogida que hallaban en todos sus habitantes, de los espías y avisos que tenían y de no ser nuestro más que el terreno que pisábamos, iban ya desmayando y poniéndome cada vez en más empeño de sostenerme en Santiago de Cotagaita y Yavi, esperando el regreso de mi segundo Ramírez con su división y los refuerzos de Chile prometidos, para que tuviesen algún descanso mis tropas, que ya no podían más y se habían disminuido considerablemente en tan repetidos encuentros, en términos de no haberme quedado arriba de 2000 hombres en el ejército de operaciones, y menos de 1500 en

todas las capitales de provincia y demás puntos de mi espalda hasta el Desaguadero.

Yo sabía que Rondeau tenía próximo el último refuerzo de 2500 hombres que esperaba de Buenos Aires, como en efecto le llegó en fines de marzo. Del señor Ramírez no tenía entonces más noticia que la de haber salido de Arequipa con su división el 11 de febrero de 1815 con dirección al Cuzco. Y, por consiguiente, no debía dudar de que si lograba la pacificación de aquella provincia, no podía volver a reunírseme en tres o cuatro meses, como así sucedió, pero ya tarde, según se verá en el lugar en que hablé de todos los sucesos de la expedición del referido señor Ramírez.

Rondeau, luego que tuvo en su cuartel general de Humahuaca el refuerzo expresado, hizo juntar de las campañas de Jujuy y Salta hasta mil hombres que llaman gauchos, montados y armados de machete o sable corto, y se dispuso a atacarme, seguro de mi corta fuerza y muchas atenciones. Repitió sus órdenes a todos los caudillos para que haciendo los últimos esfuerzos estrechasen a Tarija, Potosí, Chuquisaca y Cochabamba, con la segura esperanza de que en todo el mes de abril atacaría él, el ejército del rey.

Los tales caudillos se empeñaron más que nunca en cumplir las órdenes de Rondeau. Aseguraron a todos sus secuaces y a lo interior de las provincias que la guerra iba a expirar con el exterminio de las tropas del rey; que la división del señor Ramírez había sido destruida y muerto este a manos de los caudillos del Cuzco Pumacahua y Angulo; que estos eran dueños de La Paz, Puno, Arequipa, Cuzco, Huamanga y hasta Lima, donde había sido preso el virrey y demás autoridades; y finalmente que se dirigían sus tropas a tomar la espalda del ejército real para que atacado por el de Rondeau no escapase ninguno.

Cuando esparcían estas voces los malvados que rodeaban el ejército del rey y provincia inmediatas, hacían otro tanto los de su clase Pinelo, Bejar, Carrión, Mendoza, el sacrilego clérigo Muñecas, Angulo y Pumacahua en las del virreinato de Lima, llegando la maldad y fingimiento de los dos últimos a publicar en sus papeles que el virrey Abascal había sido preso en Lima y unídose aquella capital a ellos, y que yo había sido muerto y completamente acabado el ejército de mi mando, previniendo por tanto que celebrasen misas de gracias en las capitales, como se verificó en la catedral del Cuzco y otras iglesias.

Estas inventivas produjeron tal efecto que hasta habitantes principales muy racionales y fieles llegaron a creerlas, cuanto más la gente estúpida, y especialmente los indios. Y se aumentó en todos la esperanza de su independencia, en términos de que nunca estuvieron los caudillos en tanta fuerza como la que les dio la circulación de semejantes noticias, ni las provincias más dispuestas a una revolución general.

En esta ocasión tan crítica, especialmente para las capitales de las tres provincias cercanas a mi espalda, pidió el presidente de Charcas, Tacón, que la división de Rolando que defendía los alrededores de Potosí fuese rápidamente al Terrao, a recibir varios efectos y dos compañías de reclutas que enviaba de refuerzo al cuartel general. El gobernador de aquella Villa, conde de Casa Real de Moneda, se la envió con prevención de que al momento regresase. Llegó Rolando al Terrao, y no hallando las expresadas compañías, siguió su marcha hasta las inmediaciones de Chuquisaca y avisó al presidente, añadiéndole que, pues sabía que Padilla se acercaba a la ciudad, se le ofrecía con su tropa para ayudar a batirle y volverse después rápidamente. Tacón aceptó la oferta. Y ni uno ni otro tuvieron presente que peligraba Potosí. Reunidas las fuerzas de Rolando y de la guarnición de Chuquisaca, atacaron a Padilla con feliz éxito el día 4 de abril de 1815 en el cerro de Carretas, distante de la ciudad 14 leguas, haciéndole considerable número de muertos y heridos en los cien fusileros y 2000 armados de lanza y honda, que tenía aquel caudillo, con solo 60 heridos por nuestra parte. Tacón persiguió a Padilla por muy corto espacio, y no teniendo seguridad de la ciudad, se volvió a ella inmediatamente, y Rolando para Potosí con su división, en virtud de las órdenes que tenía del conde, y de la mía del 3 en que le desaprobé, y a Tacón un movimiento opuesto a mis planes, previéndole al mismo tiempo que a marchas forzadas volviese al punto de Bartolo, a fin de destruir las ideas que el caudillo Zárate había formado en el partido de Puno contra Potosí. Ejecutolo prontamente, pero ya tarde por lo que más adelante se dirá. Y habiendo sufrido el 9 de abril a su paso por el cerro de Pilima una acción que le presentaron los caudillos Navarro, Mella y Balsa-Vilvaso, con un número de más de 2000 hombres armados de lanza y macana, y 160 fusiles, a quienes después de cuatro horas y media de fuego logró poner en una completa derrota con muerte de más de 200, entre ellos Balsa-Vilvaso y ocho soldados de Buenos Aires, les tomó un fusil, una carabina y 20 caballos, teniendo

Rolando por su parte siete muertos y 32 heridos, todos de bala y piedra, incluso en estos el teniente coronel don Joaquín Prudencio.

Zárate, que desde el momento que supo la marcha de Rolando, se propuso a atacar a Potosí, se colocó inmediatamente en Puna. Interceptó el Camino Real de esta villa al cuartel general, y se dirigió con todas sus fuerzas hacia ella con su segundo Mena. La cercó el 6 con 160 fusileros, 50 de caballería y 2000 indios, situándose por las alturas de Las Lagunas. Su gobernador, conde de Casa Real de Moneda, dispuso una salida y la verificó el 7 de abril con su guarnición que consistía en 200 soldados de infantería, 50 de caballería de particulares, como unos 400 vecinos armados con palos a las órdenes de los curas de Santiago Costa, don Francisco Vilches y don Manuel Ascano, y dos cañones, dejando en la villa a cargo de su sargento mayor, el coronel don José Antonio Estévez, la compañía del comercio y la de empleados, que con anticipación se habían formado y disciplinado para tal caso, y hacía meses que estaban sirviendo con todo honor, decisión y entusiasmo a la orden del coronel (comerciante) don Mariano Ibarguen. A las 7 de la mañana empezó la acción que se concluyó a las ocho y media y fueron los enemigos perseguidos hasta las diez, dejando 14 muertos, tres fusiles, 11 prisioneros y llevando consigo muchos heridos. Se tomaron tres indios del cerro y un cholo de la villa que se habían pasado al enemigo, más un sargento de nuestro ejército bastante herido con su fusil, con señales de haber hecho mucho fuego, los cuales pagaron su delito con el último castigo. Por nuestra parte solo hubo dos heridos.

Los prisioneros declararon que no muy distante se hallaba otra fuerza considerable de enemigos con 150 fusileros que debían haber obrado unidos con Zárate, a quien regularmente se juntarían para volver a atacar la villa. Y añadieron que Zárate, con el objeto de llevarse él solo la gloria de tomar a Potosí, se había anticipado a la referida fuerza.

El conde, con este motivo y no sabiendo nada de la división de Rolando, más a pesar de cuanto en su parte del 7 me había comunicado referente a la buena disposición de la tropa y vecinos de la villa (más bien por la política que se vería precisado a usar que por la razón), me dice en carta confidencial del 8 que su guarnición es insubordinada, sin disciplina y reclutas; que por poco no sufre un contraste en la acción del día anterior; que se había propuesto si volvía a ser atacado, atrincherarse en la villa por no exponerse a un desastre, ya que se le levantase el pueblo; y finalmente que su situación era sumamente apurada y

debía volver a ser atacado por Zárate, lamentándose mucho de que en Chuquisaca se le hubiese ocupado la división de Rolando, teniendo allí tropa para defenderse de Padilla, graduando este procedimiento de irregular arbitrio y aun despótico por el que se había turbado todo el orden de la provincia de su mando y comprometido la seguridad de su capital, reduciéndola el estado en que se hallaba y los incalculables males consiguientes a él. Que por tanto tomase yo el oportuno y pronto remedio que exigía su situación para salvar aquella villa en que se fundaban la subsistencia del ejército, ínterin volvía Rolando.

En este apurado caso, y siendo de una absoluta necesidad el conservar a Potosí, resolví que inmediatamente marchasen 400 hombres del batallón de granaderos con dos piezas de artillería, a las órdenes del comandante don Mariano Portocarrero, para que a marchas forzadas se pusiese sobre Potosí, como lo ejecutaron en tres días y medio, a pesar de la distancia de 36 leguas que mediaba entre el cuartel general y aquella villa.

Este suceso que ocasionó la detención de Rolando en Chuquisaca, me puso en la indispensable necesidad de variar todo mi plan de operaciones, porque habiendo determinado recibir a Rondeau en el punto de Mojo y darle una batalla con menos de mitad de fuerzas de las que él tenía, antes que evacuar las provincias que tanto había costado recuperar, había dispuesto bajar a dicho punto con mi cuartel general, el regimiento segundo, batallón de granaderos y el resto de la artillería (únicas fuerzas que tenía en él), a cuyo fin ya habían llegado a Suipacha parte de estas, con el coronel don Rufino Bercolme, a quien mandé retroceder a Cotagaita, quedando así frustradas todas mis ideas y sin más tropas en el cuartel general que 300 hombres escasos.

En consecuencia, resolví hacer el último esfuerzo y mandé al gobernador del partido de Chichas, coronel don Martín de Jáuregui, que le levantase todo en masa y le reuniese en Cotagaita, para que defendiese aquel punto contra las tentativas de Camargo. Despaché orden a Portocarrero para que así que atacase en Potosí a Zárate se volviese rápidamente al cuartel general, y dispuse la salida de 200 prisioneros con que me hallaba, incluso once oficiales con el mayor general coronel de los enemigos Martín Rodríguez, que me embarazaban mucho.

Este bribón hizo mil esfuerzos para que yo le oyese antes de marchar para Lima. Y aunque me había propuesto no verle, tanto me dijeron de sus buenas circunstancias algunos jefes con quienes había hablado, que

accedí a su súplica y le mandé comparecer para que se explicase cómo lo ejecutó, informándome de la pura verdad del estado de los enemigos, así en razón de fuerzas como pensamientos de Rondeau, y su gobierno, que vi después acreditado; igualmente que cumplido todo, menos lo perteneciente a su persona.

Díjome que Rondeau había reunido seis mil hombres con los refuerzos que le habían llegado de Buenos Aires; que debía atacarme desde primeros a mediados de abril; que sabía la poca fuerza con que yo me hallaba y lo apurado que estaba por mi espalda; que dicho su gobierno los tenía engañados con que el rey Fernando estaba en Lisboa repudiado de la nación y dominando en España el partido de las Cortes; que había una guerra civil entre este y el del rey, mediando los ingleses contra aquel; que no era posible venir un hombre de la Península contra Buenos Aires; que la revolución del Cuzco se hallaba tan consolidada y adelantada que en breve se unirían con Lima, cuyos habitantes llamaban a los del Cuzco; que por la parte del Desaguadero se hallaba el indio Pumacahua con considerables fuerzas, dueño de La Paz y próximo a atacar el ejército de mi mando por la espalda, en combinación con ellos para acabar de una vez con el ejército real; y finalmente que estaban todos tan persuadidos de ser esto cierto que creían segura su independencia, pero que desengañado el tal Rodríguez de ser todo falso, porque había visto y leído las gacetas de Madrid en los días que llevaba de prisionero, y visto en ellas que el rey gobernaba pacíficamente en España con gente de la nación, y en las de Lima que no existía Pumacahua y había sido desecho su ejército por la división del señor Ramírez, protestaba contra las ideas de Buenos Aires, juraba (como lo hizo por escrito) obediencia y subordinación al rey, por quien era coronel. Y finalmente dijo otras muchas cosas para manifestar sus sentimientos y la verdad de cuando expresaba, pidiendo que no le alcanzase ningún indulto si en la menor cosa faltaba a la verdad, y añadiendo por último que se le permitiese ir canjeado, para que con este pretexto pudiese él desengañar a Rondeau y a todos los oficiales de su ejército de la equivocación en que los tenía su gobierno, a fin de que cesase la guerra que los devoraba, y que cuando no consiguiese por la fina amistad en que estaba con Rondeau, y por la preponderancia que tenía sobre todos los jefes de los de su ejército la unión de ambos, me ofrecía lograr los mismos una suspensión de hostilidades.

Yo desconfié de este, como desconfiaba de todos los revolucionarios de Buenos Aires, porque en toda la guerra no habían hablado una verdad ni cumplido una palabra, y aunque me parecía menos malo Rodríguez, estaba casi inclinado a creerle, quise que otros le oyesen para que ratificando mi concepto pudiese asegurarme en lo posible. Con efecto opinaron bien de sus ofertas, y en consecuencia haciéndome cargo de la apurada situación en que me hallaba, y de que canjeado por dos coroneles iba a ganar y no perder más que tener por enemigo un pícaro más, le envié a su ejército con un oficio a Rondeau, diciéndole que a su solicitud iba canjeado por Suárez y Sotomayor que nos tenían allí prisioneros, pero con la condición de que Rodríguez se había de retirar a su casa y Suárez a la suya, quedando Sotomayor en aptitud de servir. Rondeau me contestó que estaba pronto y agradecido a mi generosidad, y luego que Rodríguez llegó a Humahuaca, que fue el 6 de abril, me escribió con las mayores expresiones de gratitud, añadiéndome que por sus instancias hechas a Rondeau en favor de la mujer de Olañeta y familia de Marquiegui, a quienes tenían presas porque sus hijos servían en el ejército real mandando su vanguardia, se hallaba esta ya en su casa y aquella en Humahuaca, desde donde efectivamente escribió a su marido. Y, por último, envió Rondeau a su sargento mayor Samudio a las avanzadas de mi ejército para tratar de un acomodamiento, y con él Rodríguez una carta para mí en que me daba aviso de haberse variado el gobierno de Buenos Aires y de haber cumplido su palabra.

No obstante, y para asegurarme más, resolví acercarme a Rondeau con mi cuartel general y repetí mis órdenes a Portocarrero, para que redoblase sus marchas a unírseme, si ya había sacado de cuidados a Potosí, y encargué nuevamente a Jáuregui que pusiese en Cotagaita su partido en masa, como se lo había prevenido antes, y finalmente despaché un extraordinario a la ciudad de La Plata, diciendo a su presidente que no podía enviarle el refuerzo que me había pedido, y que hiciese el último esfuerzo para defenderse de los caudillos Arenales y Padilla que me había escrito le tenía muy apurado y a pique de perderse la ciudad: todo con el objeto de recibir en Mojo a Rondeau si faltando al trato intentaba atacarme, y si procedía de buena fe, darle a entender que estaba al cuidado de ambos objetos.

Todas mis ideas se frustraron de una manera la más apurante. Portocarrero, que había ahuyentado a Zárate de las cercanías de Potosí, recibió a la segunda jornada de su vuelta al cuartel general la orden de aquel

governador para regresar inmediatamente sobre la villa que se hallaba circunvalada otra vez de multitud de enemigos a la orden de Zárate, que hasta la había intimidado la redención. Camargo había salido de sus alturas de Santa Elena y aproximándose con mucha fuerza a 14 leguas del cuartel general, y Jáuregui no había podido reunir de su partido para oponérsele arriba de 100 hombres servibles, sin instrucción. El presidente de La Plata me repitió sus apuros y el infame Rondeau se puso en marcha con todo su ejército para venir a atacarme, ejecutándolo en el puesto del Marqués el 14 de abril con mi primera avanzada, que consistía en el escuadrón segundo de cazadores del mando del teniente coronel don Antonio Vigil, cuya fuerza de 200 hombres fue batida por más de 700 de caballería enemiga y un batallón de infantería, haciendo Vigil sin embargo una defensa la más heroica, tanto para mantener su puesto, como lo consiguió más de dos horas, como su retirada de cuatro leguas, siempre batiéndose con los enemigos, aunque le quedó muy poca gente, pues perdió siete oficiales y 140 hombres de tropa.

Desempeñada la última obligación de un general de un ejército, sin esperanzas de auxilio por parte alguna, y rodeado de más de cuádruplo número de enemigos, solo me restaba salvar las cortas fuerzas con que me hallaba para que replegadas a un punto de mi espalda, y reunidas con las guarniciones de Potosí, Chuquisaca y partidas volantes, impusiesen al enemigo y le detuviesen en sus progresos sobre el virreinato de Lima, que era la primera atención de que estaba encargado.

En consecuencia, y después de haber sostenido siete meses una “sin ejemplar guerra”, tomé el 16 de abril las disposiciones siguientes:

1º Pasé la orden al comandante general de vanguardia, coronel don Pedro Antonio de Olañeta, para que replegase sus inmediatas avanzadas al punto de Yavi, donde se hallaba con los batallones del centro, partidarios y cazadores de infantería; dos compañías del segundo regimiento, ocho cañones de a 4; el escuadrón primero de cazadores y los restos del segundo que le habían quedado a su comandante Vigil después de la acción del 14, previniéndole al mismo tiempo que las más distantes, como eran las de Santa Victoria, compuesta de una compañía del centro y una partida de 30 hombres montados, y la de Tarija, que constaba del escuadrón de San Carlos y algunos decididos del país, se retirasen a toda prisa por el camino que salía a espaldas de Suipacha y punto que llaman Río Blanco, encargando al gobernador de Tarija, el coronel Lavín, que

la atacase con todo lo perteneciente al rey y protegiese la emigración de aquellos vecinos que quisiesen salir al abrigo de las armas de su mando.

2° En el mismo día 16 despaché extraordinario a Lavín por diferentes caminos con la misma orden. Al gobernador de Potosí, conde de Casa Real, otro en el mismo día para que anticipase todas sus disposiciones a fin de evacuar la villa a mi primera orden con su guarnición, caudales y cuantos pertenecían al rey, incluso todas las principales piezas y operarios de la Casa de Moneda, a fin de que no pudiesen los enemigos servirse de ellos para acuñarla, con prevención al conde que sin perder instante despachase por diferentes caminos y conductos seguros oficios “triplicados” que acompañaba al presidente de Chuquisaca, a fin de que estuviese igualmente prevenido para evacuar la ciudad a mi primera orden y unirse con la división del coronel Velasco para seguir sobre Cochabamba, por lo que interesaba conservar aquella ciudad y cuanto territorio perteneciente a ella fuese posible. Prevínele asimismo que comunicase al gobernador de dicha ciudad de Cochabamba esta disposición para que redoblase su vigilancia; al de Chayanta que se uniese al conde cuando estuviese en el punto más próximo a él, y al de Oruro que acopiase víveres y forrajes en todos los puntos de la comprensión de su mando para el ejército en su retirada y después de su llegada, enviándole el itinerario del camino por donde la iba a ejecutar. Finalmente, despaché extraordinario al señor virrey de Lima comunicándole esta resolución y sus causas, pidiéndole al propio tiempo cuantos auxilios pudiese darme, porque de otro modo no podría permanecer en Oruro y tendría que continuar mi repliegue hasta el Desaguadero, exponiéndome a quedar sin tropas por la aproximadamente a sus casas de la mayor parte de ellas.

Por el parte que el 18 recibí de la vanguardia supe que venía caminando con sus avanzadas replegadas a ella, y el enemigo en su seguimiento con una jornada de distancia, y que para tomar la mayor salía de Suipacha a la oración del día siguiente, sin embargo de que llegaría a aquel punto a las dos de la tarde.

En vista de esto y por extraordinario di la orden terminantemente al conde para que evacuase a Potosí a la mayor brevedad por el Camino Real hasta Oruro, y le envié una proclama para que hiciese saber a los habitantes de la villa que las armas del rey protegían a los que se acogiesen a ellas, y a los que no pudiesen salir por falta de salud u otros

graves motivos, no serían considerados a mi vuelta como infidentes, calificando la imposibilidad. Remité al propio tiempo al conde tres pliegos para el presidente de Charcas, todos de un tenor con la misma orden de evacuar aquella ciudad y dirigirse a unir con la división de Velasco, y marchar a sostener a Cochabamba, como se lo había prevenido antes, acompañándole una proclama igual para que la hiciese saber a los habitantes de aquella ciudad. Y mandé que la tropa y parque de artillería que había en el cuartel general estuviese toda pronta a la primera orden.

El 19 di disposiciones totalmente contrarias a la retirada porque los caudillos que me rodeaban con algunos avisos de ella que tuvieron por tanto malvado como había entre nosotros, y aun en el mismo cuartel general, habían empezado a hacer movimientos sobre mi espalda y tránsitos precisos, lo mismo que sobre Potosí, y que yo creí habían sobre Chuquisaca, como en efecto así fue. Y para engañarlos despaché órdenes a Potosí y Chuquisaca para que las interceptasen, como sucedió, diciendo a ambos jefes que pues que ya mi fingida retirada había producido los efectos que me propuse, trataba de esperar al enemigo y darle una batalla, pero que por si esta era desgraciada, ejecutasen a cada uno las órdenes que tenían.

El 21 y por duplicados extraordinarios y rumbos seguros les avisé que mi retirada empezaba el 22, y así que evacuasen ambos sus respectivas provincias, empezándola el 25.

El 22 de abril salí de Cotagaita con el ejército, y la vanguardia me siguió a una jornada de distancia con las guarniciones de Tarija y Santa Victoria que se le habían reunido en Río Blanco. El 19 había salido por delante todos los enfermos, y en parihuelas los que no pudieron ir montados. Desarmé y puse en segura prisión los soldados que tenía de aquel partido de Chichas, porque sabía por notificadas experiencias que eran perversos, de mala fe y más afectos a los enemigos que a la causa del rey y emprendí el repliegue, dicho día 22 sin dejar un cañón vacío.

El 23 llegué a Guirve, que es el punto en donde se dividen los caminos para Potosí y Desoblado. Despaché sobre aquella villa para su auxilio y segura retirada dos compañías del segundo regimiento a la orden de su sargento mayor don Francisco Aguilera, con prevención de que previniese a los alcaldes de su tránsito que el ejército se retiraba sobre Potosí, y que tuviesen víveres para él, con la idea de ocultar el verdadero camino que llevaba.

El 24 y 25 me detuve en Guirve para dar descanso a la tropa, que estaba fatigada, y que la caballería y acémilas de carga aprovecharan el abundante forraje que allí había; para que tuviese lugar de llegar la tropa que envié en auxilio de la evacuación de Potosí; para recibir el correo de Lima que me llegó aquel día y, finalmente, para que dudasen los enemigos el camino que tomaba, pues Guirve es el punto de la confluencia del de dicha villa y el del Despoblado, y una posición militar tan aparente para defenderse pocos de muchos, que si el enemigo que se detuvo a 5 leguas más atrás me hubiera atacado, acaso hubiera excusado mi retirada.

El 26 seguí mi marcha por el Despoblado, haciendo cada tres días uno de descanso. Y como llevaba conmigo víveres para el ejército, nada me faltó, a pesar de que seguían al abrigo de las armas de mi mando crecida porción de familias emigradas de Tarija y partido de Chichas, pudiendo asegurar que no bajaban de seis mil las caballerías que venían empleadas para el ejército y emigrados.

El 8 de mayo llegué a Condo, coloqué las avanzadas sobre el camino que traje, y sobre el de Potosí en las alturas de Vilcapugio, y continué mi marcha a Challapata, donde entré el 9 con ánimo de permanecer allí, en lugar de pasar a Oruro, distante 26 leguas, por ser un punto bastante militar y tener en sus campos víveres y forrajes para algún tiempo que de otro modo hubieran quedado a los enemigos.

Dieciocho días ocupé en la retirada, se ejecutó sin haber perdido cosa alguna de los diferentes ramos del ejército y solo 14 hombres fueron los únicos que se quedaron por cansados. Los 7 pertenecían a la compañía avanzada de Santa Victoria del batallón del centro, y los otros 7 al escuadrón de San Carlos, que emprendió su retirada desde Tarija. Estos llegaron a Río Blanco en la noche del día en que había salido la vanguardia y fueron hechos prisioneros por la enemiga, pero habiéndolos obligado a servir entre sus tropas, se desataron los 9 y se presentaron en sus cuerpos.

En la larga y penosa retirada con cuadruplicadas fuerzas enemigas que me seguían sin pérdida alguna más que la expresada de 14 soldados, por malos caminos, poblaciones enemigas, sin auxilio ninguno en ellas y sin habitantes que por no darle a las tropas del rey se huían a los montes con sus ganados, sintiendo no poderse llevar hasta el agua para que no faltase todo, acaso será la única que se ha hecho más feliz hasta el día.

El gobernador de Potosí, conde de Casa Real de Moneda, con su guarnición evacuó aquella villa el 26 de abril sostenida de los 400 hombres que con Portocarrero le envió desde Cotagaita, y de los 200 granaderos que para mayor seguridad le dirigí desde Guirve con el sargento mayor Aguilera. El día antes de su salida fue atacado en dicha villa por los caudillos Zárate, Navarro y Meza con numerosa indiada y porción de caballería y fusilería, esperanzados estos de que en el momento de ejecutarla el conde, todos los indios del cerro llamados calchas y algunos cholos se les reunirían (como en efecto se verificó en parte), según lo tenían acordado para entrar a un saqueo y robar los caudales que debía traer. Pero se frustró esta idea porque fueron rechazados, derrotados y puestos en precipitada fuga, dejando muchos muertos en el campo y 35 prisioneros que tropezaron con las tropas de Portocarrero y fueron pasados por las armas, sin más pérdida por nuestra parte que la de tres heridos. El conde emprendió su marcha cubriendo su retaguardia las dos compañías de granaderos del mando de Aguilera, que a su salida de la villa y habiéndose apelotonado muchos cholos y calchas, los deshicieron a balazos, matando bastantes e hiriendo a muchos.

Dicho jefe con su guarnición fiel, y tropas auxiliares, salió a las 9 de la mañana del citado día 26 con 107 cargas de pertrechos de guerra; 49 zurriones de plata acuñada de a 2 mil pesos cada uno; 48 barras de a 200 marcos y dos zurriones de chafalonía, pinas y piñones, al cargo del contador de aquellas cajas, don José Sánchez Chávez. Sacó también y le acompañaron según yo se lo había mandado desde Cotagaita, los principales operarios de la Casa de la Moneda, sin haberse quedado más que uno escondido. Trajo asimismo consigo 7 cargas de piezas principales de aquellas máquinas para inhabilitarlas al pronto y, finalmente, más de mil personas de ambos sexos y de toda clase de emigrados al abrigo de las armas del rey, de manera que de los diez curas que tiene la villa de dotación, solo quedaron dos imposibilitados y los frailes de San Juan de Dios y Belén. De los capitulares, solo quedó un regidor encargado del gobierno. De los mineros de algún viso, dos por ambición a sus intereses. Del comercio honrado y fiel que tan bien sirvió con las armas en la mano, a las órdenes de su coronel el comerciante don Mariano Ibarguen, quedaron 9 ya antes conocidos por indiferentes. De los empleados, uno solo siempre malo que fue el tesorero don Miguel Sierra, que se ocultó dos días antes de la salida con un confidente suyo, don Manuel Valenzuela. Finalmente, aquella villa quedó desierta de

sus principales habitantes, excepto los indicados, y hasta las monjas del Carmen hicieron con el gobierno las más vivas diligencias para que se las permitiese emigrar. Con toda esta comitiva, y sin atreverse los enemigos ni aun por el incentivo de la plata que conducía a seguirle ni darle la menor incomodidad en su marcha, llegó a Challapata el día 3 de mayo, pero como la guarnición de Potosí era la mayor parte de naturales de la villa y la división de Rolando de sus alrededores, se le quedaron a la salida y desertaron en la marcha trescientos setenta y nueve soldados con cuarenta y cuatro fusiles.

La evacuación de la ciudad de La Plata y su provincia no fue tan afortunada. Su gobernador militar y político, el brigadier don Miguel Tacón, la verificó en la madrugada del 22 de abril. Las órdenes que le comuniqué por el conducto del gobernador de Potosí, y que este le dirigió por propios seguros y distintos caminos, no le llegaron según expresó después en el parte circunstanciado que dio. Encaminose por el Camino Real de dicha villa de Potosí con todas sus fuerzas, excepto los enfermos y alguna corta parte de su parque, manifestando que su objeto era el de atacar al caudillo Zárate en el punto del Terrao y después siguió la quebrada de Cororo, camino de Tinquipaya y Culta. Tuvo un encuentro con un grupo de insurgentes que dejaron cuarenta hombres muertos en el campo, y por falta de mulas de carga enterró dos cañones y quemó algunas municiones. Se le desertaron trescientos cincuenta y dos hombres con bastantes fusiles y llegó a Challapata el 5 de mayo con el resto, hasta setecientos once, que era el total de su fuerza. La diferente ruta que tomó dejó en descubierto la provincia de Cochabamba, y aunque después luego la marcha de un refuerzo para sostenerla llegó tarde, como más adelante se verá, y se perdió aquella.

El coronel Velasco (con quien debió reunirse Tacón) se replegó con su corta división de trescientos hombres y cuatro fuerzas de artillería sobre la capital de dicha provincia de Cochabamba, en observación de los adelantamientos del enemigo y con objeto de sostenerla y sostener todo el territorio de ella que le fuese posible, conforme a las órdenes que le tenía comunicadas, igualmente que a su intendente el coronel don Antonio Goiburu, pero pudo hacer poco por la rapidez con que los enemigos se dispusieron a tomar aquel flanco izquierdo del ejército como que conocían la ventaja de él, para su subsistencia y comunicarse con la ciudad de La Paz y provincias interiores, a fin de sembrar en ella su seducción.

Propúseme fijar el ejército en Challapata porque, como llevo referido, era un buen punto militar y tenía en los campos de sus inmediatos alrededores pastos y víveres para algún tiempo; porque asegurando mi flanco derecho y comunicación con toda la costa y Arequipa debía esperar algunos auxilios y privar a los enemigos de ellos; porque los partidos de Tarapacá y Tacna les eran adictos y me exponía a perder el puerto de Arica, único por el que de Lima recibía el ejército algunos socorros, y finalmente porque situado allí no tenían los enemigos a mi frente posición que no fuese una cordillera, rígida, brava, sin pastos ni cosa alguna en los campos, más que nieve; y en las veintiséis leguas que distaba de Oruro por mi espalda tenía algunos armados con que disminuir las escaseces de mi tropa.

Hecha esta resolución hasta ver lo que daba de sí el tiempo y movimiento de los contrarios, al día siguiente diez “de mi llegada a Challapata” di orden al sargento mayor del segundo regimiento, don Francisco Aguilera, para que saliese con 280 hombres de infantería y una partida de 40 de caballería para Cochabamba a marchas forzadas a reunirse con Velasco a fin de sostener aquella ciudad, de quien estaba poco satisfecho por repetidos motivos que tenían dados sus habitantes, y a tomar el mando militar, organizar y disciplinar la tropa de Velasco que lo necesitaba, y por cuya razón meses antes de evacuar las provincias había puesto otro jefe que fue preciso retirar por unas obligaciones políticas, de que contra mi voluntad no pude prescindir y que contribuyeron a que mandase al brigadier Tacón, dirigiese su ruta con la guarnición de la ciudad de La Plata sobre la de Cochabamba, en unión de la división de Velasco, que aunque sujeto fiel y honrado, sus años, poca salud y natural carácter pacífico y cómodo con poco o ningún servicio militar hasta que por un accidente tomó el mando de dicha división, tenía en ella algunos oficiales de poca confianza y su tropa sin disciplina.

Para lograr el objeto de fijarme en Challapata, y por si una necesidad me obligaba recibir una batalla antes que abandonar aquel punto, reconocí a media legua de distancia de Pequereque uno, cuya localidad me presentaba muchas ventajas en todos sentidos, y me propuse en tal caso ocuparlo y esperar en él a los enemigos, sacando del pueblo todos los pertrechos que tenía cuando ya se me aproximasen a una jornada, Pero ellos o por desconfianza, temor u otros motivos, no tuvieron por conveniente el buscarme al pronto, y se mantuvieron en Tarapaya y Yocalla,

con alguna parte de sus fuerzas en Potosí, aumentándolas y preparándose para hacerlo después.

De los cuerpos del ejército, guarniciones, divisiones y partidas sueltas que se me reunieron en Challapata con 20 piezas de artillería, le organicé dando lugar en su formación las tropas desembarcadas en Arica a las órdenes del coronel de Talavera, don Rafael Maroto, el 1º de mayo con 180 hombres de su cuerpo y 202 del de cazadores de Chile.

Por mañana y tarde se trabajaba en ejercicios de batallón y en grande reunidas las tres armas, de manera que en muy pocos días se halló tan bien instruido que con dificultad le cedería otro alguno.

Mi segundo, el general Ramírez, a quien habían sido incesantes mis avisos para su regreso al ejército, se hallaba en marcha para el cuartel general después de su larga y penosa expedición, de que se hablará después, y por extraordinario tuve aviso de haber llegado a Arica el 4 y 5 de junio una división procedente de Chile compuesta de 478 plazas a las órdenes del débil coronel don José Ballesteros, la cual me remitía el general en jefe de aquel ejército en consecuencia de la orden que para ello recibió del virrey de Lima; así como por la misma lo había ejecutado con la división de Maroto, y una y otra en virtud de lo acordado en la junta de guerra celebrada en aquella capital en 2 de septiembre anterior, como ya se expresó. De manera que desde que en Lima se acordó este auxilio hasta desembarcarles en Arica se pasaron diez meses, por lo que se deduce que ambos reinos no pueden auxiliarse en casos prontos y ejecutivos.

Yo me hallaba resuelto a recibir a los enemigos en el citado punto de Pequereque, antes de saber la proximidad de los refuerzos de Ramírez, Maroto y Ballesteros, pero no siendo cordura exponerme a una batalla sin ellos estando tan cerca, determiné permanecer en dicho punto todo el tiempo que el enemigo estuviese en el que ocupaba de Yocalla, y entre-tenerle con movimientos si se me acercaba hasta reunírseme aquellos.

Queda dicho antes que el teniente coronel don Francisco Aguilera marchó al día siguiente de mi llegada a Challapata con 280 hombres de infantería y 40 de caballería a reunirse con la división de Velasco para sostener a Cochabamba. En su marcha y punto de la ramada, allá el 21 de mayo, para estorbársela al caudillo Lira, que era uno de los que hostilizaban los alrededores de aquella ciudad hacía ya mucho tiempo, le atacó y batió completamente, matándole bastantes e hiriéndole no pocos. Le tomó cinco prisioneros que pasó por las armas, habiendo

sabido por sus confesiones que la ciudad había sido evacuada dos días antes y que su guarnición venía en retirada, perseguida de los enemigos. Con esta noticia aceleró su marcha y con efecto se halló cerca de dicha ciudad la guarnición a las dos de la tarde del mismo día 21, mandada por el coronel don Francisco Velasco, con quien acordó volver sobre ella, en el concepto de que conducía un número de tropas diferentes al que le dejó Velasco en su encuentro y observó en la primera jornada para ella. Observó asimismo la ninguna disciplina de aquellos soldados, su mucho desorden y la considerable porción de emigrados, mujeres y equipajes que conducía, y que era de consiguiente aventurada la empresa, por lo que retrocedió hasta situarse en el punto de Paria, distante cuatro leguas de Oruro, desde donde me dio cuenta de todo lo referido y de dos encuentros posteriores que tuvo con el mismo Lira, a más del citado, habiéndole batido en ambos con pérdida de muchos muertos y heridos, y algunos prisioneros que corrieron la misma suerte que los otros cinco, sin haber tenido Aguilera por su parte más que tres contusos.

Reunidas en dicho punto ambas fuerzas, resultó que la del coronel Velasco constaba de 242 hombres de infantería con 137 fusiles y 131 de caballería con 92, y que para los primeros había sobrantes 20 oficiales y 19 para los segundos, de poca confianza la mayor parte, según me representó la tropa que los miraba con desprecio.

Con el parte me remitió Aguilera a los emigrados don Tomás Candamo, contador de las Reales Cajas de Cochabamba, y al teniente coronel don Manuel de la Via, para que informasen el modo y forma en que se habían evacuado aquella ciudad, que fue el siguiente.

Hacía un mes que estaba su comunicación cortada con Oruro, y el ejército por el caudillo Lira, Zárate y otros. Y Arenales, que salió de Chuquisaca el 27 de abril, se aproximó el 16 de mayo a 7 leguas de la ciudad con 400 hombres de fusil, tres cañones y como 300 armados con lanza y sable. Díjoles que el ejército del rey había sido desecho y muerto su general, y creyéndole entraron por la capitulación que en trece artículos convinieron el 18. Uno de ellos era el de entregar cierto número de armas, pero la tropa que tuvo más honor que el gobernador, aunque inducida de varios oficiales (por cuya razón se quedó en la ciudad una tercera parte de ella), el resto no quiso entregarlas y se propuso, movida por uno que otro oficial, morir antes que cometer tal infamia. En consecuencia, el 19 por la noche se pusieron en retirada, sacando toda la arti-

llería que consistía en 7 cañones y dejando porción de pertrechos, que no pudieron los soldados llevar.

Al día siguiente, al amanecer, el caudillo Arenales los atacó, pero fue retrasado con escarmiento y siguieron su retirada sin novedad, hasta encontrarse a dos jornadas con Aguilera.

El gobernador don Antonio Goiburu cumplió su capitulación, y aunque trató de salir de la ciudad para unirse y replegarse con la tropa, no se atrevió a ejecutarlo porque esta gritó contra él, creyéndole autor de la capitulación, y se refugió al convento de San Francisco. El arzobispo, que se hallaba en dicha ciudad de Cochabamba, tuvo lugar de salir de ella al abrigo de la tropa, como se lo ofreció el mismo coronel Velasco y algunos otros que antes de emprender la retirada fueron a su casa a sacarlo de ella. Pero no tuvo por conveniente hacerlo, sin embargo de que se había mostrado empeñado en la defensa, entregando plata para socorro de la tropa que carecía de todo.

En este estado dispuse que la tropa reunida en Paria se organizase y arreglase en un cuerpo de infantería, con la denominación de batallón de Fernando VII, en un escuadrón de caballería con la de dragones de Cochabamba, que se compusiesen inmediatamente todas sus armas y se aprontase esta división para volver sobre Cochabamba, aumentando su fuerza con una brigada de artillería de cuatro cañones de a 4 y marchase el coronel Lavín con el escuadrón de San Carlos de su mando a encargarse de toda la división que hacía con este armamento la fuerza de 535 hombres de infantería, 327 de la caballería y cuatro piezas de artillería, según se ve en el estado número 4. Y con la instrucción que por escrito le di, emprendió su marcha el 6 de junio desde el cuartel general a Paria.

Arreglada en aquel punto dicha división, emprendió la marcha el 16, pero habiéndome avisado mis espías el movimiento de Rondeau con todo su ejército sobre mi frente, y no habiéndome aún llegado las divisiones de Chile y el general Ramírez, despaché extraordinario a Lavín para que regresase a Paria, a fin de reunirme con él en Sorasora y recibir allí al enemigo, con lo cual se frustró la primera idea de ir sobre Cochabamba, aunque dicho Rondeau no pasó de Yocalla ni el ejército se movió de Challapata.

A pocos días se presentó el caudillo Lanza por las inmediaciones de Oruro y Venta y Media con 290 hombres de tropa y chusma de indios, que fue atacado por el escuadrón de mi guardia de honor a la orden de su comandante, el teniente coronel don Francisco Javier de Olarria,

que le mató a un capitán y seis soldados e hirió a varios, haciéndole dos prisioneros y rescatando cuatro soldados de Talavera, que había sorprendido a cinco leguas de Sorasora hallándose pastando las mulas de su regimiento.

La fuerza de Lanza, combinada con la de Arenales, hubiera atacado a Oruro indefectiblemente a la hora que hubiese sabido estos caudillos que el ejército se ponía en marcha sobre el del enemigo, y la división de Paria sobre Cochabamba, por lo que resolví no separarla de aquel punto, pero sin disminuirla para que combinado con la guarnición de dicha villa la diesen, ínterin el ejército iba a atacar a Rondeau. Y para reforzarle dispuse que el batallón del general, que constaba de 383 plazas, fuese a relevar al de Fernando VII, que tenía 535, y que el escuadrón de San Carlos viniese también a Challapata, aprovechándome para reemplazarles, de la noble oferta de 81 empleados y vecinos emigrados de Cochabamba de servir montados a su costa hasta la recuperación de aquella ciudad (como lo cumplieron), por lo cual les concedí el escudo de honor que señala la lámina 8, como les fue concedido el de la número 7 por igual razón a los de Potosí; con lo cual quedó la división de Paria en la fuerza de 624 hombres, como se ve en el estado número 5. Resolví asimismo que dentro de la villa de Oruro quedase en guarnición, emigrados de Potosí, Charcas y Jujuy, los enfermos que había capaces de tomar las armas y las compañías de urbanos que componían en todos unas de otros 600 con cinco piezas de artillería, además de las cuatro de la división de Lavín. Arenales, Lira y otros caudillos amenazaban a Oruro por mi espalda con más de mil hombres. Por la izquierda lo ejecutaban, entre Chayanta y el cuartel general, Centeno, Barroso y otros con más de 400, y por la derecha en los puntos de Quillacas, Toledo y sus inmediaciones hacían sus continuas incursiones otros tantos contra una pequeña división de 150 hombres, que a las órdenes del teniente coronel don Francisco Maruri habían tenido con ellos cinco acciones en pocos días con ventajas, pero siempre perdiendo gente. Los enemigos me estrechaban por todas partes con la mayor energía por medio de sus caudillos sueltos que, con la voluntad genial de los indios y cholos, se aumentaban extraordinariamente, y me interceptaban los auxilios de mis alrededores, en ocasión de haber consumido cuantos víveres y forrajes tenía en Challapata. Entre tanto, su ejército en Yocalla y Potosí estaba tranquilo al abrigo de los habitantes que generalmente los servían con toda voluntad, y no necesitaban distraer un soldado para

surtirse de todo, disciplinar sus tropas, aumentarlas y ponerse en estado de buscarme.

En estas circunstancias, entró en mi cuartel general de Challapata el 19 de junio la primera división de Maroto con 314 plazas, por haber dejado enfermos el resto hasta 382 que desembarcó en Arica. El 23 de julio llegó la de Ballesteros con 414, en lugar de las 478 por la misma razón, y finalmente lo verificó el señor Ramírez el 26 del mismo julio con el primer regimiento, batallón del general y cuatro piezas de artillería, pero en tan considerable baja, que el primero traía solas 349 plazas y 262 el segundo. Y para reponer esta falta sacó 760 reclutas, que en su vida habían tomado un fusil en las manos, y fue preciso en consecuencia distribuirlos en los referidos dos cuerpos y otros del ejército, y empezar con ellos una rigurosa y constante instrucción para ponerlos prontos en estado de batirse con los enemigos, como lo exigía el no darles lugar a aquellos a que instruyesen los muchos reclutas que habían reunido de Potosí, Charcas, Cochabamba y partidos de su espalda.

Mucho más obligaba a la prontitud de la desagradable noticia que tuve por el correo de Lima el 26 junio de que la expedición del mariscal de campo don Pablo Morillo, destinada contra Buenos Aires y compuesta de 10,400 hombres, se había dirigido a la costa firme de Caracas y Santa Fe, dejando por consiguiente a dicha rebelde capital en aptitud de remitir, “sin atenciones por aquella parte” considerables fuerzas de las que allí tenía ya dispuestas para resistir los ataques del general Morillo.

Esta novedad tan inesperada, como que de oficio se había comunicado por el gobierno al virrey de Lima y de este a mí, y puesta en las gacetas públicas, causó en el ejército de mi mando no pocos sentimientos al ver prolongarse una guerra tan cruel y destructora que habían concebido justamente finalizada, luego que dicha expedición desembarcase en las costas de Montevideo y tomase a Buenos Aires. Entristeció en el más alto grado los ánimos de los habitantes fieles pacíficos, que esperaban lograr pronto con aquellas fuerzas de la tranquilidad, que ya miraban muy distante por el diferente rumbo que había tomado, y finalmente se animaron los enemigos armados, y los ocultos entre nosotros, de tal modo que aun algunos empleados en el ejército por necesaria política, y para que no hiciesen más daño en otra parte, manifestaron en sus rateras conversaciones lo agradable que les había sido tal variación.



Por diferentes fugitivos de los enemigos de mi frente, por mis espías fieles de Tupiza y aun de Jujuy, y por la vía de Chile, según copia de declaraciones fidedignas que me había remitido el señor virrey, sabía yo que en Buenos Aires tenían siete mil hombres de tropa de línea dentro de la ciudad, y seis mil cívicos alistados para ayudar a defenderla, más que Artigas se hallaba con 1200 de tropa armada de fusil, y tres mil de la gente de la campaña de Montevideo, montada y armada de lanza y machete; y sabía que este opuesto al gobierno del director Alvear, después que le quitaron el mando y colocaron en su lugar a Rondeau, general del ejército insurgente de mi frente, se había unido con él. Asimismo, estaba cierto de que en Mendoza se hallaba San Martín con 700 hombres de tropa de fusil y mil milicianos con lanza, de manera que contaba que las fuerzas de Buenos Aires para defenderse de la expedición citada del señor Morillo, era próximamente de 8200 hombres de línea y 9000 cívicos; y para observar en Mendoza cualquier tentativa del ejército real de Chile del mando del brigadier Osorio, 700 de aquellos y 1000 milicianos.

No teniendo ya los enemigos atención por la banda oriental del Río de la Plata con la variación citada de la expedición, y hallándose la cordillera de Chile intransitable hasta enero lo más breve, y dando por inútiles los cívicos y milicias del campo para venir al Perú, tenían para reforzar el ejército de Rondeau y cubrir sus atenciones 9200 hombres de tropa de línea, de los cuales cómodamente podían desprenderse de 5000.

Suponiendo que el gobierno de Buenos Aires supiese en junio la variación de la expedición, y que hiciese salir en principios de julio los citados 5000 hombres para el Perú, más que no tardaron en su largo viaje si no tres meses y medio hasta Potosí, debían llegar a esta villa a mediados de octubre y componer una fuerza de 10.000 de tropa de línea, además de la chusma de caudillos, cholos e indiada que tenía Rondeau, por lo que era de una absoluta necesidad en atacarle en septiembre, antes que le llegase el refuerzo, como asimismo me lo previno por estas consideraciones el virrey en 13 de junio, añadiéndome la tan atrevida como inesperada novedad de haberse aparecido el monstruo Napoleón en París la noche del 19 de marzo de 1815 tomando el mando, y hecho huir al rey Luis XVIII de Francia, y por consiguiente revuelto nuevamente a la Europa y con esperanzas los insurgentes de América de poder seguir más libremente su revolución, considerando a

España en estado de no poder enviar tropas a ella con las atenciones de semejante ocurrencia.

Era, pues, preciso no retardar en atacar a Rondeau, así como el dejar cubierta la villa de Oruro, situada a la espalda en distancia de 52 leguas de Yocalla, donde iba a buscar al enemigo, porque había en ella un considerable depósito de pertrechos y municiones que no podían conducirse a otra parte por falta de mulas, y ser cualquiera más arriesgado y expuesto. En consecuencia, pasé a su gobernador, el coronel don Francisco Rodríguez Mendizábal, y al comandante de la división de Paria, don Melchor José Lavín, 16 de agosto la orden reservada de combinarse ambos jefes para defender a Oruro y sus contornos, ínterin yo caminaba sobre Yocalla. Mi fuerza consistía en 3721 hombres de infantería, 809 de caballería y 23 cañones de a 4 con todo lo necesario para su servicio, como se ve en el estado número 6, que demuestra también la fuerza de 624 hombres de ambas armas con cuatro cañones de a 4 que dejaba en Paria. Arreglado todo, fijé el día 28 de agosto para emprender la marcha con el ejército, pero el accidente que dio principio a la segunda parte de este diario histórico hizo variar mi determinación. Y como al cabo de 25 meses de una guerra cruel y extraordinaria, según va dicho en la que había adelantado sobre mi frente 150 leguas hasta Jujuy, a costa de mucha sangre entre batallas campales, tuve que volver a la posición misma que ocupaba el ejército el día en que recibí el mando de él, y empezar de nuevo la guerra, finaliza aquí la primera parte de dicho diario histórico con sola la adición que a ella pertenece, y que por separado sigue, de las operaciones de mi segundo, el general Ramírez, con su división sobre La Paz, Puno, Arequipa y Cuzco que le confió para la pacificación de ellas.

Expedición del general Ramírez

Marcha del general Ramírez con su división a contener la revolución del Cuzco, sucesos ocurridos en ella y felices resultados que tuvo.

Queda dicho el apurado y crítico estado del ejército de mi mando a su llegada a Suipacha, después del repliegue que con él hice desde Jujuy, obligado de la fatal ocurrencia de haberse perdido la escuadrilla del rey y plaza de Montevideo, que puso al intruso gobierno de Buenos Aires en aptitud de enviar, como lo ejecutó al instante, más de cuatro mil hombres de refuerzo al de su general caudillo Rondeau, y obligado, asimismo, porque las provincias de mi espalda, siempre sospechosas,

luego que recibieron por los papeles que introdujo en ellas sagazmente Rondeau, la desgraciada suerte de aquella plaza, se insolentaron más y más, juzgando que les había llegado la hora de ser independientes, y ultrajaban los muchos malos a los pocos buenos, de manera que aun estos nos eran perjudiciales, porque llevaban en el rostro la tristeza y melancolía con que anunciaban a la gente baja el mal estado de las armas reales, dando lugar a que los indecisos tomasen partido o hiciesen servicios a los enemigos para aparentar que les eran afectos. Los gobernadores de dichas provincias, y el general que de todas tenía yo puesto en Potosí, pedían socorros a toda prisa, y cuando sufrieron la traición del coronel Castro, creyeron irremisiblemente disuelto el ejército y acabado su general y cuantos europeos había, que eran tan pocos que entre oficiales y tropa no llegaban a cien. Rodeados de enemigos en cuádruplo número, sin voluntad a pueblo alguno y con los revolucionarios del Cuzco a la espalda, progresando y amenazando al mundo entero, en términos de que el virrey de Lima y la junta de guerra que tuvo de generales en 2 de septiembre de 1814, como va expresado en su lugar, creyéndome perdido con el ejército, me facultó para que tomase el partido mejor que me salvase con los compañeros de armas que me quisiesen seguir, aunque fuese a costa de un acomodamiento con los malvados que jamás me pasó por la imaginación, y antes hubiera consentido mi fin y el de todos mis subalternos que tratar con unos orgullosos desatinados, a quienes el nombre del rey les era odioso en grado superlativo.

Parecía muy razonable que en tal estado procurase yo conservar mi fuerza reunida para defenderme de tanto enemigo y sostener mi resolución. Pero como consideraba que no teniendo el virrey de Lima fuerzas con que contener a los enemigos cuzqueños que se dirigían a ella, ni en Puno, Arequipa y La Paz las tenían sus respectivos jefes para mantenerse, y que en consecuencia el ejército del rey iba a quedar prontamente entre dos fuegos formidables y perdida la capital del reino y su virrey, me determiné a aventurarlo todo por salvarlo todo, y así dispuse la salida de mi segundo, el general Ramírez, con su división de 1200 hombres y cuatro piezas de artillería, desde mi cuartel general de Suipacha, pasando yo a Cotagaita con 2800 y 16 cañones de a 4 que me quedaron, resuelto a toda costa a mantener aquel punto hasta el regreso de Ramírez, a quien hice los mayores encargos de que obrase con la rapidez del rayo.

Los cuzqueños puestos en revolución el 3 de agosto con toda la tropa que allí tenían de su parte, presas todas las autoridades y cuantos adictos conocían la causa del rey, dispusieron con una actividad la más extraordinaria tres expediciones. La primera a la orden de un Pinelo y el presbítero Muñecas, “cura de la catedral del Cuzco”, con destino a tomar a Puno, Desaguadero y La Paz, y seguir a buscar por la espalda el ejército de mi mando; la segunda a la orden del indio Pumacahua (brigadier por el rey) sobre Arequipa y de un Angulo; y la tercera a la de un Bejar y un Mendoza sobre Huamanga y Huancavelica con miras de llegar hasta Lima. Pinelo, reforzándose en su marcha, entró en Puno sin oposición, antes bien huido su intendente Quimper a Arequipa contra lo tratado en juntas de guerra de replegarse al Desaguadero, fue llamado de aquel cabildo constitucional; aumentó allí su número; siguió sobre el referido Desaguadero; el coronel Rebuelta, que defendía aquel punto con poco más de cien hombres, se vio abandonado de la mayor parte de ellos que se pasaron a los enemigos, y después de una defensa más que regular con unos pocos que le quedaron, se perdió el 11 de septiembre aquel interesante punto, replegándose Rebuelta a La Paz con solo catorce, los 13 heridos, dejando en poder del tal Pinelo y Muñecas un considerable número de municiones y 13 piezas de artillería de todas clases y calibres. Pinelo siguió sobre La Paz, que se propuso defender con toda energía su gobernador, el brigadier marqués de Valde-Hoyos; fue atacada el 22 de dicho mes y perdida el 24 por haberse pasado a los contrarios mucha parte de la plebe de la ciudad, como era de esperar de un pueblo el más vil y enemigo del rey entre todos los demás. El gobernador y todos los habitantes fieles de distinción fueron encerrados y asesinados el 28 en número de 47 personas de las más visibles, y hasta 122 de todas clases, incluso las que murieron a bala en los dos días que duró la defensa. Robaron aquellos infames 42 mil pesos en las cajas reales y más de un millón a los infelices vecinos, dejando la ciudad más rica del virreinato en la mayor desolación y apenas con una persona visible. Pumacahua y Angulo marcharon sobre Arequipa, donde por encargo del virrey se hallaba el mariscal de campo don Francisco de Picoaga y el intendente don José Gabriel Moscoso, disponiendo tropas para defenderse. Pero siendo estas pocas en proporción a las enemigas, y sin embargo de haber salido a corta distancia de la ciudad y punto ventajoso de Cangallo a recibirlos, fue batido Picoaga el 6 de noviembre, quedó prisionero con Moscoso y el general don Antonio María del Valle, conducidos al Cuzco,

donde asesinaron dentro de la cárcel a los dos primeros, y entró Puma-
cahua en Arequipa el 7 del mismo. El 11 se revolucionó Moquegua a
influidos del caudillo Landa, y un mes antes lo había ejecutado el partido
de Chuquibamba, de manera que la mayor parte de la provincia de
Arequipa estaba en insurrección y cortada la comunicación entre Lima
y el ejército por todos los caminos. Bejar y Mendoza pasaron el puente
de [Apurímac], se echaron sobre Huamanga, que los recibió con gusto,
habiendo días después prendido la familia de su honrado gobernador,
don Francisco de Paula Pruna, y escapado este milagrosamente, robaron
los haberes de todos los adictos a la causa del rey y sacaron a algunos del
sagrario de la catedral, donde se habían refugiado y fueron asesinados
en el atrio. La ciudad de Huancavelica, así supo la aproximación de
los insurgentes, se revolucionó también. Quiso prender a su intendente
Virel, que logró escapar con su mujer a Lima, que ya estaba en la ciudad
que se debe inferir por tener tan cerca la sublevación, y dentro de sus
murallas muchos adictos a ella que habían maquinado repetidas veces
ponerla en el mismo estado que Buenos Aires y el Cuzco.

Para atajar esta formidable explosión que presentaba el más horro-
roso estado contra los fieles y verdaderos españoles y contra el ejército
del rey que se veía bloqueado por todas partes, no tenía el virrey fuerzas
en su capital con que oponerse siquiera a las que le amenazaban por
Huancavelica, por haber enviado las pocas que tenía del regimiento de
Talavera el 22 de julio a la reconquista del reino de Chile a las órdenes
del general Osorio. No obstante, hizo el último esfuerzo desprendién-
dose de unos cien hombres que le habían quedado de dicho regimiento
de Talavera, algunos pocos más del Real de Lima, y a las órdenes del
teniente coronel de aquel, don Vicente González, los envió sobre
Huamanga. Huanta les ofreció sus auxilios y con efecto después se le
reunieron más de 200 hombres decididos. González tuvo una acción
en este punto en los días primeros de octubre, derrotó completamente
a los insurgentes, matándoles mucha gente y tomándoles su artillería,
municiones y algunos fusiles. Entró en Huamanga, y aunque en varias
salidas que hizo logró batir a los enemigos hasta las inmediaciones
de Andahuaylas, como todos los alrededores de la ciudad en bastante
distancia estaban en revolución y reunidos los más de sus habitantes
indios, no tuvo fuerzas suficientes para dejar guardadas sus espaldas y
comunicación con Lima, a fin de seguir adelante, por lo que se quedó
estancado en aquel punto.

Yo preví desde Cotagaita todos estos sucesos, porque estaba impuesto de la buena voluntad de todos los pueblos donde ocurrieron y de las escasas fuerzas y pocos adictos a la causa del rey que había en ellos, y miré como único remedio el desprenderme en mis críticas circunstancias de mi segundo, el general Ramírez, y de 1200 hombres con cuatro piezas de artillería.

Ramírez salió de Suipacha el 17 de septiembre, reunióse en Oruro el 15 de octubre con toda la gente de su división. Atacó el 2 de noviembre en los altos de La Paz a los infames Pinelo y Muñecas, que con diez cañones, cerca de 500 fusiles y considerable número de indios y no indios armados con lanza, honda y palo, le presentaron batalla. Los derrotó completamente, matándoles muchos, haciéndoles porción de prisioneros, tomándoles toda su artillería y municiones, y más de 150 fusiles. Entró en La Paz el 3, salió el 10 para el Desaguadero, a donde llegó el 13 sin oposición alguna, porque los enemigos aterrados se habían dispersado y huido por todas partes, incluso Pinelo y Muñecas. El 17 salió del Desaguadero y llegó a Puno el 23, donde fue recibido de aquellos viles hipócritas con sumisión, porque no tenían otro remedio. Empezó su marcha desde Puno el 26 a recuperar Arequipa, y cuando se aproximó, la abandonaron Pumacahua y Angulo, saliendo al punto de Apo, esparciendo la voz a los habitantes de la ciudad de que iban a situarse en él para dar una batalla a Ramírez. Aproximóseles este y huyeron cobardemente hacia Lampa y después a Ayaviri, donde trabajaron mucho para hacer, como lo ejecutaron, una formidable reunión. Ramírez entró el 10 de diciembre en Arequipa, estableció el orden. Puso de intendente al brigadier don Pío Tristán, el partido de Moquegua se volvió a la obediencia por la contrarrevolución que hizo el mismo Landa. El de Chuquibamba prendió a los caudillos que le habían inquietado y los envió presos a disposición de Tristán, ofreciéndose con los mismos hombres armados que tenía para ir contra los insurgentes, como efectivamente lo ejecutaron. El partido de Tacna, que empezó a titubear luego que Pumacahua entró en Arequipa, y más que sus habitantes, el subdelegado Antesana, que era poco de fiar, se puso en quietud, que hubiera perdido del todo si la siempre fiel ciudad de Arica no se hubiera manifestado con toda entereza a favor de la causa del rey, y toda la provincia de Arequipa quedó en sosiego. El señor Ramírez, por las expresadas razones, por las muchas e incesantes aguas y por vestir su tropa que iba desnuda, se detuvo en dicha ciudad 6 días y salió de ella

en busca de Pumacahua el 13 de febrero. Tropezó con él en el punto de Ayaviri el 11 de marzo. Pasó aquel formidable y caudaloso río llamado de Umachiri, y aunque Pumacahua y Angulo tenían a la orilla opuesta más de veinte mil hombres de todas clases (su mayor número de indios con honda, flecha y piedra), seiscientos fusiles y treinta y ocho cañones, los derrotó completamente, tomándoles toda su artillería, municiones, muchos fusiles y prisioneros (entre ellos a Pumacahua, que fue ahorcado en Sicuani), dejando el campo cubierto de cadáveres, con la felicidad por su parte de no haber tenido más que algunos heridos. Envío la cabeza de Pumacahua al Cuzco y siguió sobre la ciudad. Esta, luego que supo la aproximación de Ramírez, hizo su contrarrevolución, y aunque el Angulo compañero de Pumacahua y otro, su hermano, fueron a atacarle con las pocas fuerzas que el primero había reunido, se defendieron los de la ciudad, los batieron, persiguieron e hicieron prisioneros a dichos Angulos y otros que fueron pasados por las armas y entró el señor Ramírez triunfante con su división. Estableció el orden, amparó a los fugitivos, y viendo que la división de Lima a cargo de González tenía impedido el paso, le envió fuerzas para franquearle, y este jefe dejando en Huamanga y otros puntos guarniciones llegó al Cuzco el 27 de mayo. A pocos días de haber entrado Ramírez en el Cuzco, despachó al coronel don Francisco de Paula González con una división a perseguir los grupos de indios dispersos del ya difunto Pumacahua. Y previno al intendente de Arequipa, que pues tenía su provincia sosegada, enviase a González auxilios de tropa, como le ejecutó con 300 arequipeños y 400 de Chuquibamba, con los cuales deshizo a los insurgentes el 11, 12 y 19 de abril en las alturas de Octo, en Azángaro, Azangarillo y Asillo, en tres acciones obstinadas que tuvo con ellos por los meses de mayo y junio, habiendo logrado escarmentarlos, matándoles mucha gente y coger a los caudillos principales Carrión y Monroy, que pasó por las armas, y a Carreri, que era tan perverso como los dos, lo estrechó de manera que por no entregarse se mató asimismo. Y quedó toda la provincia de Puno sin mayores atenciones, aunque con algunos grupos menores movidos por el infame cura Muñecas, que se refugió a los Yungas, desde donde hacía todo lo que podía para que continuase la insurrección por aquel punto. El señor Ramírez dejó el mando de las armas en la ciudad del Cuzco al teniente coronel de Talavera con 500 hombres, entre ellos cien soldados de su cuerpo, y el mando en jefe, como presidente de la Audiencia, a don Ramón González de Bernedo, coronel del primer regimiento,

y salió con su división (aunque disminuida por los muchos soldados cuzqueños que se le quedaron) el día 8 de junio, y llegó al cuartel general el 26 de julio con 1300 hombres, entre soldados y reclutas, habiéndose llenado de gloria en tan penosa como arriesgada expedición; así como el primer regimiento compuesto todo de cuzqueños que hizo la guerra a sus propios hogares con el mayor heroísmo, y en competencia con el batallón del general, que no tenía soldados cuzqueños, y que excedió al otro en no haberse desertado ninguno, cuando del primer regimiento después de acabada la expedición que hicieron ambos, a la vuelta al ejército, se quedaron en sus hogares más de la mitad.

Dedúcese de toda esta concisa relación que si no me decido a enviar al expresado mi segundo, el general don Juan Ramírez, con las fuerzas que van citadas, la América Meridional del Sur es perdida sin remedio.

Fin de la primera parte.



SEGUNDA PARTE

Debía el ejército salir de Challapata el 28 de agosto para atacar en Yocalla al enemigo, según tenía determinado, dispuesto y dada ya la orden. Pero habiendo llegado el correo de Lima el 25 del mismo, recibí un oficio del virrey de fecha 26 de julio en que aprobaba lo resuelto en la junta de guerra el 16 de junio, de que se trató en la primera parte, añadiendo que para atacar a los rebeldes en el caso de una tentativa, reuniese todas mis fuerzas, incluso la división de Paria. El virrey escribía a 500 leguas de distancia y sin presencia de las imperiosas circunstancias que forzaban mis medidas. No obstante lo disponía así, y en un evento desgraciado podría formárame un cargo respetable, a pesar de las razones que mediaban para no cumplir sus órdenes, porque acostumbrados a juzgar de las cosas por sus resultados, rara vez entramos en un juicioso examen de su origen, naturaleza y diversas combinaciones. Quise por lo mismo oír el dictamen de algunos principales jefes del ejército, a cuyo efecto los convoqué para que se reuniesen en una junta de guerra el 26.

Púseles en ella de manifiesto el estado en que nos hallábamos, la necesidad de no perder tiempo en atacar al enemigo antes que se reforzase de modo que se nos hiciese casi imposible sostener su presencia, porque libre ya el gobierno de Buenos Aires de los celos que le causaba la anunciada expedición del señor Morillo por la variada dirección de este a la costa firme, podía arrimar fácilmente a su ejército del Perú una parte de los 7000 veteranos, que fuera de las milicias cívicas guarnecían aquella rebelde capital tanto menos necesarios en ella, cuanto habiéndose sustituido en el mando general la facción poderosa del caudillo Artigas, se consideraban ya uniformadas las operaciones y sofocados los diferentes partidos que habían distraído hasta entonces

sus miras y cuidados. Elegido Rondeau director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, era regular que siendo general en jefe de su ejército quisiese dar un nuevo brillo a este carácter, aumentando la extensión de su poderío, y con la gloria de ser el reconquistador cuando menos hasta los límites a que alcanzaba la dominación legítima. El país, por su afecto en lo general al sistema de revolución, podía irle suministrando cada día más recursos de toda especie. La multitud de cabecillas dependientes del grueso principal del ejército enemigo, y repartidos a los costados y retaguardia del de mi mando, adelantaban sus maniobras, divertían considerablemente las fuerzas del rey y podrían apurarnos mucho mientras permaneciésemos en inacción sin procurar el destrozo de aquel. Las subsistencias de toda especie nos escaseaban demasiado, y más el numerario para mantener pagadas las tropas por algún tiempo. Todas estas razones, y otras muchas reflexionadas y desenvueltas según el aspecto de las circunstancias, parecían concurrir a hacer inevitable una batalla antes que el contrario se aprovechase o reuniese las que inclinaban a su favor la suerte de la campaña. Híceles presente también los inconvenientes que ofrecía la llamada al cuartel general de la división de Paria, por cuanto situados estos cuerpos de que se componía en aquel ventajoso punto contenían las incursiones de Arenales, Lira, Lanza, Camargo y otros sobre las provincias de la espalda, y en el caso de abandonarlo, era casi inevitable la sublevación y pérdida de La Paz y Oruro, con lo que, además de privarnos de este repuesto general de municiones y armamento que no podía conducirse, ni con el ejército ni a otra parte por falta de acémilas y su ninguna seguridad, nos metían entre dos fuegos, y cundiendo el de la rebelión por las del Bajo Perú, como se debía presumir por la natural disposición de sus habitantes, se perdía probablemente todo el ejército y virreinato.

Impuse asimismo a la junta de lo que entre otras cosas me decía el virrey en sus cartas confidenciales de 26 de junio y 13 de julio que manifesté originales, y en que sustancialmente me ofrecía enviar mil hombres de los que esperaba en el Callao para el 15 de junio, e igualmente dos mil que debían traer de Panamá con orden de desembarcar en Arica, cinco buques que había enviado a recibirlos en aquel punto y que consideraba que habrían vencido su navegación para mediados de septiembre.

Es preciso advertir que mi objeto primario en reunir los jefes del ejército solo era para que se trate de abandonar o no a Oruro a cuyo

primer extremo terminaba la citada orden del virrey de llamar la división de Paria, pues la marcha sobre el enemigo estaba ya firmemente decretada en mi ánimo sin necesidad de otros dictámenes. Era con todo de necesidad ventilar este punto, aunque no fuese más que por incidencia e íntima relación con el otro, y dar un ligero bosquejo de mi peligrosa situación para hacer ver que era de aquellas en que desterrados los pausados calenlos [sic] de la prudencia solo una resolución violenta y subordinada, a riesgosas probabilidades, es capaz de salvar la fortuna de un general el decoro de las armas que manda y los fueros del territorio cuya defensa le está encomendada.

Me hallaba al frente con un ejército enemigo de más de cuatro mil hombres reglados con diez piezas de artillería en la fuerte posición de Yocalla. Arenales en Cochabamba con mil y seis cañones disponiendo su marcha sobre Oruro. Lanza en Sacaca y sus inmediaciones con 150 de fusil y mucha indiada, privándonos de los víveres por la izquierda. Penaranda, Chilliguanca y Tangara por la derecha, con cien fusileros y 600 indios en Corque, Andamarca y demás puntos del rebelde partido de Carangas situado hacia la costa, cortándonos igualmente los víveres de aquella parte y dispuestos a caer sobre la partida de 80 hombres, que auxiliados de algunos paisanos mantenía en Toledo a la orden del teniente coronel don Francisco Maruri, Zárate, Fajardo y otros caudillos con 150 fusileros y porción de indios en el partido de Ayopaya, queriendo invadir a Sicasica, que solo tenía 120 hombres al mando de su subdelegado, don Francisco España. Era también el intento de estos amagar a la misma ciudad de La Paz por el punto de Irupana para que, distraídas sus fuerzas de 500 hombres y tres cañones, el más que vil clérigo Muñecas, cura de la catedral del Cuzco, pudiera con las suyas de 200 de fusil y 3000 indios penetrar (como lo hizo después) en los partidos de Larecaja y Omasuyos. El de Tacna me daba no pocos cuidados por haberme participado su subdelegado y comandante militar, el teniente coronel don Mariano Portocarrero, la descarada disposición de casi todos sus habitantes a seguir la intentada revolución del malvado Gómez, capitán que fue del caudillo Pallardelli, y perdonado contra mi voluntad por el mismo subdelegado. Y sabía, en fin, que en Tarapacá el subdelegado Almonte con el comandante del cuartel don Francisco Reyes estaban en continuas y ruidosas competencias, que obligaron al primero a huir a Tacna por no ser preso por el segundo, que con la mayor imprudencia le quitó el mando; y levantando de acuerdo con el ayuntamiento el estan-

arte de la rebelión, proclamó la independencia y unión con las sediciosas provincias del Río de la Plata, sin que alcanzase a desbaratar tan odiosa trama la precaución que por anteriores sospechas había tomado de mandar al teniente coronel don Francisco Olazabal para que relevase a Reyes, porque lejos de llenar aquel mis ideas, volvió las espaldas a la causa del rey, a quien había servido hasta entonces con mucha honradez y sin nota alguna. El nuevo sistema, que vi comprobado por las contestaciones interceptadas de Rondeau, valió a aquel cuerpo municipal el título de ilustre y las buenas gracias con que el general rebelde lisonjeaba su comportamiento.

El pequeño ejército del rey se hallaba, pues, asediado por todas partes y no podía contar más que con el limitado espacio que ocupaba. La guerra de América se ha modelado por la que los españoles han sostenido con tanta gloria en la Península para resistir la pérfida invasión del genio destructor de los imperios, y el observador atento se admira cómo un puñado de hombres sin recursos, trabajados por continuas fatigas y no interrumpidos viajes por caminos fragosos y regiones tan heladas como las del norte, y sobre todo hermanos, compañeros y amigos de sus mismos contrarios, ha podido sostener con feliz suceso esta terrible lucha contra un ingente y muy desigual número de combatientes sujetos a regla y disciplina, contra la masa general de las poblaciones y contra el torrente devastador de encontradas ideas, sin que en circunstancias tan críticas como las que en resumen he indicado, no haya sido absorbido por la espantosa nube de la insurrección, que parecía iba a descargarse de golpe sobre sus cabezas. La providencia que ha permitido se rebelen vasallos ingratos contra su señor natural con algunas ventajas al principio de su carrera, y que se asocie a sus banderas una multitud ilusa, les ha negado también el concurso de la fuerza moral y aquel conocimiento del arte de la guerra que decide el triunfo y vindica los ofendidos derechos de la justicia para bien del Estado.

Tan penosa constitución no labró, sin embargo, en el espíritu de los vocales tanto como en el mío. Yo estaba persuadido que solo una batalla podía alejar la funesta perspectiva que nos amagaba, porque el hervidero de los cabecillas que más nos afligían se disipaba como el humo a vista de la ruina del principal enemigo. Ellos, creyendo contra los dictámenes de la experiencia recibir el auxilio en la época que anunciaba el virrey, sin reparar en las inevitables demoras que sufren semejantes expediciones, opinaron unánimemente que se suspendiese

la acción hasta que llegasen los 3000 hombres ofrecidos, que no se moviese la división de Paria y que se replegase el ejército a Sorasora, posición más adecuada para la habilitación de víveres y forrajes. Estos tres puntos explicados por escrito y analizados según las respectivas ideas de los vocales, venían a tocarse en el que más se contrariaba con mi concepto, y la uniformidad tan declarada no me dejaba siquiera el arbitrio, que queda a un general cuando encuentra un sufragio en que apoyar el suyo. Fue, pues, preciso acceder al precio de la junta para ponerme a cubierto de consiguientes responsabilidades, pero lo hice con tanto sentimiento que me propuse no convocar otra, aun cuando el motivo fuese de los más exigentes.

Para engañar, sin embargo, al enemigo haciéndole creer que iba a atacarle, y para que mis tropas acostumbradas a vencer y ansiosas por lo mismo de marchar al combate pusiesen en duda por más tiempo una disposición que sentían amargamente, determiné avanzar algunos cuerpos. Y, en efecto, el 2 de septiembre salieron para Chayanta dos escuadrones y el segundo regimiento con los batallones de partidarios y cazadores. Y habiendo llegado el 7, ahuyentaron un grupo de malvados que se abrigaban en aquel pueblo. En este mismo día se me presentó Mariano Orilla, soldado del batallón de partidarios, que habiendo sido hecho prisionero en Yavi servía por fuerza en el ejército de los insurgentes hasta que por fin logró escaparse de Yocalla el día 1º del mes que voy hablando. Supe por él que el brigadier enemigo Martín Rodríguez se había reunido con Rondeau, y que este había señalado el día 11 para salir con todo su ejército a atacar el de mi mando, añadiendo que la fuerza con que venía era la que consta en el siguiente detalle:

Número de blancos	900
Número 6 de pardos	900
Número 7 de negros	800
Número 9 de blancos	1000
Cazadores de ídem	350
Infantería con fusil	3950
Dragones	300
Granaderos montados	350
Caballería con fusil y sable	650

Cañones de a 4	8
Obús de 6 pulgadas	1
Cañones de menor calibre	5
Artillería	14 piezas

Por declaraciones anteriores sabía que Arenales, europeo y el más activo y hábil cabecilla de los rebeldes, dejando de gobernador en Cochabamba a Carrillo, se había dirigido a Macha con dos mil hombres y cinco cañones; que en este punto estaban ya 400 montados con cuatro piezas y los caudillos Camargo, Lanza, Lira y Centeno andaban por sus alrededores con muestras de juntarse todos, y me hallaba finalmente cerciorado por el parte del subdelegado don Francisco España que Zárate y otros estaban con 2000 sobre Sicasica.

Ya el día 3, con el duplicado objeto de auxiliar al indicado España para no aventurar la pérdida de los 80 hombres que tenía en Sicasica, y de que Zárate no me interceptase el Camino Real, había dispuesto que el coronel Lavín, comandante de la división de Paria, destacase inmediatamente cien hombres del batallón del general y otros tantos del escuadrón de dragones de Cochabamba a las órdenes del capitán de granaderos don José Iturralde. Y habiendo salido efectivamente el 5, persiguieron al caudillo Lanza y los demás, con quienes estaba reunido, después de una corta acción con el primero en que le mataron algunos de los suyos y se pasaron por las armas otros que fueron hechos prisioneros. Continuamente se oirá hablar de estas sangrientas ejecuciones en la narración de los sucesos militares del ejército del Alto Perú. Y tal vez el hombre pacífico en el seno de sus hogares, cuya complexión y método de vida solo le prestan sentimientos dulces, el que no ha visto reproducirse a cada momento horribles ejemplares dignos de la más severa represalia, las vituperará en lo interior de su alma, como un sistema destructor de los vivientes reprobado por el criador y la naturaleza. El corazón, por un instinto imprescindible, aborrece el exterminio. Y el mío, no menos compasivo y apreciador de la vida de sus semejantes, no pudo suscribir a él, hasta que el carácter de esta guerra criminal y desastrosa y el bien mismo de la humanidad me hicieron conocer por experiencia que era necesario sacrificar algunas víctimas para que un terror saludable sustituyese a la débil impresión que la autoridad indulgente alcanzaba sobre los protervos entregados a todos los excesos y desaprobación de los tiempos más bárbaros. No hablo de aquella asociación militar que ha

llevado propiamente el título de ejército rebelde, pues con esta, aunque el juicio de sus procedimientos no está subordinado a los principios y criterio del derecho de gentes, pero como no han desconocido enteramente la parte de la disciplina, que mira a los vencidos, se ha dictado a sus prisioneros la suerte que las mismas leyes imparten a los que se hacen recíprocamente en sus contiendas las naciones civilizadas. Mas qué otro dique podría oponerse a estas furiosas olas de bandidos que sin religión ni costumbre solo tenían por instituto la matanza, el robo y el pillaje. La justicia y la conveniencia pública exigen que se derrame sangre tan delincuente, cuando ella ha de servir para que se ahorre otra que a su vez puede verterse en defensa de los legítimos derechos del soberano. Si este riguroso código no se hubiese aplicado también al crimen de la desertión muy común en la clase de tropa que tenía a mis órdenes, las armas del rey habrían quedado con muy pocos brazos que las manejasen, y engrosado el enemigo en un crecido número de prosélitos, hubiera acaso conseguido con una fácil seducción lo que no ha podido midiendo sus fuerzas con las nuestras.

El 7 ordené también a Olañeta que se retirase de Chayanta a Sorasora dejando a su paso en Venta y Media el batallón de cazadores; y en el mismo empezaron a verificarlo los cuerpos del ejército, a saber, el batallón de Fernando VII, una brigada de artillería y todo el parque, así como el hospital que siguió hasta Oruro por ser esta población más adecuada a su establecimiento.

El día 8 salió el regimiento primero y el batallón del centro con cuatro brigadas. El 9 lo ejecutó el cuartel general con el batallón de granaderos, el segundo de Talavera y una brigada, y habiendo llegado el 12 a Sorasora, se reunieron con los cuerpos antes expresados y la provisión que había emprendido su retirada en los días 6, 7 y 8 con indecibles trabajos, igualmente que la brigada y parque, por la suma escasez de animales de carga y continuas nevadas.

El escuadrón primero de cazadores, que a las órdenes de su comandante, el coronel don Guillermo Marquiegui, se hallaba avanzado en Condo, realizó igualmente su repliegue el 9, cubriendo el del cuartel general, y permaneció adelantado a él a 5 de distancia, en el pueblo de Poopó.

Así, pues, quedaba situado el ejército en la forma siguiente. En Sorasora el cuartel general con el primer y segundo regimiento, y los batallones de granaderos, Fernando VII, segundo de Talavera y centro,

escuadrón de la guardia de honor y segundo de cazadores, todas las brigadas de artillería, parque y provisión, y el hospital en Oruro, distante cinco leguas del cuartel general. Los cuerpos de vanguardia, que eran los batallones de cazadores y partidarios, y el escuadrón primero de cazadores, cubrían aquel en Venta y Media, y los dos últimos a Poopó. En Paria se hallaba el coronel Lavín con el batallón del general, escuadrón de dragones de Cochabamba, cuatro piezas de artillería y dos partidas ligeras de los emigrados de esta provincia compuestas de 80 hombres a las órdenes del teniente coronel don Agustín de Antesana, la primera, y del capitán don Manuel de la Oía, la segunda.

En Oruro había de guarnición a la inmediata disposición de su gobernador, el coronel don José de Mendizábal, dos compañías, con el total de 150 hombres de fuerza; la compañía de emigrados empleados de Potosí y La Plata mandada por su capitán, don José María Sánchez Chávez; la del comercio de aquella villa por el de igual clase, don Juan Carbelló; la del de La Plata, a las órdenes de su capitán don Francisco Entrambasaguas; la de Salta, a las de la misma clase de Benito Fernández, y otra de caballería de emigrados de dicha ciudad de Salta, a las de igual don Juan Antonio Murúa. Todas estas compañías de emigrados empleados y particulares que componían la fuerza de 282 hombres, eran regidas por el coronel don Juan Mariano Ibarguen del comercio de Potosí. En la prolija numeración de estos cuerpos y sus comandantes han influido mucho los sentimientos de gratitud, que debo a tan beneméritos vasallos, porque su probada lealtad, entusiasmo y buenos deseos me sirvieron de grande alivio en la pobreza, a que en la situación de que estoy hablando se hallaban reducidas mis facultades. Tenía además la villa de Oruro cinco piezas de artillería con todo lo necesario para su servicio, y un piquete de 34 artilleros mandados por el teniente coronel don Manuel Fernández Coronel. En esta disposición se hallaba el ejército ocupado diariamente en ejercicios y maniobras en grande, reunidas las tres armas, mandados las más veces por mí mismo a la vez y por medio de mis edecanes de once a una de la mañana; y el intendente de él, don Manuel Antonio Báez, reducía sus tareas e incubaciones a proveerle de vestuario, tiendas y otros artículos que nos hacían notable falta.

Yo había salido enfermo de Challapata, y habiendo sufrido en la marcha tres días de una fuerte nevada sin poder detenerme, porque cubiertos los campos de nieve y sin más arbitrio de forraje que el pasto,

hubieran muerto todas las mulas y caballos, llegué a Sorasora el 12 del indicado septiembre tan postrado que con dificultad pude moverme de la cama. Seguí hasta el 18 en que agobiados ya mis males y privado de poder hablar por una fatiga, que hacía penosísima la respiración, me vi en la indispensable necesidad de entregar el mando a mi segundo, y a instancias de los facultativos pasé al punto de Sepulturas, que dista seis leguas de Sorasora y dos de Oruro. Allí me agravé aún más, de modo que los médicos fallaron que si no marchaba sin pérdida de instantes a la costa no tendría después remedio y acabaría en el rigor de aquel crudo temperamento que había debilitado extraordinariamente mi fuerte complexión. En tal estado era preciso ocultar el progreso de mi enfermedad, porque la multitud de emigrados, que se hallaban al abrigo del ejército, me hacían el honor de juzgar que separado yo se acercaba su total disolución. Y como al mismo tiempo las noticias que corrían aseguraban la aproximación del enemigo para atacarnos, todos se prepararon a huir unos a la costa y otros a Lima, en proporción de lo que oían a mi familia acerca del estado de mi salud. De manera que me veía en el conflicto de no poder quejarme y de prevenir a todos los que me servían, que preguntados dijese siempre que me hallaba mejor.

Tal era mi crítica situación, cuando el 28 del propio septiembre me escribe mi segundo Ramírez que Rondeau venía marchando sobre Sorasora, según le habían afirmado los espías, partidas avanzadas y algunos desertores, y concluía rogándome que aunque fuese en una camilla, me pusiese a la cabeza del ejército. Contestele que no se me pasaba por la imaginación que el general enemigo quisiese darnos una conocida ventaja, siendo el primero en atacarnos en nuestras posiciones, y que así sin despreciar enteramente el aviso con una descuidada confianza, viviese seguro que aquel no haría movimiento alguno mientras que las tropas del rey no fuesen a buscarle. El 2 del inmediato octubre volvió a escribirme repitiéndome la misma noticia, y algunos jefes del ejército me pidieron con las mayores instancias que me pusiese a su frente, aunque fuese conducido en parihuelas. No pude ya negarme a tantas insinuaciones, en las que se presentaban a mi imaginación implicados los intereses más grandes, viendo reproducirse los momentos en que más de una vez hube de posponer mi propia existencia en obsequio de los deberes de vasallo. Y a pesar de que hacía veinte días que la suma decadencia de mis fuerzas físicas no me había permitido levantarme de la cama, y que me hallaba poco menos que desahuciado de los

facultativos, verifiqué contra el dictamen de estos el 13 mi marcha al cuartel general. Y por unos de aquellos secretos que suelen desairar los cálculos de la medicina, empecé a sentir desde este día con la agitación una notable mejoría, que entonó en algún modo mi postrada máquina. Luego que llegué, di principio a todas las disposiciones necesarias para recibir sin sorpresa al enemigo en Sorasora, pues aunque no opinaba que me atacase, el movimiento que hizo con todas sus fuerzas y su nueva posición en Chayanta me daban ya algunas sospechas de que acaso tuviese el designio de verificarlo. En consecuencia, mandé que el batallón de partidarios que se hallaba avanzado por la derecha en Poopó pasase a unirse con el de cazadores, adelantado por el frente en Venta y Media, a cuatro leguas de distancia de Sorasora, y que el segundo escuadrón de cazadores pasase desde el cuartel general a situarse en el mismo punto.

El general enemigo Rondeau, contando con que solo habría en Venta y Media un batallón, intentó sorprenderle y batirle con mil hombres de infantería y caballería de sus mejores tropas. Pero habiendo tenido indicios de este taimado proyecto el comandante general de mi vanguardia, don Pedro Antonio de Olañeta, me comunicó al instante el aviso oportuno. Y en su vista despaché aceleradamente y a marchas forzadas el escuadrón de San Carlos a la orden de su comandante, el coronel don Melchor Lavín, con la de que se situase entre el cuartel general y dicha vanguardia a la boca de una quebrada o camino que se dirigía a Chayanta para observar si los enemigos venían por él con el designio de cortar aquella. Con efecto, el infame Martín Rodríguez, mayor general de Rondeau, salió del indicado punto de Chayanta el 17 de octubre y tomó la ruta que ocupaba Lavín, distante como dos leguas de Venta y Media, intentando atacar a Olañeta por la espalda. Pero sus guías lo extraviaron en la última marcha practicada de noche para ocultar su aproximación, y al romper el día 20 se encontró en la inmediación de Venta y Media con la avanzada, que tenía puesta Olañeta y constaba del teniente don Juan José Carracholi, el subteniente don José María Valdés y cuarenta hombres del batallón de cazadores mandados por su capitán, don Marcelino Aragón. Fue arrollada esta partida con muerte de Aragón, Carracholi y mucha parte de los soldados, logrando escapar con mucho trabajo Valdés seguido del resto; y tras ellos se dejó ver en la pequeña pampa de Venta y Media la fuerza enemiga compuesta de un batallón ligero de cazadores de 500 plazas y 400 hombres de su

afamado regimiento de dragones montados, escogidos para una arriesgada empresa. La que mandaba Olañeta ascendía a 600 escasos de los batallones de partidarios y cazadores y parte del escuadrón de este nombre que se hallaba a pie, pero a pesar de esta gran desproporción se trabó una furiosa refriega, y al cabo de cuatro horas de vivo fuego fue Rodríguez completamente derrotado con pérdida de los dos comandantes de ambos cuerpos, seis oficiales y 150 hombres de tropa, que quedaron muertos en el campo; dos oficiales y 150 soldados prisioneros; 320 fusiles; 130 bayonetas; 100 cartucheras y 6 cajas de guerra. Nuestra desgracia se redujo a los dos oficiales expresados y 42 soldados muertos; el capitán de cazadores, don Juan Ricardo, y el subteniente de partidarios, don Melchor Velarde, con 32 soldados heridos. Rodríguez logró escapar a beneficio de sus buenos caballos y por no tener Olañeta tropa alguna montada. Fueron con todo perseguidas las reliquias enemigas por largo tiempo en dos diferentes caminos que tomaron, y apenas llegaron a su cuartel general de Chayanta 50 de los 900 que salieron de él para la acción. Este descalabro que no podía esperar ni por la superioridad de su número, ni por las ventajas que se había figurado en la proyectada sorpresa, desconcertó las orgullosas ideas del enemigo, y desde entonces debió presagiar que su tercer ejército iba a ser el despojo del ardimiento y espíritu marcial de los vencedores de Vilcapugio y Ayohuma.

Eran las 7 de la mañana cuando yo tuve el parte en Sorasora de hallarse atacada la vanguardia. Y aunque no me detuve más tiempo que el preciso para formar el ejército, a prevención, por si acaso Rondeau con todas sus fuerzas venía a atacarle, y dejar la orden para que a toda carrera me siguiesen tres batallones, emprendiendo con solo mi Estado Mayor la marcha a galope, llegué a las nueve de la mañana a Venta y Media y hallé ya aquellos valientes soldados formados para recibirme con igual serenidad, fresca y asco, como si no hubieran trabajado nada, a la vista de un campo de horror y sangre sembrado de cadáveres, armas, municiones y porción de caballos. Una perspectiva, en que se presentaba a mi imaginación lo más sublime que se nos ha transmitido de los tiempos heroicos, me llenó de gusto. Y en el calor de mi entusiasmo no hubiera dudado continuar la marcha con aquel pequeño número de esforzados campeones, hasta tropezar con las sobrecogidas tropas de Buenos Aires, seguro de premiar sus fatigas con la gloria de un completo triunfo. La menor demostración de gratitud que pude hacer a

los soldados victoriosos fue obsequiarles mil pesos y algunas cargas de aguardiente, y pedir al excelentísimo señor virrey en el parte que le di al día siguiente de esta memorable acción que solicitase de su majestad la Cruz de la Real y Militar Orden de San Fernando para el comandante general Olañeta, jefes de los cuerpos y algunos oficiales que se distinguieron más en ella.

Los frutos de la feliz acción de Venta y Media no debían limitarse a mantener el decoro de las armas del rey en el reducido espacio que la sirvió de teatro, ni a la destrucción de una parte de las mejores tropas de Rondeau: hubieran sido muy efímeras estas ventajas con un enemigo que cubría sus bajas al momento con la voluntad de los habitantes decididos, e incorporársele, ya expertos en la guerra.

Mis esperanzas y combinaciones se medían por una línea mucho más larga. Y el cálculo menos aventurado me hacía creer que el día 20 de octubre era el precursor de otro de mayor gloria, si no le retardaba, y que había llegado el caso en que el destrozado del florido ejército rebelde nos sacase de la apurada situación en que nos hallábamos, y restituyese por tercera vez a mi soberano un territorio que parecía estar destinado a ser el juguete de las vicisitudes de la guerra. La noticia de aquel desastre había difundido el pavor y consternación por las filas enemigas, y era preciso aprovechar tan favorables instantes y la hermosa disposición de mis soldados antes que adormecida la opinión perdiese aquel influjo que arrostra la superioridad del número, resiste la fuerza de contrarios elementos y muestra frente serena a los peligros de dominantes localidades.

Ya no tenía que aguardar las tropas peninsulares que debían reunirse en el mes de septiembre, según las ofertas del excelentísimo señor virrey, pues a más de no haberse realizado en una época en la correspondencia de este jefe por 28 del mismo ni aún siquiera me hablaba de ellas y no sabía que los 2000 hombres que habían de aportar por Panamá a Arica en virtud de sus disposiciones, no verificaron su salida de Cádiz en el tiempo prefijado por las reales órdenes del caso; así como que las que se esperaban en el Callao, de cuyo número se había propuesto auxiliarme con mil, se habían reducido a solo el regimiento ligero de Extremadura, que con la fuerza de 900 hombres desembarcó en aquel puerto y del que no tuvo por conveniente desprenderse, sin duda porque la capital le merecía más serias atenciones y cuidados. Con la falta de estos socorros se había desvanecido ya el fundamento de la uniforme

opinión de la junta de guerra que suspendió mi resolución de dar la batalla y dictó el repliegue a Sorasora hasta recibir aquellos; se acercaba ya el tiempo en que, según mi concepto, podían llegarle a Rondeau los refuerzos de Buenos Aires, y si mi rápida aproximación para acabar de destruir sus batallones no hacía infructuoso este socorro, su incorporación en la línea enemiga podía empeorar nuestra suerte y de acarreamos desgracias inevitables. Todo, pues, parecía conspirar a que levantase inmediatamente mi campo, pero en tan precisas circunstancias tenía que vencer un cúmulo de dificultades que se habían aumentado a mi situación de agosto, y que habían paralizado después mis movimientos, sin que fuese posible prescindir de ellas porque era de tal orden que se exponían la conservación del éxito y el buen suceso de sus operaciones.

La dureza del temperamento y la aridez del país que ocupábamos habían consumido la mayor parte de los caballos de mis escuadrones y me habían dejado casi sin una mula en que transportar la artillería y bagajes. La naturaleza mezquina de aquellas ingratas regiones nos negaba sus frutos, y la pobreza de los recursos pecuniarios alejaba a los abastecedores que nos conducían los víveres de largas distancias. Había pocas tiendas de campaña a cuyo abrigo el oficial y el soldado pudiesen tolerar con menos incomodidad las gruesas nevadas que la estación y el clima hacían muy comunes, llegando a formar en ciertas partes una nueva superficie de profundidad desmesurada. Me hallaba, en fin, sin dinero para pagar los sueldos correspondientes al mes de noviembre, sin zapatos para surtir a la tropa de calzado y sin otra porción de renglones de no menor exigencia; aun cuando solo se tratase de libertarla del hambre y demás contratiempos que atacan la vida humana. Era imposible remediar enteramente este estado por escasez y miseria superior a cuanto puede decirsenos de la más acreditada constancia en los trabajos, con arbitrios momentáneos, que eran los que convenían en semejantes circunstancias. Pero conociendo que los provechos por la actividad de mi marcha exigían los más penosos sacrificios porque podía no repetirse ocasión tan oportuna para inclinar a un rumbo feliz la peligrosa crisis en que después de dos brillantes triunfos volvía a hallarse la América del Sur, creí indispensable sobreponerme a todo, y habiendo ocurrido a las necesidades más esenciales, dejé las demás a la paciencia y sobriedad que sabe ejercitar en un grado inimitable el soldado del país, y que serán el objeto eterno de mis alabanzas.

Para no presentar al enemigo una masa despreciable, tuve que llamar la división de Paria y las diversas partidas, que había sido preciso repartir para contener a los cabecillas que divagaban por mis costados y espalda. Y aunque no lo pude lograr en el todo por no dejar el campo libre a la correría de aquellos malvados, resolví finalmente la marcha y me dispuse a buscar al enemigo en su fuerte posición por Chayanta, a 18 leguas de mi cuartel general, con las anticipadas prevenciones, porque era susceptible la extraordinaria debilidad de mis facultades en todos los ramos.

Dejé en Oruro a su gobernador, el coronel don José de Mendizábal, la guarnición de 432 hombres, entre emigrados y tropa, y cinco piezas por artillería; y en el campo por su izquierda al de la misma clase, don Martín de Jáuregui, con las dos partidas volantes montadas de los 80 emigrados de Cochabamba, a fin de que combinados ambos jefes defendiesen la villa y contornos durante mi movimiento y sostuviesen la partida de otros 80 que por la derecha de ella, en el punto de Toledo, mandaba el teniente coronel Maruri.

El 27 de octubre di la orden al escuadrón primero de cazadores para que desde el avanzado punto de Poopó, donde se hallaba, pasase a Venta y Media y recibiese allí sus tiendas de campaña y víveres para cuatro días, de los que se habían podido acopiar a costa de innumerables obstáculos.

El 29 mandé que viniese a Sorasora el escuadrón de mi guardia de honor, que para conservar los pocos caballos que le habían quedado, se hallaba a cinco leguas de distancia del cuartel general, donde por ventura producía la tierra algunos brotes de hierbas, único alimento que se había encontrado para mantener los extenuados animales de aquella especie y algunas acémilas de transporte. Se repartieron también a todos los cuerpos tiendas de campaña que acababan de construirse aceleradamente de un género débil de lana, por no haberse encontrado otro, y recibieron también fiambres para cuatro días.

En medio de las contracciones, que con torpeza van mis empresas, tuve el gusto de recibir el 30 parte del comandante de Toledo, Maruri, en que me avisaba haber atacado el 27 a Chilliguanca, y destrozádole completamente con muerte de 53 de los suyos, pérdida de cuatro fusiles y 14 prisioneros, entre los cuales halló cuatro soldados nuestros desertores, que para castigo y escarmiento de su infidelidad pasó por las armas con los diez restantes, dándoles el tiempo suficiente para prepararse a su último suspiro. Esta oportuna victoria disminuyó los cuidados que me causaba por aquella parte la suerte de Oruro. En dicho día 30 se me incorporaron

dos compañías del batallón del general que habían marchado a Sicasica a perseguir y ahuyentar al caudillo Zárate, con otras dos del escuadrón de dragones de Cochabamba que se replegaron a su destino por Paria.

En este estado creí no debía esperar más para moverme con mi ejército, y el 31 previene por orden general que se verificase al día siguiente en la forma que ella misma indica.

Orden: Los jefes de los cuerpos pasarán en la tarde de hoy una prolija revista de armas, municiones y demás que debe quedar corriente y arreglado para ponerse en marcha el día de mañana como se anunció en la orden general de ayer, y se previene en la siguiente del Excelentísimo señor general en Jefe.

Mañana 1º de noviembre se pone al ejército en marcha en el orden siguiente.

El comandante general de Vanguardia con los batallones de partidarios y Cazadores, y escuadrón 1º del mando del coronel don Guillermo Marguiegui, saldrán a Venta y media a las 9 de la mañana a acampar en Huanuni; y los batallones del centro Fernando 7º y escuadrón 2º de Cazadores permanecerán en Venta y media.

Los regimientos 1º y 2º y los batallones de Castro del general y de granaderos de reserva estarán prontos para romper la marcha precisamente a las 8 del mismo día 1º de noviembre con las brigadas de artillería, que a dicha hora de las ocho se han de hallar en el campamento prontas para seguir a los cuerpos nombrados en este orden.

Rompe la marcha el regimiento 1º formado en columna y detrás de él, la 1ª y 4ª brigadas de artillería con sus siete cañones, carruajes y municiones; sigue después el batallón de Voluntarios de Castro, la 3ª, 5ª y 6ª brigada que tienen nueve piezas; después seguirá el regimiento 2º y detrás de esta la segunda brigada que se compone de cinco; a esta continuará el batallón del general con la 7ª brigada de seis piezas; y en seguida el batallón de granaderos de reserva, detrás del cual caminará la provisión y parque de artillería; y en seguida el escuadrón de Dragones de San Carlos que se incorporará en el camino para cerrar la retaguardia. La primera pascana es el punto de Irurito.

Día 2: Los tres cuerpos de vanguardia romperán la marcha a las 7 de la mañana desde Guanuni a Bombo donde acamparán.

Los batallones del centro, Fernando 7º y 2º escuadrón de Cazadores saldrán a la misma hora de Venta y media, y marcharán a acampar a

dicho punto de Bombo, y los cuerpos, brigadas de artillería, parque y provisión, romperán su marcha desde Irurito, en el mismo orden que el día anterior a campar en el referido punto de Bombo.

Día 3: Romperán la marcha la vanguardia a acampar al punto de achoco, y el del ejército reunido ya con los batallones del centro, Fernando 7º y 2º escuadrón de Cazadores romperán la marcha una hora después que la vanguardia en este orden.

Regimiento 1º detrás de él, la 1ª brigada; sigue voluntarios de Castro, detrás de él, la 4ª brigada; después del centro, detrás de él la 3ª brigada; sigue Fernando 7º detrás de él la 5ª y 6ª brigadas; sigue el regimiento 2º detrás de él, la 2ª brigada; sigue el batallón del general detrás de él, la 7ª brigada; siguen los granaderos de reserva, y detrás de él, el parque de artillería; sigue el 2º escuadrón de Cazadores, y detrás de él, la provisión, hospital, todos los individuos del ramo de hacienda y equipajes, cubriendo la retaguardia el escuadrón de Dragones de San Carlos.

Día 4: A las 7 de la mañana rompe la marcha la vanguardia, y a las 8 el resto del ejército en el mismo orden que el día anterior a acampar en el alto de Cantavi, donde se darán las órdenes para la marcha del día siguiente.

En la vanguardia y para señalar el paraje donde han de acampar los cuerpos, artillería, provisión, hospital ira el señor comandante de ingenieros coronel don Francisco Javier de Mendizábal.

Todos los cuerpos de infantería y caballería han de ir formados en columna, y casi en el lugar que le pertenece ocupando el menos espacio posible sobre que hago responsables a los jefes, así como de la separación de cualquiera individuo bajo ningún pretexto.

Toda la tropa ha de llevar su fusil, sin permitir los jefes, capitanes y subalternos de compañía que pongan ninguno en las bestias de carga como ha sólido acontecer otras veces.

Como la tropa lleva consigo que comer para cinco días y no necesitan leña, prohíbo absolutamente el que hagan fogatas de noche.

El señor comandante de artillería y sus subalternos me han de ser responsables de la separación, así en las marchas como en las pascanas de cualquier individuo de este cuerpo; y el jefe de esta arma lo será igualmente con el comandante del parque de la separación de los individuos y cargas que lo componen.

El señor intendente del ejército con los señores ministros de Real Hacienda serán también responsables de cualquiera falta que se note en

el orden que deben llevar en las marchas y pascanas los ramos de provisión, hospital e intereses.

El señor mayor general destinará tres oficiales que han de marchar uno a la cabeza del 1er regimiento, otro entre el centro y voluntarios de Castro, y el otro detrás del escuadrón de San Carlos, con la obligación de observar desde los puntos altos por donde transite el ejército si toda la columna que forma va seguida, o si se hubiese cortado por alguno de los embarazos que ocurren en las marchas, y en tal caso mandarán hacer alto a la cabeza de la columna para que vuelva a unirse; y todos los jefes de los cuerpos obedecerán sus órdenes como si fuesen dadas por mí.

Los jefes de los cuerpos no pasarán de manera alguna adelante de la brigada que siguen en el caso de que esta se vea precisada pararse por alguna caída de las mulas de carga.

El señor segundo general don Juan Ramírez marchará a la cabeza de toda la columna de los cuerpos de línea; el señor mayor general a la retaguardia, y yo ocuparé el centro, entre el 2º regimiento y batallón de reserva.

Una legua antes de llegar al punto donde se ha de acampar, los señores jefes de los cuerpos adelantarán uno de sus ayudantes para que se impongan del señor comandante de ingenieros el que les esté señalado.

El comandante del escuadrón de San Carlos y conductor de equipajes propenderán en lo posible que no se atrase parte alguna de ellos; así como las mujeres e individuos no empleados en el ejército, que han de ir en el mismo lugar, sin que se les permita salir de él hacia la columna; pero si se quedase alguna parte por ir en malas bestias, no deberá por esto atrasarse la marcha. Cuartel general en Sorasora 31 de octubre del mil ochocientos quince = Joaquín de la Pezuela.

Salió efectivamente el ejército el día señalado en el pie de fuerza que manifiesta el estado número [vacío en el original], en el que se incluye también la de las guarniciones que quedaron para defender los puntos de mi espalda.

Acampamos aquella tarde en Irurito, media legua distante de Venta y Media, habiendo sufrido desde una hora antes de concluir la jornada una fuerte lluvia y espeso granizo, que crecieron con la oscuridad de la noche y nos la hicieron casi intolerable bajo de las tiendas de campaña de mala calidad.

Al día siguiente 2, habiendo amanecido el cielo más despejado, se empezó la marcha a las 8 que a pesar de no haber sido más que a cuatro leguas hasta Bombo, nos la hizo larguísima y sumamente pesada una quebrada continua desde el punto de la salida al de la pascana, y los muchos desfiladeros que se ponían más impracticables con el agua, nieve y granizo que nos caía desde media jornada hasta el fin de ella. Con estas dificultades en el camino se atrasaron muchas cargas de tiendas de los regimientos, la vanguardia acampó al raso adelantada media legua de Bombo, y hubo de ser preciso todo el sufrimiento y el recuerdo de la importancia de la empresa para sobrellevar aquella crudísima noche, sin embargo de que el Estado Mayor logró acogerse en una corta y casi arruinada ranchería. Sobrevino el día con la continuación de la misma intemperie, y viendo que no tenía traza de cesar en todo él, como efectivamente sucedió, mandé hacer alto en Bombo, y solo la vanguardia subió a situarse en la falda de la cordillera, una legua avanzada de este punto. En los claros que dejaba la capa de granizo que cubría la tierra, retoñaba algún pasto que sirvió para entretener el hambre de las bestias de carga y las de la oficialidad. Pero habiendo empezado a caer una furiosa nevada a las 12 de la noche, creció aquella media vara sobre la superficie y se nos acabó hasta este miserable recurso. Hice repartir el día 4 a la tropa aguardiente y las llamas cansadas para que les sirviese de confortativo en el desfallecimiento a que habían conducido su naturaleza el fuerte temporal y los alimentos fríos. Y aunque aquel no había amainado y los caminos estaban intransitables, era indispensable resolverse ir adelante o atrás, porque sin comer las mulas, burros y llamas que transportaban la artillería, municiones y equipajes, y con víveres escasos para dos días, me quedaba con uno más de demora imposibilitado de moverme, y los horrores de la miseria vendrían a acabar con unos soldados que habían librado felizmente del riesgo de los combates. Envié por lo mismo un práctico a lo alto de la cordillera para ver si podía vencerse su paso, y la halló con una vara de nieve, de modo que solo las mulas por su mayor vigor y corpulencia lograrían sobreponerse a ella, pero los burros y llamas que cargaban municiones y víveres en peso y volumen aproximados a sus fuerzas, quedarían precisamente atascados. Vime, pues, en la triste necesidad de suspender mi ida sobre los enemigos y replegarme a Venta y Media, dejando la vanguardia en Huanuni. Así se verificó sin que nos desamparasen las lluvias, nieve y granizo, que empapando los vestidos calaban hasta nuestros entumecidos miembros. Los elementos

parece que se habían conjurado para molestarnos, y el no interrumpido desplome de las aguas habiendo aumentado la corriente del río, que había quedado a la espalda, tuvo que pasarlo la tropa con aquellas hasta las rodillas, por siete veces en los distintos recodos que forma la quebrada, desbarrancándose y ahogándose en su tránsito algunas mulas y no pocos burros. Llegó por fin el ejército a costa de mil trabajos y dificultades a Venta y Media a las seis de la tarde, a excepción de alguna tropa atrasada que lo verificó a las nueve de la noche, y el regimiento primero que, como venía a retaguardia, llegó a la orilla del último vado en ocasión de que hinchado sobremanera su curso, no pudo pasarlo y hubo de quedarse acampando una legua distante. Siguió toda la noche lloviendo, granizando y nevando, y como no pudieron llegar todas las tiendas, se alojó la tropa en algunos ranchos y fue necesario poner en la iglesia toda la artillería, municiones y carruajes.

Me acreditó la experiencia que si la mansión en Bombo hubiera sido más larga, o me hubiera empeñado en continuar mis jornadas para adelante, habría sucedido una pérdida funesta y de irreparable trascendencia, porque habiendo amanecido lloviendo el día 5 y los alrededores de Venta y Media cubiertos de nieve, por una comparación justa e inequívocable debía haber subido esta una vara más en Bombo y la cordillera, y entonces o detenido allí al rigor de la intemperie se hubiera agregado el del hambre y necesidad, o emprendido el tránsito de esta hubieran quedado sepultadas la artillería y municiones y acaso no habría escapado una bestia de carga. Aunque el día 6 la aparición del sol despejó la atmósfera y serenó el temporal de los anteriores, fue precisa la detención en Venta y Media por la falta de subsistencias y por aguardar al regimiento primero la provisión y algunas cargas de tiendas que quedaron en Huanuni por no haber podido aún atravesar el río, y a la misma noche de mi llegada había despachado propios a Oruro para que me auxiliasen con víveres y algunas mulas, que repusiesen las pérdidas en la marcha y retroceso. En los dos días siguientes se volvió a entoldar el cielo y las nubes empezaron a despedir con igual abundancia agua, nieve y granizo, que inundaron el campo y casi imposibilitaron la salida de los edificios que nos servían de acogida. En medio de estos trabajos yo tenía la felicidad de mandar soldados, cuya connaturalización con aquel rigidísimo temperamento suplían los repasos, que son impracticables en la clase indigente y absolutamente indispensables para los que han nacido y habituado en climas más benignos.

Se me presentaron el 8 dos individuos del batallón de partidarios que lograron escapar desde Chayanta, escondiéndose el 5 por la noche en una altura, y declararon como testigos de vista que en este mismo día había subido Rondeau la aproximación del ejército real en Bombo, y que en consecuencia mandó salir y salieron como unos 500 enfermos que tenía en su hospital, con el objeto de quedar expedito para moverse con el de su mando, que efectivamente lo verificó el día 6 y tomó el camino de Cochabamba dejando al caudillo Camargo en Chayanta, sin duda para entretenernos y que no le persiguiésemos en su marcha a aquel punto. Esta disposición y el recuerdo de su anterior persistencia en Yocalla me dieron a conocer que no se hallaba en ánimo de empeñar una acción general con las fuerzas que tenía, a pesar de ser con mucho exceso superiores en número a las mías. Y me afirmaron en este concepto otros dos partidarios, que marchando con el ejército contrario se pasaron donde Sacaca, camino de Cochabamba, y después de ratificar la declaración antecedente añadieron que Rondeau iba con el ánimo de reunir todas sus fuerzas y aguardarnos en una posición de aquella rebelde provincia. Lo mismo dijo en su disposición un soldado del antiguo regimiento de Abancay que se me presentó, con cuya uniformidad de noticias que no podían dejarme duda sobre la variación del campamento enemigo era ya preciso hacer otras combinaciones y marchas por rumbo distinto del que había tomado antes. Y con efecto más claro, el día 12, habiendo bajado el río y llegádome de Oruro algunos auxilios de acémilas y víveres, dispuse que se me reuniese el primer regimiento y cargas del parque de Venta y Media; que la vanguardia marchase desde Huanuni por el mismo camino de Chayanta hasta Tangalara, a fin de que los enemigos que tomaron esta ruta creyesen que todo el ejército los perseguía y acelerando su marcha dejasen en ellas, como se verificó, algunos pertrechos y enfermos que fueron recogidos por nuestras tropas, y que dando el ejército conmigo la vuelta por Sorasora, Sepulturas, Paria, Guailas y Challa, se me reuniese allí dicha vanguardia, atravesando las 17 leguas que hay de uno a otro camino, como lo ejecutó en el día que prefijé al jefe de ella. El enemigo fue engañado con este movimiento, y a pesar de que caminaba haciendo pequeñas jornadas, a causa de la fragosidad de los caminos por donde transité, llegué a Tapacari, distante 11 leguas de la fuerte posición de Sipe Sipe que había tomado para esperarme sin ser advertido de él. Y en lugar de continuar mi marcha por el Real conocido, me dirigí por un sendero de su izquierda a Calliri, habiendo dado a la

tropa fatigada un día de descanso para preparar sus armas enmohecidas de tanta agua, y dedicarle a recoger algún ganado del campo con que tomar alimento caliente después de tantos días que la esterilidad de aquellos países nos había hecho carecer de esta comodidad.

Con anticipación, y de mi orden, el subdelegado de aquel partido Antesana había prevenido al cacique principal y alcalde de Tapacari que no se moviesen de sus casas para auxiliar con su influjo y ejercicio de su empleo al ejército del rey. Contestaron que así lo harían, pero los infames alucinados con las ventajas que les ofrecía su decantada patria, y creídos que el rebelde iba a alcanzar un triunfo decisivo, se evadieron con desprecio de las ofertas de mi benevolencia y llevándose tras sí todos los indios, se encumbraron en aquellos elevados cerros después de haber muerto un soldado de la guardia de mi segundo y un cabo de artillería, cuya maldad me obligó a enviar al capitán de esta arma, Martínez, a castigarlas y buscar el cuerpo, y habiendo encontrado seis indios y dos indias, fue recibido a pedradas por estos malvados, cuya osadía vengó quemando además sus casas y recogiendo cuarenta vacas. Este espíritu de mortal oposición solo puede explicarse por la feroz brutalidad e ignorancia de aquellos naturales, que producía a veces venganzas sangrientas que justificaba en algún modo el derecho de represalia y no podía evitar la más severa disciplina. Los disidentes, desfigurando especies antiguas de conquista y acalorando su imaginación con ideas halagüeñas, habían ganado a aquellos supersticiosos tradicionalistas [sic], de tal modo que con una dominación tiránica y cruel, y a pesar de hacerles sentir mucho más que nosotros todo el peso de la guerra para la satisfacción de sus necesidades, eran servidos por ella con la mejor voluntad y podían contar con otros tantos partidarios fieles que primero perderían mil vidas antes que dejar de ser acérrimos enemigos nuestros, con la gran ventaja de verificar regularmente a salvo sus asechanzas en un país coronado de empinadas montañas solo accesibles a su admirable ligereza.

Llegamos por fin el 25 a las alturas de Chacapaya (número 1 plano de la acción de Viluma), distante dos leguas de la pampa de Sipe Sipe (número 2), donde nos aguardaba Rondeau para recibir la batalla. Salí el 26 a reconocer por dónde sería más practicable el descenso al valle, y no advirtiéndome más que senderos de indios en extremo pendientes, por lo que apenas cabía un hombre de frente, comprendí también que el general rebelde había sabido elegir una localidad en que podía destruirnos sin resistencia antes de llegar a las manos. Si le emprendía por las

descubiertas y escarpadas lomas de Sipe Sipe (número 3), la artillería que tenía colocada sobre dos morros prolongados en dirección paralela con la de la misma falda (números 4 y 5) se hallaba en disposición de maniobrar impunemente sobre mis soldados; y si me dirigía por las más quebradas aun de Chacapaya (número 6), gruesas partidas de a pie y a caballo apostadas por el enemigo en diversos trechos ocultos (número 7) y manifiestos podían impedírmela con mucha facilidad y considerable pérdida de mi parte. Era preciso, pues, evitar ambos inconvenientes y aunque la cuesta de Viluma situada a una legua de mi izquierda (número 8) había sido hasta entonces intransitable, me afirmaron los prácticos que su declive permitía que rodase la artillería sin mucha dificultad, en cuyo caso prestaba tanta mayor seguridad la bajada por ella cuanto desprevenido el enemigo para recibirme por aquel inusitado punto había descuidado su eminencia; y ocupada esta por mis tropas, ya no podía presentarme obstáculo alguno más que el de un combate general, cuyo desenlace le hubiera sido muy funesto por mi preferente localidad. Faltaba con todo verificar el proyecto, reconocer la quebrada intermedia y ver si podría vencerse por las acémilas de las brigadas, porque se manifestaba muy rápida en su caída (9) y más inclinada a la subida (10), y sobre todo sin camino abierto en uno y otro lado. Era también preciso deslumbrar al enemigo y hacerle creer que me dirigía por la senda común de Chacapaya, para que persistiese en la fuerte situación que contrariaba este intento y desconociese el mío de inutilizársela. Con ambos fines destacué al comandante general de mis avanzadas, don Pedro Antonio de Olañeta, con los batallones de partidarios y cazadores, y el escuadrón primero de este nombre a la loma de mi derecha para que empeñase una ligera refriega con los grupos emboscados en sus senosidades [sic] y en unas casas y arboledas, dando a entender la idea de desalojarlos para hacer expedita la bajada, situando sobre la cumbre (11) dos compañías de infantería y el escuadrón segundo de cazadores para que no perdiesen de vista el campamento enemigo. Se trabaron efectivamente algunas escaramuzas, siempre con ventaja por parte de mis tropas ligeras que bajaron casi al pie de la cuesta, y mientras tanto me hallé en aptitud sin ser observado de hacer el reconocimiento de la indicada quebrada. Comprendí por él, que aunque sumamente penoso no era imposible atravesarla, en cuya virtud di mis órdenes a los zapadores para que abriesen camino, a fin de que se pudiese emprender la marcha al otro día por la mañana con las precau-

ciones oportunas, entre las que fue preciso contar la conservación de todos los equipajes, parque y provisión, que me propuse al efecto colocar en el escabroso pináculo (12) defendido por un regular destacamento de emigrados y sirvientes armados con fusil. Al día siguiente 27 volvió a escaramucear la vanguardia con los puestos avanzados del enemigo por los mismos puntos de la tarde anterior (13), y habiendo despachado muy temprano al teniente coronel don Francisco Ostria con 200 hombres a ocupar las alturas de Viluma, me situé yo con mi Estado Mayor a la inmediación posible (14) de aquel para mejor engañarle, y con el intento de que en el ínterin desfilasen ocultamente por entre las aberturas el ejército y brigadas hasta la explanada que formaba la citada loma de mi izquierda (8). La aparición de Ostria sobre la eminencia no hizo mayor impresión a los contrarios, que creyeron que su único objeto era proteger mi marcha por la izquierda, igual en su concepto al que tenían las tropas ligeras por la derecha, y así fue que solo salió un grueso destacamento a arrojarle de su puesto: pero conociendo el que había aún otro más elevado, cuya posesión era la que le estaba encargada, no les disputó el terreno, antes hizo un repliegue violento y subió a la cima escarpada (15) que enseñoreaba a todas las otras. Cuando caminaban los contrarios muy ansiosos a tomar el sitio vacante, vieron que asomaba la cabeza de mis divisiones a formar en la referida explanada, y espantados echaron a correr precipitadamente hasta el río (16) que atravesaba la llanura. Hasta este momento, en que rápidamente se combinaron el arribo de mi segundo, el general Ramírez, con las primeras filas, la manifestación de Ostria en su elevadísima cumbre, el retiro disimulado de mis tropas ligeras, el que hice yo mismo cuando salvó la cola del ejército el más inmediato barranco, y la ocultación del escuadrón de mi guardia de honor, que había puesto de observación en la eminencia del lado derecho (17), no conoció el enemigo la estratagema que iba a desairar todas las obras de su fuerte posición y que burlaba sus esperanzas de batirnos con ventajas. Y entonces fue cuando recogió las partidas que había empleado para contenernos por Chacapaya, y las arrimó con algunas más a la falda de la vuelta de ella (18) con el mismo destino. Este conjunto de operaciones perfectamente ejecutadas, y que llenaron tan a mi gusto el fin de su combinación, fue también para mí un anuncio inequívoco de la importante victoria que íbamos a conseguir sobre los enemigos de la patria. No cesaron las escaramuzas entre las guerrillas y puestos avanzados hasta entrada la noche. Y habiendo observado que

no era posible transportar la artillería a la inclinación suave de la loma de Viluma (19) para llegar al valle, por intermediar una estrecha y profunda zanja que la cortaba toda hasta la cresta (15) ocupada por Ostría, determiné pasarla al raso en el llano (20) y bajar al siguiente día con el grueso y tren del ejército al río, cuyo movimiento debía ser sostenido por algunas piezas de artillería colocadas en el punto (21) y por una partida que debía situarse al otro lado de la barranca. Hice en efecto dirigir antes de rayar el 28 a Olañeta con sus dos batallones de cazadores y partidarios, y colocar ocho cañones en los dos descansos (23) de la parte de la loma en que estaba yo situado, protegidos por las compañías de cazadores y granaderos del batallón de voluntarios de Castro, y con el denominado del general, y sembré varias guerrillas por mi derecha hacia los mismos puntos por donde la tarde precedente presentaron los enemigos las suyas. Algunos batallones de estos avanzados durante la noche hasta las proximidades escabrosas de nuestro campamento (25) rompieron un fuego general contra todas mis posiciones, intentando sobre todo estorbar la bajada que habían emprendido mis tropas ligeras arrastrándose con imponderable trabajo. Pero a pesar de todo, estos valientes soldados contestaban con vigor los tiros contrarios, y en cuanto vencía aquella dificultad les permitió el terreno sentar el pie, se echaron con el mayor coraje sobre ellos, tanto que no pudiendo sufrir la carga, desalojaron inmediatamente sus puestos, sucediendo lo mismo con los que se aproximaron al alcance de la artillería (23), cuyos fuegos bien acertados no pudieron resistir por mucho tiempo. Las guerrillas repartidas a la derecha luchaban también con iguales ventajas, hasta que lograron arrojar las contrarias. Todo acontecía, pues, felizmente en este favorable instante bajo cuyos auspicios creí se me presentaba la ocasión más oportuna de verificar el descenso al río por la loma (26) y desde allí torcer a la parte inferior de la falda de Viluma (27), como lo verifiqué sin embarazo alguno porque las tropas ligeras y primeras brigadas de artillería, después de haber desembarazado las casas y huertas contiguas a la loma indicada (27) de las partidas enemigas que las tenían ocupadas, se extendieron por el llano (28) e hicieron que aquellas se replegasen hasta sus posiciones (4 y 5), desde donde despedían con su artillería un fuego horroroso. Quedaba todavía bastante día para empeñar y resolver la contienda general que había tenido tan dichosos preliminares. Y desde luego por mis deseos me hubiera resuelto a ello, si no me hubiesen detenido las consideraciones de que las notables bajas y contraste que

generalmente habían sufrido los cuerpos enemigos debían haber aterrado a sus soldados y lo que podía ser consiguiente una crecida deserción amparada por la oscuridad de la noche que esta misma, si según la necesidad de los rebeldes, se prolongaba hasta ella la acción, podía ser perjudicial a la suerte de mis armas, en un terreno quebrado y tortuoso de cuya localidad no me hallaba aún bien informado; que era preciso reparar el armamento necesariamente deteriorado con el continuo fuego y municionar de nuevo la tropa; y sobre todo que esta, hambrienta y fatigada por los trabajos de tres días consecutivos para vencer legua y media, exigía ya de justicia algún descanso. Reservé, pues, el trance de la batalla para el siguiente 29 en el que dos horas antes de amanecer saqué mi ejército del punto en que sin tiendas ni abrigo había pasado la segunda noche corrida desde que salió de las alturas de Chacapaya; y habiéndole formado por columnas (29), le hice describir una línea oblicua por la izquierda para desplegar en batalla (30) perpendicularmente a la cabeza del primer morro en que el enemigo tenía ya colocada la mayor parte de su ejército y artillería (31), siendo su línea mucho más larga que la mía por la superioridad de su número y porque no empleaba ningún cuerpo de reserva prolongada a su izquierda y con el indicado morro a la espalda. En este estado destacó varias partidas ligeras a las casas y huertas que nos separaban y empezó a despedir multitud de granadas y bala rasa en buena dirección, pero sin causar daños a mis esforzadas tropas que contestaban con grito de viva el rey a las provocaciones de los sanguinarios negros esclavos que para pagar su libertad servían en batallones con obstinado ardimiento en el ejército contrario. No eran estos los únicos obstáculos que se oponían a nuestra marcha, pues tenía además que chocar con los pedrones de que se hallaba sembrado el terreno y hacían sumamente difícil el paso de la artillería con un río intermedio pedregoso y de altos bordos, y con una encrucijada de zanjas y acequias de regadío destinadas a los sembrados vecinos. Conociendo con todo que el entusiasmo de mis soldados no se arredraba por nada, di previas las instrucciones oportunas a los jefes, la señal de ataque, que se empezó con una arrogancia y firmeza admirable, sufriendo el vivísimo fuego que hacían los emboscados al abrigo de sus parapetos y el de su artillería, manejaba con más tino y conocimiento que en Vilcapugio y Ayohuma. No era menos el encarnizamiento con que la caballería y cuerpos ligeros mezclados muchas veces entre sí a sable y bayoneta manifestaban el empeño de flanquear las respectivas

alas. Yo no he visto coraje ni desprecio de los peligros igual al que acreditaban, cuando arrojándose impávidamente mis tropas sobre las contrarias atrincheradas, o las dejaban tendidas en sus puestos o las obligaban a luchar a cuerpo descubierto y sus ventajas. Una acción tan violenta, cuya variedad podía prestar mil encantos a la imaginación, si no se ofreciera a su lado el horroroso aspecto de la muerte, no podía sostenerse por mucho tiempo. Retrocedieron los rebeldes y perdieron el favor de sus primeras localidades, no quedándoles otro que el de su mayor fuerza y de la dominante colocación de su artillería en los dos morros, y habiendo logrado ganar el obús y cañón que tenían adelantados (33) para impedirnos mejor el paso del río, mi ejército siguió el ataque con indecible alegría. Desde entonces, vislumbré la victoria inclinada a nuestra parte, y se manifestó más cuando los intrépidos soldados del batallón de voluntarios de Castro, despreciando el fuego del fusil y cañón, subieron al primer morro y se apoderaron a viva fuerza de esta terrible posición que nos causaba más estrago y mantenía en equilibrio la balanza. Perdido este recurso, los insurgentes perdieron su primera posición y reanimados con la esperanza que les prestaba la protección del segundo morro (5), volvieron a formar su línea (34) y a disputarnos aún con más empeño el campo en todos los puntos de ella. Pero los batallones del rey, que así como habían sabido llegar a aquel estado de superioridad a pesar de obstáculos al parecer invencibles no eran menos incansables en conservarla, cargaron sobre ellos aún con más denuedo, tanto que aminorándose la duración regular de su resistencia, fueron muy pronto arrollados por segunda vez y dispersos. Parece que ya no podían exigir más de una milicia valiente el deber de la subordinación, el juramento prestado a las banderas ilegítimas y la defensa de cuanto hay más amable en la naturaleza: la tercera reacción y formación de su línea es una especie rara, aun en la historia militar de las tropas más aguerridas. Pero la providencia quiso, sin duda, verificarla en los campos ya entonces de Sipe Sipe para que el crimen de la rebelión pagase con un proporcionado número de víctimas sus horrosos excesos y para que conociesen sus autores que no hay reacción que baste a contener los impulsos de una causa justa. Se presentaron, en efecto, por tercera vez en batalla (39), mas resistiéndose al fin del desaliento a que debían conducirlos tantas desgracias, cedieron a la constante decisión con que eran siempre acometidos. Y entonces la dispersión fue ya completa y la fuga emprendida por todas direcciones (36).

Para anonadar los ulteriores esfuerzos que con los restos aún considerables de vencidos y demás que podían asociársele en las provincias de su tránsito intentase Rondeau, a fin de provocar aún a su favor la suerte de las armas, dispuso su persecución por los cuerpos de caballería hasta donde los permitiese el mal estado de esta. Y el mejor montado escuadrón de mi guardia de honor hizo en los negros una horrible carnicería para castigar la divisa sin cuartel con que habían insultado nuestra humanidad estos infames libertos.

Si esta acción no ha sido de las de primer orden por la magnitud del número de combatientes, por lo grande de las combinaciones y por la cantidad de los despojos ganados en ella, se trazaron al menos cuadros de gloria dignos de colocarse al lado de los que predica la fama de las edades antiguas y moderna, y desde los jefes hasta el último tambor dieron ejemplos de virtudes marciales que podían acaso irritar los más renombrados guerreros. En lo sustancial, no hubo cuerpo que fuese acreedor a preferencia; merecerme con todo especial mención la firmeza y valor acreditados por el batallón de cazadores y segundo escuadrón del mismo nombre situados en la izquierda cuando despechado el enemigo con la pérdida de su obús y cañón y la subsiguiente de la batería del primer morro, agolpó sobre ellos parte de su infantería y 500 caballos con el designio de envolverlo y reparar por esta impetuosa el daño causado por mi ala derecha. Aunque lo formal de la refriega solo duró desde las siete hasta las once de la mañana, se puede decir que tuvo principio desde el primero de los tres días precedentes, porque todos ellos fueron empleados sin interrupción en choques parciales, en que peligraba tanto la fortuna de la empresa como la vida del soldado y porque desde entonces se empezaron a vencer a costa de las más duras fatigas y de las privaciones más dolorosas los grandes obstáculos, que paralizaban el feliz momento en que una numerosa generación iba a resucitar a la obediencia legítima heredada de sus abuelos. Es preciso analizar sus circunstancias y palpar todo el pormenor de las dificultades para llegar a conocer el mérito de esta campaña. Los contemporáneos que por interés la hayan observado de más cerca, y la posteridad a cuyo juicio imparcial no se esconden los grandes sucesos, le darán el lugar que le corresponda en sus alabanzas. Yo desearé, sí, que no se defrauden a estos nuevos militares los homenajes de admiración y gratitud a que se han hecho acreedores por sus eminentes servicios a la causa pública y por aquella acendrada fidelidad al soberano a cuya vista han desapa-

recido los más estrechos vínculos de la naturaleza y de la sangre. Todos estaban de parte de los enemigos para hacer más recomendable su vencimiento. Rondeau se había presentado con 6200 hombres de infantería y 700 de caballería, nuevamente montados con famosos caballos de Cochabamba, cuando mi ejército solo constaba de 3617 de la primera clase y 370 de la segunda con cabalgaduras sumamente extenuadas, y las más eran mulas que los oficiales, tropa de infantería y emigrados entregaron para este caso. Hasta la artillería, que era el arma a cuyo mejor uso han atribuido principalmente los periodistas de Buenos Aires la serie de sus desastres, fue también desigual en esta ocasión, pues aunque nosotros teníamos 27 cañones, solo entraron en la lid once contra otras tantas piezas de mayor alcance y todas ellas de la fábrica real de Sevilla. Ya se ha visto que los rebeldes no eran de aquellos soldados colecticios que sin instrucción ni disciplina solo sirven para figurar en la línea y ceden impunemente el terreno a vista de los primeros estragos. Para hacernos dueños de toda su artillería, municiones, campamento, víveres y equipaje, y de 25 oficiales y 800 soldados prisioneros, fue preciso que mordiesen primero el polvo 93 de los primeros y 1200 de los segundos, y que por las más fieles noticias quedasen heridos 628 de ambas clases. Es más grande esta pérdida comparada con la nuestra, que solo consistió en cinco oficiales y 32 individuos de tropa muertos, y en once de aquellos y 198 de estos heridos. Y acaso tan notable diferencia sirve para probar que es muy aventurada la dirección de las balas cuando las filas permanecen firmes en la formación ordenada.

El premio ha de ser consiguiente al merecimiento, y en un tiempo en que el soberano derramaba a manos llenas sus gracias sobre los que le habían sido fieles luchando contra una invasión extranjera, no podían quedar olvidados los que armando el brazo contra sus mismos compatriotas, y sin más aliciente que el cumplimiento de sus deberes, habían sabido sostener la dignidad y preeminencias del trono con la precisa y terrible alternativa de morir o vencer. En el orden de esta generosa beneficencia yo creí no salir de la esfera de mis facultades, ni ofender la parsimonia que conserva el valor de las distinciones, elevando en el mismo campo de batalla a la inmediata jerarquía a algunos jefes, cuyo más señalado comportamiento había observado de cerca, y remitiendo al excelentísimo señor virrey una numerosa lista de oficiales a quienes consideraba de justicia dignos de la recompensa a que respectivamente iban propuestos. La Cruz de Isabel la Católica, creada nuevamente para

premiar la lealtad americana, debía tener la aplicación más propia de su instituto condecorando a los que desplegaron aquel sentimiento hasta sus últimos esfuerzos. Mas como este timbre, por su misma naturaleza, ni podía generalizarse a todos los concurrentes, ni era el más adecuado para librar la memoria del glorioso día 29 de noviembre de 1815 de las injurias del tiempo, dispuse sustituir para ambos objetos el escudo de honor que manifiesta el número cuyo emblema aprobado por el mismo señor virrey guarda una estrecha analogía con lo en el que se practicó por asegurar la corona sobre las sienes legítimas.

Era preciso no perder tiempo en recoger los copiosos frutos de la batalla de Viluma, ni dar lugar con la demora a que las reliquias fugitivas del ejército enemigo ejerciesen su vengativa saña sobre los vasallos leales de las provincias de su tránsito y las entregasen a una completa devastación en todos sus establecimientos, como lo habían verificado en las retiradas anteriores. Con este fin, salió el 30 de Sipe Sipe la vanguardia del ejército compuesta de los batallones de partidarios y cazadores, escuadrón primero de este nombre y dos piezas de artillería por el camino de Potosí, en cuya villa entró el 16 de diciembre a las cuatro de la mañana y halló a sus habitantes en la mayor desolación, unos por los ultrajes y pérdidas que habían sufrido en la subyugación de los rebeldes, y otros por los temores a que los sujetaba el remordimiento de sus mismas conciencias. Encontró también un cañón del calibre de a 2, algunos fusiles y la Casa de Moneda, que por su importancia merecía mis principales cuidados y recelos, intacta en sus utensilios y material de construcción, porque el intruso gobernador Figueroa, con noticia de la aproximación de mis tropas, había salido precipitadamente la víspera a las 8 de la noche, y no había tenido tiempo para destrozarla, como era su intento. Cogió asimismo Olañeta en el camino varios fugitivos, se le presentaron otros, y en el pueblo de Pitantora sorprendió a los tres caudillos compañeros de Padilla: Fernando y Andrés Salazar y José Burgos, a quienes concedió el término preciso para disponerse a pasar a la eternidad, pasó por las armas para castigar su prevaricación marcada con toda la crueldad de que es susceptible un alma perversa y escarmentar al mismo tiempo a los de su ralea.

El día 1º de diciembre se pasaron también por las armas dos oficiales de los prisioneros y seis soldados, porque su infidelidad a las reales banderas, que habían jurado solemnemente, y su vil incorporación en las disidentes así lo demandaban en el rigor de una justa disciplina. Se

agregaron a los cuerpos del ejército 221 individuos, que habiendo sido hechos prisioneros en Montevideo servían por fuerza en las legiones de la patria. Y se escogieron algunos negros de los mismos prisioneros para servir a los oficiales, porque ya que la moderación no permitía marchitar con su muerte la gloria del vencimiento, no era tampoco razonable que reportasen con su libertad el premio de su feroz alistamiento. Se encontraron también en su hospital 89 hombres de tropa enfermos que recibieron de nuestra humanidad los socorros, a que excita naturalmente la situación doliente.

El mismo día 1º salió mi segundo, el ya teniente general don Juan Ramírez, de Sipe Sipe para Cochabamba con el regimiento primero, un escuadrón y una brigada de artillería. Halló la ciudad sin gentes por las calles, las puertas de las casas cerradas y sus habitantes llenos del mayor terror, porque desconfiando de la humanidad de las armas del rey y normando nuestra conducta por la de los opresores de Buenos Aires, y por la que en otro tiempo reclamó del general Goyeneche su misma perjuría, creían que se había decretado un saqueo como sucedió entonces, y porque su conciencia les acusaba de su ulterior comportamiento que, aunque no llegó a ser tan malo como aquel, siempre en lo general se recibió de infiel al soberano, en cuya oposición mantenían tenazmente las armas los caudillos naturales de la provincia Gandarillas y otros muchos. Habían caminado con los enemigos varios vecinos traidores y los empleados que ellos habían puesto. Otros de no mejor nota se habían encumbrado en aquellas encadenadas montañas, y agregándose a esto que los malvados habían conducido consigo a los que juzgaban acérrimos realistas, la población había sufrido una considerable baja y se hallaba en el más triste y afligido estado. En 15 de mayo del mismo año había capitulado, y el corto espacio de tiempo corrido desde esta época hasta la de su recuperación había bastado para dislocar el orden público en todos sus ramos para arruinar una pasión de fortunas particulares y sumergir multitud de familias en los horrores de la orfandad y miseria. Ramírez publicó un bando para que todos abriesen sus casas, depusiesen los temores del saqueo y extorsiones de la tropa, y víveres con tranquilidad y sosiego todos los buenos, trayendo a vender víveres para que pudiéndolos comprar la tropa no tuviera que buscarlos o tomarlos por fuerza para su precisa subsistencia. Nombró nuevo cabildo y gobernador y arregló en cuanto lo permitía la premura del tiempo y subsiguientes operaciones los puntos más necesarios para restablecer las

relaciones políticas y comerciales de aquel asolado territorio. Salieron también el mismo día 1º, 23 oficiales y 281 hombres de tropa prisioneros con cuatro cañones y el obús de 6 pulgadas cuya pérdida tanto perjudicó al enemigo en la acción, con sus correspondientes cinco carruajes escoltados por el batallón denominado del general y el escuadrón de San Carlos, llegando todos a aquella villa, menos la artillería que por los malos caminos y falta de tiros no pudo seguir las marchas y fue conducida después por los individuos de Tapacari.

El día 4 pasé yo de Sipe Sipe a Cochabamba con el resto del ejército y me situé en la casa de campo del traidor Carrillo, gobernador que fue puesto por los insurgentes en dicha ciudad y había huido con ellos después de la derrota del 29. Mi fin en recorrer personalmente todas las provincias era completar la obra de su redención, limpiándolas de los acérrimos enemigos de la causa del rey, que bajo una fementida variedad de formas sabían encubrir sus criminosas ideas para desplegarlas oportunamente, y colocando al frente de todos los ramos de su administración sujetos idóneos, que al mismo tiempo que las mantuviesen en paz y sosiego, pusiesen en movimiento los principios productores de sus respectivos recursos para auxiliar al ejército, así como sacar de ellas por lo pronto arbitrios pecuniarios para pagar lo mucho que se adeudaba al soldado, castigando las fortunas de los malévolos y excitando la generosidad de los buenos. Los ministros del altar, que por la santidad de su carácter no debían emitir de sus labios más que máximas de concordia y obediencia a las potestades legítimas, se han visto descollar en crecido número por el campo de esta aciaga revolución sin diferencia de institutos más o menos estrictos, convirtiendo su misión evangélica en su apostolado de sonada libertad o desenfreno. Las mujeres, a pesar de la debilidad de su naturaleza, han hecho en ella un papel importante, empleando toda la seducción de su carácter y el poder de sus encantos en adquirir prosélitos de la infidencia. Y ambas clases han ejercido al efecto su respectivo influjo con mayor descaro, porque el respeto a la jerarquía religiosa y la consideración que generalmente se tributa a la impotencia del sexo femenino parece que modera en ellas el rigor de nuestras leyes. El Cabildo de Cochabamba me presentó una lista numerosa con las notas reservadas que convenían a la conducta de cada uno, y entresacando de ella 18 frailes, algunas mujeres y otros individuos de los más perniciosos y que no daban esperanza de enmienda, remití a los

hombres a Tacna a disposición del virrey, y las mujeres fueron destacadas a Oruro.

La justicia y la necesidad demandaban también que los que con sus prevaricaciones habían motivado la absoluta consumición de la fortuna pública sufriesen una excusión proporcionada en sus bienes. Y entre multas, donativos y empréstitos se consiguió reunir la cantidad de 50 mil pesos para que al instante se repartieran en el socorro de las tropas. Una junta de tribunales, celebrada con todas las solemnidades legales, acordó un plan de contribuciones directas o indirectas sobre censos y varios ramos de importación y extracción capaces de formar con sus productos la suma mensual de 30 mil pesos que por un cálculo aproximado a las circunstancias tocaron en la distribución general de contingentes a esta provincia para mantenimiento del ejército y responder a los suplementos hechos y que demandase en lo sucesivo el curso extraordinario de nuestras urgencias.

Nada más justo y digno de aquel profundo reconocimiento con que el hombre debe advertir el especial influjo de la providencia en todos sus sucesos, que rendir en las aras de la religión los despojos de la victoria con que había querido manifestar su poder supremo. Y como la Madre de Dios en su piadosa advocación del Carmen había sido elegida desde el principio de la campaña por protectora de nuestras armas, el mismo día 4 se le dispuso una función de gracias que se celebró el 5 en el convento de Carmelitas con la solemnidad posible en las circunstancias, pero con las efusiones de agradecimiento debidas a sus continuados favores.

Inmediatamente dispuse que los subdelegados de los siete partidos libres de la provincia marchasen a ocupar cada uno su lugar y respectivas funciones, para cuyo desempeño por la coherencia que debían tener con mis ideas y economía de las disposiciones generales, les di una instrucción circunstanciada, siendo el principal objeto los medios que debían adoptar para tener pacífico su territorio, a cuyo fin llevó también cada uno cincuenta fusiles para armar igual número de hombres de fidelidad acreditada. Todos ellos, así como la mayor parte de los empleados de la provincia, eran oficiales del ejército, que cargados de mérito y servicios debían ser justamente preferidos en estos destinos. Conocían ya el país porque los desempeñaron antes de la última evacuación de aquella, a excepción de uno que por la nota de flojo y algo sospechoso fue preciso reemplazar con otro oficial valiente que acreditó la elección con su sucesivo mando. Cabalmente iba a mandar este el punto de Ayopuya, que era

el abrigo de los caudillos Zárata, Lanza y Lira, por cuyo motivo condujo consigo, además de aquel armamento, 38 soldados veteranos. inmediatamente que supieron los infames la aproximación de esta fuerza, y el auxilio de un escuadrón que mandé con el intento de desalojarlos, abandonaron la posición de Irupana, que habían tomado el 17 de noviembre, apoderándose de la partida de 40 hombres que allí había puesto de guarnición el intendente de La Paz. Los dos primeros cabecillas desaparecieron solos y el tercero, Lanza, huyó con 140 hombres armados de fusil hacia el Despoblado, a donde no llegó con diez por haberse desertado el resto en las alturas de Paria y Arqui.

El 7 salió mi segundo, el general Ramírez, para Chuquisaca con el segundo regimiento, el batallón del centro, el piquete de su guardia y la primera brigada de artillería compuesta de cuatro cañones de a 4 a las órdenes de su comandante, el teniente coronel don Miguel Mugia, para posesionarse de aquella capital. La ruta o itinerario que llevó para vencer el tránsito de 61 leguas fue la siguiente:

De Cochabamba a Caraza...5 = a Capinata-5 = a Sicayta-4 = a Larama-4 = a Iturata-5 = a Toracari-4 = a San Pedro de Buena-vista-5 = a la hacienda de La Cruz- 5 = a Guaycoma-5 = a Piosera-5 = a Totorá-5 = a Cucuri-5 = a Chuquisaca-4.

El 8 se pasó una circular a los curas por el vicario del ejército para que contribuyesen voluntariamente con algún donativo. Y entre los 24 que presiden otras tantas doctrinas en que está repartida la provincia, se reunió una ridiculísima suma que manifestó, o la miseria de sus proventos o la mezquindad con que auxiliaban la justa causa en que debían interesarse tanto como todas las demás clases del Estado.

El 9 fueron pasados por las armas los caudillos Ignacio Condo y Mariano Blanco, que se lograron aprehender el 7, siendo tanto más necesaria la repetición de estos severos ejemplares, cuanto era mayor también el encarnizamiento con que estos bárbaros nos hacían la guerra, matando y destruyendo sin compasión a todos los que por desgracia caían en sus manos. Los indios de una ranchería sorprendieron a dos soldados inermes y al instante los asesinaron, y con muy poca intermisión sucedió lo mismo con dos sargentos del regimiento primero: no había remedio, el soldado del rey pisaba un país enemigo donde los derechos de la humanidad eran absolutamente desconocidos, y en un

tiempo en que la cultura de las naciones ha llegado a fijar su poderío hasta en el calor de las enemistades más exaltadas, quedaba reservado a esta aciaga revolución reproducir los hechos con que nos asombre la historia cuando describe la degradación de la especie humana.

Puesto un gobernador de toda mi confianza en la provincia con la instrucción correspondiente para su manejo, elegidos receptores fieles en los partidos con el doble fin de recaudar el tributo y coadyuvar a su seguridad y defensa, arreglados todos los ramos de economía y orden público, y con la noticia de la sumisión de Chuquisaca y Potosí, eché una ojeada por el territorio de mi espalda y el que me dejaban libre los enemigos. Y según su estado político y militar, y lo que debía esperar bajo todos aspectos de la nulidad a que quedaban reducidos los porteños, concebí el plan de las operaciones sucesivas bajo las precisas bases fundamentales de que alejados por entonces los peligros de la guerra principal, me quedaba que hacer una ratera con los muchos cabecillas que infestaban las provincias; que era preciso ir destruyendo estas para no arriesgar la posesión de aquellas; y que mientras no se verificase esta importante medida, la pequeña masa ascendente de mi ejército debía emplearse en su mayor parte en guarniciones y había de estar continuamente agitada en expediciones auxiliares, sin que me quedase ni con mucho la suficiente disponible para adelantar los movimientos. Todas estas circunstancias me hicieron discurrir, desde luego, que era indispensable limitar por lo pronto mis ideas a mantener lo adquirido situando mis fuerzas de un modo que pudiese ocurrir a un tiempo a tan multiplicadas atenciones.

En este concepto dispuse que quedase en Cochabamba el escuadrón de este nombre de 200 plazas con la compañía volante de Tarata de 110 y otras dos fijas de 200 que puse corrientes para que sirviesen de guarnición en la capital. Cuya fuerza total de 510 hombres, presidida por buenos oficiales y auxiliadas en cualquier caso por la que respectivamente debía levantar cada subdelegado en su partido, a cuyo fin llevó cada uno 50 fusiles, era bastante para cubrir toda la provincia que no daba ya tantos celos con la separación y destierro de los conocidos enemigos internos. Como ya el siempre amenazado partido de Sicasica se hallaba libre de enemigos por haberse retirado todos de resultas de la batalla de Viluma, dispuse que no se disminuyese en nada la guarnición de La Paz compuesta de 500 hombres de fusil con el objeto de que acabasen con el despreciable clérigo Muñecas, que andaba aún vagueando por aquellas

montañas, y que del referido Sicasica salieran 70 hombres para el ejército, quedándose su subdelegado con 60 bastantes para mantenerlo en el debido respeto. En Oruro quedó su gobernador, el teniente coronel don Francisco Maruri, con 200 hombres y una partida de 70 en el partido de Carangas. El coronel Velasco, nombrado gobernador y subdelegado del partido de Chayanta, mantenía a sus órdenes 99 soldados para evitar la repetición de sublevaciones a que por su genio díscolo y bullicioso eran inclinados sus naturales. En Chuquisaca debía quedar el batallón del centro con su interino gobernador, el conde de Casa Real de Moneda, y en la importantísima villa de Potosí 300 hombres de guarnición mandados por un oficial de valor y conocimientos acreditados. Dispuse además y di las órdenes oportunas para que en todas las provincias y partidos se levantasen, organizasen e instruyesen de los individuos más fieles al soberano cuerpos con la denominación del mismo territorio para que asistiesen a su defensa respectiva en cualquiera evento. A pesar de todas estas medidas, la experiencia de lo pasado y la vista de la presente me hacían conocer que mientras los rebeldes poseyesen a Vallegrande y las provincias de Santa Cruz, era muy expuesta la conservación de los demás, y sus respectivas guarniciones debían estar en una lucha continua y arriesgada luego que se retirase a alguna distancia de ellas el ejército, porque su situación topográfica y respectivos recursos naturales presentaban en aquellos puntos unos asilos recónditos, en donde reuniéndose los principales caudillos Warnes, Arenales y otros se reparaban de sus desastres y adquiriendo nuevas fuerzas salían abandonadas a verificar sus intenciones cómo y cuándo les convenía, atizaban el fuego de la revolución en el país subordinado, y a espaldas de una sorpresa o mayor fuerza lograban los frutos de criminales conquistas. Hasta entonces, o había sido impracticable la sujeción de estos lugares, o incluía dificultades, cuyo vencimiento había sido incompatible con la actividad de las principales operaciones, de suerte que los infidentes de Buenos Aires estrechados por su frente y arrinconados en la vasta provincia del Tucumán contaban con esta guarida, en que acopiando recursos de todas clases y manteniendo sus generales por caminos extraviados una correspondencia seguida con los mandatarios residentes en ella, les dictaban órdenes y sistemas de hacer la guerra, que tarde o temprano llamaban la atención de nuestro ejército y paralizaban sus movimientos. Debía entrar, pues, en el plan de mis combinaciones la posesión de tan interesantes dominios, y nunca podía presentármese

mejor ocasión que en un tiempo en que sin la presencia de un ejército opositor y con la seguridad de no tenerlo en mucho tiempo, podía desmembrar sin riesgo el mío en una fuerza competente para el logro de la empresa. Al efecto, el 6 de diciembre destiné a esta comisión con el batallón de Fernando VII a su comandante, don Francisco Javier de Aguilera, natural de la misma provincia de Santa Cruz, cuyo acreditado valor y conocimiento prácticos del país eran en mi concepto otros tantos motivos para confiarle con preferencia el desempeño de ella. Habilitada esta fuerza con todo lo necesario y municiones sobrantes de respeto, debía encaminarse primeramente a Vallegrande para reunir en aquella población y sus inmediaciones 200 hombres que me había ofrecido el capitán Menacho levantar inmediatamente y sin falta alguna. Según las últimas noticias que yo tenía, era dudoso el estado de Santa Cruz porque unos aseguraban que estaba ya por el rey y bajo las órdenes del teniente coronel don Francisco Javier Udaeta con su división, y otros que el caudillo Warnes permanecía aún en el gobierno de ella y Udaeta en Chiquitos. Mis instrucciones a Aguilera fueron arregladas a esta alternativa, de suerte que en el caso de que Udaeta ocupase a Santa Cruz, debía parar en Vallegrande y oficiar desde allí a este para imponerse de su comisión y enterarse del pormenor del estado de aquella provincia, su fuerza, armamento, municiones, etc., encargándole me remitiese una razón circunstanciada de todo y de sus acacimientos. Y dejada en Vallegrande la competente guarnición de reclutas del país escogidos de los de más confianza para no disminuir la fuerza de su batallón, a cargo del mismo capitán Menacho, y pagado por los vecinos pudientes, pacificado y arreglado el partido en todos sus ramos, había de continuar su marcha con dirección a Potosí para remitirle al cuartel general. Si Santa Cruz estuviese dominada por los rebeldes, debía ir Aguilera a atacarla con su batallón y cuanta fuerza pudiese sacar de Vallegrande, Samaypata y otros puntos, a cuyo objeto llevaba consigo 200 fusiles con municiones y piedras de chispa para disciplinar otra tanta gente de esta arma, procurando informarse antes de emprender su ruta sobre aquella ciudad de la fuerza enemiga, para discurrir por un cálculo y prudente comparación con la suya si podría batirla con ventajas y sin comprometer de algún modo las armas del rey, sobre cuyo punto le hice el más estrecho encargo. Le detallé, además, las reglas que debía observar en el caso de verificar la reconquista para asegurar la denominación real en ella, para aprovecharse de todos los recursos del país en obsequio de

la conservación del ejército, y para la recta administración de justicia a buenos y malos. Prevíele que para que su división pudiese incorporarse oportunamente en el ejército, levantase allí una guarnición competente que debía ser pagada por el mismo vecindario, a fin de no aumentar los apuros del erario, y que se pusiese en comunicación con Udaeta para obrar de acuerdo y auxiliarse mutuamente con el establecimiento del orden y tranquilidad de aquel territorio. Todo infidente que pudiera turbar esta en lo sucesivo debía ser separado de su destino político, si lo tenía, y remitido al cuartel general con una información sumaria de su conducta, bien sea para seguirle la causa en el caso de merecerlo o para conservarle en depósito y observación de sus ulteriores procedimientos.

Para el caso en que por las noticias esta expedición no fuese proporcionada a las fuerzas que tuviesen los rebeldes de Santa Cruz, había previsto que obrasen en combinación con otra tanto o más respetable que debía marchar por la vía de Chuquisaca y La Laguna, luego que hubiese avanzado yo con el cuartel general hasta Potosí. Al intento ordené también a Aguilera que me insinuase la ruta que debía seguir este último cuerpo, a fin de que en la mediación de tan largas distancias no se equivocare la reunión oportuna con el suyo y se malograra por falta de cooperación simultánea tan importante empresa. Estas instrucciones fueron comunicadas en 6 de diciembre, y el 13 salió efectivamente Aguilera para Vallegrande, llevando consigo una brigada de artilleros a la orden de su comandante, el teniente coronel graduado don Remigio Zua Zagoitia, y dos cañones de a 2 con sus correspondientes montajes, municiones y demás utensilios, así como las respectivas para la infantería. Mas habiéndome impuesto por dos soldados y un paisano que se me presentaron procedentes de Santa Cruz, y la declaración de otro que me remitió Aguilera desde el mismo Vallegrande, de la mucha superioridad de la fuerza enemiga que guarnecía aquel punto, le previne inmediatamente que de ningún modo marchase a atacarle, y que aguardando la salida de la otra mencionada expedición por Chuquisaca, aprovechase esta demora en reclutar más gente para aumentar su batallón y ponerla en la disciplina correspondiente, apuntándole también que en el caso de que el cabecilla insurgente de Santa Cruz con noticia de su detención en aquel pueblo viniese sobre él con ventajas conocidas, se replegase a Cochabamba, donde reunido con los 200 hombres y la compañía de Tarata, que quedaban a la disposición de su gobernador

intendente, pudiesen de acuerdo y con probabilidad de buen suceso resistir la invasión.

Fijado así el orden de proceder en este negocio, salió el 26 de diciembre el mayor general con el regimiento primero y los rezagados de los cuerpos de vanguardia para Potosí, donde debía permanecer por entonces con el mando de la provincia y el encargo de restablecer los paralizados trabajos del mineral y Casa de Moneda y de dar tono a todos los demás desorganizados ramos. Con esta medida y la de haber despachado ya por delante a mi segundo con igual objeto sobre Chuquisaca, se adelantaban los trabajos de la restauración política y económica de las provincias recuperadas, quedándome yo en Cochabamba siempre con la mira de darles la última mano cuando adelantase mis marchas, y la de dirigir yo mismo la de esta, porque siendo la más infiel, la más productora de recursos naturales por su ferocidad e industria de los habitantes y la más amenazada por su localidad de los cabecillas rebeldes, merecía también mi mayor atención y cuidados. El día 24 del mismo diciembre había llegado una partida con el insurgente Torres, proveedor de los enemigos, y su mayordomo, que estaban escondidos en las alturas de Copacata. Y como la notoriedad de sus crímenes exigía poca substanciación para su descubrimiento, evacuadas las más sustanciales diligencias del día 4 de enero, fue pasado el primero por las armas y el segundo castigado con azotes. Un oficial salió el día 11 para Oruro con el clérigo Caíro y el paisano Arrasola, ambos infidentes conocidos, y un resto de prisioneros de la batalla de Viluma y treinta y cinco enfermos con dirección a Tacna a fin de purificar el territorio de perversos en cuanto fuese posible, no siéndolo desarraigar enteramente esta maldita raza porque las ideas novadoras han cundido tanto, que se haría preciso dejar sin brazos a la agricultura, al comercio sin agentes y a la sociedad sin individuos, convirtiendo en desiertos las más numerosas poblaciones.

Puestas en un orden regular las cosas, y establecidos los planes más útiles en todos los ramos, llamándome ya la atención las operaciones de mi ejército y su ocupación sucesiva, salí el 12 de enero de Cochabamba con el Estado Mayor y escuadrón de mi guardia, único cuerpo con que me había quedado, siguiendo la ruta de Cochabamba a Caraza, de Caraza a Capinota, de Capinota a Sicaya, de aquí a Caquiri, luego a Sacaca, de Sacaca a Cumbi, de aquí a Calcha, y al otro día hasta Chayanta. De Chayanta salí para Uncia, de Uncia a Morocollo, de Morocollo para

Ancacato, de aquí a la Posta de Pampa, al otro día a Lagunillas, de aquí a La Leña, de La Leña a Yocalla, luego a Tarapaya, y de Tarapaya fui a la hacienda de Mondragón, distante cuatro leguas de Potosí.

Imposible es que los humanos hayan practicado caminos tan difíciles ni vencido jornadas en que se presentan tantos obstáculos y penalidades. Una senda por elevados pináculos y continuamente al borde de horrorosos precipicios, el tránsito por sierras cubiertas de nieves o llanuras pantanosas y llenas de humedades, una frecuente lluvia y granizo, una menuda encrucijada de ríos que era preciso vadear cada día, 8, 16 y hasta 40 veces, siempre con el agua hasta la barriga de los caballos, un absoluto desamparo y falta de subsistencias para hombres y bestias en las posadas y, en fin, cuanto pudiera decirse del país más inculto, fragoso y de temperamento más rígido, todo se reunió con el hambre y la miseria para atormentarnos en cada uno de los días de nuestra marcha. Los indios de los diferentes pueblos del tránsito no se habían remontado en todas aquellas eminencias solo conocidas a ellos, y no dejaron por esto de repetir los ejemplares de echarse sobre uno o más soldados que por desgracia se separaban de la comitiva para satisfacer sus necesidades, haciéndoles padecer una muerte prolija después de ejercitar en su cuerpo la crueldad más refinada. Repito que es preciso venir a esta parte del Nuevo Mundo para saber el modo bárbaro y desconocido hasta el día con que se mantiene un capricho, o se defiende la causa de una libertad soñada.

Sintiendo todavía con bastante fuerza las reliquias de la enfermedad que me atacó antes de la acción de Viluma, casi siempre mojado y sin proporciones para alimentarme como lo exigía mi débil salud, continuamente detenido en los puntos de mayor inclemencia por la mucha hinchazón de los ríos, tal vez no había pasado ratos tan malos desde que emprendí por primera vez la campaña. Pero tuve sin embargo el gusto de volver a ver el primer teatro de las glorias del ejército real bajo mi mando, las llanuras de Vilcapugio, donde hacía dos años y medio se presentó la escena más importante de la América del Sur, y donde un corto número de vasallos de un rey cautivo y el distante de sus pueblos, de individuos de una nación envuelta entonces de las mayores desgracias, ofrecieron el inaudito ejemplo de que desordenados y fugitivos del centro e izquierda de la línea de batalla, a la voz y solo encuentro de su general, se restituyesen al puesto, y a los pocos momentos lograsen destrozarse el gorro de la independencia defendido por fuerzas casi tripli-

cadás, ¡qué de ideas y halagüeñas imágenes recordaba a mi espíritu la memoria de este suceso! Yo no podía, sin embargo, reproducirlas sin que al mismo tiempo se me ofreciese la desconsoladora reflexión de que a pesar de un triunfo en que la humanidad parece que había agotado todos sus esfuerzos y que por todas sus circunstancias debía de tener al rebelde en el temerario empeño de sustraerse de la denominación legítima tan visiblemente protegida por el cielo, y sin embargo de que había sido seguido de otros dos no menos decisivos y ejemplares, continuase aún la lucha sangrienta entre hermanos y conciudadanos, y lejos de concluirse el plan de destrucción tan odiosa, se alambicase el cálculo y se apurasen todavía aún con mayor furor recursos más sangrientos para prorrogarlo hasta la total aniquilación de una u otra parcialidad.

A mi paso por Chayanta, única población de importancia que hay en todo el territorio y la más empeñada tal vez en la carrera revolucionaria, procuré arreglar su gobierno, que encargué al noble indio coronel don José Manuel de Choquehuanca con la fuerza de 40 soldados para mantener en tranquilidad el partido, y apoyar la observancia de una instrucción que contenía la expurgación de infieles con arreglo a una nota que le pasé de los más declarados, recaudación de los arbitrios legítimos para auxiliar el ejército y la administración de justicia con toda la entereza capaz de reprimir el conocido orgullo de sus habitantes, habiendo marchado el coronel Velasco que mandaba antes en Chayanta a ocupar su gobierno de Mojos con las prevenciones que me parecieron oportunas.

Situado en Mondragón desde el día 31 de enero, determiné mantenerme en esta hacienda que, aunque inmediata a Potosí, es de un temperamento benigno por hallarse en una quebrada honda y libre del azote de los vientos elevados de la cordillera, con el doble objeto de restablecer mi quebrantada máquina y atender desde este punto céntrico a los movimientos de mi ejército y las provincias inmediatas. Aquí recibí un parte del comandante general de vanguardia en que me avisaba la sorpresa del infame caudillo Martín Rodríguez que, después de haber ejercitado en Chuquisaca las últimas depredaciones, huía precipitadamente con una pequeña gavilla de rebeldes y un trozo de dispersos de Viluma, esparciendo en su fuga papeles seductivos a los pueblos para alucinarlos sobre los resultados de la pasada acción, con el fin de atraer secuaces que protegiesen su retirada. El intento era reunirse con Rondeau que, con un miserable resto de tropas, se había

detenido en Moraya. Pero avisado Olañeta oportunamente de la situación de este traidor, cayó sobre él en una madrugada en la angostura de Salo, y después de haberle muerto un crecido número de hombres con el comandante de la Legión Infernal de Salta, el teniente coronel don Ignacio Regueral, oficial que fue en Montevideo, le tomó 74 prisioneros, incluso tres capitanes, 70 fusiles, 50 lanzas, 200 cabalgaduras, algunas reses de ganados, varios cañones de municiones y otras especies.

Desde Cochabamba me había insinuado el gobernador de Potosí, Tacón, que el Real Banco, Casa de Moneda y Mineral se hallaban enteramente arruinados, tanto por falta de fondos a causa de la rapacidad de los malvados, como por la emigración de los mineros más ricos; que sin un caudal copioso permanente era imposible entonar aquellos útiles establecimientos que proporcionando al operario la pronta reducción de numerario del metal extraído, vigorizaba sus triunfos y por medio de una rápida circulación constituía la riqueza de la provincia para ministrar más que ninguna otros arbitrios capaces de proveer a la subsistencia del ejército y a la prosperidad de las fortunas particulares; y, por último, que no teniendo absolutamente el rey de donde sacar el referido caudal, era indispensable ocurrir a providencias extraordinarias para adquirirlo. Substanciado el expediente con los informes de los ministros de Real Hacienda del ejército y con mi auditor de unanimidad de pareceres, se adoptó el plan de excitar el celo de las autoridades eclesiásticas para que en circunstancias tan imperiosas en que peligraban las conservación del trono y la pureza del santuario depositasen en las arcas públicas la plata labrada y ricas preseas de las iglesias, dejando las suficientes para su decente adorno y la celebración de los divinos misterios con la dignidad correspondiente a su elevación, y ofreciendo para su reintegro en tiempos más felices hipotecas seguras en los mismos productos que se intentaban reanimar. Nada parecía más justo que este proyecto por la época y modo en que fue anunciado con las oportunas circulares a los venerables deanes, cabildos y gobernadores eclesiásticos de las diócesis de Charcas y La Paz, y la religión no podía emplear con mejor y más digno suceso las riquezas que la piedad de los fieles la había consagrado por tantos años de quietud y fecundidad de recursos que en obsequio de una causa en que están íntimamente enlazados los intereses más grandes de ambas majestades. Se lograba también quitar a los rebeldes esta masa de recursos que ya habían empezado a usurpar en su anterior dominación, y que sin duda consumirían absolutamente en el caso

desgraciado de que volviesen a adelantar sus conquistas, porque para ellos las propiedades sagradas son tan usuales como las profanas.

Delegué la ejecución de esta medida al mayor general mariscal de campo don Miguel Tacón, así como el cuidado de asegurar la tranquilidad y procurar el restablecimiento de la villa de Potosí de que era gobernador propietario. Y después de haberme yo mantenido en Mondragón hasta el 20 de febrero ordenando los cuerpos del ejército, y arreglando en grande las provincias recuperadas, como urgía ya adelantar la posesión de aquel, puse a la citada villa que encontré ya en un regular estado a esfuerzos de la actividad y vigilancia del referido mayor general. Por informes del cabildo se expatriaron para las provincias de abajo quince mujeres que tenían allá sus maridos y parientes, y el 17 de febrero marcharon a Tacna escoltados por una partida de 23 hombres, un cura, dos abogados, dos fusiles y tres mujeres. Se pidieron empréstitos y donativos para ayudar a mantener las tropas, y a pesar de cuantas recaudaciones se habían hecho hasta entonces no habían podido ponerse corrientes en su haber, y con aquellos y algunos confiscos se lograron recoger hasta el 2 de marzo cuarenta y cuatro mil trescientos catorce pesos que sirvieron para satisfacer por el pronto sus necesidades. Para atender a la guarnición de dicha villa y al sosiego de todos sus partidos, sin desmembrar la fuerza del ejército, se levantó de los naturales de ella y sus inmediaciones un batallón, cuyo mando fue encargado al acreditado coronel Rolando, sirviendo de pie algunos oficiales y tropa de línea. Con el mismo objeto y el de extirpar el distrito de Tinquipaya de algunos caudillos que acostumbraban refugiarse en él, se formó allí una compañía de cien hombres de infantería y caballería a la orden del capitán graduado de teniente coronel del batallón del general, don Ángel Francisco Gómez, suministrándole para su habilitación cincuenta fusiles y otras tantas lanzas. Se organizó también la compañía de empleados de Potosí al mando del contador de las reales cajas, coronel don Mariano Sierra, y en el pie de cincuenta individuos fuera de oficiales para que pudiese hacer el servicio en la villa cuando el batallón constituido en ellas tuviese que salir a perseguir fuera a los enemigos. De este modo, se conservaba en la posible integridad la fuerza efectiva del ejército, que sin tal recurso no bastaría toda ella a guarnecer la dilatada extensión de las provincias y resistir al hormiguero de cabecillas que se levantaban en el mismo corazón de ellas. Finalmente, se pusieron corrientes todas las oficinas surtiéndolas de empleados en lugar de otros que, o

habían marchado con los enemigos, o se habían hecho indignos por sus extravíos de servir y recibir el alimento del soberano.

Mi segundo, el general Ramírez, había salido de Chuquisaca a reunirse en Potosí el 25 de enero con el segundo regimiento y la segunda brigada de artillería, dejando en aquella ciudad un cañón y el batallón del centro a la orden de su comandante, el coronel de milicias don José Santos de la Hera, que con arreglo a mis posteriores prevenciones quedó mandando interinamente toda la provincia. Y aunque estuvo aquel aguardando hasta el día 6 de febrero en la orilla del Pilcomayo a que menguase en su corriente, no pudo atravesarlo sin perder algunos soldados y fusiles y una parte de los equipajes.

Desde el principio de la revolución se había distinguido la capital de Charcas por su infidelidad al rey y declarada adhesión a la independencia, y sus perversos habitantes que observaron la salida de Ramírez, y que solo habían quedado de guarnición en ella 300 hombres del mencionado cuerpo, pusieron este estado de debilidad en noticia al caudillo Padilla, excitándola a que la invadiese con la multitud de indios y como 300 de fusil que tenía de los dispersos de la batalla de Viluma a las inmediaciones de Yamparaes, ofreciéndole los malvados de la población que se le reunirían en lo fuerte del ataque. La Hera, que tuvo noticia de este proyecto y la proximidad de Padilla, me comunicó su apurada situación, y aunque el oficio tenía la fecha del 6 del mismo febrero, yo no lo recibí hasta el 14 por la interceptación de los caminos. E inmediatamente dispuse que marchasen en su auxilio el batallón del general, 200 hombres del de Potosí y el escuadrón de cazadores bajo la dirección del comandante del segundo, don Pedro Antonio Rolando, que en virtud de mis órdenes se volvió a Potosí dejando reforzado a Chuquisaca con el primero citado del general. Cuando llegaron estas fuerzas ya habían cesado los principales conflictos, porque aprovechándose el caudillo de la predicha oferta, se presentó en los días 10 y 11 con 2000 hombres de todas clases, y a pesar de cuantas circunstancias le eran favorables, fue rechazado valerosamente por La Hera, su tropa y 40 personas de las principales de dicha ciudad que se le reunieron y se le portaron con el mayor entusiasmo, por cuya razón y la importancia del suceso, concedí a los vencedores el escudo de honor que manifiesta la lámina.

Por dos veces tomó el enemigo la ocupación de dicha ciudad, y ayudada la defensa en ambas acciones por la actividad y bien acredi-

tado valor del coronel don Manuel de Valle, que se hallaba de oficial real en ella, a pesar de que aquel habiendo logrado apoderarse de las calles aumentó su gravilla con crecido número del pueblo bajo, fue arrojado y escarmentado con pérdida de muchos muertos, un capitán y varios prisioneros que fueron pasados por las armas y colgados en una horca, 8 fusiles, 4 sables, algunas lanzas y posesión de mulas y caballos, consi-
tiendo la nuestra en un sargento muertos y dos soldados heridos.

Para empezar a poner en movimiento los cuerpos del ejército que tenía reunidos en el cuartel general de Potosí, dispuse que emprendiese la marcha a Tupiza el primer regimiento, y en lugar de hacerlo por el Camino Real, mandé que lo ejecutase por el de Cinti con el objeto de perseguir en aquel partido al caudillo Camargo, que unido con el capitán enemigo La Madrid y unos 200 hombres de fusil de los fugitivos de Viluma, se había hecho fuerte en dicho punto y levantado una indiada considerable. Habiendo salido efectivamente el citado regimiento de Potosí con su coronel, el brigadier don Antonio María Álvarez, el 17 de febrero, tropezó en los tres primeros días de marzo con los enemigos, y aunque logró ventajas sobre ellos, la multitud le obligó a retirarse, con pérdida de 19 fusiles, 27 hombres entre muertos y heridos y 11 prisioneros. Cada acontecimiento de esta naturaleza por poco importante que fuese, insoberveria [sic] sobremanera a los rebeldes y desplegaba la natural insolencia y altivez que no habían podido enteramente humillar sus recientes continuados desastres, y eran temibles las consecuencias que necesariamente debían resultar de tener situado a la inmediación del costado izquierdo de mi ejército aquel caudillo con las fuerzas reunidas de otros muchos que le reconocían por comandante general. Por estos motivos, preparé otra división compuesta del batallón de voluntarios de Castro y escuadrón segundo de cazadores que encargada al mismo comandante de Castro, don Buenaventura Zenteno, salió de Potosí el 7 de marzo, emprendiendo su marcha por La Lava, Vilacaya y San Lucas, con dirección a Cinti y el objeto de buscar al mencionado Camargo.

Previne de esta disposición al comandante general de vanguardia, a fin de que el batallón de cazadores que se hallaba en el río de San Juan permaneciese fijo en él para cortar la retirada a Camargo, si huyendo de Zenteno que iba por su frente trataba de hacerla por aquel punto, como probablemente debía suponerse, porque los demás estaban cerrados por el caudaloso río Pilaya, invadeable hasta el mes de abril. Le ordené

al mismo tiempo que luego que Zenteno hubiese batido y arrojado a Camargo y La Madrid de todo el partido de Cinti, caminase sobre Tarija reforzado con algunas tropas de la vanguardia para atacar en aquella villa al caudillo Arévalo, que según las noticias con que me hallaba tenía hasta unos 1200 hombres, los 600 con fusil y los restantes de reclutaje que había hecho en ella y su partido, encargando igualmente que por la parte de Santa Victoria atacase a los enemigos que había en aquel punto con las fuerzas que del resto de su vanguardia considerase precisas, según el número de las que tuviese allí el enemigo, y que el regimiento primero con el escuadrón de San Carlos se apostasen entre tanto en Moraya y Mojo en observación por su frente, por si hacía algún movimiento el coronel French que con 2000 hombres se hallaba en Huma-huaca.

En este estado, y antes de salir Zenteno de Potosí ni haber recibido el comandante general de vanguardia mi orden dispuso el 10 de febrero, luego supo la retirada de Álvarez enviar a marchas forzadas desde Suipacha al punto de San Juan, que a la sazón estaba sin tropas, a don Eustaquio González, capitán graduado de teniente coronel del primer escuadrón de cazadores, con 40 hombres de caballería y 300 de infantería de los batallones de partidarios y cazadores, a los cuales se reunió el capitán don José María Arce, que con su partida de 30 blandengues y el capitán don Baltasar Cardoso se hallaba recorriendo aquellas inmediaciones. Estas fuerzas llegaron al río de San Juan el 12 del mismo mes, a tiempo que el capitán enemigo Lamadrid, habiéndose separado de su compañero, el caudillo Camargo, intentó atravesar por aquel punto para dirigirse a Tarija con 200 hombres de infantería y 150 de caballería, justamente en ocasión de ir en su auxilio y haber llegado ya a la orilla opuesta del río 300 hombres de la segunda arma, que le envió el gobernador intruso de aquella villa, Arévalo. En tal situación, atacó González en detal [sic] a Lamadrid, impidiendo con una parte de sus fuerzas el paso o reunión de los 300 auxiliares, y logró batirlo y deshacerlo de tal modo que para escapar el que se echó a nadar con su caballo. Se ahogaron muchos, quedaron bastantes muertos en la acción, se tomó parte de sus equipajes con algunos fusiles y correspondencia interesante que me fue remitida. Se rescataron seis prisioneros de los blandengues que cayeron en poder del enemigo al principio de la acción, y fueron también recuperados dos sargentos con diez soldados del regimiento

primero que había perdido Álvarez en su repliegue. Por nuestra parte hubo cuatro soldados muertos, uno herido y un abanderado contuso.

A los cuidados que me causaba esta divergencia de operaciones en que tenía empleada casi toda la masa del ejército se agregaban los grandes apuros en que me ponía la falta de recursos para mantener en circunstancias de que dispendiosas expediciones aumentaban sobremanera la importancia de los gastos. Cuando empezó la revolución, las provincias en posesión de toda la riqueza que la industria, el comercio y la naturaleza les habían proporcionado en muchos años de paz y descanso, las fortunas particulares en su mayor auge y el tesoro real con pingües entradas apenas alcanzaron a sostener la fuerza armada, que fue preciso oponer a los sediciosos para reducirlos a la obediencia y librar del contagio el territorio subordinado. Desde entonces se mantuvo el soldado con buenas cuentas, y aún ahora se están pagando alcances de haberes ganados en época tan atrasada, insensiblemente, pero a pasos demasiado largos se han ido consumiendo los arbitrios comunes y extraordinarios hasta un estado tal, que ni las más moderadas exacciones tienen que ejercitarse. Un trastorno político que lleva más de ocho años de duración, y que por la generalidad de sus ocurrencias tiene obstruidos todos los canales de adquisición pública e individual, ha de ir conduciendo por grados la necesidad; y como la parte desprendida y fiel al soberano es por desgracia tan pequeña acaban pronto sus funciones el cálculo y la presidencia, y en el conflicto de salvar el estado, las medidas violentas y el rigor de las contribuciones se hacen en cierto modo indispensables.

Para que la subsistencia del ejército no estuviese sujeta a entradas arbitrarias y eventuales, se acordó en el año de 1814 por una junta compuesta de los principales jefes militares y ministros de Real Hacienda, señalar a cada una de las provincias recuperadas del virreinato de Buenos Aires, y de las del de Lima, cuyos ingresos estaban aplicados desde antes a su conservación, un contingente fijo girado por los respectivos productos y posibilidad de ellas y bajo el cálculo de 148 mil pesos a que en el sistema más económico ascendía entonces al total de las inversiones ordinarias. Aprobó el señor virrey este acuerdo, se expidieron bajo la garantía de sus órdenes auxiliaorias las circulares oportunas a los gobernadores intendentes, y a pesar de que se les ofrecieron, como otros tantos estímulos para apurar su actividad y diligencia, el servicio del rey, la defensa de la justa causa, la tranquilidad

de sus mismos territorios y todo el imperio de las circunstancias más significantes, unos llenaron su cupo o se aproximaron a él, y otros o por impotencia o por una intempestiva contemplación redujeron su ayuda a cantidades muy miserables. Sucedió luego la revolución del Cuzco y se nos interceptaron los auxilios de esta provincia, Huamanga, Arequipa, Puno y La Paz, y obligado yo también entonces a abandonar las de Potosí, Chuquisaca y Cochabamba, se perdieron los de estas, con que se cortó también en la distribución mencionada y fue limitado el sustento del ejército al pequeño círculo que ocupaba. Son imponderables las angustias de esta época digna de tenerse presente en la historia de los sucesos que se están escribiendo, y solo la paciencia del soldado, su frugalidad y constancia en los trabajos y privaciones, pudieron evitar la disolución más temible en tales circunstancias. Parecía que con la batalla de Viluma y pacificación de las provincias del Bajo Perú debían terminar los ahogos experimentados, y el soldado era acreedor a la positiva esperanza de cubrir su desnudez y recibir la corta recompensa de su servicio después de haber derramado su sangre. Mas el territorio adquirido sujeto a continuos vaivenes, ya dominado por las armas del rey, ya entregado a todo el furor y desenfreno de los rebeldes, ni con empréstitos ni donativos, ni con ejecuciones sistematizadas pudo llegar a satisfacer el enlace, ni aun sufragar la asignación establecida antes. La fuerza del ejército se había aumentado a la proporción de la recreencia [sic] de atenciones: la recluta se había puesto ya más corriente, las provincias de atrás no completaban aún sus auxilios, y en tal estado la manutención del ejército era todavía más aventurada que nunca. Por esto, el 7 de marzo volví a reunir en Potosí otra junta compuesta de mi segundo, el mayor general, secretario, el intendente y contador, en que bosquejado ligeramente el cuadro de las urgencias relacionadas cuántas medidas se habían adoptado hasta entonces, conocida su insuficiencia y la precisión de renovarlas con otras más energicas, se apuró el discurso, se ejercitaron en toda su viveza y amor a la vida, y la adhesión a la justa causa para remediar un mal que acabaría indispensablemente por la desertión de todos los soldados. Se acordó, pues, rectificar las anteriores contribuciones de contingentes con concepto a la posterior mayoría de gastos y al mejor examen de los recursos de cada provincia para quitar todo motivo de excusa y protesta de imposibilidad que ya habían anunciado algunos de los intendentes. Y presupuestos estos fundamentos, se estableció la masa total de 162 mil pesos y debían contribuir entre todas

ellas, fijando el 20 de cada mes para que los mencionados intendentes bajo la más seria responsabilidad, verificasen el entero en la tesorería del ejército. Mas como en este cálculo únicamente estaban comprendidos los gastos ordinarios y sucedían continuamente imprevistas ocurrencias de crecidos dispendios, se convino también por unanimidad de dictámenes en preparar un fondo de reserva de 400 mil pesos, señalando a cada provincia la cantidad con que debía concurrir a este importante objeto, según sus facultades. No se podía afianzar de otro modo que en el cumplimiento de estos artículos nuestra ulterior permanencia, y como se había observado que las órdenes del general en jefe en esta materia de gravámenes eran poco respetadas de los jefes de las provincias del distrito de Lima, a pretexto de que dependían exclusivamente de otra autoridad, se determinó por último acompañar al señor virrey una copia del acta, pidiéndole que en obsequio de la importancia y absoluta necesidad de los sufragios en ella declarados expidiese sus terminantes órdenes a los jefes de las provincias, de tal modo que en ningún evento pudiese alegar pretextos para sincerar sus faltas y librarse de los cargos que debían resultarles de cualquiera omisión que seguramente expondría la defensa de los derechos del rey al último contratiempo. Yo les dirigí por mi parte una exposición patética, en que presentando un contraste expresivo de las escaseces de mis soldados, de su alegría en medio de ellas y de su inalterable disposición a trabajar en obsequio de la tranquilidad pública y reposo de sus conciudadanos con el egoísmo de algunos de estos y la indiferencia criminal con que en el descanso de sus hogares oían que derramaban aquellos continuamente su sangre sin comunicarles una parte de los haberes cuya posesión les aseguraban con sus sacrificios, procuré convencerles de la obligación en que estaban las provincias de manifestar su generoso desprendimiento para librar a tan ilustres defensores de los horrores de la miseria. El influjo de la autoridad y la ventajosa renovación de algunos de los mencionados jefes me hicieron esperar que estas diligencias producirían mayores frutos que las anteriores, y que el sistema fiscal del ejército adquiriría la estabilidad desconocida hasta entonces.

Para asegurar la expedición del coronel Zenteno y destruir enteramente, como interesaba, al caudillo Camargo, determiné que el 7 del mismo mes de marzo saliese de Potosí el coronel don Francisco Javier de Olarria con dos compañías del escuadrón de su mando y que, dirigiéndose por Cotagaita, recibiese el refuerzo de 200 hombres del segundo

regimiento de infantería que allí se hallaba, marchase con ellos a situarse en la Palcagrande (cuatro leguas distante de Cinti), para que avisando a Zenteno se le reuniese si las circunstancias lo exigían, o que obrase por separado y diferente punto, según acordasen ambos jefes.

Zenteno, antes de llegar a San Lucas, halló en el punto de Tirahoyo un considerable número de enemigos de fusil, honda y palo, con quienes tuvo el día 8 de marzo, el 10 y el 11 unos fuertes encuentros en el expresado punto, y en el de Tacaquira y Sacaca, batiéndolos en todas partes hasta su llegada a Cinti. Las fuerzas enemigas estaban mandadas en los primeros encuentros por los caudillos Méndez, Gómez y Caiza, que se reunieron en su fuga con los de su misma clase Manuel Palacios y José Villarrubia, igualmente batidos en el último de los tres puntos, con lo cual logró posesionarse de Cinti a las cinco de la tarde del 12 de marzo, habiendo hecho en los enemigos considerable estrago entre muertos y heridos. Zenteno perdió de su batallón cuatro muertos y ocho heridos, habiendo tenido muchos oficiales y soldados contusos de piedra.

A los referidos cinco caudillos se reunieron el de su misma especie Mariano Delgado y el principal de todos, Vicente Camargo, y componían una fuerza de más de tres mil hombres montada y de a pie, entre los cuales tenían como 200 fusiles, otro tantos lanceros y los restantes indios de honda, con la cual rodearon a Zenteno en Cinti el 13, tomándole todas las alturas.

Olarria supo la situación de Zenteno por aviso que este le dio, y el 14, después de haber andado la mitad de la noche, amaneció por su espalda sobre el pueblo en ocasión de no haber encontrado un enemigo porque sin duda estos observaron su aproximación, y se retiraron a Culpina, cinco leguas distante de Cinti, adonde los fue a buscar Zenteno con su batallón de Castro y el segundo escuadrón de cazadores, y Olarria, de acuerdo con él, tomó con su división el camino de San Juan para cortar aquel paso al enemigo que suponía estaba evacuado por haber avisado y pedido al comandante de él que con su tropa marchase sobre la espalda de Culpina para impedir a Camargo su escape y obligarle a una acción decisiva. Por equivocación no se verificó este movimiento, y así cayendo Zenteno sobre Culpina se encontró con Camargo que había huido hacia el pueblo llamado La Loma y no pudo conseguir más ventaja que la de haber su descubierta encontrado dos leguas antes de llegar a Culpina una avanzada de caballería enemiga mandada por el caudillo Mariano Delgado, a la que atacó haciéndole tres prisioneros, entre ellos un

oficial de indios, a quienes pasó por las armas. Les tomó dos carabinas, una pistola y catorce mulas y caballos.

El subdelegado de Cinti, capitán don Juan Ortuño, había quedado en la capital de su partido a la salida de Zenteno con 150 lanzas que este le dejó repartidas, algunas entre aquellos vecinos que por todo el tiempo de la guerra habían procedido sospechosamente y no eran de fiar. No obstante, ya sea por lo escarmentado que estaban de los enemigos, o ya porque pasando la nota de infidentes al rey querían borrarla, se animaron con el subdelegado a ir a batir al caudillo Victorio Aparicio que había quedado rezagado con 60 indios y cuatro fusiles en la hacienda llamada del Cazerón [sic], distante siete leguas de Cinti. Y a las 7 de la mañana del día 22 de marzo llegaron a atacarle, y después de un corto tiroteo emprendió su fuga y fue perseguido en ella más de una legua, logrando escapar el caudillo a pie en lo escabroso de aquel terreno, así como otro su compañero Juan Guevara, que con otros 50 y seis fusiles se hallaba a mayor distancia, tomándoles a ambos once prisioneros y tres mujeres, incluso la del caudillo Aparicio, cuatro fusiles y muchas mulas. Se pasó por las armas a uno de los prisioneros, y mandé que se hiciese lo mismo con los diez restantes, y que las tres mujeres me las remitiesen al cuartel general. Ortuño recomienda mucho a los citados vecinos de Cinti que le acompañaron, y especialmente entre ellos a don José Cavero, don José Romero, don José Gutiérrez, don Ángel Borda, don Marcos Cavero, don Eduardo Cavero, don José Ortuño, y el joven don Isidro Cavero, pidiéndome que los habilitase de armas y asegurándome que con ellas podría hacer mucho para la seguridad del partido de su mando, en vista de la decisión y pruebas que habían dado sus habitantes. Pero como yo necesitaba algunas más para creerlos, y al mismo tiempo darles políticamente alguna idea de confianza, les envié inmediatamente diez fusiles con municiones para que con los cuatro que habían ganado a los enemigos y las ciento cincuenta lanzas pudieran continuar acreditándose.

Cada día era más necesaria mi salida de Potosí, vivificar las operaciones de vanguardia y activar la recuperación de Tarija y destrucción de Camargo. Estas empresas debían asegurar la posición del ejército, dejándolo desembarazado de enemigos inmediatos y franqueándole el terreno de donde habían de salir las provisiones. Potosí estaba casi completamente organizada en todos sus ramos políticos y militares y de Real Hacienda. La ciudad y provincia de Cochabamba, sin cuidado mayor con su guarnición de 500 hombres de infantería y caballería,

295 fusiles repartidos a los seis subdelegados de ella; y el batallón de Fernando VII, en Vallegrande, reforzándose y poniéndose en estado de caminar con dos piezas de artillería sobre Santa Cruz, luego que cesasen las aguas y se pusiese su comandante, el coronel don Francisco Aguilera, en comunicación con el batallón denominado del general, y su comandante el sargento mayor de él, don Pedro Herrera, que por la ruta de Chuquisaca debía situarse en La Laguna con él y otras dos piezas de artillería para combinar el ataque de dicha ciudad de Santa Cruz, y marchar ambos sobre ella cuando Aguilera por las noticias que adquiriese les pareciese que era tiempo oportuno. La ciudad de La Plata se hallaba tranquila después de las acciones que contra Padilla había tenido en ella el gobernador La Otera en los días 10 y 11 de febrero, y el referido La Otera había salido de la ciudad el 29 con 500 hombres del batallón del centro y del denominado del general a perseguir y exterminar al caudillo Padilla, dejando en la ciudad otros 200 de ambos cuerpos, y el interino mando de ella al coronel don Manuel de Valle, con cuya fuerza, así en la expedición de La Hera como en la guarnición de la ciudad, no ofrecía aquella provincia cuidado por un orden regular. La villa de Oruro conservaba tranquilidad y sosiego en ella y sus alrededores, incluso el partido de Carangas, donde no había la menor novedad, igualmente en Tarapacá y toda la costa, y el gobernador de la referida villa, coronel don Manuel Fernández, tenía su guarnición compuesta de 150 hombres de infantería y caballería, a que se la reduje del mayor número de 233 hombres con que se hallaba, previniéndole que me remitiese los restantes al ejército. El partido de Sicasica no daba tampoco cuidados por entonces y su gobernador subdelegado, el teniente coronel don Francisco España, tenía de guarnición 60 hombres de fusil. El partido de Chayanta se hallaba con su completa fuerza de 50 hombres armados de fusil que se le habían presentado pertenecientes a los diferentes cuerpos del ejército, que pasando por dicho partido habían quedado rezagados y debía remitir al cuartel general su gobernador subdelegado, el coronel Choquehuanca, como se lo previne. En la ciudad y provincia de La Paz no ocurría novedad en consideración. Su fuerza consistía en 412 hombres con 402 fusiles, de la cual se hallaban 200 con el coronel don José Abeleira en el punto de Itaraque y 70 en Sorata con el capitán graduado de teniente coronel don José Llano; más en Irupana doce con un sargento, con lo cual estaba la provincia resguardada. El punto del Desaguadero estaba defendido con la guarnición de 80 hombres y permanecía tranquilo.

Finalmente, la provincia de Puno había conseguido acabar y disolver a los insurgentes mandados por su general Leandro Bustíos, clérigo Muñecas y otros, y anunciaba su intendente González que el teniente coronel don Agustín Gamarra, que había salido en persecución de ellos, había logrado su entera destrucción y prendido en consecuencia de ella el 16 de febrero don F. Vera con 12 hombres a dicho general Bustíos y siete caudillos más, y se habían presentado a Gamarra arrepentidos e implorando perdón otros trece caudillos, incluso el cura de Ayata, y que para complemento de todo el sacrílego clérigo Muñecas desde Camuta en 10 de febrero le pedía indulto.

En tal estado ventajoso salí de Potosí el 18 de marzo por La Lava, Tuctapari, Vitiche, Ramada y Tumusla para Santiago de Cotagaita, con mi segundo, el teniente general don Juan Ramírez, el Estado Mayor, parque y ramo de Hacienda, escoltado de 50 hombres de caballería y la compañía de granaderos de mi guardia, habiendo llegado a otro punto de Cotagaita el 24 de marzo y prevenido al gobernador de Potosí y mayor general del ejército, el mariscal de campo don Miguel Tacón, que me despachase el batallón de granaderos que mandaba el marqués de Casares, luego que llegasen a aquella villa 300 reclutas, incluso algunos soldados de los cuerpos del ejército que venían con ellos y estaban próximos a ella, y que para guarnecerla y atender a los puntos de sus alrededores, quedase el coronel don Pedro Antonio Rolando con el batallón de Potosí de nueva creación que constaba de 480 hombres, incluso cien de caballería que se hallaban en Puno a la orden de su capitán don Mariano Matorras.

A mi llegada a Cotagaita se hallaba el ejército de operaciones reducido por las guarniciones que habían quedado en las provincias a la fuerza y en los puntos siguientes:

	Ejército de operaciones	Plazas
En Moraya	Primer regimiento	450
	Escuadrón de San Carlos	147
	2 piezas de artillería de a 4	20
En regimiento de San Juan	Batallón de cazadores	433
	Infantería de partidarios	322
	Partida de blandengues montados	30
En Livilivi	Primer escuadrón de cazadores	317

En Cinti persiguiendo al cau dillo Camargo	{	Batallón de Castro	422
		Escuadrón segundo de cazadores	131
En Camaraqui	{	Escuadrón de la guardia de honor	120
		Segundo batallón del segundo regimiento	200
En el cuartel general de Cotagaita	{	Primer batallón del segundo (ídem	280
		Primera compañía del batallón de granaderos	120
		Piquete de La Paz	31
		Tres brigadas de artillería con 12 cañones de a 4	120
En Talma		Dos compañías de Chichas	130
En marcha de Potosí al Cuartel General	{	El Batallón de Granaderos con 300 plazas y 300 reclutas	600
En Santiago de Cotagaita	{	Dos compañías de Chichas organizándose a cargo de sus capitanes del país, don Carlos Medinaceli y don Juan Bautista Baspiñeiro, armados con solo 40 fusiles	200
		Total	4073

	Con fusil	Sin él
Infantería	2657	500
Caballería	776	"
Artillería para 14 piezas de a 4		140
	3433	640

Para armar los 797 hombres, exclusos los músicos, pitos y tambores, esperaba que en todo abril estuviesen compuestos 600 cañones de fusil, que algunas llaves y sin cajas ni guarnición alguna quedaron en Potosí trabajando su maestranza a toda prisa, así como bayonetas, sables y correajes que faltaban para este número y para completar las que necesitaban los cuerpos del ejército.

Guarnición en las provincias

		Un batallón	380
En Potosí	}	Una compañía de caballería	100
		Dos brigadas de artillería con 8 cañones de a 4	80
En Chuquisaca	}	El batallón del centro	359
		Ídem del General	370
		Dos piezas de artillería del calibre de a 2	20
En Cochabamba	}	Una compañía de granaderos	110
		Dos ídem del país	211
		Un escuadrón de caballería	204
		Tres piezas de artillería del calibre de a 2 repartidos a los subdelegados 295 fusiles	20
En Vallegrande	}	El batallón de Fernando VII	293
		200 fusiles de repuesto para aumentar su fuerza	
		Dos cañones del calibre de a 2	20
En Oruro	}	Una compañía de infantería	165
		Otra de caballería	62
En Chayanta	}	5 piezas de artillería	30
		Un partido de infantería	50
En Sicasisca	}	Otra ídem ídem	60
		Dos compañías de infantería	220
En La Paz	}	Un escuadrón de caballería	192
		Tres cañones del calibre de a 2	20
En Puno	}	Un batallón	413
		Una compañía de caballería	60
En el Desaguadero	}	Una partida de infantería	80
		Total en guarniciones	3159

Resumen

En el ejército de (ilegible)	}	Total de infantería	3157	}	4073
		Ídem de caballería	776		
		Ídem de artillería	140		
Guarnición en las provincias	}	Infantería	2711	}	3512
		Caballería	618		
		Artillería	190		

Resulta del antecedente estado que el ejército propiamente llamado de operaciones, constaba de 14 piezas de artillería del calibre de a 4 y 3753 hombres, de los cuales para reducirlos a la fuerza útil y efectiva era preciso rebajar 997 que no tenían fusiles. Y aparece también que las provincias de retaguardia ocupaban en guarniciones 3173 hombres, de los cuales rebatidos 334 desarmados quedaba líquido el número de 2829 de servicio. De suerte que las armas del rey estaban divertidas casi por mitad de toda su masa en esta última atención, que subsistiendo siempre por la prodigiosa multiplicación de los traidores será un obstáculo acaso insuperable a los grandes progresos del ejército que obra por esta parte, a menos que circunstancias muy felices, o la cooperación simultánea de otras medidas, no empeñen un suceso de aquellos que por demasiado favorables se ocultan a la previsión humana.

Los enemigos del frente, esto es los que Rondeau había podido reunir después de su derrota en la batalla de Viluma, incluso dos regimientos número dos y tres que recibió de Buenos Aires a la orden del coronel French cuando iba huyendo por Humahuaca, componía la fuerza de 1800 hombres y seis piezas de artillería. Mas en Jujuy se hallaba el mismo gobernador de Salta, Martín Güemes, con unos 400 a quienes se podía haber destruido inmediatamente si los infames caudillos Padilla, Camargo y demás no hubieran ocupado tanto las tropas del ejército, o por mejor decir, si las siempre infieles y obstinadas provincias del Desaguadero a Salta no hubiesen abrigado, reforzado y animado con su conducta a los mencionados caudillos que entre gente armada e indios de lanza, garrote y honda habían remitido en los partidos de La Laguna, Puna, Cinti y Tarija más de 800 hombres. Y como yo me hallaba con pocas fuerzas disponibles por tenerlas divididas en las expediciones

citadas sin haber recibido de Lima el auxilio de mil hombres con que contaba de las tropas españolas que habían arribado ya en aquella fecha a esta capital, ni esperaba tampoco que de las provincias interiores se me asistiese con más gente que 121 reclutas que del Cuzco habían llegado al cuartel general, y 300 que estaban en marcha, eran acaso mis apuros y cuidados mayores que los que había tenido antes de destruir en Viluma el ejército grande de Rondeau, porque entonces concentradas las fuerzas y reducido el teatro de la guerra a la posición del ejército podía presentar al enemigo en cualquier evento una masa respetable. Fue tal vez una fortuna que los rebeldes, o no estuviesen impuestos de mi estado o acobardados por sus pérdidas y aun desavenidos según parece sus mandones, no se decidiesen a atacarme.

Seguían mis conflictos por la falta de recursos pecuniarios, porque las providencias nuevamente tomadas en la junta congregada en Potosí no habían llegado aún al estado de producir entradas a la tesorería.

El 27 de marzo, pocos días después de mi llegada a Cotagaita, recibí por extraordinario que me envió el gobernador de Potosí la desagradable noticia de haber sido atacados y obligados a rendir las armas en el pueblo de Tarabuco, el día 16 del mismo mes de marzo, 150 hombres armados de fusil que con el sargento mayor del batallón denominado del general enviaba desde La Laguna a la ciudad de La Plata el coronel La Hera, jefe de la división contra Padilla, con el objeto de escoltar unos prisioneros que había hecho y limpiar al mismo tiempo el camino de las partidas que le cerraban la comunicación y le privaban de los auxilios de dicha ciudad. La fuerza enemiga que causó esta desgracia, mandada por el cabecilla Serna, era distinta de la gruesa partida que tenía a sus órdenes Padilla, y sabiendo la marcha del citado destacamento, los sorprendió cerca de Chuquisaca con numerosas fuerzas y no dejó escapar más que el conductor de la noticia, y aun este se libró de la mortandad general que aquellos bárbaros hicieron en los rendidos de la manera más horrible por el anticipado conocimiento que tenía con uno de ellos. Estrechado el referido caudillo Padilla por La Hera, meditó sin duda esta combinación para distraerle de su persecución y cogerle entre dos fuegos sin esperanza de auxilio ni recurso, y como era probable que cayese a un mismo tiempo ambos con todas sus fuerzas sobre los únicos 350 hombres que tenía aquel, era efectivamente su situación la más apurada y se aumentaron mis cuidados por la incertidumbre del éxito y el mismo interés de la empresa. Peligraban, además, Chuquisaca y un

suceso que parece a primera vista de poca monta podría comprometer la seguridad de las demás provincias y llaman la atención del grueso del ejército si no se cortaba en tiempo. Por esto determiné inmediatamente que el batallón de granaderos que venía marchando de Potosí para el cuartel general retrocediese a marchas forzadas a la misma villa, y que haciéndose cargo de esta fuerza su gobernador, el mayor general Tacón, marchase con la misma celeridad sobre Chuquisaca para resguardar esta ciudad y socorrer a La Hera del modo posible.

Tacón salió el día 31 de marzo, llevándose tres compañías de granaderos, una de cazadores, cuatro piezas de artillería, municiones abundantes, 224 fusiles corrientes y 350 sin cajas, con objeto de armarlos en Chuquisaca para que sirviesen a un batallón que le mandé levantar en aquella ciudad con el pie de 200 hombres, de los tres que allí tenía y de los europeos y criollos que había en ella rezagados del ejército y provincias sanas, a fin de que este quedase allí de guarnición después de haber deshecho a Padilla y que, inmediatamente y después de haber castigado aquella malvada ciudad y assolado los pueblos y hasta las iglesias de los infames de Tarabuco, Presto, Pomabamba, La Laguna y otros, se volviese con todas las fuerzas restantes al cuartel general. Siendo preciso tomar la posición de Yavi para situar la vanguardia y todo el ejército en Moraya para esperar en este punto los refuerzos que debían llegar pronto de la Península, sin los cuales no era prudente adelantar en paso sobre el frente, por la mala idea que le daban las provincias de la espalda y porque ya Rondeau había recibido un refuerzo de 2000 hombres, armas y municiones, después de recuperar a Tarija, que era la izquierda de la referida posición, y en ella tenían los enemigos 600 hombres de fusil y porción del país armados de lanza, honda y garrote. Para esta maniobra mandé al escuadrón de la guardia de honor que se adelantase al río de San Juan a unirse con los batallones de partidarios y cazadores que allí se mantenían, y que el comandante de vanguardia Olañeta con el primer escuadrón de cazadores viniese a reunirse con estas fuerzas en el punto de La Rensilla, que dista cuatro jornadas de la villa de Tarija, y desde allí emprendiese su marcha sobre ella, procurando cortar a los enemigos el camino del río Bermejo, para que en caso de que le esperasen, tomasen el de Humahuaca los que lograsen escapar, con el objeto de que se reuniesen todos ellos con su ejército grande y no quedasen en aquel partido grupos de partidas que mortificasen la guarnición, como sucedió en el año anterior.

Los dos batallones, con los dos escuadrones citados, se reunieron en el expresado punto de La Rensilla, y Olañeta me avisó el 9 de abril, que al día siguiente 6 emprendía su marcha. Su fuerza consistía en la siguiente:

Batallón de partidarios	322
Ídem de cazadores	433
Primer escuadrón ídem ídem	317
Escuadrón de la guardia de honor	120

Esperaba en mi cuartel general de Cotagaita el resultado de ambas expediciones que consideraba feliz, y mantenía en el segundo regimiento y una compañía de granaderos para reforzar cualquiera de las divisiones en operación, si la necesidad lo exigía, y solo me daba el mayor cuidado la marcha de Tacón sobre Chuquisaca y el estado del coronel La Hera en La Laguna, cercado de multitud de enemigos, después del desgraciado suceso de Herrera.

Aumentose este con haberme escrito Tacón desde su segunda jornada que en Pilcomayo y alturas de Pilima, que debía atravesar, se hallaba un considerable número de enemigos esperándole, y que había recibido un parte que me acompañaba, en que le daban aviso de hallarse la ciudad de Chuquisaca atacada, por lo que era de creer que La Hera hubiese tenido alguna mala suerte, o que dejándole los enemigos en su posición de La Laguna, hubiesen venido todos a atacarlo en ocasión de no tener más que 200 hombres de guarnición.

Recibí a los tres días un parte del gobernador de Potosí en que me decía que habiendo los enemigos del Pilcomayo y Pilima dejado pasar a Tacón, habían combinado con el caudillo Betanzos, que se hallaba en Turuchipa con 80 fusiles y 400 indios, atacar a aquella villa, que solo había quedado con 300 hombres de guarnición, de los cuales 100 estaban en el punto de Puna, 12 leguas distante de ella, para contener a los caudillos Cuiza, González, Fuente y Martínez que la amagaban por aquella parte. Añadiéndose que con la salida de Tacón había quedado sin municiones y sin completo de fusiles para su fuerza, con sola la esperanza de los que diariamente aprestaba la maestranza, que era de 4 a 16 diarios de puros cañones, que era lo que había quedado, y que hallándose próxima de Oruro una remesa de municiones, había dispuesto enviar en su alcance mulas de carga descamadas para que llegasen pronto, y finalmente que

quedaba con 100 soldados y del Cuzco habían entrado en aquella villa con destino al cuartel general, más que para su mayor seguridad había dispuesto atrincherar la villa y acuartelar las compañías de comercio y empleados, que estaban alistados de antemano.

En estos mismos días recibí partes de Vitiche, en que se me aseguraba que los referidos caudillos Cuiza, González, Fuente y Martínez se aproximaban a aquel punto, que juntamente estaba en el camino por donde venían al cuartel general las remesas y con efecto inmediatamente se me dio parte de que habían entrado en Vilacaya, cinco leguas distante de dicho pueblo de Vitiche, y atacado y destruido una partida de 20 hombres armados de fusil que allí había de avanzada. Con este suceso y para evitar sus consecuencias, despaché inmediatamente dos compañías del segundo regimiento y 90 chichenos armados de fusil a la orden del teniente coronel don José Puig, para que atacase y deshiciese este grupo de malvados, disminuyendo al mismo tiempo los cuidados de Potosí, y los de las rentas que venían por aquella parte con arreglo todo a la instrucción que di a Puig, y se halla a fojas del expresado cuaderno. En los propios días tuve varios partes del coronel del primer regimiento, que con este y el escuadrón de San Carlos se hallaba, como había dicho, en Moraya en observación de los enemigos del frente, que estos hacían movimiento, y entrado en Yavi, con el objeto sin duda de llamar la atención de las fuerzas que iban sobre Tarija, o de atacarle en aquel punto, y que en consecuencia me pedía instrucciones, que le despaché inmediatamente, previniéndole que con toda serenidad se impusiese bien del motivo del enemigo, para no malograr con algún imprudente suyo retrógrado las ventajas que por momentos se iban a conseguir sobre Tarija, pues si él se retiraba quedaban los enemigos en estado de dirigirse hacia aquella parte, mas que podría ser su intento este y probar fortuna, a ver si les dejaba aparentando atacarle obrar libremente, pero que en el caso de no quedarle duda de que venían sobre él con fuerzas superiores, se replegase a Suipacha o más atrás si conviniese avisando de su movimiento a la partida de 200 hombres que se hallaba a su derecha en el punto de Talina, y el comandante de vanguardia Olañeta por el punto de La Rensilla, donde se hallaba el cura y teniente coronel Cerda con 190 hombres de su feligresía para mantener franco aquel país y comunicación conmigo, por medio de unas pautas que de antemano habían regido a ambos jefes y a los demás cuyas correspondencias podían caer

en manos de los enemigos, a fin de que interceptados, no supiesen el contenido de los pliegos.

Todos los movimientos expresados se hallaban en embrión y próximos a cumplirse, como en efecto, el 9 de abril recibí el parte de Zenteno que se halla a fojas del mencionado cuaderno al que me acompaña, el sable, caballo y cabeza del caudillo Camargo, coronel de cazadores enemigo y comandante general de todos los de su clase que obraban a sus órdenes en Cinti, Tarija, La Laguna y partido de Puna. El 3 tuvo su terrible acción con este malvado, en una quebrada inmediata a Santa Elena, a donde desde Culpina le condujo el indio capitán enemigo que se le pasó José Manuel Márquez y su sobrino, indio también, Juan Leiton, haciéndolo con tal destreza y conocimiento práctico de aquellos escabrosos caminos que condujeron a Zenteno y su división en la noche del 2 de tal manera que amanecieron sobre Camargo, y su muchedumbre de secuaces, rodeándolos a tiro de fusil, de una manera prodigiosa. El mismo Zenteno mató con su sable a Camargo, sus oficiales y tropa a los caudillos Villarubia, segundo de Camargo, y 18 soldados e indios que fueron degollados en el mismo pueblo y la parroquia de Cinti, sin que Zenteno tuviese por parte más desgracias que las de tres soldados heridos y unos cuantos de estos y oficiales contusos. A los dos indios les concedí por su extraordinario servicio, al tío el grado de capitán de naturales, y al sobrino el de alférez de los mismos, una medalla de distinción y un uniforme para cada uno y finalmente dos reales diarios para todos los días de su vida. Y habiéndome ofrecido ambos que si les daba media docena de fusiles y municiones juntarían todos los indios de su parcialidad y avanzarían con los dos únicos caudillos, Asevo y otro, que habían quedado, mandé que se le diesen y marcharon a su empresa. A Zenteno, que con su batallón viniese al cuartel general, donde entró el 10 de abril, y que el segundo escuadrón de cazadores quedase en la Palca Grande, inmediato a Cinti, para que con su respeto se acabase de pacificar aquel partido. A toda la tropa de la división de Zenteno los obsequié con cuatro días de prest doble, y formados en la plaza les di las gracias, y un abrazo a un individuo de cada clase, encargando al comandante Zenteno que me propusiese todos los beneméritos para ser premiados.

El 7 por la mañana tuve aviso del comandante Álvarez desde Moraya que, efectivamente, habían entrado los enemigos en Yavi, pero que según las noticias que le habían comunicado era una partida de corta fuerza

que andaba con el capitán Rojas baqueando por todos aquellos puntos. Tuve, asimismo, aviso de Puig que los caudillos referidos de Vilacaya se habían retirado a Tomola con la noticia de su aproximación, y que los iba a atacar el día siguiente con la fuerza que llevó y 130 paisanos de Vitiche que se le habían ofrecido. = El 8 por la mañana recibí parte del mayor general Tacón que me sacó del mayor cuidado, pues me decía en él que había entrado en Chuquisaca sin novedad, el que el coronel La Hera desde La Laguna se había venido replegando, batiéndose y escarmentado todos los días a los enemigos que le venían persiguiendo, sin más pérdida por su parte que la de tres soldados heridos, y finalmente que había entrado en la ciudad con toda su fuerza y con solo dos cartuchos por hombre, y que en consecuencia se disponía a batir y atacar con Padilla, y todos sus secuaces, a castigar como lo merecían aquellos pueblos y todos sus habitantes infames; a levantar el batallón que le había ordenado a desembarazar el denominado del general, a quien había agregado la compañía de cazadores sacada de Potosí para que en combinación con la división del comandante Aguilera que se hallaba en el Vallegrande, marchasen estas fuerzas sobre La Laguna, y últimamente que con cuanta velocidad le fuese posible, ejecutaría todas mis prevenciones para volver el cuartel general. = En este estado me llegó el día 8 mi extraordinario de Lima con la real orden de 3 de octubre, en que su majestad se dignó nombrarme virrey de Lima, y una particular del señor Abascal, en que me previene, que a la mayor brevedad me pusiese en camino, entregando el mando a mi segundo, el teniente general don Juan Ramírez, según lo disponía dicha real orden, ínterin venía de la Península a relevarle el mariscal de campo don Estalísnao Sánchez Salvador para que Ramírez caminase a encargarse de la presidencia de Quito, a que el rey le había destinado. El 9 hice la entrega a Ramírez por medio de una relación circunstanciada que comprende el estado en que se hallaba el ejército en aquel día, con el de fuerza, haberes en la caja militar, armamento, municiones, estado de hospital, causas en la auditoría de guerra, estado de las provincias, fuerza que para su conservación tenían, providencias dadas para auxilio del ejército, instrucciones a todos los jefes que se hallaban bajo de mis órdenes y, últimamente, mis ideas sobre el modo de hacer la guerra y prevenciones para que ella, como todo consta de las copias de dicha relación y estados de todos los ramos que se hallan en otro cuaderno a fojas. Y recibida la contestación de Ramírez de quedar encargado y dada la mía de fojas al ministro de

la Guerra de haber cumplido con la orden de su majestad en todas sus partes, me dispuse para salir el 19 a Lima, que dista del cuartel general 540 leguas, determinando seguir la ruta del Cuzco para agregar el conocimiento de aquellas provincias al que ya venía de las de la costa desde que practiqué por ellas mi viaje al ejército el año de 1813.





Figura 1

Retrato de Joaquín de la Pezuela. Museo Nacional de Antropología, Arqueología e Historia del Perú. Fotografía: Daniel Giannoni.

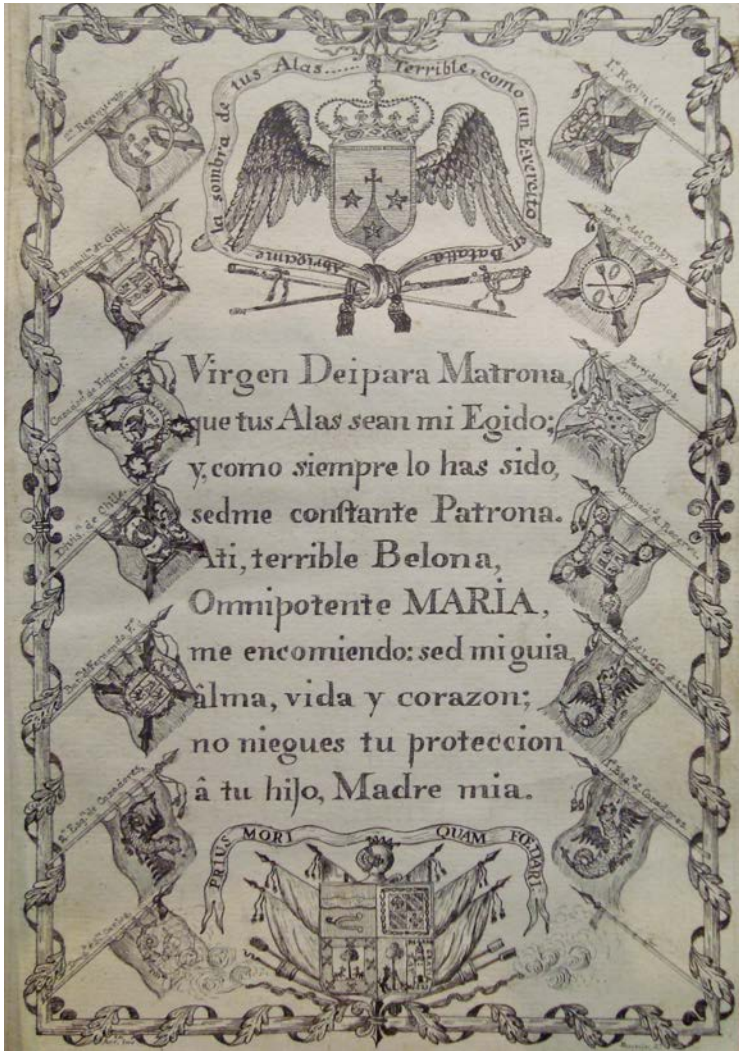


Figura 2
 Carátula del manuscrito de Joaquín de la Pezuela.



Escudo de Villuma



Escudo de Vilcapuquio



Figura 3

Dibujos de escudos de Viluma y Vilcapuquio. Los de la parte superior corresponden a los que aparecen en el manuscrito; los de la parte inferior son parches del museo Histórico del Norte, Cabildo, Salta, Argentina.

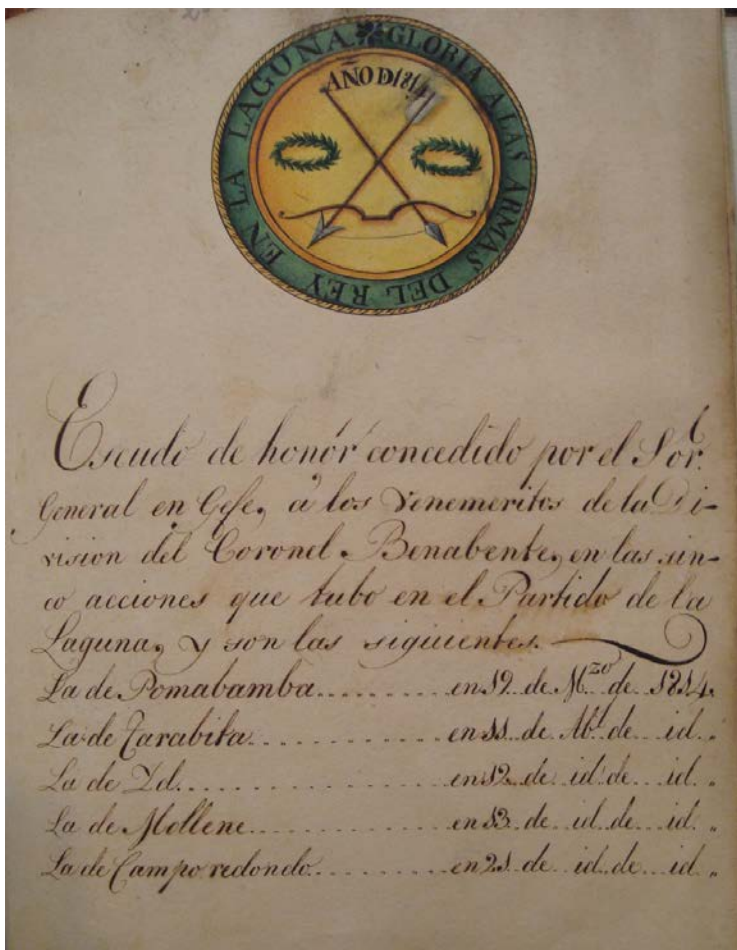


Figura 4
Escudo de honor de La Laguna, 1814.

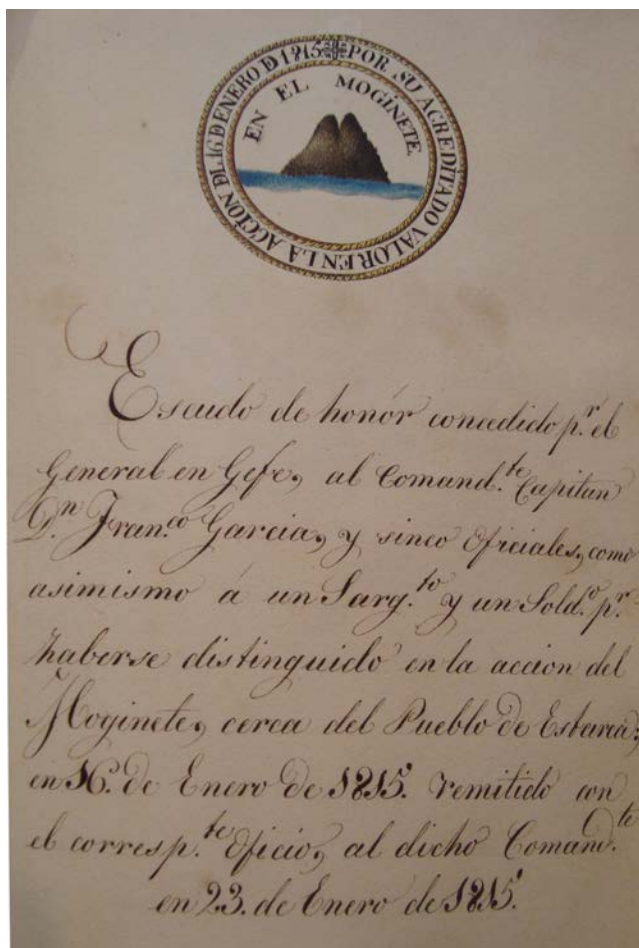


Figura 5
 Escudo de honor de El Mognete, 1815.

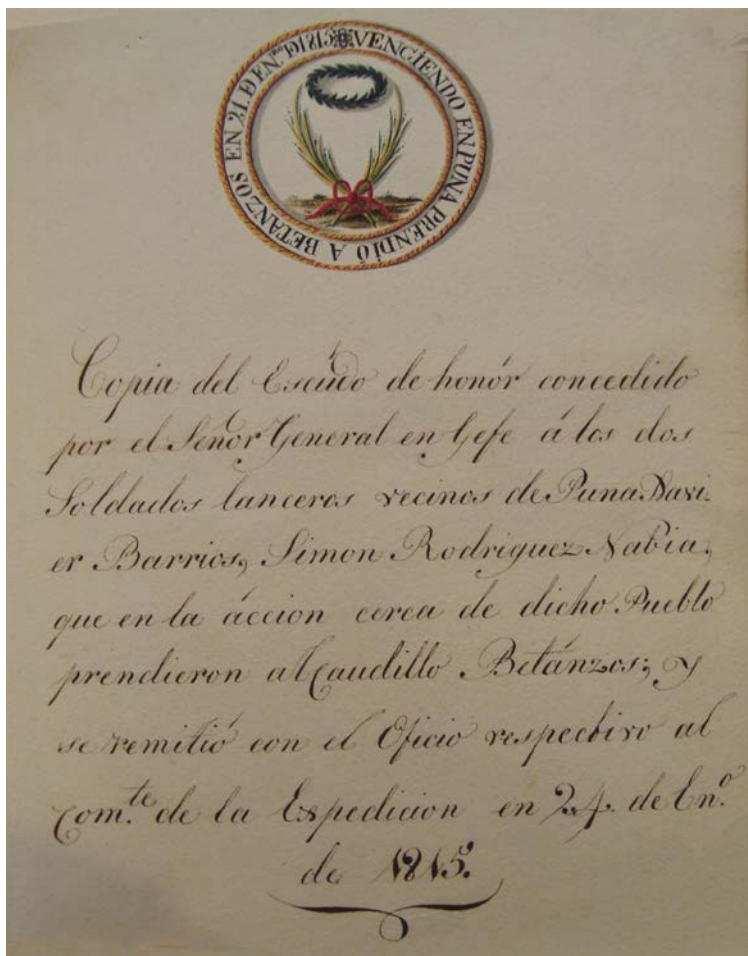


Figura 6
 Escudo como loa a quienes prendieron al caudillo Betanzos, 1815.

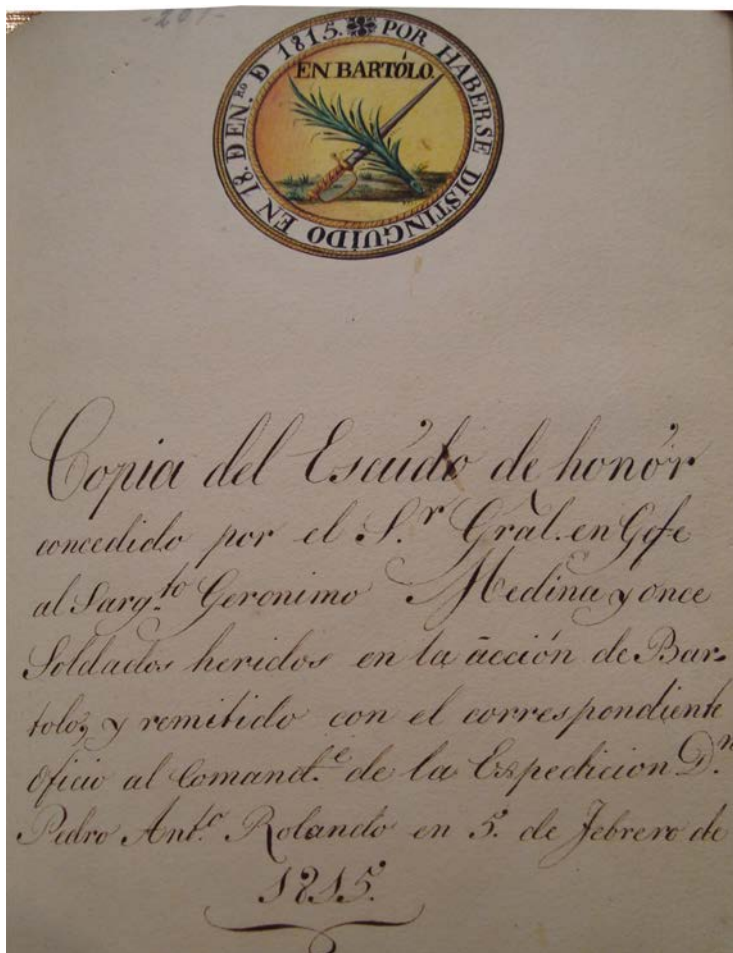


Figura 7
Escudo de honor de la Batalla del Bartolo, 1815.

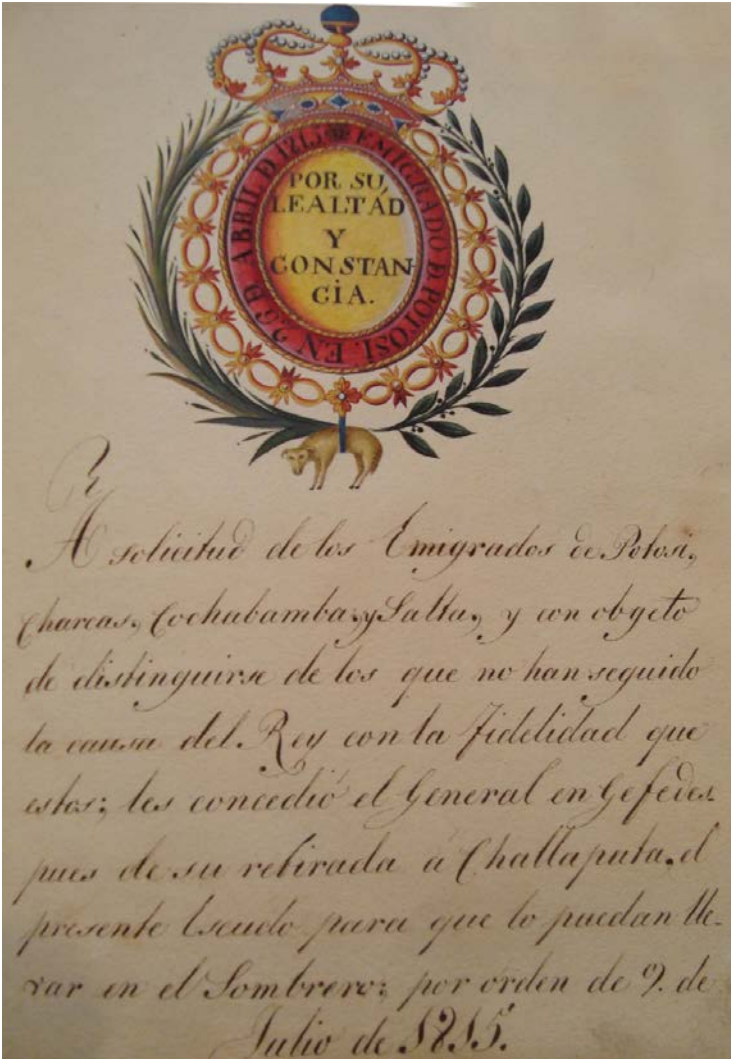


Figura 9
Escudo para el sombrero para los emigrados de Potosí, 1815.

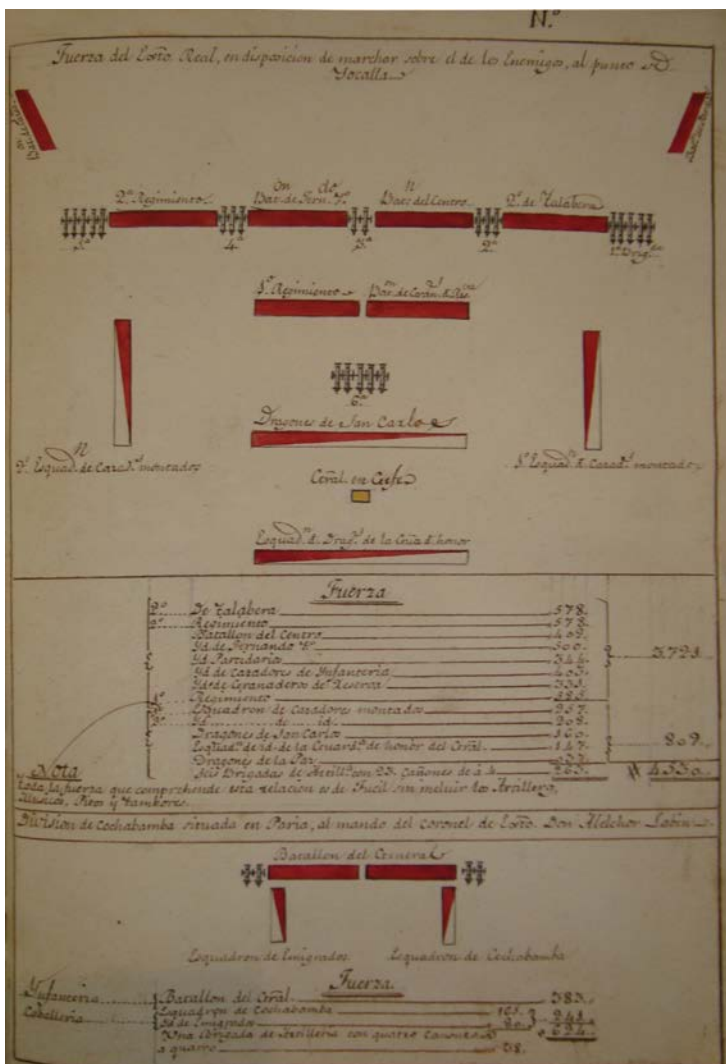


Figura 11
Fuerza del ejército real a disposición en Yocalla.

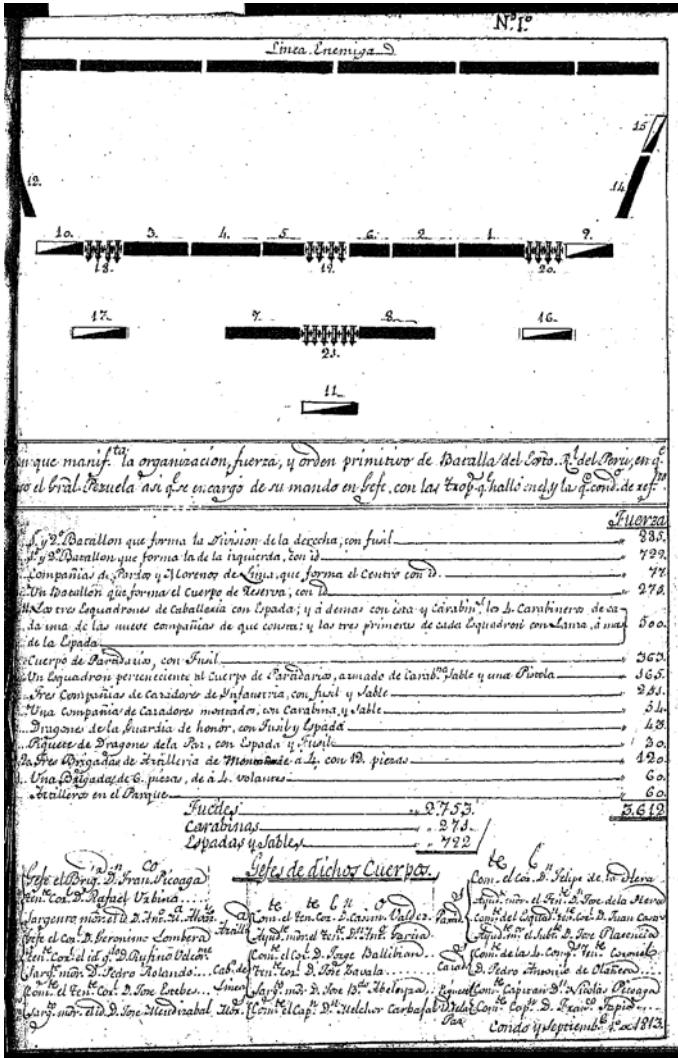


Figura 12

Plan que manifiesta la organización, fuerza y orden primitivo de Batalla del ejército real del Perú en que se puso el general Pezuela, así que encargó de su mando en jefe. Copiado en setiembre de 1813.

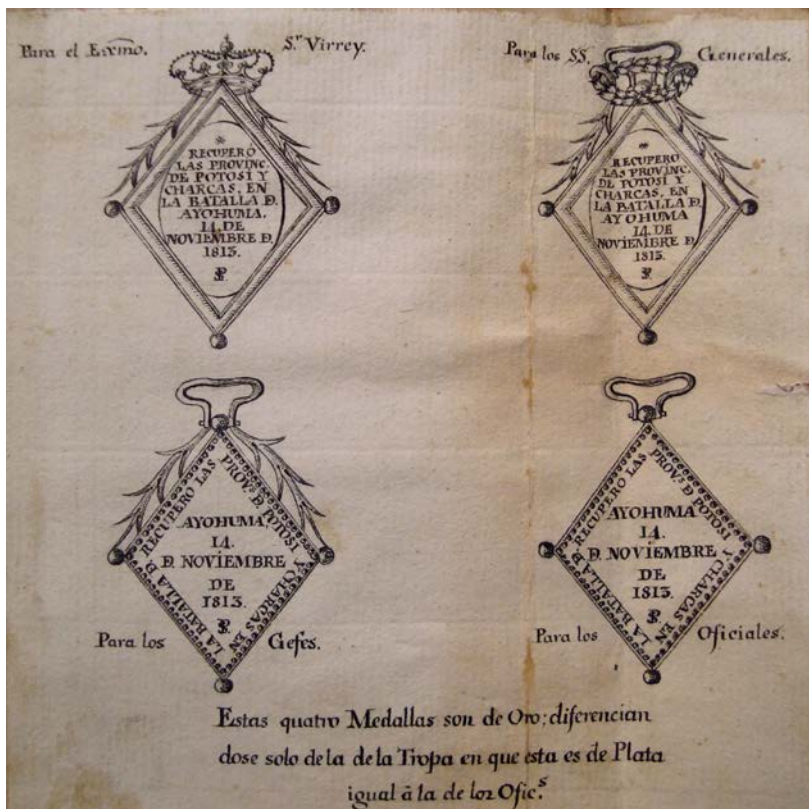


Figura 15
Medallas de Ayohuma.

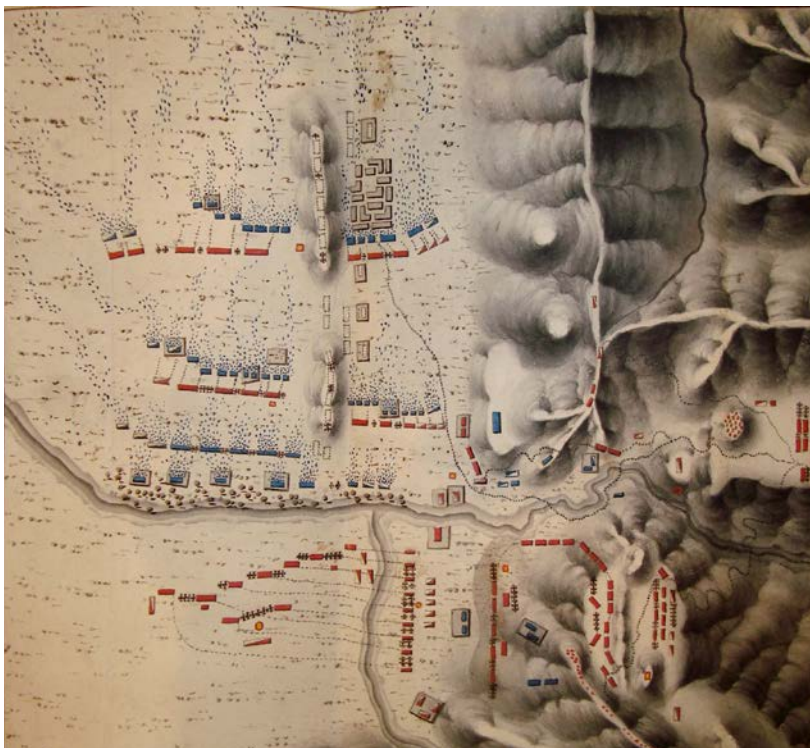


Figura 16
Mapa de la Batalla de Viluma.



Figura 17
Escudo de honor de la Ciudad de La Plata, 1815.



Figura 18

Mapa de las batallas entre las fuerzas del virreinato del Perú y las expediciones enviadas por la junta de Buenos Aires entre 1811 y 1815. Elaborado por Ana Lía Suárez.

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1	183
Figura 2.....	184
Figura 3.....	185
Figura 4	186
Figura 5.....	187
Figura 6	188
Figura 7.....	189
Figura 8	190
Figura 9	191
Figura 10	192
Figura 11	193
Figura 12	194
Figura 13.....	195
Figura 14	196
Figura 15.....	197
Figura 16	198
Figura 17.....	199
Figura 18	200

ÍNDICE GENERAL

Lecturas de la independencia	7
El diario de campaña de un general realista.....	11
Primera parte	23
Segunda parte	119



Antes de ser el penúltimo virrey del Perú, Joaquín de la Pezuela fue un general español que lideró varias campañas en la Audiencia de Charcas (actualmente Bolivia). Para entonces, Francia había invadido España, lo que causó enfrentamientos entre los pueblos americanos, ya que algunos se mantuvieron leales a la corona mientras otros optaron por la autonomía. Pezuela escribió este diario en sus años de combate. En él narra sus experiencias en estas campañas, que marcaron el inicio de la guerra en el continente. El diario muestra la manera en que se desarrollaron las guerras independentistas, y las dificultades a las que se enfrentaron quienes combatieron en todos los frentes. Si bien no se trata de un documento con afán literario, nos da pistas para entender las guerras desde su perspectiva personal. Pezuela está descubriendo un mundo nuevo para él y nos presenta el panorama de una manera clara y concisa. El texto es un documento histórico que nos ayuda a comprender el modo en que la lealtad a la corona fue variando con el tiempo.

LECTURAS DE LA INDEPENDENCIA



BICENTENARIO
PERÚ 2021